



José María de Pereda

# Escritos de juventud

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**José María de Pereda**

## **Escritos de juventud**

La gramática del amor  
Introducción

El amor verdadero no reconoce límites ni obedece más que al corazón.

El amor florece en todas las estaciones, en los más diversos climas y en casi todos los corazones.

Sólo no cabe en los egoístas.

Nace como las flores y se desvanece como el humo.

El amor es impalpable, pero visible, y de esto apelo a mis lindas lectoras.

Tiene el don de las transformaciones; engrandece, anima y embellece los corazones do se anida.

Es todopoderoso.

Da por veces talento, y otras muchas le quita.

Intimida en ocasiones a los más valientes, y en otras da valor a los cobardes.

Roba el juicio a los más prudentes y suele volvérselo a los locos.

Conduce los pobres a la riqueza, y arrastra los opulentos a la miseria.

Manda al ciego que vea; al sordo, que oiga, y el milagro se cumple.

Convierte en esclavo al hombre libre y en libre al esclavo.

Consuela al afligido y hace llorar al que ríe.

Es, a veces, edificante.

Los mortales son todos juguetes suyos.

Inspira las más nobles acciones y es causa de los mayores crímenes.

Manda, ordena y seduce; es Dios, en fin; es el amor.

El amor tiene su aurora, su sol, su crepúsculo y su noche.

Dichosos aquellos para quienes ha lucido el sol claro del amor.

¡Ay de los que sólo han visto su oscura noche!

Sólo las mujeres saben amar.

El hombre que ama no tiene otra ambición que la de agradar al objeto de su amor.

Quien aspira a adquirir gloria, riquezas u honores, no sabe amar.

El amor es niño ligero y alado; es exigente hasta el infinito, y quiere que todo se le sacrifique: talento, juventud y fortuna.

Hay muy pocos hombres que lo hagan, porque son muy pocos los que saben amar. Ninguno merece el amor de una mujer; sin embargo, en todas las acciones humanas juega siempre alguna mujer. [50]

Cada ministro, general, embajador o millonario, presentes o futuros, deberán su elevación a una mujer, que aspirarán a colocar sobre un alto pedestal de mármol o de bronce.

En Rusia e Inglaterra se ama poco.

En Francia y Alemania, mucho.

En Turquía, nada.

En España e Italia, apasionadamente.

Las mujeres, por lo general, son coquetas, sobre todo cuando son bonitas, y los hombres, falsos; pero a veces es tan grato dejarse engañar, que se lo perdonan mutuamente.

El amor requiere misterio y soledad. Por eso, donde más se saborean sus placeres es en el campo o en el retiro de los bosques.

Se ha criticado muchas veces aquel dicho «tu amor y una choza»; pero son las primeras y más sentidas palabras que arrancan el amor de la boca de los amantes.

El amor tiene sus horas favoritas, y el amante debe saber aprovecharlas.

Tiene el amor algunos síes que significan no, y algunos nos que quieren decir sí.

El hombre no ama, en realidad, sino a los veinticuatro años. Hasta esta edad, no hace más que aprender el lenguaje del amor y adquirir alguna experiencia. Se cometen torpezas imperdonables o se hace alarde de una osadía que retrae o asusta al verdadero amor.

Rara es la vida que cuenta más de un amor.

El segundo podría matar.

A veces, teniéndolo próximo, vamos a buscarlo lejos.

Sin fe no se puede amar ni ser amado, pues el amor es una religión.

El amor es la existencia de la mujer.

Es, a un tiempo, su principio, su savia y su perfume.

La mujer menos despierta sabe siempre amar, mientras que el hombre de más talento hace, a veces, un pobrísimo amante.

El hombre que no ama es un b...

El amor es un talismán divino que ennoblece y purifica cuanto toca.

En el gran poema de la Creación todo es amor.

El hombre, como el pájaro y como el insecto, todos aman y tienen necesidad de amar.

El amor es el lazo santo que une las familias, los pueblos y la Humanidad.

Ante el amor desaparecen todos los privilegios de la Tierra.

Siempre se da preferencia a ciertas horas del día o de la noche, a ciertos sitios, cielos, aires, perfumes, colores, calles o ventanas, y tales preferencias no son sino un recuerdo del objeto adorado.

El amor gusta de los obstáculos y tiene un lenguaje suyo propio, pero muy sutil.

Una mirada, una seña o una sonrisa, un apretón de mano, una flor, una cinta o un mechoncito de pelo saben abrir los más pesados y complicados cerrojos y adormecen los más vigilantes y despiadados carceleros.

Esta gramática, pues, contendrá diez capítulos, que serán, por su orden, el sustantivo, el artículo, el adverbio, el pronombre, el verbo, el participio, el adverbio, la preposición, la conjunción y la interjección.

(De La Abeja Montañesa.)

28 de febrero de 1858. [51]

Cosas de don Paco

Tú le conoces, lector.

Cien veces le has encontrado en el paseo, en el teatro, en las reuniones que frecuentas, en el café, en misa y hasta en los entierros.

Es de baja estatura; gordo y rollizo como un flamenco; dos ojos pequeñitos y alegres; boca risueña; dos hoyitos en las mejillas, blancas y sonrosadas como las de una dama; un par de chuletas negras y rizadas; el pelo, corto y áspero, pero muy cuidado y recogido hacia el cogote; la frente, angosta; el tórax y el abdomen, como los de un bolsista, anchos y prominentes; el chaleco, muy abierto; la camisa, muy blanca; las solapas del gabán, hacia la espalda. Siempre tiene la misma edad; nunca pasa de los treinta y cinco años; nadie le ha conocido de niño y todos son contemporáneos suyos.

Hasta los perros le tratan con intimidad, y, sin embargo, se ignora de dónde viene y adónde va.

No se le conocen rentas, ni oficio ni beneficio; pero de todo goza y en todas partes es bien recibido.

Es el oráculo de las mamás, el confidente de las jamonas, el tormento de los amantes, el juez de las polluelas, la pesadilla de los tipos, el solaz de las babiecas, el mentor de los calaveras de afición y el desprecio del sentido común.

Él solo goza de más derechos sociales que treinta ciudadanos juntos.

Su palabra no reconoce tasa; sus manos tienen pasaporte para todo.

Lo que a un hombre vulgar, como él llama a los que no se le parecen, le produce un desaire, a él le vale un triunfo.

«Cosas de don Paco». He aquí la frase sacramental que le pone al abrigo de toda responsabilidad.

Entra en tu casa cuando aún estás en la cama durmiendo, rocía tu cara con el agua que quedó en la palangana la noche anterior, y, al despertar furioso, tienes que exclamar, viéndole a tu lado: «¡Qué cosas tiene este don Paco!»

Vas a vestirte, temblando de frío, y hallas que la camisa está mitad al derecho y mitad al revés; tardas un cuarto de hora en arreglarla, y entre tanto coges un constipado. Paquito está

sentado a tu frente, riéndose a carcajadas de tus apuros; tú también te ríes enseguida, porque son «cosas de don Paco».

Te pones a almorzar, y él siempre a tu lado te echa pimienta en el dulce y azúcar en las ostras. Es una bromita que te cuesta el almuerzo; pero tienes que celebrarla porque «don Paco es el diablo».

Después que se ha despedido de ti te echas a la calle y encuentras a tu futura suegra ante la cual estás haciendo méritos. La saludas muy galante, y cuando tienes una mano entre las tuyas, sientes que el sombrero se te cuele hasta los hombros. Perdida la seriedad y abochornado, al sacar la cabeza al aire libre, ves a don Paco, que te saluda desde la acera de enfrente. Reniegas de la broma, pero tienes que decir a tu suegra: «Dispense usted, señora, que son cosas de don Paco.»

Un día se te antoja ir de campo con tus amigos. Paco tiene que ir también; habéis mandado preparar con anticipación la comida. En el camino notáis la desaparición de aquél, y cuando llegáis al punto deseado, don Paco está concluyendo los postres, en compañía del [52] ventero que puso la comida y a quien dijo que ya habías suspendido el proyecto. En ocho leguas a la redonda no hay provisiones, y te vuelves a tu casa cansado y muerto de hambre, con la obligación de decir a todo el mundo que te divertiste mucho con «las cosas de don Paco».

Si se entabla una discusión sobre cualquier punto, cuando más formalizado estás en el uso de la palabra, don Paquito ha de soltar alguna «gracia» que arranque un aplauso a todos los oyentes, dejándote corrido y derrotado, sin que te sea lícito tomar venganza.

Tus dichos y observaciones, por sesudos que sean, no pasan más allá del auditorio; «las oportunidades de don Paco» tienen cien famas, cuyas trompetas se las publican por todas partes.

Don Paco suele ser cobarde, y para sus empresas más arriesgadas se vale de los neófitos que siempre tiene a retaguardia.

Si se trata de tomar el pelo a algún tipo extranjero de incógnita paciencia, don Paco dirige la escena; pero el que le tira de los faldones de la casaca, o le cambia el cigarro al pedir la candela, o le pone el pie para hacerle caer, es un pollo que suele perder un par de muelas por la gracia. Don Paco se ríe entonces y le llama torpe; el otro dice que tiene razón y que en la primera será más diestro.

El día de los Inocentes te pide media onza y no te la devuelve. Para consuelo tuyo refiere el lance en medio de la Plaza, delante de ti, y mirándote con lástima, exclaman todos: «Es mucho don Paco.»

Si en el café estás con él, pide el primero, pagas lo que toma y todo le disgusta, incluso el habano que le das. Si tu petaca es de manila, se la guarda en el bolsillo y te regala otra de paja de Italia.

En el teatro alborota, y cuando todos le miran se vuelve hacia ti, que estás a su lado, y muy serio te dice que guardes formalidad.

En un baile, se mete con su pareja, entre los demás; rompe a una el vestido, empuja a la otra, pisa a éste un callo, quita el arrebol a esta otra; y todo se convierte en ruido y algazara, y «¡Qué don Paco, tan malo y tan gracioso!», se oye por doquier, mientras que tú, empujado por él, deshiciste las guías del bigote de un elegante y tienes un lance al día siguiente.

Si eres casado, ves cómo pellizca el cuello de tu mujer y que ésta se ríe, diciéndole: «No sea usted malo, don Paco.»

Si estás al lado de una joven, y después de una teoría capaz de conmover a una roca, te arriesgas en la práctica algo más de lo establecido por la ordenanza materna, oirás un «¡Caballero!», que te deja más frío que una estatua. Al mismo tiempo, don Paquito la sopla uno de retortijón en lo más gordo de la pantorrilla, recibiendo por su gracia una sonrisa angelical y una reconvención en estos términos: «¡Qué cosas tiene usted, don Paco!»

Otra vez le ves al lado de tu novia, contándole mil conquistas tuyas y prometiéndola cartas y documentos fehacientes.

Cuando te arrimas a ella eres tan bien recibido como el que entra en un palco, capaz de seis personas, haciendo el número nueve.

En vano te proclamas inocente: lo dijo don Paco, y basta.

Aquella noche riñes con ella y con toda su familia, que da más crédito que a tus méritos de tres años a «las cosas de don Paco».

En una función de iglesia nunca falta alguno a quien llenar de cera; en un entierro, una peluca que torcer.

Imagínate la situación más crítica de la vida, la más excepcional, y allí estará [53] don Paco ridiculizando algo; allí habrá una corte de entusiastas que le aclamarán «travieso y oportuno», siquiera se burle de lo más sagrado.

Un día, para concluir, comprometió tu delicadeza y expuso tu buen nombre; entonces, recordando que ningún derecho asiste a los necios para hacer juguete suyo a los que tienen sentido común, le rompiste, el bautismo, creyendo que así dejaría de atravesarse en tu camino. Te equivocaste lastimosamente. A los pocos días le volviste a hallar más chistoso que nunca. Quizá no fuera el mismo; pero sí otro idéntico, y tanto monta. Decidido a vivir libre de sus gracias, emigraste, y en la primera población en que dormiste topó tu estrella con otro, y por dondequiera que dirigías tus pasos aparecía un don Paco con las mismas cosas y con iguales derechos... Y ¿sabes por qué? Porque esta familia se reproduce como los pólipos y los rabos de las lagartijas. Cuanto más se la persigue, más se multiplica.

Acostúmbrate a vivir entre ellos y convéncete de que están en el mundo para expiación de nuestras culpas, como las chinches, las moscas y las verrugas.

PAREDES.

(De La Abeja Montañesa.)

16 de enero de 1859.

La cruz de Pámanes

Novela romántica, por don Cayetano de Noriega

Introducción

Corría el año de 18... La guerra civil ardía en casi todos los ámbitos de la Península Ibérica. Los dos partidos beligerantes estaban más empeñados que nunca en una lucha, que más tarde había de terminarse por un abrazo más o menos cordial, pero que, al fin, era un abrazo, no de despreciar en unas circunstancias en que no se repartían más que mojicones. Los pueblos, aterrorizados con el olor de la pólvora y el tufillo de la sangre, como en tiempos de cólera morbo, no pensaban en el mañana, si no era para prepararse a bien morir. Los padres miraban con angustiada ternura hacia sus hijos, y, casi paganos, los encomendaban al dios de las batallas, única divinidad que por entonces se dejaba sentir más a las claras. Los hijos, mirando de soslayo hacia sus padres, parecían hacerles graves cargos por haberlos arrojado al mundo en una época tan calamitosa. Las hijas, a semejanza de esas flores que nacen fuera de estación, y, todavía en capullo, empiezan a marchitarse con las escarchas, arrastraban una vida angustiada e hipocondríaca, porque los campos de batalla consumían a millares sus más vigorosas y risueñas ilusiones. El amor... Entonces no se amaba, o, si se amaba, era de sopetón y sin miras ulteriores. Cupidito se había quitado la venda y, empuñando el fusil, se batía divinamente a las órdenes de un general cristino... ¡Lástima de metrallazo! (Con perdón de mis lectoras.) Pero ésta no es ocasión de retratar la situación de España en aquel tiempo, ni Cayetano nació cortado para ello. Vamos al asunto...

Pasado el barco de las tres, y a poca distancia de Pedreña, hay un lugar que en la época a que nos referimos así pensaba en la guerra civil como en los [54] cerros de Úbeda. Solamente le preocupaba un poco cuando llegaban las quintas, y, como cada quisque, tenía que pagar su contingente para engrosar el ejército. No se sorprendan mis lectores con esta hipérbole; un trasmerano, o trasmerano y medio, que a lo sumo le tocaba, componían su porción militar, más o menos exigua; pero, al fin, era una porción, y de muchos pocos de cera se forma un cirio pascual. La atención de Pámanes, pues, directamente estaba fija en sus panojas, en sus ganados, en sus patatas y en su Cruz; porque sin Cruz no se concibe a Pámanes, como no se concibe a Roma sin Capitolio, a la China sin su muralla, a Rodas sin su Coloso, a España sin arrogancia, a El Escorial sin monasterio y a Cayetano sin suscriptores. La Cruz de Pámanes, tal cual hoy es, de tosca piedra, ennegrecida por los



rigores de la intemperie, tiene una historia llena de interesantes episodios que se pierden entre el polvo de los más añejos pergaminos del tiempo del feudalismo. Esta historia sería muy larga para que la humilde pluma de Cayetano lograra presentarla a sus lectores con toda la delicadeza de que es digno su argumento.

La que vamos a referir, aunque escrita en la misma Cruz, tiene un origen más reciente, y sólo ocupa en ella un lugar imperceptible.

Entre las infinitas melladuras que los campesinos han hecho en los largos brazos de este testigo mudo de los tiempos de la caballería, con el único objeto de sacar el filo a sus cuchillos y podaderas, a tres pies de altura de su base, hay una marca de unas tres pulgadas de diámetro, semejante en todo a la impresión que hubiera producido el choque de otro cuerpo redondo y tan duro como la piedra misma. Esta marca, imperceptible hoy para todo el mundo, es el sello indeleble de un suceso digno de esculpirse en bronce; es la legalización de unos documentos que obraban años ha en nuestro poder y los cuales contienen los datos para la historia cuya introducción hemos comenzado. Basta de digresión y sigamos.

Era una tarde del mes de octubre. Límpido estaba el cielo y transparente; sólo adulteraba la pureza de su azul una encendida tinta que se extendía a lo largo del horizonte, hacia la parte en que los rayos del sol comenzaban a ocultarse, precursora infalible del benéfico Sur que al día siguiente había de reinar para secar las castañas y las pocas panojas que estaban fuera del granero por falta de sazón. Los campesinos, terminadas las labores en aquel día, echaban al hombro sus utensilios y con paso tardo y reposado se dirigían a sus viviendas para dar la ración de la noche a sus ganados, cenar ellos en familia el torrendo y la borona y, por último, después de rezar el rosario, tenderse en busca del sueño reparador de sus fuerzas para los trabajos del otro día. La Naturaleza había enmudecido y reinaba en toda la campiña esa dulce melancolía que, para Cayetano, sustituye con ventaja a la ruidosa animación de la primavera. Un hombre, joven de diecinueve años, a juzgar por su fisonomía, caminaba, con un dalle al hombro, detrás de todos sus compañeros. Fija la vista en el suelo, echado el sombrero hacia la espalda, y según que vacilaban sus pasos, parecía presa de un profundo pesar. Cuando todos los labradores iban aproximándose a sus casas, él había llegado nada más que hasta la Cruz, y en lugar de seguir adelante con aquéllos, dejó caer su dalle, dio un suspiro y se sentó al pie de ella, metiendo la cabeza entre las manos.

Con no menos abatimiento que nuestro personaje, una mujer, aunque por distinta senda, se adelantaba en la propia [55] dirección. Rebosando juventud y vida por todo su cuerpo, la tristeza de su fisonomía debía de tener una causa muy grande. Sus coloradas mejillas parecían rechazar la mustia expresión de sus ojos. Cubría su cabeza un pintoresco pañuelo de indiana, bajo cuyo pico, colgando hacia la espalda, asomaba una gruesa trenza de pelo negro nada suave. Otro pañuelo de indiana cubría su robusto seno, oprimido por el cordón de su rayado justillo.

Las recogidas mangas de su camisa dejaban descubiertos sus brazos rollizos y tostados por el sol de todo el verano. Un refajo amarillo con pegas encarnadas y un par de chancletas en los pies, desnudos de toda media, completaban entonces el traje de la que pasaba por la mejor moza de toda la comarca.

Cuando llegó junto al de la Cruz, paróse un instante, y al verle tan abatido, una lágrima se desprendió de sus ojos. Enjugólos en seguida, y, tocándole suavemente en el hombro:

-Antón -le dijo con cariñoso acento.

-¿Qué? -contestó el otro, alzando la cabeza- ¡Ah! ¿Eres tú, Mariuca?

-¿Qué tienes?

-¡Vaya una pregunta!

-Es verdad.

-Mu pronto me perderás de vista.

-Es verdad.

-Y pa una porrá de años.

-Es verdad.

-Y puei que pa siempre.

-Es verdad. ¡Hi..., ji..., ji..., ji...!

-Mira, Mariuca: no escomiences a moquitear, porque me va a faltar el carácter pa dempués.

-Pícara guerra. Premita Dios que no quede un fusil en to el redondel de España -exclamó Mariuca, dando una patada y limpiándose las lágrimas con una extremidad del refajo.

-Valiera más que los mozos del lugar fueran un poco más espíos. Entonces no iría a la guerra el tu Antón. Y este año, que no pedían más que uno... y yo, que había sacado el número veinticuatro... Si parece mentira.

-¿Y cuándo te marchas?

-Mañana, al amanecer.

-¡Ay Antón!

-¿Qué quieres, Mariuca?

-Que estoy pensando que, como los militares seis tan malos, luego me vas a olvidar.

-Premita Dios que no güelva a casa con salú, si yo te olvidara.

-Y yo -dijo la otra juntando las manos- que reviente de un cólico si no te espero hasta que vengas. Toma esta navaja que compré hace ocho días en Santander, en prueba de lo que te digo.

-Pos toma tú este pañuelo de seda.

Mariuca sacó de la faltriquera una navaja de Albacete, y Antón, un pañuelo, que, después de limpio, aún se podía sospechar el color que tuvo de nuevo. Cambiáronse las prendas y se quedaron en silencio por algunos instantes. Antón habló el primero:

-Ya sabes que nuestra boda se iba a hacer un día de éstos, si no por mi pícara suerte: tú con el molino y yo con las mis vacas y los mis cinco carros de tierra, íbamos a estar como dos señores. Quiero icirte, Mariuca, que entovía no hay na perdío, y quiere icise que lo que no ha sucedido puei suceder el día de mañana, si Dios nos da salú.

-Ya se ve que sí -dijo Mariuca animándose-. Quiere icirse que si no estamos casados ya ¿nos casaremos en cuanto vuelvas?

-Justamente.

-Enestonces, Antón, no hay más que hablar. Salú te dé Dios por esos mundos y a mí para esperarte. Pos gracias a Dios. Ya con esto paeque me dejas tranquila.

Mariuca, después de la promesa de Antón, acabó de tranquilizarse y toda se convirtió en consuelos para éste. Todo el pesar que la aquejaba desapareció como por encanto. Algo la amargaba [56] la idea de una esperanza de ocho años, y mucho más cuando debió haberse realizado antes de ocho días; pero como en las pasiones del campo no suele intervenir más que la buena fe, dejóse arrastrar de ella, y a trueque de ser la mujer de Antón, todos los obstáculos le parecían pequeños. Antón, por su parte, cediendo a la influencia que siempre ha ejercido en la naturaleza humana la mitad que gasta faldas, ora sean de estopa, ora de finísima batista, despejó algo su tristura, y, poniéndose en pie, dijo a su prometida:

-Si quieres que me marche más satisfecho, es preciso que hagas una cosa.

-Tú mandas en mi cuerpo, Antón.

-Pues mira: cuando te mandé venir aquí, fue para que, después de rezar un Padrenuestro al patrono, me juraras delante de esta Cruz que mientras que yo esté ausente no me hicieras una mala partida.

-¿No te basta mi palabra?

-Mariuca, semos frágiles, y por mucho pan, nunca es mal año. Se ha visto tanta falsedá...

¡Oh lectoras!, las de acá: si en Pámanes se duda de las promesas de una amante, alguna disculpa tienen vuestras cultas veleidades.

Accediendo Mariuca a las exigencias de Antón, hincáronse ambos de rodillas, y después de haber rezado un Padrenuestro, dijo el futuro militar con el tono más patético, señalando a la Cruz:

-¿Juras por ésta no engañarme y ser mi mujer cuando venga del servicio?

-Sí, juro -contestó Mariuca con una entereza admirable.

-Y yo -añadió Antón- juro también ser tu marido, si Dios me conserva la vida.

Después se abrazaron los dos estrechamente, y cuando la noche acababa de cerrar, iluminó la pálida luna la solitaria Cruz de Pámanes, testigo inerte de una promesa que tanto había de dar que hacer al pueblo y que escribir a Cayetano.

30 de enero de 1859.

Cuadros del país

El concejo de mi lugar

Un salón inmenso. Frente a la puerta de entrada hay una mesa enorme, ocupada por los concejales. Preside la sesión el Alcalde a cuya derecha está colocado el Maestro de escuela en propiedad, sacristán honorario, ex dómine de toda la comarca y a la sazón Secretario. En pie, y separado algunos pasos a la izquierda de la mesa, está el Ministro alguacil con un garrote en la mano. El pueblo fuma, o habla por lo bajo, sentado alrededor de la sala. Nadie tiene la cabeza descubierta mientras no se halle en el uso de la palabra.

ALCALDE. -(Poniéndose en pie.) Señores..., atención. (Pega un garrotazo sobre la mesa.) He mandado tocar a concejo porque me parece regular que cuanto antes nos entendamos. Reunida la reunión de todos los vecinos de la vecindad del pueblo..., creo que no falta naide, ¿no es verdad?

ALGUACIL. -Sí, señor; todos están al aquel de la lista.

ALCALDE. -Corriente... Es que el que falte hoy afloja real y medio, sin que se lo quite el Sursum incorda.

MAESTRO. -(Por lo bajo, y a canto llano.) Habemos a dómine.

ALCALDE. -Digo, señores, que después de todo lo que ha pasado, como ustedes saben, sobre si a, o sobre b; el uno que [57] arre, el otro que ticha, como dice la mi Gloria, que es más lista, Jesús María, que la pimienta, y que lo mismo sirve pa un fregao que pa un barrio,

lléveme el gato al agua y atrápeme la vara, jin y cómo se relamberán algunos que yo conozco, y que no están muy lejos de aquí, de pura envidia y de coraje...

MAESTRO. -(Al oído.) Nada de personalidades, señor; tesis, tesis, mucha tesis, energía y precisión.

ALCALDE. -Energía..., procesión..., sépanlo ustedes: esto es lo que se necesita por de pronto para el escumienzo de la justicia.

MAESTRO. -(Aparte.) Santa Virgo Virginum. ¡Qué desafinación!

ALCALDE. -Digo, señores, que no hay mucho de qué tratar, y antes es preciso que me dé a conocer, porque, como dice la mi Gloria, lo primero es que te respeten, después harás lo que te dé la gana...

UN VECINO. -Pido la palabra...

ALCALDE. -En acabando yo. (Continuando.) Seis años hace que fui otra vez Alcalde; desde entonces acá, aunque me esté mal el decirlo, no ha habido justicia en el pueblo, ni orden, ni concierto...

EL EX ALCALDE. -Pido la palabra.

ALCALDE. -Silencio... ¡Hola!, te pica, ¿eh? Pues aguanta, hermano, que también aguanté yo; hoy por ti y mañana por mí; cosas del mundo..., y no digo más.

MAESTRO. -(En tono melifluo.) Señores, reclamo por breves instantes la atención del Concejo... Muchas veces sucede que por una falsa interpretación, a consecuencia de un error gramatical, originado por la inspiración del Momento, el entusiasmo..., la pasión..., el racionio, se confunden, y la síntesis en..., pues, como dice el orador romano: «Ratio enim...» Pero prosigo. El señor Alcalde, al tomar sobre sus hombros el rudo peso de la administración municipal, ha querido, exponer sin futurar ideas (imperfecto de indicativo), en un breve discurso, cuyo exordio (y no pasemos a la peroración, porque no llego a ella) no ha podido destacarse con toda claridad a causa del entusiasmo y efervescencia oratoria, y con motivo del... y la... Como dice Quintiliano... Zape, y cómo hace divagar la erudición. La erudición, señores, es un poquito comprometida: es preciso saberla manejar, a fin de no incurrir a cada paso en malsonantes cacofonías, en redundancias de mal gusto o en círculos viciosos...

UN VECINO. -Señor Alcalde, ¿se puede saber a qué hemos venido?

ALCALDE. -No interrumpa usted al orador. Adelante, Maestro, que va muy bien... Yo no lo entiendo; pero eso no importa.

MAESTRO. -No, señor. Renuncio al uso de la palabra. Veo que no hago efecto. (Sentándose.) «Vox clamantis in deserto.»

ALCALDE. -Pues allá voy yo. Señores, después de lo que ha dicho el señor Maestro, nada me queda que añadir. Vamos al asunto de que quería tratar. El invierno está encima, en esto no cabe duda; las callejas están sin componer, porque desde que yo dejé la vara no ha habido para ellas un solo carro de piedra; hay que componerlas.

VARIOS VECINOS. -Corriente.

ALCALDE. -Pero es caso que hay que empezar por la más mala, que es la que va por delante de mi casa.

UN VECINO. -Mentira.

ALCALDE. -¿Quién se atreverá a decir aquí más verdad que el Alcalde?

VECINO. -Yo, que creo que, no teniendo salida esa calleja más que a la taberna, debemos componer antes las que salen al camino real.

ALCALDE. -Al camino real... ¿Y para qué lo queréis ya con ese demontres de carru-ferril?

OTRO VECINO. -Pi... pi... ido la palabra. [58]

ALCALDE. -Silencio.

VECINO. -No... o... o... o... o... ome da la gana..., ca... a... a... ana, ca... nario. Yo puedo hablar aquí co... o... omo el primero que e... ese... ese... presente, caa... anario.

OTRO VECINO. -Tiene razón.

MAESTRO. -Silencio, ciudadano.

VECINO. -Cuidao con poner motes, señor Maestro.

MAESTRO. -Yo no le he motejado a usted.

VECINO. -Usté me ha llamao ciudadano; y sepa usté que con mucha honra, por mar y por tierra, yo me llamo Juan Pandejo dende que nací.

MAESTRO. -Muy señor mío. (Aparte.) Esto es echar margaritas a puercos.

UN CONCEJAL. -A la calleja, señores, a la calleja.

ALCALDE. -Es verdad. A sortearla en seguida.

UN VECINO. -No hay sorteo que valga: esa calleja no se compone antes que las otras.

ALCALDE. -(Volviéndose a levantar.) Hombre..., ¿conque no se compone?...

VECINO. -No, señor.

ALCALDE. -¿Conque no?

VECINO. -No, señor.

ALCALDE. -¿Conque no, dices?

VECINO. -Que no, y requetenó.

ALCALDE. -Hombre... ¿y para eso debía ser yo Alcalde..., para eso había de haber gastado el dinero y la paciencia..., para que un pobre pelao se me subiera a las barbas? ¡Ay, si me oyera la mi Gloria, Virgen de la Encarnación! ¡Hombre, si usted no se quita de delante, hago una barbaridad!

MAESTRO. -(Al Vecino.) Huya usted, infeliz. «Henjugue eripe flamis.»

UN CONCEJAL. -(Al Maestro.) No nos maree usted con su francés.

MAESTRO. -Seré una estatua marmórea... Sello mis labios. (Aparte.) Estoy de malas hoy... ¡Bárbaros!

VECINO. -(Contestando al Alcalde.) Que me vaya yo del Concejo, pusupuesto... Antes he de cantar las verdades a alguno..., y puei que le pese.

ALCALDE. -Qué has de cantar tú, pelele.

VECINO. -Que, como siempre sucede, se quiere que trabajemos todos para el beneficio de uno solo; por eso al cabo del año todos salimos en cueros, menos el que sale gordo y bien vestido.

ALCALDE. -(Furioso.) Que coste quién sale gordo.

VECINO. -Usted, ya que quiere saberlo.

ALCALDE. -Yo..., conque yo... (Al Alguacil.) Menistro, al que se produzca como el señor, garrotazo y tente perro, que yo respondo de todo; ¡hola, hola!

VARIOS VECINOS. -Pobre de él y pobre de usted, si llega a levantar el palo.

ALCALDE. -Pues yo he de imponer orden.

UN VECINO. -Señores, o... o... opino que...

UN CONCEJAL. -Quítese usted la montera.

VECINO. -Caa... ana... anario. Noo... o... o... ome insulte usted, que sé más de co... o... o... o... os... oste... cortesía que usted y la perra que le parió. Canario. (Se quita la montera.)

MAESTRO. -(Interrumpiéndole.) Señores, seré muy breve, si por segunda vez me honráis con vuestra atención. Pretendo terciar entre tanta divergencia, a fin de que cada cual quede en su lugar sin perder su derecho y sin que sufra menoscabo su dignidad. Ardua es la cuestión propuesta, muy ardua. La calleja necesita componerse; pero la calleja pasa por delante de la casa del señor Alcalde. El pueblo se resiste a componerla porque cree que, obrando así, no resulta un beneficio general; teme, en una palabra, trabajar para que otro se recoja el fruto. Esta es la cuestión. Si conocierais los clásicos, señores, a fe que no os extrañara: «Ho sego versiculus feci: tulit alter honores. Sic vos non vobis midificatis aves»:[59]

sic vos non vobis fertis asatra boves.

En los tiempos de Augusto se expresaba así Virgilio porque le habían robado la gloria de unos versos... En los tiempos de Augusto, señores..., ¿si será vieja la cuestión que nos ocupa? Pero aquí se trata, me diréis, de una calleja. Enhorabuena. El caso es diferente; pero en el fondo es igual. Bien pudiera echar mano de la lógica y hasta de la psicología, y haciendo una abstracción completa del yo moral, llegar, por una serie de razonamientos, a una conclusión irrefragable; o bien, por Medio de sofismas, envolverlos en una red sin fin, cual tela de Penélope...

ALCALDE. -Siéntese usted, señor Maestro, que, o yo soy muy bruto, o el Concejo se queda en ayunas.

MAESTRO. -Vuestra palabra es la ley, señor Alcalde. (Sentándose.) «Plus asinus negare poteste quam probare filosorus.» (Alto.) Que otro talle.

ALCALDE. -Volvamos a la calleja. Sobre el particular de la calleja, dije y repito que es preciso componerla, y desde mañana.

UN PROCURADOR. -Protesto e interpongo apelación.

ALCALDE. -Pues proteste usted, que aquí no hay más autoridad que yo.

PROCURADOR. -Pero no atropelle usted a nadie.

ALCALDE. -Yo no atropello, que mando

UN VECINO. -Que cante la ley.

ALCALDE. -Cantará.

VECINO. -Ahora mismo.

ALCALDE. -No me da la gana.



VECINO. -Pues a mí, sí.

ALCALDE. -Silencio, digo.

VECINO. -(Con ironía.) Porque usted lo mande...

ALCALDE. -Pues porque yo lo mando.

VECINO. -¿Y quién es usted?

ALCALDE. -Más que usted.

VECINO. -¿Más que yo?

ALCALDE. -Ahora lo verás... (Al Alguacil.) Dame ese palo... (Al Vecino.) Aguarda un poco. (En actitud de acometer.)

MAESTRO. -(Deteniéndole.) ¡Oh Dios de justicia! ¿Qué va usted a hacer?... ¿Va usted a entrar en pugilato con un subordinado?... ¡Oh, no en mis días! Representa usted una dignidad muy elevada para descender tan bajo. Esas cosas se contestan con la ley muda e inexorable. Considere usted que esta gente es muy estúpida y que sus palabras no pueden ofender a quien, como usted, lleva sobrepuesta al individuo la púrpura de los Césares, y en la mano, la balanza de Aestra. (Al público.) Señores incultos y selváticos, yo...

UN VECINO. -Que calle ese animal, o le largo una piña que le fundo seis costillas.

MAESTRO. -(Sentándose.) «Animalia ibant ete revertebantar majora.»

VECINO. -Le digo a usted que no entiendo el inglés.

MAESTRO. -¿Y entiende usted la lengua de Cervantes?

VECINO. -Lo que entiendo es echarle a usted por la ventana si le agarro por un faldón de la levosa.

MAESTRO. -«Numerus stultorum est infinitus.» ¡Oh pueblo bárbaro, no te contesto porque no me comprendes. Tenga usted la bondad de no dirigirme otra vez la palabra.

VECINO. -Pues no se meta usted en camisa de once varas.

ALCALDE. -(Esgrimiendo el garrote.) ¡Silencio!

VECINO. -No me da el mal gusto. (Le saca la lengua. El Alcalde le tira con el palo. El pueblo se amotina y la sesión concluye... en la taberna, de donde salen todos más tarde dando tumbos y hablando en turco.)

13 de febrero de 1859. [60]

Santander, 18 de junio

Uno de los estados de la moderna civilización, el más inmediato, es el orgullo de su propio valor; de aquí la comparación de nuestro estado social y político con el lamentable atraso del de otras épocas lejanas; de aquí que, al abrir la Historia, nos fijemos con preferencia en sus páginas más oscuras y hasta nos deleitemos en el examen de los cuadros más incorrectos de las primitivas sociedades. Aquellos hombres, sumidos en las tinieblas de la ignorancia, sin otra luz por gula que el fanatismo de sus absurdas creencias, los consideramos muy lejos de ser la obra completa de la suprema creación, a lo sumo, la tosca piedra arrojada al fango para servir de cimiento al soberbio edificio cuyo coronamiento formamos nosotros. Aquellos pueblos, sin más leyes que los caprichos de un tirano, sin más derechos que los de la fuerza y sin más instintos que los de la guerra, nos inspiran una desdeñosa compasión cuando se desgarran y aniquilan entre sí; su brutal materialismo nos estremece, e involuntariamente nos hace volver la atención hacia los gigantes móviles de nuestros disturbios políticos; entonces es cuando nos hallamos cara a cara con nuestros prohombres, quienes, rebosando orgullo y altivez, publican, a la faz del mundo entero, que estamos regenerados; que ya se conquista el bienestar con la luz de la inteligencia, los derechos con la razón; que el poder de las naciones no se apoya en los cadáveres de sus hijos, y que muy próxima está ya la perfectabilidad humana, en cuyo caso serán una sola familia todos los pueblos de la Tierra.

Y tal es el acento de convicción con que lo dicen, que cualquiera, a no vivir entre ellos, lo creería una verdad inconcusa. Desgraciadamente, sobre tan bella Palabrería asoma elocuente la historia progresiva de la misma civilización, y sobre la memoria de las remotas épocas, la actitud imponente de la moderna Europa. Desengaño terrible para el que, ajeno a intrigas y rencillas políticas, descansará en la seguridad que le promete ese cúmulo de tesoros arrancados a la Naturaleza con los recursos de las ciencias últimamente perfeccionadas por el ingenio humano; tesoros destinados, sin duda, por la Providencia, para hacer la dicha de los pueblos, y que son otras tantas manzanas de discordia arrojadas por el odio y las ambiciones al seno de la sociedad para destruirla por su base. Las ambiciones, el odio, la sed del mando. He aquí tres plagas heredadas del oscurantismo, y las cuales, lejos de huir ante los reflejos de la esplendente luz, han ido creciendo a su abrigo y aclimatándose a nuestra atmósfera hasta el extremo de corromperla; tres cánceres que, con otros muchos males, lleva el siglo dentro de sí mismo, y que forman los lazos que aún nos atan, triste es decirlo, a los tiempos de la barbarie.

Estremécenos el recuerdo de Mario y de Sila; los estragos de sus legiones hielan nuestra sangre; Cartago, Corinto y Numancia nos admiran con los horrores de su resistencia; más acá, San Luis en Palestina, Carlos V en Italia y en Flandes, han merecido de nuestras más humanitarias lumbres las calificaciones más duras, los anatemas más tremendos por su insaciable sed de sangre y de conquistas y por sus fanáticos estímulos. Pero Marengo, Zaragoza, [61] Malakov, Magenta, etc., ¿no han sido teatros de tantos horrores? Napoleón

I, Napoleón III, Nicolás I y otros monarcas contemporáneos, ¿no tienen su memoria anegada en lagos de sangre?

¿Ha habido en época alguna del Mundo escenas más horribles, cuadros más desgarradores que los representados en el centro de nuestras poblaciones? ¿Guerras más desastrosas que nuestras guerras civiles? ¿Qué tiene pues, que envidiamos en carnicería Tiberio, ni Nerón? Sin duda, el que nosotros caminamos con la conciencia de nuestros propios estragos, en tanto que ellos obraban a impulsos de un brutal instinto; eran esclavos de sus preocupaciones, y sumían a los pueblos bajo el beso de la más cruel tiranía; nosotros, emancipados, nos asfixiamos entre el tumulto de una libertad mal entendida, y con la disculpa de una felicidad soñada corremos todos en tropel; salta el fuerte sobre el débil, oprime el poderoso al miserable, y, lejos de equilibrarse las categorías, sepáranse cada vez más.

Es cierto que esta confusión ha de ser, según dicen, fuente de grandes resultados; que para llegar a un término tan prodigioso es necesario emplear medios colosales, prevenir a la humanidad, enseñar a la ignorancia, desarraigar preocupaciones...

Por eso aquel incrédulo sacerdote de la moderna emancipación, se afana en arrancar de un corazón virgen las últimas sagradas raíces de la fe, y cuando le han sumido en la desesperación de la duda, en la oscuridad del caos, protesta, en nombre de la Humanidad, contra el fanatismo, y evoca a Dios y a la pureza del alma.

El otro, mentor novel, pugna por abrir los ojos a su querido pueblo; demuestra los derechos del hombre libre, déjale sin ellos y guarda para sí los que puede; pero le enseña los de su hermano, azuza su encono, vanse a las manos, gimen las víctimas, corre la sangre a torrentes y, en nombre de la fraternidad, maldice los rancios señoríos y apostrofa las viejas monarquías.

La astuta diplomacia quiere reemplazar a aquellos hombres de hierro que al frente de los negocios públicos defendían sus derechos brazo a brazo y, al decidirse, la ruina de uno de los dos magnates arrastraba detrás a medio pueblo. Para llenar su misión, entra con la faz conciliadora en nuestras desavenencias políticas; envuelve a las naciones en una confusión de muchos años, las conduce a la bancarrota y, por último, a una lucha sangrienta y homicida. «Esto se hace en nombre de la filantropía.

Entre tanto, al ver que ese término feliz no llega nunca; que, lejos de edificar, destruimos la obra de nuestra regeneración, no hay una sola voz, un solo poder que en nombre de la caridad, se levante a protestar contra el torpe abuso que se hace de esa tan decantada civilización y, aconsejando a los pueblos la paz, enjague la sangre que mancha y envilece la fama del siglo en que vivimos.

Pero ¿cómo hacerlo así? Empeñada la lucha, la ración que, por su importancia militar, política y social, está llamada a tremolar el pendón de la concordia, después de unir los altaneros bríos a aquella parte que más le agrada o que más le conviene, apenas le queda tiempo para crear recompensas y breves de invención en obsequio de los autores de aquellos instrumentos que en menos tiempo destruyan más soldados.

Otra, la representación genuina de la industria, la patria de los cuáqueros, de los vegetarianos y de las sociedades de la templanza, funde nuevos cañones, cada vez más mortíferos y certeros; apresta sus naves, construye fortalezas y, en acecho de una presa, [62] se prepara a teñir con sangre los mares de la Europa, sin haberse enfriado la que inunda el dilatado suelo de la India.

Otra, coloso de fuerza y autoridad, guarda un silencio aterrador.

Las demás, débiles e impotentes, harto harán si logran no verse arrastradas por el ímpetu asolador del torbellino que tan cercano ruge.

Esto por lo que hace al primer término del cuadro, pues si llevamos la vista a más apartados continentes, la perspectiva no es menos halagüeña.

Un pueblo que logró sacudir lo que se le antojaba yugo extranjero lucha en vano por arrancar de su corazón la gangrena que le mata. Corrompida su administración, turbado el orden, viólese la propiedad, arruinanse las familias y está el derecho de gentes a merced de ladrones y asesinos.

Otro, con los sonoros himnos de sus mentidas libertades, sofoca los gemidos de la esclavitud, cubre con el tupido manto de su riqueza las asquerosas llagas de la desmoralización y, cobarde chacal, acecha el sueño de su vecino para devorarlo impunemente.

Otro se arruina por ensanchar un palmo más su mezquino territorio; otro, con más voluntad que inteligencia, se ahoga sólo bajo el peso de su nombre; y otro, y otro..., y todos acá y allá luchan, todos esperan, todos temen; y en vez de derechos y de dignidad llueven lutos y desastres, y el ángel del exterminio se cierne en el espacio, señor de los destinos de la Tierra.

Derechos. Dignidad. Terrible fantasma que, con el pavor que infunde a los unos, colma las torpes ambiciones de los otros. ¿Queréis saber lo que significan hoy esas palabras? ¿Queréis saber lo que es la dignidad nacional? ¿Lo que valen los derechos de justicia? Suponed por un instante servidos gratis, desde rey hasta portero, los destinos de la Patria. Veréis esos alcázares soberbios libres de consejeros hipócritas y bajos aduladores; veréis hombres de gobierno reconcentrados y en calma los partidos; veréis morir instantáneamente la venal Prensa política; verías, pobre y desgraciado pueblo, derrocarse los púlpitos de esos tribunos de la igualdad y desvanecerse como el humo el valor real de sus discursos, que tanto te fascinan; veríamos todos extinguida esa sed de poder que nos devora, y, por último, brotar en los hogares de cada uno la paz, la riqueza, el saber, la virtud y los derechos y la dignidad que tan bárbaramente se buscan en las entrañas de nuestros hermanos.

J. PAREDES.

18 de junio de 1859.

Hasta aquí el periódico de que tomamos las anteriores líneas. Por nuestra parte, nos resta añadir que, como saben ya nuestros lectores de la capital, en Santander no se ha turbado el orden público el día señalado ni es probable tampoco que se turbe por ahora, porque Santander respeta como nadie al Poder constituido legalmente, comprende cuál es la principal mira de esos zurcidores de motines que, engañando al pueblo con locas y pomposas palabras, pretenden, de los escombros de un cataclismo social, extraer, para colmo de su egoísmo, el botín que ha formado el sudor de sus hermanos. Santander, lo repetimos, ni piensa en pronunciamientos ni en su recinto hay, a Dios gracias, gérmenes bastante revolucionarios para que retoñen al primer soplo de ese ambiente que sólo se respira en las plazuelas de las poblaciones sin vida propia y de donde, sin duda alguna, ha tomado la noticia el periódico a que se refiere La Correspondencia. [63]

El honrado pueblo de Santander no quiere trocar el lema de «muy noble y muy leal» por las vanas y absurdas promesas de los que, desconociendo la grandeza y la sublimidad del trabajo, pretenden hacerse señores sorprendiendo la buena fe de los demás.

(De La Abeja Montañesa.)

22 de julio de 1859.

Fragmentos de una carta escapada del buzón del correo

Y ahora sí que llegamos a la parte más interesante de nuestra correspondencia. Noticias, chismografía, ahí es una friolera. Concibo perfectamente, y hasta lo juzgo de necesidad, que un americano, desde la Vuelta de Abajo, remitiera a la metrópoli algunos millares de tabacos para deleite y perfume de quien hubiera tenido la dicha de servirle en algo; esto, como digo, sería muy justo; pero un habitante de la corte, centro de intrigas, fuente de chispeantes episodios, plantel de aventuras, se lance al último rincón de la Península en demanda de asuntos de interés social, es lo mismo que si el referido americano nos pidiera azúcar de cucurucho o buen café caracolillo. También es cierto que tú puedes objetarme que la corte se agosta con el estío, y lo mejor de su sociedad se extiende por las provincias; que con ello van las aventuras, los chispeantes episodios y las intrigas, si no chispeantes, por lo menos a muy alta temperatura, y que por consiguiente, a provincias hay que ir por ello. Enhorabuena, amigo mío; pero has de saber que Santander está fuera de la ley común de las demás provincias; el primer grito de emigración que dan los mayores de diligencias en esa Puerta del Sol es para estas palomas sin hiel el silbido fatídico del milano, es decir, que no por muchos ingresos aumenta su caudal; porque has de saber que este pueblo es -salva sea la comparación- una espuerta sin fondo; lo que le viene por Becedo le sale por el ferrocarril o por la lancha de las doce. ¿Pensaban los cortesanos que sólo ellos emigraban los veranos? Ya se habrán desengañado de que aquí, respecto a modas, nadie se mama el

dedo. Desdichada la familia de tono que allá por octubre no pueda contar sus recientes aventuras de aldea y presentar sus niños tostados por el sol y tintos en polvo de calamina. Lo cierto es que la vida de aldea, para los de provincias, es mucho más cómoda que la de provincias para los de la corte: así se opina por acá. El verde de nuestras praderas, la frondosidad de las callejas, la estrechez de las viviendas y el sol abrasador que envuelve el paisaje han descubierto, de tres años a esta parte, más virtudes que la sedativa de Raspail, más que los glóbulos de Hanneman y mucho mayores que las aguas de Panticosa.

Ya no hay enfermos de peligro en esta población; nuestras beldades más pálidas y sentimentales en mayo, las verás por octubre robustas como pasiegas; las aguas del campo, amigo; la frondosidad de las callejas: es prodigioso. Entre tanto, pásmate, en los mismos nidos que nuestras enfermas desalojan en la capital, recobran la vida y el vigor las voluptuosas cortesanas... Aquí de la ciencia, porque yo no la entiendo. [66]

#### Crónica local

Yo no sé cuándo ni dónde; pero me consta que en alguna parte, y no hace mucho tiempo, dije que Santander, en el presente verano, había de estar hecho un Edén. La hermosura de su paisaje, su suave y delicioso clima; el mar, ese mar que a cada instante se presenta a nuestros ojos con un nuevo carácter y siempre bello y majestuoso; las saludables brisas de su costa, más las reformas tan notables que en poco tiempo ha sufrido, debían llamar mucho la atención de esa parte de la Península española donde el mes de junio es una epidemia para sus habitantes.

Cierto es que las tales mejoras ni han sido tantas ni tan completas como sería de apetecer en las actuales circunstancias; pero no por ello la profecía ha dejado de cumplirse. Santander, que no era mucho para los indígenas, tiene hoy en su recinto otro pueblo exótico...; pero ¡qué pueblo! Si Mahoma lo pudiera ver, seguramente ponía una fe de erratas al Corán, y allí donde dice Paraíso mandaría escribir:

«Santander, 9 de agosto de 1859.»

Muchas son las provincias de España que en esta bella exposición humana se hallan representadas por alguna obra maestra; pero Castilla, la clásica Castilla, si por sus polvos famosos tenía un altar erigido en cada corazón de estos comerciantes, hoy resuena su nombre con el mismo entusiasmo hasta en el de los más profanos a la ciencia que, como dice Bretón de los Herreros, estriba en dos vocablos: *daca* y *toma*.

Decididamente, me reconcilio yo también con el país de los garbanzos, que no son ellos ni el trigo su fruto más precioso, ni la narcótica amapola la única flor que se atreve a levantarse sobre aquellas sabanas inmensas de calcinada tierra.

No quisiera herir en manera alguna la susceptibilidad del espíritu patrio de las lindas hijas del Pisuerga y del Ebro que a la sazón se encuentran con nosotros; pero creo

ingenuamente que figuras tales necesitan más un fondo tan poético como el que ahora ocupan, que el árido y marchito sobre que nacieron.

Esta opinión tendrá de egoísta todo lo que se quiera, pero nada de mal gusto. Apelo, si no, al fallo de mis paisanos. Quizá alguno, separándose del común asentimiento, dijera que bien se está San Pedro en Roma y que, para pago de nuestras culpas, harto purgatorio tenemos por acá; pero esto nada significa: la causa más santa no se ha visto nunca libre de un detractor y hasta de un juez que la condene.

Para los que de un mes a esta parte no han tenido la dicha de vivir en este pueblo, quisiera yo poseer en mi pobre paleta de pintor de costumbres el colorido necesario, a fin de mostrarles con toda exactitud el ameno cuadro que esta sociedad representa; mas como no lo poseo, ni tampoco el arte de componerlo, vénganse ellos hasta aquí, si avaros son de lo bello; y si mi consejo les merece alguna atención, tórnenlo al pie de la letra: vénganse de noche y por el camino de Bebedo.

Como mucho ha debiera haberse hecho, mientras el sol alumbra pertenece el territorio a los prosaicos arrastres del comercio; cuando el sol se pone, Mercurio pliega sus alas, y Venus, Flora y Diana..., y Vulcano y Marte, que no [67] pueden faltar donde aquéllos estén, lo toman por su cuenta.

Al emprender esta innovación, ¿habrán cedido las mujeres a un simple capricho o a la rigurosa ley de la conveniencia? Yo creo que a la última; la opaca luz de los faroles se presta mejor que los fulgores vívidos de Febo a los cuadros de fantasmagoría.

Cuando en los espectáculos del mundo son los actores los hombres y las mujeres, la luz artificial es de necesidad. Es muy grande la Naturaleza y muy pequeña la Humanidad para exponerlas juntas sin que se descubra la tramoya.

Por otra parte, la mujer, sea por hábito o por natural contextura, desenvuelve por la noche ciertas cualidades que oculta durante el día.

A la luz de un reverbero es menos tímida o más expansiva; sobre todo, más parlamentaria.

La que apenas se digna saludaros al mediodía, os sonrío afable después de anochecido.

La que os saluda con el sol, os admite a su lado cuando se ha puesto.

La que en el primer caso os brinda con su amistad, no se escandaliza con vuestro amor en el segundo.

Y si a la hora de prima os da la mano, a la de nona consentirá que le piséis el pie.

Siguiendo este camino, es decir, esta teoría, se encuentra la razón del baile.

Todo lo cual puede explicarse de una manera muy sencilla.

Dominando en todos los actos de la mujer un principio pudibundo, son más osadas dentro de los radios de un farol de gas o de una bujía de esperma, por la confianza que tiene de hallar a muy pocos pasos, en un caso extremo, la égida de las tinieblas.

¡Cuánto se ha hecho en el mundo bajo este momento!

¡Cuánto sabría la humanidad si por un instante aplicara Apolo el vapor a su carroza y llegara al Oriente seis horas antes de lo convenido!

Pero mejor es que no llegue. Para descubrir ganzúas y moneda falsa, contrabandistas y, por ende, negocios de ilícito comercio, preferible es vivir ciegos. La vida es corta; conquie, si matamos las pocas ilusiones que nos restan, será cosa de poner el cementerio dentro de la pila bautismal.

Dejemos inútil filosofía, no haga el diablo que tomen las unas como tuyas las faltas que sólo son de los otros.

Admitiendo como principio fundamental de la felicidad las ilusiones, o, lo que es lo mismo, mirando solamente por la propia comodidad, o viviendo al día, como los que nada tienen ni nada esperan, la vida social de Santander, en lo que llevamos de verano, no puede ser más oportuna para aproximar la tierra al cielo... de los placeres.

Vivimos a la intemperie y a la luna, como antes dijimos.

Pero lo que no hemos dicho aún es la manera de vivir..., ni lo diremos tampoco, porque, envueltos en una nube de gasas, de blondas y de flores, hemos sido arrastrados de paseo en paseo, de baile en baile, de espectáculo en espectáculo, por espacio de muchos días, sin que entre tanto movimiento y agitado remolino nos hayamos podido dar cuenta del menor incidente. Solamente, como el recuerdo de una pesadilla, conservamos algunas palabras vagas, y éstas porque las hemos oído muchas veces en la vida y siempre con igual repugnancia: «La teoría del amor por varios aficionados de menor edad.»

Pero, señor, ¿no es cosa chocante que la flamante sociedad, basada precisamente en el sistema de innovaciones, no invente otro tecnicismo amoroso o dé otra forma a sus discursos?

¿Y no es muy notable también que las precoces mujeres de hoy no escarmienten en los ejemplos de sus inmediatas [68] predecesoras, a propósito de babeos y de tiempo perdido?

¡Oh ficción!... Comprendo que un gastrónomo coma tronchos de repollo antes que dejar hambriento su estómago; pero no concibo que una mujer sin amor de ley apechugue con un pollo, como no concibo que una flor, por no tener un seno en que ostentarse, anhele los besos de un caracol o los mordiscos de una oruga.



Debe suponerse que lo que queda dicho se refiere puramente a la vida normal de la población, que ha sido el introito y nada más de los cinco últimos días, cuya historia, al escribirla con todos sus pelos y señales, no cabría en las columnas de La Abeja Montañesa.

Cinco días: cuatro bailes de campo, una tarde de regatas y de cucañas, una noche de fuegos artificiales y cuatro corridas de toros. ¿Puede hacerse más en menos tiempo?

Imposible. Hoy, que ya lo vemos desde la parte de acá, nos parece milagroso haber pasado por ello sin avería de consideración.

No era el asunto para menos.

El recinto de Santander ha sido manga de regadera, urbeta de trasiego.

En cada lugar del espectáculo caía la gente como un aguacero y siempre llovido del espectáculo anterior.

Y a fe que al caer se agarraban; baile hubo que no se deshizo ni a chubascazos.

Allá va un cuento:

Había, tiempo ha, un lego franciscano, tragón como un molino y gorrista como un lego, pero que, más diestro o menos desvergonzado que todos los de su laya, jamás se introducía en casa de su vecino sin una disculpa que lo autorizase. Esta disculpa era un par de morrillos que llevaba dentro de su insondable manga con el inocente y modesto designio de que se los guisasen para comer.

-Pero, padre -le decían-, ¿es posible que usted se alimente con tal sobriedad?

-Hijos míos -contestaba el padre con la mayor mansedumbre-, a todo se hace el hombre, aunque sea a comer piedras; y entiendan que, bien guisadas, buenas son.

-Pues sírvase su paternidad decirnos la receta, porque como nunca las hemos guisado...

-La receta, hijos míos, es muy sencilla. Primeramente, pondréis las piedras en salsa verde... o amarilla -que en esto de colores no reza nada el seráfico padre-; después lo revolveréis todo con media docena de huevos bien duritos...; algunos suelen añadir unas magritas de jamón, yo prefiero unos embuchaditos, y media libra de carne de puerco en albondiguillas...; un jarrito de buen blanco y, en fin, todo lo más sencillo que encontréis y que la santa caridad os dicte...

-Pero, reverendísimo, ¿y las piedras?

-Las piedras..., las piedras me servirán para cenar.

«¿Y a qué cuento viene aquí este ídem?», dirá muy oportunamente algún lector.

Sea, por un momento, la plaza de toros la piedra, la tajada fundamental; llamemos al público lego, y a los bailes de campo, regatas, cucañas..., y al aire libre, la salsa económica... Ahora, el que sepa matemáticas que me entienda.

El teatro, como temíamos, sufrió una cogida, y no murió de ella, a causa de haberlo tomado como lugar sagrado los que no cabían en otra parte.

Esto no es extraño. ¿Quién no cede a las tentaciones del baile? ¿Cómo preferir uno solo de luneta, bajo un techa no muy alto, a la frescura y refocilamiento que producen un par de piruetas a la intemperie?

Y con doble motivo estando el templo [69] de Terpsicore a pocos pasos de la plaza de toros.

De ambos recintos os diera, lectores amabilísimos, minuciosos detalles; pero el tiempo es corto y la tirada apremia; otra vez será otra cosa.

Entre tanto, después de las recientes zambras y jaleos, ¿pensáis que Santander ha quedado como un campamento militar pasada la batalla, es decir, asolado?

Pues nada de eso; es un volcán apagado, pero que deja sentir en sus entrañas las señales de otra erupción.

Aun se habla de otra media corrida, aun faltan muchas romerías, aun restan muchos bailes, y por si esto es poco, dentro de cuatro o cinco días empezará Teodora Lamadrid a arrastrar al teatro a ese mismo público que hoy le abandona, porque... así le vendrá mejor...

## PAREDES

(De La Abeja Montañesa.)

Agosto de 1859.

## El chambergo

Hay que desengañarse: no es el porvenir de Italia ni el destino de Napoleón III lo que en España absorbe la pública atención; la cuestión que hoy nos preocupa, la cuestión palpitante es más capital aún; cuestión que corre desde la plancha del sombrero a la tijera del sastre, y desde entrambas regiones hasta las altas Cámaras legislativas; cuestión de formas, de plumas y, de pelos, manoseada por el bello sexo, revuelta y agitada por nuestros

epidémicos pollos y hasta declarada ya en movimiento bajo las más venerandas y encanecidas greñas de la nación; cuestión que, al ver el giro que ha tomado, si no se resuelve pronto será capaz de envolvernos en la guerra civil más desastrosa. Examinémosla, pues.

Hace muchísimos años, cuando el Poder español pesaba aún sobre las demás naciones europeas, el sombrero chambergo se hallaba en toda la integridad de sus formas; mas apenas empezó aquél a decaer, y en razón inversa, estiró la copa y encogió las alas; y siempre bajando el uno y disfrazándose el otro, llegó España al penúltimo escalón de la importancia, y el glorioso flamenco a perderse en un laberinto de formas y de ideas. Cuando ya estuvimos como el gallo de Morón, entróle una tricornitis de allende el Pirineo, enfermedad que de poco convierte nuestra nacionalidad en gendarme francés. Apenas, con muchísimo trabajo, se vio convalecido de ella, como nada tenía que perder, destacóse estulto y desvergonzado sobre nuestras cabezas. Gigante de cartón y de felpilla, quedáse dominando sobre una nación de pródigos, los últimos despojos de tan pingüe herencia. Resistiendo los embates de los más tremendos huracanes, altivo ante las supremas deliberaciones de los hombres -modas de París-, firme y arraigado en nuestras cabezas, frente a frente con los partidos honestos más pronunciados, reíase para su forro de nuestras miserias. Lejos de bajar un punto de su altura, alzábase más aún, y, como la mala semilla, extendía su raza por toda la Europa, llevando su osadía hasta el extremo de pretender echar el ala sobre el sano turbante de Mahoma. [70]

Allí le pegaron un meneo digno de tamaña pretensión; y, vuelto a Europa, trató, corrido y abochornado, de vengarse con nosotros, invadiendo con su poder lo poco que le restaba. Triana, el Perchel, la Viña y otros barrios famosos por su amor y adhesión al vestido de sus mayores, cedieron a su pujanza, y el mundo entero vio con escándalo descollar al negro fantasma hasta en los congresos de los gitanos. Tan tremendo revés echó por tierra nuestros bríos. Y el campo quedó por el invasor. Entonces, dueño absoluto de cuanto su copa distinguía, de todo un hemisferio, trató de tomar estado; pero no hallando, por su deformidad; una prenda bien nacida y con nobleza en las costuras que le quisiera su consorcio, apeló a su omnipotencia y creó una familia, sacándola poco menos que del caos. Pero ¡qué familia, gran Dios! El arlequinesco y contrahecho frac, las trabillas, el corbatín de muelle, todos instrumentos de tortura, símbolos de su despótico y vanidoso imperio. Así, bajo tan bárbara presión, vivimos largo tiempo; hoy apenas se comprende, a no ser la Humanidad de estuco. No dé Dios al hombre todas las plagas que pueden existir. Como toda víctima débil, nos consolábamos con hacer muecas al tirano cuando no nos observaba; pero devoramos nuestro despecho en su presencia. Chistera, baúl, canoa, sorbetera, góndola, castora, colmena..., todos estos piropos y otros muchos se le lanzaban a cada paso desde el fondo de su copa; pero él, siempre bravo y cada vez más alto, parecía reírse con desprecio y decirnos: «Dadme franqueo y llamadme tonto.»

Sea por los aires que a la sazón corrían de hacia el Norte, o porque, al fin, hasta el movimiento se cansa, nos armamos de valor y llegamos hasta pegarnos un revolcón bajo de él. De este paso atrevido sacamos las trabillas rotas y dos puntos más flojo el corbatín. Los sastres de París nos aplaudieron, y quedó escrito en el gran libro de las medidas que la costumbre española se había constituido. Ya sueltos de abajo, pero siempre enganchados por la coronilla, podíamos funcionar libremente, aunque en pequeño círculo y como badajo

de campana. Además, visto el buen éxito de la primera tentativa confiábamos en que de otro voleo íbamos a quedar como el humo. Por vía de ensayo hubo una ocasión en que, mirándonos unos a otros y comprendiéndonos perfectamente, echamos la zarpa a los faldones del frac con ánimo de desgarrarlos; pero viéndolo su alteza, erizados sus pelos de coraje y apretando la badana contra nuestra frente hasta arrancarnos lágrimas de dolor, nos despojó de la prenda como indignos de usarla cada día, y mandó que se guardara, nueva siempre y entre esencias, para las grandes solemnidades. «Pues que no la queréis -nos dijo-, pueblo rebelde, ella será nuestro tormento. Allí donde resida el placer, la gloria, los honores, el amor, la hallaréis, como la mano de Baltasar; como fúnebre corneja, batiendo sus negras alas, ha de perseguiros... hasta el tálamo nupcial.» Nunca anatema alguno fue lanzado con mejor acierto; las pruebas abundan.

Entre tanto, el negro y acartonado señor de pueblos y de reyes seguía burlándose de todos, bajándose, subiendo y aflojando, pero siempre huyendo de tocar los límites de su primitiva forma, por si le decíamos; «Te pillé.» Así estábamos constituídos, cuando algunos españoles, honra, por cierto, de nuestro siglo, recordando las glorias de sus tatarabuelos conquistadas a la sombra de chambergas alas, llenos de noble arrojo, se echaron a la calle, protestando [71] contra la vil chistera, cubiertos con gracioso chambergo.

Como suele Suceder en tales casos, al ver a los incorrectos, unos se encerraron en casa, diciendo: «A lo que tengo me agarro», y se encasquetaron la góndola; otros se agregaron a los grupos liberales, y los más se agazaparon en espera del triunfo para irse con él.

He aquí el estado actual de la España, que es el estado mismo de la cuestión a que nos referíamos al principio de este artículo; cuestión que, según recientes noticias, se resolverá favorablemente para los chamberguistas; pues no en vano la patrocina en la corte la reina de la belleza y de la aristocracia, ni en broma la dan en su cabeza preferentemente lugar las primeras capacidades políticas.

Lo cual quiere decir, señores pollos provincianos, que no sois vosotros, ni tampoco los niños ni los tontos, los encargados pie secundar por acá el golpe maestro que retumbó en Madrid, descargando sobre la peluda bóveda de ese edificio, oprobio de la arquitectura sombreril. Mejor que haberos lanzado por esas calles y paseos de Dios, ostentando vergonzosamente hongos y convirtiendo en figle la trompeta de la chamberga fama, hubiera sido Para todos que, mientras hombres de algún valor social os dejaran formar a su retaguardia, hubierais echado el domingo a cales. ¿Para cuándo queréis los tronchos y las patatas? Proveeos, hijos míos, de estos proyectiles; comenzad desde hoy por declarar la guerra a la chistera, sin perdonar edad ni categoría, y cuando, como de raza maldita, no quede una inclinada sobre tierra española, veréis sobre sus ruinas levantarse, desternillado de risa, a

JEREMÍAS PAREDES.

(De La Abeja Montañesa.)

Artículos inocentes

III

Al director de

«La Abeja Montañesa».

Querido amigo: Voy a cumplir tus deseos, aunque al intentarlo no llene los míos. Por si los medios te sorprenden, me creo en el caso de explicarme contigo.

Estamos en pleno siglo de las luces, siglo en que, al decir de las gentes, tiene la razón un culto, y la de cada prójimo, la libertad más omnímoda. A este principio inconcuso se debe, sin duda alguna, la consecuencia que estamos tocando a cada hora, a saber: que la moda sea en nuestros días un sendero por donde caminamos como mulos en reata, en pos de una cosa cuyos géneros, especie, forma y valor importan un bledo si la opinión, otra fruta, del tiempo, la ha colocado en el lugar más avanzado del referido sendero. Si dicha consecuencia te parece un poco absurda y hasta estúpida, no me acuses de poco lógico, pues no la he sabido, ni en ello le pensado; hela encontrado así, como la ves; así te la enseño [72] y así te la dejo, mas sin extrañarme, porque nada es más común que ver en nuestras costumbres aberraciones como templos, acatadas como principios evangélicos; los extremos se tocan, amigo mío; y junto a la refinación del gusto está su depravación; el pequeñísimo espacio que los separaba lo hemos salvado ya; para rapidez, los hijos del vapor. Con tal de llegar a un punto dado, y lo más antes posible, poco importa el cómo; díganlo las vías férreas y, en su defecto, algunas finchadas excelencias. Pero volvamos al caso.

Resulta, pues, que al desempeñar el compromiso que contigo contraje, siento una comezón que me subyuga, un deseo invencible de meterme en el sendero de que te acabo de hablar, en el cual está, sin duda alguna, la fórmula a que debo ajustar el trabajo que me ocupa. Echarse un hombre a cronicar, así de rondón, sin una notabilidad a quien dirigir sus párrafos chismográficos, sin dar a su composición las formas epistolares, es una cosa que me estremece a la vista de ese fárrago de cartas que de poco tiempo a esta parte ha dado en invadir las columnas de los periódicos más circunspectos de la corte. He aquí, en literatura, el sendero de que voy hablando. O no escribir revistas o hacerlo en una carta, amén de añadir a cada una el adjetivo que legitime su procedencia; verbigracia: madrileñas, si son de la corte; manchegas, si son de Tembleque; rifeñas, si son de Tetuán, et sic de cateus. Y cuenta que tal es el fruto que va dando el género, que puede llamarse postal sin miedo de equivocarse; pues no cabiendo por su tamaño y atenciones que exige una simple estafeta o cartería, no está lejos el día en que el Gobierno, mirando el asunto con el interés que reclama, los someta a un tratado con los autores que defraudan la renta de la Hacienda injiriendo entre las noticias políticas de un periódico los asuntos de gabinete y hasta de fregadero, que siempre han sido patrimonio de los hurones y consumidores de los sellos de franqueo.

Efecto del amor y veneración que el nuevo género me inspira es el que salgas hoy a la pública vergüenza, reservando, sin embargo, tu nombre patronímico, y no en verdad por prudencia ni en atención a tus modestias, sino, porque el que va a la cabeza de esta carta, con ser más categórico, entona un poco más mis ínfulas de literato. Hasta siento que no le preceda una excelencia o que le subsiga un rosario de preeminencias; pero esto es irremediable y prueba dos cosas a cual más triste: que tú vales muy poco en el mundo actual cuando nada tienes de esos ilustres adherentes por más bajos que se coticen, y que yo valgo mucho menos que tú cuando te cuento por el amigo de más campanillas; y no te ofendas por la palabra, pues va de metáfora. Por ende, no me agradezcas tampoco la dedicatoria, pues con lo dicho se prueba que va para ti a falta de otra persona de más aquel, hablando al uso de la tierra.

También pudiera haber apelado a tal cual matrona de reconocida familia en el mundo elegante, o a las iniciales siquiera de alguna pudibunda y severa beldad, previo el adjetivo de simpática, amable, bella, celestial, etc., etc., dedicatoria que es lo sublime del género que anda en boga; pero me ocurrió al momento que, sobre no conocer y personalmente a ninguna, escribo en un país que las conoce a todas las que citar pudiera, que no son pocas; y que este recurso pega muy bien en la corte precisamente porque nadie las conoce más que su adulator, sus contertulios, y a lo sumo los serenos del barrio, que son convidados externos a todos los thes danzants y demás espectáculos [73] que formar la base del mencionado género de literatura postal.

«Mal precedente es éste», dirán bellas y numerosas lectoras de tu periódico: hablar de las efemérides sociales sin contar con una sola belleza a quien dirigir la palabra, arguye ignorancia redonda de la topografía de los salones, de perspectivas matrimoniales y de un sinnúmero de capítulos de orden y buen gobierno, como es el de expedición de pasaportes para las expediciones de verano; de sanidad pública y particular, como el número de solicitudes de cédulas para zambullirse en las bañeras de Ontaneda, o el de vasos de charol en ajuste para beber la ferruginosa linfa de la fuente de la Salud. ¡Ay, y cuánta razón tienen tus suscriptores si ha de exigirse al cronista veracidad en sus relatos! Mas no es este defecto el que a mí me aflige, a pesar de la opinión de tus abonados; lo de menos sería mentir un poco y sacrificar la conciencia a las exigencias de la moda, moneda muy corriente en el tráfico revistero-epistolar; lo de más es que aun cuando quiera mentir con toda la desvergüenza que pudiera inspirarme la pasión que siento por el género de literatura en cuestión, me faltan los medios de verificarlo con éxito tolerable siquiera, ya que no a la perfección.

En efecto, yo no poseo ese lenguaje gráfico de los modernos revisteros; desconozco totalmente ese potaje de galicismos entre los cuales asoma, transfigurado el ramplón español con cara de protesta hacia el intruso que, no contento con serlo, quiere echarle de casa; ignoro esos modismos extranjeros de tanto efecto hasta para los que los desconocen, como son las siete octavas partes de los lectores, y que con tanta, ventaja sustituyen a los llamados buenos giros del nauseabundo y clasicote idioma de la madre patria.

Feijoo, Isla, Alvarado, Cadalso..., cuantos ingenios españoles han venido cultivando el género epistolar en rancio castellano, fueron unos badulaques, por más que la fama diga otra cosa y afirme que en sus respectivos géneros fueron cada uno una lumbrera que aún

hoy sigue alumbrando a más de cuatro miopes, y que les es deudora, acaso de su vida, la literatura nacional. Y nótese bien este adjetivo, que con el dicho se está el fundamento de la fama de aquellos pobres hombres. Tenía entonces la literatura un sabor empalagoso, casi tanto como los potajes de los conventos y cuarteles en que se confeccionaba; mas como no se conocían pues ni fricandós, los candidotes nietos de Cervantes tramábanla con la mejor buena fe, sin acodarse para nada de la cocina francesa, que más tarde había de sufrir con decidida preferencia a los hombres de alguna importancia en la república de las letras... ¡Oh supina ignorancia! ¿Cómo pudo el filósofo padre Feijoo consagrar tantas vigiliass, tal rimero de epístolas nos ha legado, a las áridas cuestiones de religión, de filosofía, artes, oficios, ciencias y literatura, sin reparar un poco en la elasticidad del género que cultivaba en el porvenir que le estaba reservado fregando con él los gabinetes de una cortesana? Mientras los otros, profundos políticos, eminentes moralistas, desfacedores de entuertos sociales, agotaban velones y chamuscaban mechas de algodón emborronando pliegos y más pliegos, sacudiendo tajos y mandobles a todo estorbo que hallaban a su paso, ¿cómo no se les ocurrió dejar las cosas como estaban, cantar las jerarquías políticas, barrer las gradass del Poder, adular la aristocracia financiera y entrar en los suntuosos estrados, no para estudiar los vicios y las aberraciones de la culta sociedad, satirizándolos luego con el nocivo fin de extirparlos y traer a otro sendero la descarriada civilización, sino [74] para convertirse en sabrosos narradores de todos los sucesos de telón adentro y ser los panegiristas del encumbrado señorón monsieur le bon ton? Se plega tan bien el estilo epistolar a estos asuntos, cabe tanta amenidad en él prodigándolo cada día... Y, sobre todo, cae tan bien al pie de una lista de defunciones, de bailes, en proyectos de matrimonios en ciernes, de trabajos y toilettes, la firma de un literato de algún mérito, que casi hace que uno mire de buena gana y con tolerante afabilidad los revolcones y descalabraduras de tanto imberbe e incompetente doctrina al escalar difíciles y para ellos imposibles empresas, que acometen por la sencilla razón de que las encuentran abandonadas por sus legítimos defensores, a caza a la sazón de misterios de gabinete. Es verdad que algunos, o la mayor parte, de los flamantes cronistas, han llevado su modestia hasta el extremo de ocultarse tras de un seudónimo vulgar, no conceptuando, sin duda, dignos de suscribir con los de pila sus sabrosas misivas; pero no es menos cierto, y sírvales de gobierno y de orgullo a la vez, que el disfraz se transparenta y que sólo ha servido para excitar la curiosidad de los cronicófilos encargados ya de legar su nombre a la posteridad en letras de oro zurcidas sobre el más rico chiné, glacé o moiré, que esto irá en gustos, recomendados por Le Petit Courier, o Le Follet de las fábricas más en boga de París.

¡Y que mucho hará la posteridad... de elegantes y modistas en tributar sus homenajes de admiración, aunque sea con flores y prendidos, a la memoria de los que en el mundo fueron perpetuos vates de los talleres de la moda y patrones vivos de la elegancia comme il faut?

¿Y deberá resentirse la reverenda literatura al verse despojada de sus hijos por la veleidosa divinidad del siglo? No, y mil veces no. Los hijos hacen perfectamente en abandonar el materno regazo cuando en él no encuentran el lucro que a manos llenas les prodigan en esos alcázares donde se enseñorean la molicie y el lujo en todo su más estimulante desarrollo. Y es muy natural. ¿Qué intereses puede inspirar a un lector discreto y amante de las letras el desenvolvimiento de una idea fecunda en resultados para la república o para la literatura, bajo las severas formas del arte, por un hombre de buena capacidad y no vulgar educación? Ninguno absolutamente; pero, en cambio, ¡qué de deleite

y de sustancia encierra un párrafo chismográfico, en estilo flamante, repetido diaria o, cuando menos, semanalmente, reseñando los acontecimientos de la morada de un mecenas de miriñaque, hasta de los más apartados rincones de la monarquía! ¿Qué habrá en el mundo que pueda interesar más a un suscriptor de un periódico que el número de condes y marquesas que tratan con distinguida franqueza al mimado revistero H o B; que el diálogo de un baboso con una mocosuela, y los grados de palidez de la bella señorita de Tal, respecto de la robustez de la misma en la noche anterior; y si la graciosa baronesa de X se prepara a conceder su blanca mano al simpático e ilustrado marquesito de I, muy conocidos, por supuesto, en sus respectivas casas; y la jaqueca de la respetable señora de A, justamente agravada con la muerte repentina de su querido faldero americano; y la oración fúnebre sobre este animalito, y si la otra cantante sensible de afición dio el sí con la mayor facilidad delante de una notabilidad extranjera que escribe el suceso inmediatamente a su corte, y dice que ya somos felices en España y caminamos con el genio civilizador; y las piruetas que hizo la esbelta sílfide, señorita de N; y los dedos de alzada que tiene de más el tronco nuevo del banquero M sobre el normando del palaciego [75] S; y los esparavanes y sobrehuesos que le han resultado a la jaca de Pepito... y tutti quanti...? Esto, esto y nada más es lo que priva; esto es lo que honra a la literatura y arma a los literatos; éste es el árbol a cuya sombra debe acogerse esa generación que, al fin del primer tercio de su carrera, marcha, según es fama, con insaciable avidez de ciencia y de saber. No hay que darle vueltas, amigo; la literatura está en su terreno, y es un signo de su restauración cuando se arrastra por los estrados y los talleres de las modistas; y el literato dejará de llenar su misión sobre esta tierra de miserias mientras no se consagra en cuerpo y alma a comentar chismes, a publicar mentiras y profanar la lengua de su patria o a renegar de ésta si la dificultad se apura un poco. Honra y prez para estos apóstoles de las bellas letras.

No esperes, pues, que mi tosca péñola invada ese terreno con la marcial desenvoltura que tan alto ha colocado nombres que no prestaron nunca más que para lo que aún prestan los Juan Portal, Perico el de los Palotes, Juan Lanas... o Lucas Gómez; es decir, para vulgarizar un personaje, para pintarle de un solo rasgo, como la esencia misma de lo ramplón, de lo adocenado, de lo paciente, de lo infeliz, de lo vulgar; ni tampoco esperen estos señores que tomando a cualquiera de ellos por mi cuenta le ponga a la orden del día, hasta que se le disputen de regazo en regazo las Horas y las Enriquetas, las Lauras y las Elis as de hogaño; no, por Dios. Para hacer célebre a uno de estos personajes es preciso que se le vista por capucha una autoridad literaria, o, por lo menos, del gran tono; y después de zambullirle y perfumarle en estrados y gabinetes, le saquen a la expectación pública manejando el incensario, glosando en mal extranjero la vida de los salones y cantando a la faz del mundo las efemérides de la región del lujo y de la opulencia. Nada de esto puedo yo hacer, mal que me pese: primero, porque, como dejo dicho, no rayo tan alto en mis costumbres ni en el arte de cantarlas, y segundo, porque aunque rayara, los refinados elementos de la sublime escuela aún no han conseguido formar atmósfera en este rincón donde te escribo y tú resides. Esta circunstancia deben tenerla en cuenta tus suscriptores cuando echen de menos en estos párrafos el sic de una carta... montañesa. Mentir de lo que no se ve, aún puede hacerlo sin comprometer su reputación un revistero; antes, por el contrario, ganando mucho en ella; pero comentar lo que no existe es harto grave para los pobres recursos de un cronista provinciano, y hasta de mal efecto entre estas gentes sencillas. Hay que convenir en que esta capital está muy atrasada; aún en ella se rinde culto al trabajo antes que a la moda, y entre el baturrillo de su tráfico apenas revolotean vagos y



sin destino dos docenas de personajes de buen gusto capaces de formar círculo aparte, sin que el polvillo mercantil mancille y adultere los perfumes de sus prácticas del gran mundo. Creo firmemente, y tú lo creerás también, que un parisiense de pura raza o un madrileño castizo se morirían aquí durante el invierno de hipocondría, sin que la unción les alcanzara. Y estas hijas de Eva serían muy capaces de consentirlo sin poner de su parte el más mínimo, remedio. ¡Y les era tan fácil! Pero ¿qué se puede esperar de unas bellezas que pasean semanalmente, que zurcen calcetines, que toman la cuenta a la cocinera, que no saben transformar a una sirvienta en portapliegos, que llegan a los dieciocho años sin haber sacudido el yugo de la vigilancia paterna, que no saben inglés, y muy poco francés, ni montar a caballo, ni tirar a la pistola; que no viajan dos veces al año, ni tienen diario, ni maestro de armas, ni picadero? Estupidez [76] como ella. Y es que no saben que las costumbres transforman hasta la Naturaleza misma. En los altos círculos, según las crónicas relatan, ya no hay feas ni tontos; a donde más baja el apreciador es a simpática y modestos; de aquí para arriba échate sin cuidado, que aún no alcanzas al cronista por mucho que corras.

Tampoco se crea por lo dicho que es entre nosotros enteramente extraña esa civilización social; no, señor; distamos mucho, sí, de poseerla en toda su magnitud, pero esto no quita, gracias a Dios, el que vayamos caminando por ella poco a poco y con segura fe de darla felicísima. Ya nos bañamos, no en Arechavaleta, Biarritz, Baden ni Cestona; pero sí en Liérganes, Las Caldas, Ontaneda o Viesgo, sin que la salud lo exija ni mucho menos; hacemos nuestros viajecitos de verano, y si bien no llegamos a Alemania, Suiza ni Italia, tenemos aldeas en la provincia que sirven, aunque con trabajillos y apreturas, para confinarse tres docenas de familias de lo mejorcito de la población hasta bien entrado septiembre; tenemos para excursiones domingueras, a falta de un Aranjuez, un Carabanchel o un Pardo, un Boo, un Guarnizo y un Renedo muy cucos; y contamos, sobre todo, para que no les falte la fisonomía a estos y otros pasatiempos, un gran acopio de imberbes doctores que durante la estación de los granizos se están embebiendo en la corte en lo más sustancioso de la doctrina y en las fuentes más autorizadas. ¡Bah! Tenemos mucho, si bien lo examinamos, en pequeña escala, por supuesto; pero por ahí se empiezan las grandes transformaciones.

Lo que a cualquiera debe chocar en extremo es que Santander, tan lejos de las modernas formas de sociedad, tome en la estación en que vamos a entrar un aspecto tan seductor, que no solamente surta, y con creces, de placeres a sus habitantes, sino que brinde con otros tantos a los que, hastiados de los suyos durante el invierno, apelan a los extraños en los meses de los tabardillos.

Los que en años anteriores han tenido el capricho de visitar nuestro bello país, y que, de fijo, continuarán visitándolo mientras puedan, saben muy bien que no exagero; los que no han pisado aún las praderas de la Montaña, háganlo este verano, y yo les respondo de que no les pesará, pues aunque de puertas adentro caminemos como verdaderos provincianos, de tejas afuera, en cambio, es donde están nuestros placeres de verano. ¡Es tan bella la Naturaleza del país! ¡Cuesta tan poco trabajo, ayudándola un poco con el arte, transformarla en mágico teatro!

Así, pues, permíteme, entrando de una vez en materia..., que me largue a solazar con las puras brisas de nuestras praderas, más lozanas y floridas que nunca, y en todo el vigor de su hermosura desde que la Pascua asomó su alegre faz tras el último potaje de Semana Santa.

Conque pásalo bien, carísimo director; y si después de tanto fárrago resulta que no he dicho nada de lo que tú apetecías, perdóname en gracia de mis buenos deseos de servirte... y de no sé qué más.

Por lo que hace a tus bellas suscriptoras, que son para mí las más temibles, espero que también me otorguen su indulgencia, pues si bien lo que dejo expuesto no forma en signos un artículo de modas, sóbrale, estoy seguro de ello, más de medio palmo para ser todo lo que se llama un artículo a la moda.

PAREDES.

(De La Abeja Montañesa.)

9 de abril de 1860. [77]

Correspondencia privada  
Santander, 28 de julio de 1860.

No puedo más, mi querida Laura. Estoy rendida, fatigada; apenas me quedan fuerzas para escribirte esta carta que te prometí al avisarte mi llegada a esta ciudad de las sardinas, como ahí la llamábamos, o de las anomalías, como la llamo ahora que la conozco mejor. ¿Qué habrás dicho de tu amiga que tan mal te corresponde? Quince días sin escribirte llevando veinte de ausencia. Soy una ingrata, Laura; una desnaturalizada; y con todo, yo quisiera verte en mi lugar; estoy segura de que te sucedería lo mismo que a mí. Arrastrada de placer en placer, sin permitirme volver los ojos hacia ninguna de mis viejas afecciones, me han conducido hasta hoy, pequeño paréntesis abierto en tan larga serie de fiestas, momento de respiro que aprovecho para consagrarme toda a tu memoria.

¿De dónde sacaste la peregrina idea de que el carácter montañés era frío y atrabiliario? No lo conoces, Laura, o mejor dicho, te ha engañado una falsa apariencia. ¿Te acuerdas de Enriqueta? Ya sabes su manera de vivir: capaz de estarse la mitad del año impasible, indiferente a todo cuanto la rodea, si un día se la precipita en la corriente del mundo es preciso decirle: «¡Deténte!», y a las voces no bastan las «fuerzas humanas para que se detenga en su furiosa marcha. Tal es este pueblo, según lo que llevo observado. Insensible e incansable en su postración, el día que despierta no lo alcanza un galgo.

Cumpliendo con lo ofrecido, voy a referirte, aunque a paso redoblado, mi vida y milagros desde que estoy en esta ciudad, si posible me es en medio del laberinto que me rodea y con los pobres recursos de mi ingenio... Este trabajo pudiera yo tenerlo bien

excusado, ahora que me acuerdo, si estos escritores provincianos fueran un poco traviesos; pero, hija, son tan sosos, por desgracia... Bien haya nuestro Pedro Fernández, con sus temas cartas. ¡Jesús, cuánto me acuerdo de él! Si en un simple chocolate sabe encontrar sobrado asunto y materia más que abundante para... una molienda lo menos, ¿qué no haría aquí donde el caracas es un artículo de primera necesidad? Decididamente, los hombres como nuestro cronista madrileño son un adelanto más del siglo, pero que en provincias ha de tardar mucho en aclimatarse. Chica, ¿sabes que son muy vanidosos los provincianos? Yo pensé que España era la corte; pero quizá son tan diferentes de esos hombres estos otros. Tan diversas sus ocupaciones, tan opuestas sus ideas. Pero con todo, y digan éstos lo que quieran, esto de hallarse una en letras de molde y siempre más linda o tanto por lo menos de lo que somos, podrá no ser muy útil para los positivistas del otro sexo; pero ¿agradable? ¡Bah!, y, sobre todo, amiga, si para contar los grandes hechos de los hombres ha habido siempre poetas inspirados, ¿qué mucho que las mujeres tengamos para nuestra vida social panegiristas en prosa? Te repito que Pedro Fernández va haciendo falta en Santander...

Vamos al caso. Apenas llegué, y con el polvo aún del camino, me llevaron a una romería. ¿Sabes lo que es una romería? Ya has visto, a San Isidro y San Antonio de la Horia; pues bien: colócales sobre verdes y olorosas praderas; quítales aquellos tinajones nauseabundos de buñuelos, sus anaquelerías [78] de venenosas botellitas, sus tiovivos y estridentes caramillos; su movimiento todo de mercado público, y dales, en su defecto, platos de bacalao, pellejos de vino de Rioja, tamboriles y panderos, trajes tan variados y pintorescos como un plan de banderas, y una concurrencia que, vista, desde lejos, se mueve de abajo arriba, como los pistones de un cornetín, y tendrás una idea de este espectáculo montañés, tan frecuente como los santos del calendario, pues en verano es raro el que no tiene romería. La gente de buena sociedad tomaba antes parte en ellas, aun, que desviándose algunos pasos del grupo común, bailando a la altura de su dignidad al compás de una mala orquesta. Hoy es muy distinto. Los inconvenientes de un baile improvisado sobre rústico pavimento y sin otro resguardo que un círculo de curiosos hicieron pensar seriamente a los aficionados sobre la manera de aumentar el deleite sin ofender la tradición, y, en efecto, del prado abierto se fueron a la murada huerta, que adornaron con gallardetes y banderas, y siempre a las inmediaciones al lugar de la romería.

Más tarde se juzgó prudente, respetando la disculpa de la festividad, ahorrarse la molestia de un largo camino trayendo el baile a las puertas de la población, y así se hizo, por lo cual, y vista la proximidad de la vivienda de cada uno, se rodeó el circo de farolillos de papel y se prolongó el jaleo una hora más de lo acostumbrado. Después recordaron los aficionados, visto que en algunos días clásicos de romería el tiempo lloriqueaba, que la gente de pro no necesita las romerías para hacer su gusto... Y sus piruetas; y en su consecuencia, apagóse el raquítrico alumbrado de las huertas extramuros, buscóse otra dentro de la ciudad, y a los faroles humildes de papel sucedieron radiantes mecheros de gas bajo cerrados, aunque, rústicos, pabellones, haciéndose los bailes domingueros. Así el asunto, y con cierto carácter de inamovilidad, el baile se hizo típico, las toilettes se estudiaron más, la hora de la concurrencia se retardó y, por consiguiente, la de término, que se fue aproximando cada vez más al día siguiente. Por todas estas razones, la afición fue creciendo, y la concurrencia se aumentó notablemente. A la sencilla lista de suscripciones sucedió una constitución fundamental: la mísera y asequible cuota individual de catorce reales o cuatro pesetas se elevó a dos napoleones de entrada, y uno por cada baile, y el local

que a todos parecía cómodo y elegante al principio, se juzgó sombrío y miserable cuando se hallaron dentro de otro fantástico y provocador que llegó a sustituirle, el cual, a su vez, fue sustituido este año por otro más grande y más ostentoso.

Este es el que yo he llegado a conocer y que te juro no cambiaría por el mejor salón de invierno de Madrid. La concurrencia es inmensa, la animación extraordinaria. Y ríome yo de debilidades. El miércoles oímos la una y media, bailando aún... a la intemperie, y nada..., ni un constipado. Aquí que nadie nos oye: las mujeres nos hacemos más frágiles de lo que somos en realidad. ¡Ay Laura, si vieras qué pinta saqué del baile! Con el polvo de la huerta y el relente de la noche, llevaba un revoque general que daba miedo. ¡Cómo baila esta gente, qué afición tan decidida!... De lo otro, nada; mucho palique, mucha vulgaridad, indianos restaurados, pollos de Universidad, retahílas incomprensibles medio en hebreo y la mitad en castellano. Los que algo prometen no se acercan. ¡Groseros! ¿Querrás creer, Laura, que el ambigú tiene más partidarios que nosotras? ¿Que hay hombres, y muchos, que van al baile arrastrados por los atractivos de su pequeña fonda? Esto me carga, y me temo que pueda producir serios [79] compromisos. ¡Mira que son muchas las botellas que se destapan!... Y échate a discurrir si la costumbre toma cuerpo, porque estamos en minoría. Quisiera hacerte una pintura fiel del aspecto exterior del baile y del ambigú a él adjunto, porque bien lo merece la deslumbrante perspectiva que presenta entre las tinieblas de la noche; pero sobre no sentirme con fuerzas para ello, tampoco me sobra el tiempo de que puedo disponer. En su defecto, te recomiendo el Boletín de Comercio del día 16: en él hallarás para el caso más aún de lo que necesite tu curiosidad.

Después que te informes, hazme el obsequio de transmitir el papelito con una caricia de mi parte a El Cócora, cuyo amigo sabrá utilizar mejor que nosotras aquel modelo de descriptiva plástica. Pero con mucho cuidado, niña; no haga el diablo que te pille esta carta y me encocore con uno de los linternazos de costumbre. Mira, Laura: aunque no soy literata, ni poetisa, ni escritora de moda y otros géneros, como doña María Pilar Sinués del Marco; en fin: aunque no me he dado al público, ni siquiera con mis iniciales, te juro que ese Cócora me da miedo: es tan reparón y tan..., y luego sabe tanta ortografía y es tan descarado... ¡Ah!, si yo supiera escribir y tomar puntos de estilo, como tomo los de las medias..., pobre de él. Por si acaso, no le digas nada.

Volvamos al principio de nuestro asunto.

Como te he dicho, apenas llegué a ésta comenzaron las romerías, alternando con los bailes campestres y los paseos de la Alameda. Romea y la Berrobianco acababan de marchar de este teatro, dejando al público alborotado y con todos los síntomas del que se halla decidido a emprenderla con lo primero que le pongan delante hasta la llegada de las corridas, motivo esencial de tan inusitada efervescencia. Arjona, con toda su compañía, se anunciaba con un abono por dieciséis representaciones dramáticas. El eclipse de sol, estando Santander en lo más oscuro de la faja sombría, excitaba también la curiosidad y aguijoneaba nuestra impaciencia; y como si esto fuese poco, se presenta el Himalaya en esta bahía, con las comisiones de astrónomos extranjeros. Agrega a esta serie de pasatiempos los baños de mar y las peregrinaciones a Renedo, a Guarnizo y el Astillero; a pasear unas veces y a comer otras con familias conocidas y que están veraneando en estos pueblos, y dime si me habrá quedado tiempo ni para reflexionar sobre el que voy pasando.

Por supuesto, que ya no hay fonda ni casa de huéspedes que pueda recibirlos: la afluencia de forasteros es incalculable.

¡Qué mal hiciste, Laura, en no acompañarme en mi expedición!

No sé si es porque nunca he salido hasta hoy del casco de Madrid; pero se me figura que ni en París debe gozarle tanto como en Santander en los cuatro meses de verano. ¡Si vieras qué bella es esta campiña, qué verde, qué frondosa! Y luego, el mar, y la bahía. ¿Qué vale el estanque del Retiro? Lo menos tiene esta bahía veinte como él; pero qué digo veinte... y también veintidós... Y la mar dice mi patrona que tiene lo menos treinta bahías, conque figúrate lo que será. La primera vez que me embarqué fue en un bote para ir a ver al Himalaya. Tuve miedo: agua, agua siempre, y luego tan hondo... ¡Ay, qué horror! ¿Sabes lo que es el Himalaya? Es un vapor inglés colosal; figúrate la casa de Cordero sobre el estanque grande; no, figúrate que todo el Campo del Moro es agua, y también la plaza de Oriente, y Palacio encima con tres palos muy altos y una chimenea en lugar de la cúpula de la capilla; no hallo otra comparación que hacerte de este buque, porque la falúa de su majestad [80] es muy pequeña y es el único barco que tú conoces.

Los oficiales ingleses son bastante buenos chicos; pero gastan unas patillas muy feas y tienen la visera muy larga. Me gustan más los marinos españoles que voy conociendo aquí. Por lo demás, son muy amables en su idioma y a su manera. ¡Y qué paciencia han necesitado! Desde la punta del muelle a San Martín, donde estaba el vapor, había constantemente un cordón de botes conduciendo curiosos: los puentes del Himalaya, así por lo espaciosos como por lo concurridos, parecían la calle de Alcalá, y sus magníficas cámaras y demás departamentos me recordaban, viéndolos atascados de personas boquiabiertas y preguntonas, al Museo de Pinturas en domingo en que no llueve, o al salón bajo de Trinidad durante las rifas de la Inclusa. Por eso te dije antes que la llegada de este buque había sido un motivo más de bulla y de divertimento. Algo mejor nos lo proporcionó que el tan decantado eclipse. Nos quedamos por un momento completamente a oscuras, y pare usted de contar; otro tanto hubiera hecho un chaparrón vulgar o una tronada de verano. A haberse dado el espectáculo por una Empresa particular, como verbi gratia, don Justo Hernández, el público la hubiera silbado y reclamado el valor de la entrada, que en esta ocasión fue gratis, y es lo mejor que tuvo la función.

Pocos días después, el 25, fue la primera corrida de toros, motivo que acabo de inundar la población de forasteros, y pásmate, hizo que el severo Gobierno de la Gran Bretaña mandase, a solicitud de los tripulantes, detenerse hasta el 26 en este puerto al Himalaya.

Durante la corrida pude observar mejor que nunca que el carácter montañés es capaz de todo. La plaza estaba llena y la bulla aturdía, mareaba; me parece a propósito que en tal público entraba por más el afán de hacer ruido que el caudal de chistes. Las montañesas, bellísimas, encantadoras, hay que confesarlo. En cuanto a afición, no sé hasta dónde alcanza la que tienen a los toros; pero si no es tanta como la de las madrileñas, tienen, en cambio, un aspecto tal de indiferencia durante los sangrientos lances, que aterra. Desdichado el hombre que pierda su corazón entre estos aparentes hielos del norte de España. Estremécete, Laura: la mayor parte de los caballos que van pereciendo son veteranos de la campaña de África. Tal vez alguno de ellos condujo a Pedro Mur al

campamento enemigo; tal vez los otros salvaron con su ligereza y noble obediencia la vida de otros tantos guerreros, y todos ellos de seguro sirvieron a la causa de la civilización contra la barbarie. ¿Qué dirían si pudiesen hablar, cuando el toro desgarró sus ijares? ¡Oh! Seguramente, antes de lamentar la ingratitud de los hombres, pensarían, más nobles que éstos, que aún duraba la campaña, o que en vez de conquistadores volvimos a España conquistados. Si así paga la patria los servicios que se le prestan, me alegro de haber nacido mujer.

¡Ay, amiga mía, qué público tan grosero!

¡Pues no ha dado en la gracia, cuando entramos las mujeres en los palcos, de silbar y armar estrepitosa algazara desde los tendidos, porque aquellas localidades, tras estar en forma de gradas que hay que saltar de la más alta a la más baja, no tienen más pantalla que un transparente enverjado de madera! Esta conducta es dos veces estúpida, como dije el primer día que la noté: primero, porque se falta con ella al respeto que se nos debe aun en una plaza de toros, y segundo, porque ya que los imprudentes de los tendidos tratan de explotar los descuidos de la Empresa constructora de la plaza, con, seguirían mejor su objeto calladitos y [81] disimulados. Mas ¿a qué extrañar esto en un público que arroja frascos y botellas a la cuadrilla porque el presidente manda tocar a banderillas?... ¿Y a qué extrañarnos de todo ello cuando sucede en un recinto donde entra la unción antes que el público? Dejemos la parte trágica y vamos a la cómica. Cúchares brindó la muerte de un toro a la salud de los ingleses del Himalaya y a la de la reina Victoria. Los favorecidos arrojaron más tarde un bolsillo bien repleto al espada, justamente con una invitación a toda la cuadrilla para aquella misma noche en el vapor. Los invitados no se hicieron esperar y fueron recibidos a bordo por toda la tripulación formada como en parada. El comandante presentó solemnemente al matador, como él decía, a la tripulación; comenzaron los obsequios, y a la mañana siguiente partió de esta bahía el colosal Himalaya, llevándose las comisiones de astrónomos, que si no pudieron estudiar bien a su gusto el eclipse de sol, en cambio, por ellos, el Gobierno de Londres tendrá la satisfacción de saber facultativamente lo que son en España una corrida de toros y dos bailes de campo. No perdió el tiempo el Himalaya.

La segunda corrida estuvo bastante mejor que la primera; es decir, hubo más porrazos, más sangre y más alaridos. Si anhelas más pormenores, ahí está La Abeja Montañesa, que te los dará. Lee sus revistas de toros. Si yo conociera al revistero ya le diría cuatro verdades. ¿A que es él uno de los que silban y fugean a las de los palcos? ¡Tanto rigor para la cuadrilla y tanta tolerancia para el público! ¿Para qué es la Prensa, señor? Para llamar sardinas y arcos de violín a los pobres y apuestos caballos procedentes de África y quejarse del toro que desbarriga pocos. ¡Oh filantrópico revistero! Y mañana hablará muy serio de humanidad y civilización. ¡Qué farsa, Laura, qué farsa es todo lo de este mundo!

Para dar las corridas restantes nos han dejado dos días de respiro, que terminan hoy; éstos son los que aprovecho para escribirte y descansar, porque te repito que estoy fatigada, muerta de cansancio.

Entre tanto, el pobre Arjona sigue trabajando con toda su excelente compañía, y sólo cuenta de público con el que no cabe en los demás espectáculos. «Arjona por Arjona -

parece que se han dicho todos-, me voy con el de la plaza.» Y cuidado que es lástima, porque en el teatro se están representando cosas muy buenas. La otra noche me hicieron llorar con Los lazos de la familia; pero ya se ve: Arjona hacía un tipo tan bueno; Tamayo, un marido tan... ¡ay, qué marido, Laura; así lo quisiera yo! ¡Me daba una rabia de la Rodríguez porque no le quería perdonar! Luego, la Hijosa, tan cándida y espontánea, figuraba una hija tan mona; en fin, que presentaron un cuadro final que partía el alma.

Sobre ello y la inflexibilidad del carácter de aquella mujer le diría yo al amiguito Larra cuatro cosas...; pero como ni siquiera me llamo María del Pilar Sinués del Marco, me callo. Tú ya conoces a Albalat; pues, amiga, cada vez está más oportuno y más gracioso. Este público le requiere con entusiasmo, y me alegro, porque me gusta mucho... (como actor), maliciosa.

No te cito más trabajos de la compañía, porque, sobre ser muchos, todos van a conciencia y no sé por cuál decidirme; además, esta carta se va haciendo tan larga como insípida, y yo necesito descansar, y descansar mucho, porque no es poco lo que aún me resta por andar. Por de pronto, faltan dos corridas de toros, varias romerías y muchos bailes de campo, y para antes de diez días se espera, por larga temporada [82], a sus altezas los duques de Montpensier. Excuso decirte que con este motivo se proyectan grandes cosas..., y, en fin, Laura, que la temporada promete; mucho, mucho siento que no estés aquí.

Di a Luisito...; pero no le digas nada, porque a medida que veo el mundo voy cambiando de opinión. No seas charlataria, ¿eh?, que demasiado a tiempo lo sabrás.

Contéstame luego, y yo, a mi vez, te informaré de cuanto ocurra digno de nuestra atención. Entre tanto, espera un millón de besos, que no te envío ahora porque el cartero no los utilice, y sé tan feliz como desea tu tierna amiga, Carolina.

Para los efectos de la fe.

PAREDES.

(De La Abeja Montañesa.)

28 de julio de 1860.

Cantos populares  
(Traducción del alemán)

I

Gilda se había clavado una espina en un pie saltando un seto.

Hacía un calor de todos los demonios.

Gilda, a la sombra de un camueso, con la punta de una navaja de Albacete, se sacaba la espina que se le clavó saltando el seto.

La cara de Gilda está cubierta por sus cabellos, mal amarrados sobre el cogote; su justillo, mal atado, deja al descubierto lo que un pañuelo de percal no alcanza a cubrir como debiera.

Cerca de Gilda, entre pardales, ortigas, juncias, mastranzos, posarmos, charcas y maleza, pastan cuadrúpedos, pían las gallinas, graznan los patos... y canta la chicharra.

Gilda, cuando no jura, pugnando con la espina, canta al uso de la tierra, requiere su justillo o sacude la melena.

-¡Qué hermosa está! -dice un carnero.

-¡Qué pezuña tan mona! -añade un buey.

-¡Qué ronquido tan dulce! -exclama un jumento.

-¡Qué voz tan envidiable! -canta la chicharra.

-¡Envidia su suavidad! -exclama el cardo.

-¡Y yo su tersura! -dijo la zarza.

-¡Y yo su esbeltez! -añadió la grana.

-¡Y yo su sal! -expuso el puerro.

-¡Y yo su poesía y su limpieza! -dijo una charca que estaba engullendo dos inocentes corderillos.

En fin, que Gilda era toda una moza, y tenía, además, el padre alcalde de toda la comarca.

## II

Gildo partía leña en un corral inmediato, en la casa de Gilda.



Gildo no era del pueblo, pero servía al alcalde, no por el mezquino salario que ganaba, sino porque amaba a Gilda, y Gilda tenía de dote una pareja de novillos, dos cerdos, seis ovejas, un cobertizo y un huerto.

Pero Gildo era muy bruto; tenía mucha fuerza, y el alcalde no le quería para esposo de Gilda, quien estaba [83] prometida a un guardabosques gran compinche del alcalde.

### III

-Escucha, Gilda: tu padre no quiere que yo sea su hijo; pero yo quiero casarme contigo.

-Me consta, Gildo; pero mi padre no lo consentirá nunca.

-Lo sé; y por eso he ido a la villa y he comprado en un baratillo, con mis ahorros, un refajo de seda, un gorro con plumero, un collar de perlas de cristal y un abanico; además, una casaca azul, un sombrero de copa y unos guantes verdes. Tú te pondrás la saya de seda, el gorro con plumero, el collar de perlas, y te abanicarás; yo me pondré la casaca azul, el sombrero de copa y los guantes verdes. Después tomaremos el pollino que rebuzna ahora en el corral, yo le montaré, te pondré a las ancas y nos escaparemos a mi pueblo, hechos dos señores, y allí nos casaremos.

-¡Ay Gildo!, me cela mi padre, que tiene muy mal vino; me cela el guardabosques, que es un bárbaro; me celan los alguaciles del Concejo, que no me pierden de vista, y me celan todos los vecinos del barrio, que temen a mi padre.

-Gilda, para el vino de tu padre, para el bruto del guardabosques, para los alguaciles y para los vecinos de barrio que temen a tu padre tengo yo un garrote, que llevaremos a la grupa del pollino.

-Pues alza, moreno, y vamos andando.

### IV

Gildo coloca sobre el pollino dos sacos de paja; monta sobre el primero y sienta a Gilda sobre el segundo, antes que el gallo anuncie la venida de la aurora.

Hala, hala, hala, pasan unas praderas y llegan a un bosque cuando ya había amanecido, y encuentran a un segador que caminaba hacia el pueblo de Gilda.

«Yo no conozco ese vestido, ni ese gorro con plumero, ni ese collar, ni ese abanico, ni tampoco ese sombrero, ni ese futraque, ni esos guantes verdes; pero ese talle robusto, esa cara de noche, ese ojo bizco y ese otro llorón son los de Gilda, y esa cabeza tan gorda, esas greñas tan rudas, esa nariz chata y esa boca de mastín son las de Gildo, y ese que montan los dos es el pollino del alcalde. Estos la van a hacer; anda moscona, yo se lo diré a tu padre.»

-Gildo, nos perdimos; este hombre canta de plano en cuanto llegue al pueblo.

-Gilda mía, yo le daré sebo para que llegue primero.

-Pues atiza y vámonos.

Gildo se escupe las manos, toma en ellas el garrote, y del primer golpe echa un hombro abajo al segador.

Mientras éste gime en el suelo, los dos fugitivos continúan caminando; pero el calor aprieta, y Gilda quiere agua con anisete.

Gildo también tiene sed y hambre, y quiere añadir al agua un par de huevos fritos y media azumbre de lo tinto en una taberna que hallan al paso.

## V

-Gildo, Gildo, bebe con pulso, no te achispes, que nos persiguen. Mientras he estado en el huerto inmediato he oído los conjuros de mi padre, los ternos del guardabosques, el eco de su trabuco, el látigo de su perro y las voces de los alguaciles. Gildo, no bebas más, que nos persiguen.

-Pues firme con ellos, Gilda. Mete el burro en la cuadra, coge una estaca [84] y unos morrillos y prepárate a la pelea, porque yo no me entrego.

-¡Ay Gildo!, yo sé arar, sé partir leña, sé rozar, sé armar un seto y correr tras el ganado; pego una bofetada al lucero del alba; pero no sé pelear contra mi padre.

Gildo sale al encuentro, empuña su garrote y de un solo golpe tumba al alguacil. Luego se enreda con los otros.

Gilda toma un morrillo y salta con él un ojo a su padre.

Gildo continúa en su empresa y derriba también al guardabosques.

-Basta, basta de leña, Gildo mio. Todos están por tierra, y el mastín escapa aullando y en tres pies hacia el lugar. Ven y huyamos.

Pero, ¡ay!, Gildo, al derribar al guardabosques, ha perdido de un trabucazo media quijada.

Gilda la encuentra, la limpia con el vestido de seda y se la guarda en el seno.

## VI

Llegan a la choza de los padres de Gildo, quien les presenta su prometida.

Gilda saca la quijada, se la ajusta a Gildo y pide una bisma de pez y trementina pa q'agarre.

Gildo se deja curar, y luego se recoge a la pajera; crecen sus dolores, pierde el poco juicio que tenía, sale al corral, salta la pared y se arroja al pozo de la noria.

Por la mañana Gildo no aparece, hasta que más tarde le saca la rueda hecho una lástima y aplastado el cráneo.

La desgraciada Gilda hunde la comarca a berridos.

Los padres de Gildo le echan la culpa de su muerte; paréceles mal que sobre ello, turbe la paz del vecindario, y la arrojan de casa a linternazos.

Y huyendo de pueblo en pueblo, llegó al suyo, donde no conoce a su padre, tuerto y cojo desde la refriega del bosque.

,Conócela él, hincase ella de rodillas, pídele perdón y él se lo otorga si se casa con el guardabosques, que aún vive, pero sordo desde la paliza.

Gilda, suspirando por Gildo, se une al guardabosques.

-Hoy me las pagas, bribona; te voy a romper el bautismo. ¡Toma por tu padre, por mí y por toda tu arrastrada generación!

¡Infeliz Gilda! Murió de la tunda...

El alcalde, buscando un amparo para sus lágrimas, no halló más que el jarro del aguardiente; dióse a él y reventó de ahíto.

A la mañana siguiente se enterraron en el pueblo tres cadáveres, porque el del guardabosques apareció colgado del camueso que prestaba sombra a Gilda cuando se sacaba la espina que se clavó en el pie saltando un seto.

(De La Abeja Montañesa.)

11 de abril de 1861. [85]

Los zánganos de la prensa

I

Como quiera que hay todavía en el mundo señores que se pudren bajo el cascarón de su modestia sin atreverse a sacar fuera de él ni las narices para respirar el aire de la actual efervescencia social, juzgo como obra meritoria presentar a la consideración de esos desgraciados el plano detallado de una senda para ellos desconocida, y por la cual se llega, cuando menos, hasta el respeto y la admiración de las almas sencillas, de esas almas destinadas por el Hacedor Supremo a ser público inocente en el teatro del mundo y a no llegar a actor jamás.

Voy a presentar al desnudo una variedad de periodismo, industrial, entre otras muchas que citar pudiera, la más fácil, la más asequible, la de más lustre.

No se trata del periodismo grande, del periodismo que no paga multas, ni derecho de timbre, ni otras gabelas semejantes: del periodismo Político, en fin. Por éste, es verdad, se llega a veces a los altos destinos de la nación o, cuando menos, a tutear a los ministros de la Corona o hacerlos vacilar en sus puestos; pero se necesita para ello alguna travesura, un poco de talento y, con frecuencia, mucho trabajo. Se necesita, en una palabra, ser abeja, y lo que yo quiero para mis protegidos es que sean zánganos de esa gran colmena en que elabora la miel intelectual.

Para esto es casi indispensable residir en una capital de provincia, y de todo punto necesario fundar en ella un periódico de intereses morales y materiales. Este es nuestro terreno.

Marchando por él no llega ni siquiera a gobernador de segunda clase; hay que tener esto muy en cuenta; pero, en cambio, se consigue ser la pesadilla de los Municipios, ganarse el respeto de sus agentes diurnos y nocturnos, el de los malos actores de la compañía que trabaja en el teatro de la localidad, el de los maestros de Primera enseñanza, consideración en algunos establecimientos públicos, billetes de invitación para actos académicos, nombramientos de vocal en casi todas las Comisiones locales, los finos saludos de comerciantes e industriales del pan cuando se encuentran lastimados sus intereses, alikuando la honra de ser miembro ad honorem del Consejo de Administración de alguna Sociedad anónima de ruido y fama, las dulcísimas sonrisas de las damas que reciben ciertos

días a la semana, el entusiasmo de los tontos, que ya es ganar; el aprecio más cordial de los licurgos callejeros que viven en perpetuo comunicado y de sempiterna queja, y tutti quanti.

Esto puede conseguirse en provincias sin una chispa de talento, sin el más leve trabajo. Osadía y una tijera; he aquí lo que se necesita. Desdichado de aquel que intentara llegar a igual fin con desvelos, estudio, conciencia y asiduidad. En provincias, más que en la corte, en el terreno de los intereses morales y materiales, más que en el político, es donde más inconveniente hay en ser abeja, donde más indispensable se hace ser zángano.

Y ya de lleno en el asunto, expliquemos..., a todo el que no lo sepa, el mecanismo de la Prensa zángana de España, el de las tres cuartas partes de los periódicos grandes y pequeños que circulan por esos correos de Dios; la [86] manera económica de ser publicista y hombre de importancia; el arte, en fin, de presentarse pavo real sin dejar de ser grajo.

## II

Todo periódico de tijera bien montado debe cambiar con cuantos científicos y económicos se publiquen en el reino, en la inteligencia de que una colección bien surtida de éstos es su principal elemento. Debe haberse procurado, y esto es de muy buen efecto, obtener el permiso competente para estampar a la cabeza de la publicación, siquiera una vez al mes, una larga lista, por orden alfabético, de nombres célebres en ciencias, artes y letras, la cual se llamará: «Lista de colaboradores de nuestro periódico.»

Este permiso se consigue casi siempre que se solicita de dichas notabilidades, y la adquisición de él es utilísima, como iremos viendo.

Provisto, pues, el periódico del arsenal de los científicos y económicos y de los de noticias de Madrid y provincias, que también aceptan siempre el cambio, pasemos a examinar las tareas diarias de su Redacción.

El jefe o director de ello busca en la consabida colección el artículo que más se acerque a las necesidades de la localidad en que pasa la escena y que más quepa dentro de la condición no política del periódico. Si el artículo no lleva firma, mejor; si lleva la de alguno de nuestros colaboradores, retemejor, y si es desconocida, es decir, que no es la de ninguno de nuestros muy queridos amigos, calificación que daremos a todo escritor de nota, aunque no figure en la lista consabida, la eliminaremos y asunto concluido.

Elegido el artículo, se toma la tijera, se recorta escrupulosamente, se llama a un cajista, se le pone la tira en la mano y se le dice en tono muy hueco y campanudo: «Fondo.» El cajista sale, el redactor deja la sección de diarios económicos, rebusca en los de noticias, fijase en los extractos de la Gaceta, marca algunas disposiciones del Gobierno sobre instrucción, obras públicas, marina, etcétera; vuelve a empuñar la tijera, recorta tres o

cuatro pedazos, llama de nuevo al cajista y, poniéndoselos en la mano, le despide diciendo con la misma gravedad de antes: «Suelos.»

No siempre se escribe así la sección editorial de un zángano. Tanto para hacer creer mejor que son originales los artículos publicados en ella sin advertencia alguna, como para distraer un poco la atención de sus legítimos autores, es costumbre encabezar lo reproducido con las siguientes palabras:

«Retiramos con gusto el artículo editorial que habíamos escrito para este número para dar cabida al siguiente, que tomamos del N\*\*\*, por creer su asunto del mayor interés para nuestros lectores...»

O con estas otras:

«Por estar enteramente de acuerdo con las ideas emitidas en el siguiente artículo, que publica el N\*\*\* (si no lleva firma), o que publica en el N\*\*\* (si la lleva) nuestro muy querido amigo el señor X, le damos cabida en nuestro diario, retirando hasta otro día los materiales que teníamos dispuestos para hoy...»

Esto lo cree el lector cándido como artículo de fe, y admira el celo y el trabajo que se toma el periódico por los intereses públicos; y cuando, al día siguiente, ve un artículo, sin encabezado ni firma, tratando altas cuestiones financieras, se le traga como pan bendito, como de Redacción, y no cree es de tijera si se lo juran.

Y explicadas ya las dificultades ordinarias de la sección editorial del periódico zángano, paso a exponer la manera de llenar la de noticias generales. [87]

Esta operación ofrece menos dificultades aún que la anterior. Si las noticias son a secas, es decir, sin comentarios, se toman lo mismo que se hallan, y, previo tijeretazo, se envían a las cajas. Si están comentadas, después de recortadas se pegan con una oblea a una cuartilla de papel y se ponen encima estas palabras:

«Nos escriben de\*\*\* lo siguiente... »

Si la noticia envuelve algún interés o se refiere a algún acontecimiento ruidoso, trágico o cómico; si contiene, en una palabra, detalles interesantes, se le pone a la cabeza este párrafo:

«Nuestro celoso y activo corresponsal de\*\*\* nos comunica los siguientes pormenores acerca de un asunto que está llamando fuertemente la atención en aquella localidad...»

Cuando se teme que el suceso se haya popularizado mucho y esté relatado de una misma manera en varios periódicos, se dirá solamente al frente de la noticia:

«Escriben de\*\*\* lo siguiente...»

De este modo no puede ofenderse el periódico que se copia, y cree nuestro escritor que nos referimos a correspondencias particulares; es decir, que sabemos algo más de lo que sabe el público.

Así se escriben las correspondencias nacionales de las cuatro quintas partes de los periódicos de España.

Sepa ahora cómo se tiene corresponsales extranjeros. Se toman varias noticias extranjeras, no de los periódicos extranjeros, pues esto exigiría trabajo para traducirlas y dinero para adquirirlas, sino de los periódicos nacionales que han hecho estas tonterías; se colocan en buen orden, se pone encima: «París, tantos de tal mes, etc. -Señor director del Z. -Muy señor mío y amigo...»

Se corona todo con este paréntesis («Correspondencia particular del Z»), y se firma con una discretísima X.

Las demás noticias extranjeras se toman como están en los periódicos españoles.

No hay más dificultades que éstas para la confección de la sección de noticias generales.

Veamos la de gacetillas.

Esta exige algún trabajo de mollera propia, pero un trabajo de facilísimo desempeño. El alcalde, los perros, los serenos, el empedrado, los mercados, los guardias municipales, etc., etc., dan materia más que suficiente para escribir cada día un par de sueltos como el siguiente:

«Abusos. -Lo cometen, y no pequeño, los vigilantes nocturnos cantando la hora de un modo tan confuso que nadie entiende lo que quieren decir. ¿Es esto cumplir con su deber? ¿Para esto se les paga? ¿Será posible que el señor alcalde no tenga fuerza de autoridad bastante para hacer que aquellos señores canten más claro? Esta y no otra es la misión de los serenos.»

Pues, señor, que se enmendaron y cantan la hora como ruiseñores; ahí entramos nosotros:

«Esto es insoportable. -Lo que está pasando con los serenos no tiene nombre. En su afán de cantar claro las horas, dan cada grito que hacen imposible el sueño en la vecindad. La misión del sereno no es cantar, sino vigilar. ¿Qué hace el Ayuntamiento que no pone coto a estos desmanes?»

Ya ve el lector cómo es imposible que falte material para dos o tres sueltitos diarios de esta clase, otros tres o cuatro de sucesos raros (que se hallarán irremisiblemente en las gacetillas extranjeras de La España o El Clamor Público) y unos versitos melosos con el epígrafe A\*\*\*, en los cuales haya «desdenes, corazón» y «torcedores» y se pida «aliento de rosas, fuego de ojos» y «calor de mejillas», como si todo ello fuera humo de pajas, versos que, por desgracia de la musa castellana [88], se hallan en el primer periódico a que se echa

mano, llenan cumplidamente la sección. Las mujeres la devoran, y se creen cada una objeto de la poesía que contiene; la novia del gacetillero (pues por feo y raro que éste sea es de rigor que la tenga) admira la inspiración de su amante; éste se pavonea e hispe en público como si quisiera meterle por los ojos su talento, y los cándidos, al verle, no pueden menos de contemplarle en éxtasis y de exclamar luego:

-¡Qué muchacho! ¡Lo que él sabe...!

Fáltame hablar de la sección de variedades. Esta no es diaria; pero puede serlo si se quiere, porque es de las más cómodas del periódico. El primer artículo bonito que nos echarnos a la cara sirve para el objeto después de quitarle la firma. Es muy probable que haya en la cartera de la Redacción dos o tres docenas de poesías de jóvenes sin pretensiones o de actores aficionados a la musa, poesías que habrán ido a parar allí desechadas por otros periódicos más abejas; publíquese alguna de ellas, y estamos despachados. «En obsequio de nuestras bellas y amables escritoras» podemos dar también en esta sección un artículo de modas «que nos remite desde el centro mismo del mundo elegante nuestro corresponsal ad hoc, persona competentísima en la materia, pues tanto por su elevada posición social como por otras especiales prendas que en él concurren está, como nadie, al pormenor de los acontecimientos fashionables de la sociedad parisiense. Es decir, podemos poner este encabezado a un artículo que arrancamos de un periódico de modas o que tomamos de otro que, a su vez, le tomó de él.

Se ve, pues, que el procedimiento para hacer esta sección no puede ser más sencillo.

En cuanto a la parte mercantil, un amigo cualquiera nos da hecha la reseña de la plaza a cambio de un número que le damos gratis; las revistas de otros mercados las tomamos de los periódicos de sus respectivas localidades.

Y con esto dejo bien explicada la manera de vivir de los zánganos de la Prensa española; la cantidad de talento, de desvelos y de todo género de sacrificios que se necesita diariamente para la confección de esa clase de órganos soi disant de la opinión pública.

### III

Quiero ahora, para terminar mejor el cuadro, exponer a la consideración de mis neófitos los trabajos extraordinarios que deben hacerse en toda redacción de tijera que aprecie algo su dignidad. Y mucho ojo en este asunto, porque es de alta importancia.

Una vez cada quince días, por lo menos, debe acometerse a la corporación municipal, pidiéndole precisamente lo que no esté en sus fuerzas conceder, o desaprobando en todas sus partes cual, quier proyecto suyo que esté ejecutándose. Nada de contemplaciones de ella. ¿Hace una fuente? Abajo con ella, porque el dinero que cuesta estaría mejor empleado en empedrar calles, ensanchar la población, etc., etc. ¿Se están empedrando algunas calles o



se están derribando tapias? Que a qué viene ese lujo de ruinas, cuando no hay bastantes fuentes en la capital; que por arriba, que por abajo, que la mala administración, que el abuso, etc., etc. La gran ocasión de echar un párrafo es cuando se sabe que deben haber ingresado algunas cantidades en el Tesoro municipal. Al ingresar: «¿Qué se piensa hacer de esos fondos? ¿Nos darán esto? ¿Se nos dará lo otro? ¿Se pagará a Juan? ¿Se indemnizará a Pedro?» Cuando se supone que se han [89] invertido los fondos: «¿En qué paró aquello? Ni se nos ha dado, ni lo otro, ni se ha indemnizado a Pedro, ni se ha pagado a Juan. Protestamos contra este despilfarro. El alcalde es un tal y sus compañeros de Municipio unos cuales.» Adviértase que el fuerte de todo periódico zángano ha de ser la fiscalización, aparentar siempre recelos y sospechas. El objeto es que digan los lectores cándidos:

-¡Qué pillo es! ¡El que a éstos se la pegue...!

El estilo de estos artículos ha de ser campanudo y solemne; siempre se ha de hablar en nombre de «los sagrados intereses que representarnos»; no se ha de detener «nuestra pluma ante ningún género de consideraciones bastardas, porque en el estado de la Prensa y dentro de la noble misión que nos hemos impuesto no caben mezquinas pasiones, ni se cede al favoritismo jerárquico, ni se admiten banderías, ni se toleran desafueros...», y todo lo que se quisiera, por esta senda, procurando siempre, aunque es ocioso advertirlo, que si bien deben prometerse toda clase de razones en pro de la tesis, no debe estamparse una sola. Es de rigor que estos artículos concluyan siempre con estas palabras: «Ya nos ocuparemos otro día de tan importante asunto con toda la extensión y copia de razones que exige.»

Inútil es advertir que cuando, por cualquier consideración, no se tenga por conveniente embestir al Municipio, se puede atacar con la misma fórmula a la Diputación Provincial, a las sociedades de crédito, oficinas de Hacienda, etcétera, etc.; en una palabra: a toda Junta, Corporación u oficina que no puede replicar, pero que sea de la jurisdicción del público.

Suele suceder que un ex abrupto de esta clase o un artículo de tijera publicado como original produce una contestación en otro periódico de la localidad. Para estos casos tenemos la fórmula siguiente:

«El N\*\*\* se hace cargo en su número tantos del artículo que dedicamos el día cuantos al asunto tal. Chasco se lleva el N\*\*\* si ha creído que su pretenciosa contestación ha de bastar a arrojarnos de la fuerte posición que ocupamos. Las graves ocupaciones que hoy pesan sobre nosotros nos impiden deshacer los pocos y mal urdidos argumentos con que nos ataca con una intención bien poco evangélica; pero aunque el público no la necesitara, pues está con nosotros, no se hará esperar nuestra réplica, que será tan cumplida como el asunto y nuestra dignidad lo exigen.»

El colega replicará, y con razón, que no hemos expuesto ninguna, que los rayos son para cuando truena y que nuestra contestación equivale a confesarnos derrotados. A lo cual diremos nosotros (que esperamos ya esta banderilla) que nuestro colega quiere meter el asunto a barato, que nosotros estimamos más el decoro que la Prensa; que, en vista de ello, tendríamos a menos hacernos cargo de sus palabras, y que es aquélla la última vez que nos ocupamos de semejante periódico. Este, en buenas razones, nos llamará mentecatos; pero

nosotros no le haremos caso, nuestros lectores admirarán nuestra digna actitud, y el compromiso habrá desaparecido.

Si, mientras está nuestro periódico publicando a más y mejor series de artículos económicos adquiridos a tijeretazo limpio, surgiese de repente una cuestión puramente local, de esas que hacen indispensable la intervención de la Prensa, se dejará pasar la efervescencia del primer día, y al siguiente escribiremos un suelto modelado en este troquel:

«Abrumados bajo el peso de las tareas que tenemos sobre nosotros; preocupados por la importancia de las [90] cuestiones que venimos ventilando días ha en nuestro periódico, nos ha sido imposible hacernos cargo del acontecimiento que absorbe desde anteaayer toda la atención de este pueblo. Más en el deber en que estamos de velar por los intereses comunes y de pelear en el campo de la justicia hasta exhalar el último aliento, damos tregua por un instante a nuestra actual ocupación para consagrarnos en cuerpo y alma a la cuestión del día. Ardua es ésta y espinosa por demás; influencias existen enfrente de la razón que han de dificultar su triunfo; pero nuestra fe es grande, nuestra causa santa, y la verdad brillará al cabo sobre los amaños y el soborno, como comprenden muy bien nuestros lectores; estos asuntos no se resuelven en un solo día y requieren grandes desvelos de parte del periodista que ha de ventilarlos. Por esta razón, y ocupados como estamos en examinar detenidamente el caso en cuestión, nos abstenemos hoy de entrar en más detalles, limitándonos mientras aparece nuestro primer artículo, a protestar con toda la energía de nuestro carácter contra el giro tortuoso e inmoral que por bastardas influencias se ha dado a un asunto tan claro y tan sencillo en su naturaleza. ¡Ay del día de las venganzas! ¡Ay del día de las justicias! Nos iremos explicando más claro.»

Al día siguiente se dice que motivos ajenos a la voluntad de la Redacción han impedido la publicación en aquel número del artículo prometido; pero que no se hará éste esperar mucho. Con esta advertencia, nadie extraña que el artículo no aparezca el tercer día, y como al cuarto sería ya inoportuno, pues habrá pasado en la población, la efervescencia de la novedad, continuamos muy serios dándole a la tijera y sirviendo a nuestros amables suscriptores largas teorías económicas, sin firma, desentendiéndonos por completo del reciente lance.

Cuando el periódico sufre esta clase de percances es la ocasión más favorable para dar al público un sueltecillo como éste:

«Continuamente estamos recibiendo cartas anónimas de varias partes de la Península, en las cuales no solamente se nos felicita por nuestra digna actitud en todo género de polémicas, sino que se nos proporcionan luminosos y abundantes datos para seguir adelante en la obra regeneradora que con tanta fe hemos emprendido. Sentimos en el alma que los señores que nos honran así con sus pláticas y sus escritos prescindan de poner su firma al pie; pues, fieles al propósito que hemos hecho de no publicar en nuestro periódico ningún trabajo anónimo, se privan nuestros suscriptores de leer artículos tan concienzudos y discretos como los que, desgraciadamente, se pudrirán, por falta de dicho requisito, en las carpetas de nuestra Redacción.»

Estas líneas, creídas como artículo de fe por los cándidos, levantan el periódico un palmo más en la pública consideración y le proporcionan algún articulejo que le remite, alentado por la franqueza del mismo periódico, un modesto «vecino amante de la moralidad» o «un padre de familia», cuyos apelativos han de sustituir en público al nombre verdadero, que se queda en secreto y simplemente como garantía de la Redacción.

Nada más debo advertir a mis neófitos respecto a los trabajos extraordinarios de la Redacción editorial de un zángano.

En la de noticias convendrá de cuando en cuando publicar tanto las correspondencias nacionales como las extranjeras, no tal como los periódicos traen aquéllas, sino extractadas, corregidas y aumentadas. Este es un trabajo puramente material, pero muy conveniente, [91] porque extravía un tantico la pista de algún lector malicioso.

Réstame sólo hacer una advertencia para la sección de gacetilla.

Cuando una familia de rumbo, o siquiera de algún lustre, de la población, dé una soirée, el periódico debe decir al día siguiente algo parecido a esto:

«Velada agradable. -Anoche abrieron sus salones los señores de Tal, ofreciendo a sus numerosos y escogidos amigos una elegante fiesta, que terminó a las dos de la mañana con un espléndido buffet. Inútil es decir que la distinguida y amable señora de Tal y su bella y distinguida hija se excedieron a sí mismas en finura y oportunidad. La concurrencia salió encantada de la esplendidez y galantería de los señores de Tal, a quienes suplicamos no tarden en proporcionarnos otras horas tan agradables y placenteras como las de anoche.»

Esto se dice, no tanto para llenar un hueco en el periódico y halagar la vanidad de los señores de Tal, cuanto por pagarles, a fuer de estómagos agradecidos, los sorbetes y el jamón que nos dieron. Si no fuimos convidados a la fiesta, que todo podría ser, debe decirse lo mismo para que nos conviden a la inmediata.

¿Y habrá algún ser tan pusilánime que aún dude de hacerse periodista? Por si las consecuencias de la rapacidad literaria en que es preciso vivir constantemente le asustan, debo decirle, para su tranquilidad, que en España los trabajos de ingenio son terrenos baldíos; que lo que choca y admira no es el que se torne y se mutile y se despoje de su firma, sino el que haya autor tomado, mutilado y despojado que se atreva a protestar contra semejantes desafueros.

Un periódico que vive constantemente de la rapacidad de sus tijeras puede hasta anunciarse, sin miedo de que le desmienta nadie, como el diario «más ameno, más grande y más esmerado» en complacer al público.

Lo que no he podido comprender nunca es cómo un periódico zángano que puede surtirse del mejor género que circula por la Prensa sea malo.

Pues de éstos hay muchos.

Dirán algunos que consiste en que hasta para saber copiar se necesita talento; pero éstas son voces que echan los pobres periodistas abejas, indignados al ver que otros chupan lo que ellos sudan, y no hay que hacerles caso.

Lo único que puede sucederos el día menos pensado, y que puede poner os en un apuro grave, es que se os haga esta pregunta desde un periódico abeja:

«¿Qué dirían los redactores del Z\*\*\* de un hombre que viviese tomando de un establecimiento un queso de bola, de otro un par de jamones, de otro un saco de patatas y un quintal de manteca de otro, sin permiso de sus respectivos dueños, y poniéndose a venderlo todo junto, para su provecho, al lado de los mismos establecimientos de los cuales se surtía?»

Aquí no tendréis más remedio, si conocéis la vergüenza, que sí la conoceréis, que confesaros reos, y de no muy buena condición; «haceos los muertos y dejad el oficio.»

Este es el partido más decoroso que os toca adoptar en concepto de vuestro apasionado.

(De La Abeja Montañesa.)

Julio de 1864. [92]

### Cruzadas

El ingenio de la mujer en asuntos de adorno es inagotable. Ella, buscando siempre nuevos atractivos que lucir, se ha puesto las botas polacas, el dormán húngaro, la blusa garibaldina, la chaquetilla torera, el sombrero andaluz, la casaca militar, el casquete griego, la redecilla de Costillares, el piqué morisco... y qué sé yo cuántas cosas más.

Líbreme Dios de poner en duda que, por lo que respecta a las bellas santanderienses, no ha sido cada uno de estos objetos de adorno un arma mortífera que ha diezmado las filas del bando patilludo.

Negar esto sería negar la verdad. Por lo que a mí respecta, confieso mi resistencia, que en la mujer, cuando la considero desde el punto de vista puramente estético (y adviértase bien esta salvedad, por lo que pueda tronar), me gustan todos sus caprichos de adorno, hasta el de los retorcidos cuernos que tanto han excitado las iras gacetilleras, iras que nunca he comprendido, pues mientras ellas los lleven, ¿qué diablos perdemos nosotros? Si los papeles se trocasen, la cuestión sería distinta.

Vuelvo a la inagotabilidad del ingenio femenino en el ramo de adornos.

Recientemente, después de haber recorrido todo el orbe en busca de moda, los de trajes y objetos raros que colgarse, y después de haber colgádoselos todos, la mujer se ha echado la cruz a cuestras.

Con este motivo, el teatro de Santander es un Calvario días ha, y cada garganta de una mujer, una estación.

El pobre público, que es el crucificado, anda cayendo aquí y descansando allá y errando siempre de cruz en cruz, buscando con los ojos la en que ha de sucumbir.

Desde que se ha descubierto esta cruzada de nuevo género, los pollos no saben a qué santo encomendarse ni cómo tornar el signo de nuestra redención desde que le ven por semejantes alturas. Algunos dicen que puede perderse la devoción a este signo venerando prodigándole en los espectáculos profanos. Yo creo todo lo contrario; si las que le llevan consintiesen el culto público, no habría un solo hijo de Adán que, a trueque de besar la cruz, no pagase una limosna.

Afánanse algunos observadores en buscar la significación emblemática de semejante adorno.

Yo quiero suponer que la mujer se le colgó como se cuelgan los pendientes, sin otro objeto que el de parecer bien.

Por consiguiente, la cruz sobre su pecho no significa hoy más que lo que a la imaginación del observador se le antoja. Hablo en la inteligencia de que las cruces no lleven lema, lo cual ignoro, pues nunca he tenido la suerte de verlas de cerca.

¿Y de qué me servirá el lema, ahora que me acuerdo? Las cruces de ese Calvario no tienen a mis ojos otra significación que la que les presta la mujer que las arrastra. Así, por ejemplo, sobre el pecho de una morena de mirada firme y continente grave, me parece hallar el lema de Constantino: *In hoc signo vinces*.

Sobre la inquieta rubia de mirada sutil y risueña boca, ¿quién no lee en sus brazos (los de la cruz) el popular proverbio: «Tras de la cruz, el diablo»?

Jamás he visto este adorno sobre el pecho de una pálida, de mirada firme, [93] delgados labios y cabellera lánguida, que no se venga a las mientes la inscripción famosa de más de un apartado y lóbrego desfiladero:

Aquí mataron a un hombre;

rogad al Cielo por él.

Bajo un rostro diáfano y sereno, sombreado de rubios ondulantes cabellos, de la cruz, una cruz quiere decir: «Aquí está la caridad; ten, pasajero, fe y esperanza...»

Y basta de ejemplos, que los citados sobran para explicar mi modo de ver en este asunto, asunto delicado por demás, que abandono temeroso de que, en fuerza de andar revolviendo cruces, salga al fin crucificado.

NOTA. -Si me dejan escogerla a mi gusto, acepto, desde luego, el suplicio de la cruz.

(De La Abeja Montañesa.)

15 de diciembre de 1864.

Correspondencia pública  
París, 12 de enero de 1865.

Mi querido Eduardo: Sé que no me perdonarías nunca que, hallándome en esta célebre capital, dejara de escribirte algunas líneas, siquiera por vía de saludo, al través de la distancia que hoy nos separa. Por otra parte, en el deber en que me has puesto de corresponder de alguna manera a las sabrosísimas epístolas que desde esa coronada villa me has dirigido por conducto de nuestra común amiga La Abeja Montañesa, no pudiera yo hallar unas circunstancias más favorables que en las que en la actualidad me rodean para hacer un esfuerzo con el auxilio de mi buen deseo, siquiera reanude todo mí trabajo en perjuicio de tus constantes y amabilísimas lectoras, mis inolvidables paisanas.

Para tratar de ganarme su benevolencia, dado que con tu amistad siempre estoy cumplido, como por nuestra tierra se dice, doy principio a mi primera y acaso única misiva desde aquí, previniéndote que no voy a entonar himnos a la civilización francesa, ni a detallarte la vida íntima de la Francia entera, ni a describirte el carácter verdadero de sus hijos, ni a comentar su influencia política y militar sobre las demás naciones del mundo. Parte de todo esto lo sabes tú mejor que yo, porque, desgraciadamente, hace mucho tiempo que no se habla en España de otra cosa; para el resto se necesita, sobre una fuerza de observación que yo no poseo, largos años de residencia en este país que apenas he visto por la superficie. Otra cosa muy distinta sucedería si yo fuera francés y París la capital de España. Desde el embustero Dumas hasta el sinvergüenza corresponsal que envió a nuestra hidalga patria L'Illustration al inaugurarse la línea férrea del Pirineo, se nos viene enseñando en diversos estilos que para juzgar a un país lo que menos falta hace es conocerlo a fondo, y que lo único que se necesita es consultar, antes de salir de casa, la opinión que el que hemos de visitar merece al público que ha de leerlo. Con esto y con media docena de casos particulares, convertidos después sobre el terreno en regla general, basta y aun sobra para presentar a la consideración [94] del mundo una nación en cueros vivos ¡Desdichada Francia si los extranjeros que la visitan la juzgaran desde París con

semejante criterio! Si ese torbellino de viles pasiones, de vicios y miserias de todas especies que constantemente asedian al curioso viajero; si ese cieno en que tiene que mancharse aquí el más precavido, porque siempre lo halla al paso, fuera la Francia, no habría un solo hombre que, por bajo que apreciase su decoro, no se avergonzara de ser francés. Ese fabricante que entre reverencias y distinciones te recibe en su establecimiento donde todo se vende, desde la sonrisa de la hermosa dame au comptoir hasta el último clavo de sus lujosos escaparates, y donde todo es falso, desde esas sonrisas hasta el color de las mercancías, hasta las formas de la beldad que la preside por un salario proporcionado a la fuerza de sus hechizos; el commissionnaire, de frac y almidonada corbata, que se presta a todo género de bajezas por algunos sueldos, que él tendría buen cuidado de pedirte si tú no se los ofreces por respeto al elegante atavío que le adorna; ese infinito enjambre de petites dames que, envueltas en sedas y plumajes, subastan sus encantos en calles y cafés; las que pueblan las bailes públicos y entre los salvajes movimientos del cancan más parecen bestias de lascivia que seres de la misma especie que las mujeres honradas; los entes que, con figura de hombre y de hombre joven civilizado, las siguen en tan repugnante certamen; los millares de orgías en que se consumen diariamente caudales inmensos; los charlatanes que explotan, a la luz del día, a los incautos, dándoles grosero barro por oro fino; esa infinidad de industrias ejercidas a la vista de todo el mundo y que no te detallo por no manchar esta carta, pero que demuestran bien claramente que en París se consigue cuanto puede apetecerse, por extraño, por repugnante que ello sea, si se paga y que, como acabo de decirte, es lo primero que salta a los ojos del observador, darían motivos más que suficientes para demostrar que Francia no es otra cosa que el criadero de todos los vicios de la Humanidad y el depósito de todas sus miserias. Pero ¿estaría en lo justo quien tal hiciera? Creo que no.

Mirando la cuestión de buena fe, deteniéndose un poco en ciertas manifestaciones que se entrevén bajo tanta barbarie, esos tipos, esas costumbres irresistibles a toda persona formada en a atmósfera más pura, son simplemente la escoria que arroja a la superficie el inmenso cráter de un volcán en que se elabora incesantemente una civilización noble y sana. Aun admitiendo, como erradamente se cree por el vulgo, que toda la Francia sea París, deben concederse a esta nación grandes virtudes, porque las hay, y muchas, bajo la capa de cieno que envuelve su capital. Que ellas están en grave peligro con tan insana vecindad no te lo disputaré. Pero ¿por qué hemos de tomar, por ejemplo, por tipo de la buena sociedad de París a la loreta que sobre ligero y fantástico carruaje va a Bologne a hacer ostentación de las brillantes galas de que la surte el último adulador a quien está arruinando, y no a la honrada señora que, en modesto carruaje, se cruza con ella en el camino para ir a llevar un consuelo a la virtud acrisolada por la miseria en una desabrigada buhardilla? ¿Por qué hemos de juzgar del carácter del ingenio francés por los infames libelistas que viven mordiendo la honra ajena, y por los estafadores de oficio, y no por los grandes escritores de verdadero saber sano talento, y por los industriales honrados? ¿Por qué los gabinetes [95] reservados de los restaurantes, los salones públicos de baile y otros análogos establecimientos que tanto abundan aquí, han de ser para nosotros la norma de esta civilización, y no los grandes monumentos, las innumerables bibliotecas, las galerías artísticas, los establecimientos de Beneficencia, los colegios donde se convierten en hombres útiles a sus semejantes seres privados por la Naturaleza del más importante de sus miembros o de sus sentidos; las sabias academias científicas y tantas otras pruebas de sana

civilización como puede ver, siquiera en sus consecuencias, cualquiera que mire a París con ojos de buena fe? Si con ellos hubieran observado a España los franceses que tanto y tan malo han dicho de nosotros, es seguro que la noble patria de Hernán Cortés, de Cervantes y de Murillo les hubiera mostrado algo más grande y verdadero que bandidos en cuadrilla, castañetas, manolas, toreros y mesones en despoblado.

Desde luego, la hidalga acogida que esa nación ha dispensado a semejantes calumniadores debiera ser para ellos una prueba harto elocuente de su alta ilustración.

Soria (Dios le haya perdonado) debió de conocer algo de esto cuando se murió de vergüenza al echarle en cara España su grosera ingratitude. No me prometo lo mismo de Gautier, Dumas y otros cronistas hispanófilos, pues al verlos mintiendo todavía de otros países, juzgo que no es fuerte la vergüenza.

Muy pocos años ha que una mujer, bailando el cancan en el famoso Mabille, dio en la gracia de levantar la pierna hasta tocarse las sienes con los tobillos. Este talento sui generis le valió el aplauso y la admiración del público que la contemplaba. Pocos días después, el París de los bulevares, de los cafés y de los bailes públicos no hablaba de otra cosa que de aquel prodigio. Los gacetilleros y caricaturistas la tomaron también bajo su protección, y como todo lo malo que se piensa, se escribe y se pinta en esta capital se consume como pan bendito en el extranjero, la bailarina de Mabille, nadando ya en oro y en diamantes, hizo conocer su nombre a toda Europa. Tú, como yo, estás cansado de oír hablar de la Rigolboche.

En estos últimos días una de las más célebres loretas de París ha hecho almoneda de sus muebles y alhajas, porque así lo quiso el nuevo amante que se ha presentado a reemplazar a tantos otros desplumados por ella. La pasión y la fortuna del sencillo adorador no querían habitar en el alcázar fabricado con las ruinas de sus antecesores. Pues bien: lo más selecto del gran mundo parisiense se presentó en casa de la loreta a pujar el precio de sus favores, llegando a disputarse la adquisición de los objetos más insignificantes con el mismo empeño que si se tratara de los grillos de Colón, del famoso zapato de María Antonieta o del puñal de Bruto. A sesenta libras ascendió el peso de la plata subastada en aquella casa, y a más de 800.000 francos el valor de los diamantes de la loreta.

La madre de tu hija no hubiera dado un céntimo por semejantes tesoros, por no manchar con ellos la honrada medianía de tu hogar.

Una especie de becerro con faldas canta de algún tiempo a esta parte en uno de los cafés más célebres de París en su género. La voz de esta mujer es áspera y grave y trasciende a tabaco. Sus ademanes, toscos y pesados, como los de un carretero, y la expresión de su canto, del gusto más primitivo, [96] semisalvaje. Su morceau favorito es una copia titulada El bombero. Con esta sola canción ha popularizado tanto su nombre mademoiselle Theresa (así se llamaba la artista), que hoy gana seis mil duros anuales en el café, cuenta con un gran capital en presentes de rica pedrería y se la disputan las damas más a la moda del barrio de San Germán para aprender la canción famosa, pagando a la profesora por cada lección hasta cien francos.



El público que acude al oír la todas las noches es innumerable, y apenas se desocupa una plaza en el café, cuando tiene dos docenas de solicitantes. A duras penas logré yo una mala silla para escuchar por algunos minutos a esta celebridad, que en España habría muerto en su debut a tomatazos.

¿Cómo en medio de un pueblo como éste, tan inmenso, tan lleno de acontecimientos científicos, artísticos y literarios; inundado de sectas, de razas de todos los países del mundo, de cuanto la fortuna y el capricho pueden apetecer; donde todo, hombres y objetos, pasa aquí inadvertido, porque todo es innumerable; cómo, repito, logran fijar la atención pública semejantes miserias, tan despreciables pequeñeces?

Convengamos en que no hay pueblo en el mundo, por civilizado que sea, que no pueda ser presentado ante los demás en el mayor atraso, citando solamente sus debilidades o exagerando sus rancias preocupaciones. Considerado París de esta manera, no tiene en el globo pueblo que lo supere en barbarie.

Y pasemos a otra cosa.

Dicen los que viven aquí constantemente que esta época del año es la en que París se encuentra con su verdadera fisonomía, porque es cuando contiene menos extranjeros. Mucho cuesta creer que algunos millares de personas puedan alterar un solo detalle de semejante cuadro; pero hay que aceptar la opinión cuando se ve a este agitado océano doblarse fácilmente a las impresiones de los acontecimientos más triviales. Las fiestas de Navidad y de Año Nuevo lo transforman completamente en un lugarón de provincia. Se detiene ante una caja de bombones y se divierte como un niño con un bebé o una zambomba. Durante ocho días apenas ha hecho otra cosa que recorrer los barracones que, con motivo de dichas fiestas, se improvisan en los bulevares, semejantes en todo a los que tantas veces has visto y condenado tú en las ferias de Madrid.

Merced a la temperatura rusa que, por mi desgracia, se está sintiendo aquí días ha, los aficionados a patinar han gozado a sus anchas sobre la helada superficie del gran lago de Boulogne. El emperador no ha sido de los que menos partido han sacado de tan frías circunstancias. Y por cierto que en este ejercicio, como en otros muchos de mayor trascendencia, tiene su majestad imperial pocos franceses que le aventajen ni que le alcancen siquiera. Muchas inglesas han lucido, deslizándose sobre el duro cristal, bellísimas... medias encarnadas. Prefiero estos defectos, expuestos sin la menor aprensión, a los postizos primores que a su lado ostentaban las loretas de París.

La alta sociedad ha tenido también su jolgorio sobre el lago, y para que sus resbalones llevasen más solemnidad, los ha dado de noche. El Cuerpo de Artillería cuidó de servir de candelabro en esta especial soirée. Cada soldado tenía una tea en la mano, y estaban formados en línea, siguiendo las orillas del lago. Muchos patinadores llevaban también su correspondiente luz. [97]

El cuadro era magnífico: parecía aquello un coro de demonios bailando sobre la laguna Estigia.

De tejas afuera no hay muchos acontecimientos más que dignos de citar sean. La temperatura no está para bromas. Vámonos, pues, de tejas adentro. En este terreno prescindo de los bailes de la Ópera y de otros de igual colorido, aunque de menos categoría. Para asistir a los primeros necesitamos llevar frac los hijos de Adán, debiendo advertir que las hijas de Eva que en él se encuentran, lo más decente que bailan es el cancán; en cuanto a distinción de cuna, la mujer más blasonada de aquella reunión es una loreta. Conozco tu poca afición al frac, y me consta también que si te decidieras a vestir tan solemne prenda no sería para arrastrar lo que ésta representa entre nosotros sobre semejante fango.

En España hay vicios; pero, ¡qué diablo!, dondequiera que ellos están, por lo mismo que son vicios, admiten al hombre mejor cuando más sucio se presenta.

Esto es lógico; pero ¿qué dejan los franceses para la buena sociedad, si a las de trueno las visten de ceremonia? Ya irán apareciendo otros absurdos mayores.

En cuanto a los demás bailes, deben verse una vez, muy de prisa, callar la boca y hacer todo lo posible por olvidar lo que se ha visto, si no se ha de confesar que en la raza humana es donde la madre Naturaleza se esmeró en acumular todo lo brutal, todo lo hediondo, todo lo repugnante que pueda concebirse sobre la haz de la Tierra...

Antes que se me olvide, y hablando de otra cosa:

En el teatro Les Buffes Parisiennes se está representando desde Navidad una revista cómica titulada Roland à rouge veau, parodia de la famosa ópera de Mermet Roland á Roncesvaux, cuyos dos títulos se pronuncian lo mismo, y, sin embargo, como tú sabes, significan cosas muy distintas. El principal objeto de esta revista es que salen a relucir todos los acontecimientos más notables del año anterior, es presentar en todos sus más bellos detalles a las actrices de la compañía, vistiéndolas con los trajes más ricos y caprichosos, significando con ellos determinados hechos o personas. Preciso es confesar que Los Bufos han hecho una exposición primorosa con la de sus artistas.

En rubio, en moreno, en blanco, en alto, en bajo, en grueso, en flexible...; en todos colores, formas y tamaños, este teatro ha presentado una colección de actrices para todos los gustos y para todos los temperamentos, dado, por supuesto, que haya sido de verdad tanta belleza, lo cual no me atrevo a jurar, pues aquí se falsifica hasta el aire que se respira.

Prescindiendo, desde luego, de todas las inconveniencias de forma que contiene la susodicha fiera, entre ellas la de ser representada en gran parte desde los palcos por el célebre Desiré (que indudablemente es un buen actor cómico) y algunos otros artistas, y omito también todo juicio sobre los muchísimos despropósitos que la adornan, todos del verde más rabioso, paso a hablarte del episodio para mí, y creo para ti lo será también, el más interesante de la función.

Llega el cuadro... yo no sé cuántos, y la escena representa una estación del ferrocarril del Norte de España (fíjate bien en esta circunstancia geográfica). A la izquierda se lee en un tablero, sobre una mala barraca, el siguiente primor: Buffetas de la Jara, y a la derecha, junto al tejadillo de otra pobre [98] choza, este pedacito de sal: Chofe de la Jara.

Este, es decir, el jefe de estación, que es un mozo al estilo de Sierra Morena, con polainas, manta al hombro, faja, calañés y guitarra, sale trinando de ira, y no sé por qué, y gracias a unas coplas que entona y a los arrumacos que le hacen tres o cuatro jembras de saya corta con volantes, chaquetilla de alamares y clavel en las orejas, se calma un tantico. Pero hete aquí que vuelve a ponerle una cantárida el alcalde del pueblo, una aldehuela que se ve a lo lejos, el cual alcalde gasta sotana, corbata blanca y sombrero de totorga. Quéjase a gritos la muy digna autoridad, y en ello conviene, con razón el macareno chofe de la Jara, porque desde que hay ferrocarriles no se ve un caminante en aquellos desfiladeros por un ojo de la cara, por lo cual no se gana un cuarto y está el pueblo en la última miseria.

En esto llega un tren a la estación, y entre los muchos viajeros que se presentan en escena, viene el famoso Fígaro. Los franceses no saben dar un paso sin acompañarse de Fígaro o de Polichinela, personajes a cuál más ridículos e insoportables. El sempiterno barbero, que, según canta, trae mucha hambre, pide un morceau para acallarla. «¿Un morceau? -dice el chofe, que lo oye-. Al momento. ¡Ea, niñas! -añade, dirigiéndose a las mozas que antes he mencionado-. Vaya un cachito de gloria por la salud de este caballero.» Y acto continuo la gente forma corro, el chofe empuña la guitarra, una de las mozas las castañuelas, y, al son de las coplas que entona el primero, baila la segunda un jaleo..., con perdón de los que saben bailar la Cámara y la Nena.

El público aplaude a rabiarse; y con ese vagido que le es característico en tales casos, pide que se repita el caleo. Al acabarse la danza, Fígaro hace saber al chofe y a la compañía que el morceau que él ha pedido no es de música ni de baile, sino de carne con patatas. Produce esta rectificación una pequeña reyerta, amontonase la gente, óyese el pito de la locomotora, corren al tren los viajeros... y se cambia la decoración... ¿Qué te parece, amigo mío? ¿Puede darse una pintura de España en un estilo más clásicamente francés? Sin embargo, es preciso advertir que no pecan de ignorancia los autores al escribir semejantes desatinos. La causa de ellos es el público, que se los exige. Este es el verdadero primo, el único bárbaro de la función.

Y a propósito de teatros. Cuando te lamentes de la situación en que se hallan los nuestros, no envidies la en que se encuentran, en general, los de por acá. Exceptuando un par de ellos, en los cuales se observa algún respeto al arte y a la buena educación, los demás no tienen nada que echar en cara, salvo el decorado, a nuestros antiguos corrales. Los actores, con palabras, con gestos y con cabriolas, se burlan del público a más no poder; en las piezas no hay que buscar pensamiento ni literatura: son, por lo general, un conjunto de episodios sin orden ni concierto, en los cuales se deleita más la vista que el entendimiento. A la existencia de obras como éstas prefiero la actual esterilidad de nuestros escritores. La claque llega aquí a un grado inconcebible. Aplauda al actor cuando sale, cuando habla, cuando calla, cuando se equivoca y cuando se retira. Si se cambia una decoración, aplausos; si suena la orquesta, aplausos, y cuando deja de sonar, también. Contribuye a hacer más notable esta plaga la fatal costumbre de que estén todos los alabarderos en un grupo, en unos teatros, [99] arriba, y en otros, abajo. De esta manera, la salva sale siempre de un solo punto, y siempre con un mismo, sonido, que, en fuerza de ser incesante e inoportuno, llega a hacerse insoportable. Vender en la sala, a grito pelado, naranjas, periódicos y otras menudencias durante los intermedios es la cosa más corriente.

Añade a esto la incomodidad de las localidades por su mezquindad y mala distribución. No busques recreo para la vista, porque no existe telón afuera. Los palcos son cajones amontonados, donde las señoras se colocan a la sombra y prensadas como sardinas en banasta. Una cosa es de admirar, sin embargo y es la que envidia: el lujo y la propiedad con que se presentan los actores y la escena. Cierto es que si no fuera por esta circunstancia no habría público que sufriera las piezas que hoy se representan con gran aceptación en la mayoría de los teatros de París.

Para ver una obra de buena ley y bien representada es preciso ir al teatro Francés, en el cual alternan con el viejo repertorio de Corneille, Racine y Molière las poquísimas producciones contemporáneas que logran la honra de ser admitidas allí.

Los actores de este teatro son lo mejorcito de la casa. No me atrevo a entrar en comparaciones sobre este punto evocando recuerdos de nuestra patria, porque la seria declamación francesa tiene un estilo que le es peculiar, y a ella se amoldan los actores; si estuviera yo más acostumbrado a este estilo, podría decirte: cuatro Romeas tiene Francia; es decir, París, o, si no, no tiene ninguno. Por de pronto, límitome a consignar otra vez que no puede admitirse en declamación otro estilo que el de la verdad. Yo he visto que la Humanidad, proceda del país que se quiera, llora y ríe lo mismo en todas partes cuando llora y ríe de veras.

El gran mérito de Romea consiste precisamente en saber dar libertad a su genio sin salirse jamás de la verdad. De que ésta se atropella en la escena francesa a cada paso, certifico. Qué valor tenga el genio de los que no la respetan más, es lo que aún no me atrevo a decir, por si acaso me equivoco. Debo confesar que el conjunto de cada compañía es aquí más igual que en España, lo cual, unido al lujo del aparato escénico, hace que las obras se representen como nunca las vemos representadas ahí.

Está alcanzando grandes aplausos la nueva ópera cómica, o séase zarzuela, *Le capitaine Henriot*. Este protagonista es el famoso bearnés conocido en la historia de Francia con el nombre, de Enrique IV. La obra es interesante, aunque recorre en su desarrollo lo cómico, lo dramático, lo político, lo galante, lo histórico y lo fantástico, a todo lo cual se presta perfectamente el carácter, del más popular de los monarcas franceses.

Por cierto que anda en el ajo un tal don Fabricio, capitán español, traidor, avaro y tunante, que no hay más que pedir. «A fe -dije para mí gabán al considerar a este personaje- que aún eres poco si ha de vengar en ti la Francia todos los traidores y canallas franceses que andan por el teatro español.»

Supongo que esos ingenios arreglistas habrán echado ya el ojo, y hasta las tijeras, al libro de *Le capitaine Henriot*. Veremos en qué transforman a don Fabricio. Ya me lo barrunto: suizo o napolitano. Yo le haría francés, y estaríamos en lo justo. Y basta por hoy de teatros. Está prohibido en Francia fumar a dos leguas a la redonda de ellos, y yo rabio al llegar aquí por echar una cigarrera. Il est défendu de fumer ici. Este maldito cartel le persigue a uno en París como el espadón de Damocles. [100] Te digo que con esta

prohibición y con el frac del baile de la Gran Ópera tiene bastante para aburrirse el lucero del alba.

Entre los espectáculos más notables aquí durante el invierno merecen citarse los conciertos públicos, donde los artistas de mérito tienen ocasión de darse a conocer. Noches pasadas tuve el gusto de aplaudir en uno de estos salones a nuestro compatriota el señor Manini, hermano de los conocidos editores de este nombre. Dicho artista, muy joven aún, reúne grandes condiciones para la carrera que ha adoptado. Su voz es de mucha extensión, y sabe darle tanta gracia en los cantos ligeros y de ejecución como energía en los dramáticos. En algunos teatros principales de Italia ha sido brillantemente acogido ya, lo cual me hace creer que no tardará en ocupar un puesto principal en este teatro italiano. Manini reúne a las excelentes condiciones de su voz y de su escuela de canto una figura muy simpática y unas maneras sumamente distinguidas.

He asistido a la última conferencia pública de Alejandro Dumas sobre las obras de su gran amigo Delacroix. Algunos periódicos satíricos de aquí han puesto en ridículo por estas causeries al autor in partibus de Los tres mosqueteros. Yo no por menos haber oído de cerca al novelista contemporáneo más popular de Europa, y a quien, si bien se debe silbar por su poca conciencia, hay que admirar por su mucho talento. El otro Alejandrino, el de La Traviata, se ha casado estos días, como habrás leído en los periódicos, con una princesa, no sé de qué ni de dónde; averígüelo Vargas. Para mí las princesas de los Dumas tienen algo de las emperatrices de Don Quijote.

A propósito de este manchego insigne: ¿conoces la edición ilustrada por Gustavo Doré? Más valdrá que no la conozcas, pues así te ahorras los malos ratos que a mí me causa verla en estas librerías, sin atreverme con ella porque cuesta un sentido. Es un verdadero monumento digno en todo del ilustre Cervantes, salvo los defectos de la traducción, que son inevitables, aun tratándose de una pluma tan avezada al idioma español como la de Viardot... «Señor -digo para mis adentros, cuando veo tan honrado a Don Quijote en estos escaparates-, ¿no es una lástima que estos franceses no quieran hacernos igual justicia en otras cosas? ¿No es un dolor que teniendo tanto gusto, tanto talento, sean tan ligeros cuando hablan de España?»

Y ya que de libros tratamos, ¡cuánto me aflige ver que sólo como una rareza se encuentran los autores modernos españoles en estas librerías, una de las tentaciones más irresistibles de París! Desgraciadamente para nosotros, hay que convenir en que no tiene la culpa de ello el desdén de los franceses.

Otra cosa bien distinta me sucede al recorrer las galerías del Louvre, donde se exhiben como reliquias las obras de Murillo, de Velázquez, de Ribera y otras no menos famosos pintores españoles. Mas de estos asuntos y algunos otros de parecido género no quiero hablarte en esta carta, que va tomando mayores dimensiones que las convenientes.

Por los periódicos madrileños he visto que está Castilla transitable, y que a la copiosa nevada que la tapó todita ha surgido un sol alegre y consolador. Dichosos vosotros. Desde que aquí me hallo no he podido ver de qué color es su señoría. Por algunos momentos he creído entreverle allá arriba, muy alto, muy pálido y muy frío, pero sin llegar el más

vigoroso de sus rayos a la más alta de estas torres. Cualquiera pensaría, al contemplar sus remilgos, que teme manchar sus luces en el lodo de [101] París; lodo, amigo Eduardo, del cual no puedes formarte una idea, y que está amasado y batido por millares de pies y de ruedas, y alimentado por los hielos, las nieves y el agua, que alternan aquí con una constancia y una copiosidad desesperante. Y basta de fango.

Si las circunstancias lo permiten, volveré a escribirte, y entonces te hablaré de muchas cosas que hoy no caben ni deben entrar en esta carta; si así no sucede, paciencia y tan amigos como siempre.

Por de pronto, agradéceme, ya que no el interés de los párrafos que anteceden, pues maldito el que en mi concepto encierran, cuando menos el tiempo que, para escribirtelos, he cercenado del que destino al brujuleo, como diría señor José, y al esparcimiento del ánimo entre las curiosidades de París.

Siempre es tu amigo con todo su corazón,

PEPE.

Excelentísimo, ilustrísimo, altísimo, distinguidísimo y resaladísimo señor don Manuel Pérez de la Vega, indiano de Vendejo.

Santander, 20 de agosto de 1886.

¿Conque hubo manos profanas que osaron sustraer, rebañar, trincar, o sease apandar, algunos números de los que remitimos a V. S. I. bajo discreta faja? ¡Ah pícaros! ¿Y no temieron, si son paganos, las iras de los dioses, y si creyentes, la justa venganza del Cielo? Caigan, pues, sobre ellos todas las plagas de Egipto, y las chinches de Europa, y los cínifes de América, y las pestes de Asia, y hasta las fieras del África salvaje; caigan, sí, porque si feo y escandaloso es el delito, funestas, estridentes, astringentes, prepotentes, pestilentes han sido las consecuencias, pues que no nos quedan más ejemplares de aquel número, que voló y desapareció de nuestras manos, arrebatado por las del público, ansioso de conocer, palpar, saborear, sorber y mascar la donosa, prodigiosa y espantosa producción de V. S. I. que sustentaba, contenía, encerraba y sostenía. ¿Y qué nos habla V. S. I. de precio? Jamás La Abeja Montañesa cobrará favores tan señalados; que señalado favor es el que hizo V. S. I. a nuestro periódico, dándole, con su citado pacto, mayor ensanche, más dilatada fama, más extensos horizontes. Así, pues, oro molido que fueran los papiros ejemplares, perlas preciosas, mirras de Oriente, incienso de la Arabia, gases del boquerón del muelle, gratis se los enviaríamos y aún quedaríamos muy agradecidos. En cuanto al pico de la suscripción, V. S. I. lo remitirá cuando lo tenga a bien, y no se hable más de esto.

Recibimos los impresos que acompañan a su muy discreta y erudita carta, y los hallamos, como todo lo que a V. S. I. se refiere, honrosísimos, grandilocuentes, excelentes, candentes, sorprendentes, contingentes, emovientes y convenientes.

Trabajos ímprobos, penalidades rudas y otros análogos excesos nos han impedido dar pronta, enérgica, contundente, adyacente y prominente respuesta a su primera carta. Eche, V. S. I. sobre nuestra involuntaria falta un aluvión de esa tempestad de bondades que le caracterizan, señalan, marcan y determinan, mientras queda, como siempre, a las órdenes de V. S. I. toda confusa, conmovida y condensada,

LA REDACCIÓN.

(De La Abeja Montañesa.)

29 de agosto de 1886.

[102]

Cantares

Soñando paso las noches,

y sueño en el porvenir

venturoso que me espera

lejos..., muy lejos de ti.

Me dirigiste una carta

que empezaba: «Bida mía»;

puedes decirle a tu padre

que te enseñe ortografía.

Asómate a esa ventana

si te quieres asomar;

si no quieres..., no te asomes,

porque lo mismo me da.

23 de mayo de 1887.

El tío Cayetano  
(Segunda época)

Loado sea Dios

Amado pueblo: Hechos hay capaces de resucitar un muerto, y en este instante soy yo un testimonio vivo de la exactitud de este axioma incontestablemente español.

Diez años ha que me lancé por primera vez a la vida periodística, buscando una región más digna de mis aspiraciones, una sociedad más adecuada a mis levantados instintos, un terreno donde fructificar pudieran en todo vigor y lozanía la semilla de un ingenio derrochado sin gloria ni prestigio en figones y plazuelas.

El rubor de la modestia, que, a despecho de mis títulos de estoico, poseo en sumo grado, me impide declarar aquí cuál fue el recibimiento que como publicista debí al país que me había conocido miserable fosforero, dómine andrajoso y borracho perdurable.



Desde entonces acá ya ha llovido. Un día mi, de suyo, flaca naturaleza, tendida sobre un montón de hierba, en un desabrigado pajar, dijo: «No puedo más», y acto continuo, con la abnegación de un filósofo y el valor de un cristiano, que de ambas cosas blasono, rendí mi alma pecadora a Dios, que era su dueño. Los brazos de la caridad abrieron una fosa en el cementerio vecino, y mi cuerpo rígido, sirviéndole de mortaja estos mismos hábitos popularizados olim por la literatura y las artes del país en romances, estampas y relieves, hundióse en ella bajo un montón de tierra apisonada al fúnebre compás de dos responsos que la piedad de un cura pobre entonaba de limosna.

Qué pasó por acá mientras gozando estuve la decantada «paz de los sepulcros», tú me lo irás narrando poco a poco. De lo que a mí me aconteció, entre tanto, sólo te importa saber, por ahora, que aquella noche sin horas, [103] sin ruido, sin aire y sin serenos, hubo al cabo un instante en que mis huesos se entrechocaron, agitándose en el angosto húmedo recinto; un no sé qué de sutil y penetrante recorrió mi desvencijada máquina desde el calcaño al occipucio; esponjóse, a su contacto, el cuajado cerebro como un merengue; despertó la voluntad, y entre las oscuridades del cráneo se produjo una chispa que inflamó la dormida razón.

Entonces, a su luz, encontré la memoria que también me faltaba, y, dueño ya de mí propio, pude adquirir cabal idea del terreno que ocupaba; mas no de la causa que tan asombroso efecto producía, no obstante sus manifestaciones, que seguían llegando hasta mi oído claras y horriblemente perceptibles.

Era un estruendo como el de cien batallas y otros tantos huracanes; un fragor inusitado, indescriptible; no parecía sino que sobre el techo de mi tumba se desmoronaban los siglos a docenas y que entre los escombros se retorcían, jadeantes y aterrados, como si sobrevivir al cataclismo procurasen, las páginas de la historia patria, los gloriosos hechos, las grandes miserias, la religión, el fanatismo, la luz, la oscuridad, las artes, la literatura, el derecho, la conquista, el valor, la fuerza, la hidalguía, la fe de los mártires..., todo en confuso montón y estridente vocerío.

Bien pronto me sentí presa de una excitación insoportable; busqué a tientas las gafas y el garrote; sacudí los gusanos de mi cuerpo, único aseo que por el momento era dable; requerí las roídas solapas del levitón de mis campañas, y como quien retira del lecho en que ha dormido breves horas las blancas coberturas, separé los terrones de mi cárcel y salí a la luz de los mortales.

Cinco, semanas que desde entonces van corridas no han bastado a orientarme siquiera en esta miserable superficie que fue mi patria. Donde dejé el silencio y la apatía, encuentro la ebullición y el entusiasmo; donde estaba la fuerza, la debilidad; los municipales, mi eterna pesadilla, sin sable, y los paisanos, con carabina; el trono, vacante, y el pueblo, soberano; los curas, en la calle, y la filosofía, en el púlpito; las letras, dormitando, y las masas, en las urnas pidiendo a gritos escuelas y ateneos.

Mis campañas de dómine me habían permitido en otro tiempo apreciar la ingénita aversión del ciudadano español a los garabatos del abecedario. Pero me atuve a los hechos, por más que no los comprendiera.

Era innegable que el gran rasero había pasado sobre la haz de España, transformando, al parecer, hasta la naturaleza de sus hijos, y no podía ser otra la causa del estrépito que me volvió a la vida en la mansión de los muertos.

La nueva ley reivindicaba mis títulos, desconocidos por el antiguo régimen; las libertades proclamadas me amparaban en el derecho de exhibir a la faz del sol mis principios, mis opiniones, mis tendencias...

El pan que ayer, con la escasa ciencia que debía a mi peregrinación por este mundo, me recibió con los brazos abiertos al hablarle desde la Prensa, no podría hoy hacer menos, si era lógico; hoy, que, si bien se mira, pertenezco, más que a la de los mortales, a la legión de los espíritus donde la verdad y la justicia tienen su trono y natural asiento; hoy, que puedo hablar punto más inspirado que los profetas de la Biblia.

La situación me pertenecía indubitablemente.

Por eso estoy aquí.

No he querido hacerme preceder de programa alguno. Recuerdo que éstos [104] andaban en mis tiempos muy desacreditados, porque eran muy frágiles los hombres que los usaban, y hasta sospecho que suceda hoy lo mismo. Mas no por eso vengo sin él; lo traigo impreso en la conciencia, y aspiro a dártelo, pueblo amigo, traducido en hechos durante el curso de la empresa que acometo y espero llevar a cabo con el auxilio de Dios, si no me retira antes las licencias en virtud de las cuales ando por acá.

Nada, pues, de credos ni de salves; nada de párrafos hinchados y rimbombantes, que probablemente no entenderías..., ni yo tampoco. Obras son amores... Al pan, pan, y al vino, vino; y «adiós, que me mudo», que dijo Sancho.

Tampoco te asombres al ver que, contra la moda reinante, ni siquiera me anuncio echando el sombrero al aire entre un centenar de vivas, con los indispensables muertas y consabidos abajos. Este detalle es mera cuestión de temperamento, y bien sabes que el de Cayetano, más que en estrepitoso, pica en remolón y cachazudo... No por eso es egoísta, ni mucho menos insensible a los sacudimientos políticos de la madre patria; y en prueba de ello, recuerda lo que va dicho, y observa que vengo al «estadio de la Prensa», como decían en mis tiempos los periodistas motilonos, resuelto a tomar parte en el debate sobre los futuros destinos de aquélla, en uso lícito del derecho que me da la placa de soberanía nacional que, por lo visto, me corresponde como a cada nieto del Cid.

Quédame por advertirte únicamente que el nuevo rango en que la revolución me coloca no me hará vanidoso. Soy y seré tan campechano como siempre fui, y tan accesible y parcialote; tampoco he perdido mi buen humor característico, ni mis humos de filósofo, ni mis pujos de poeta.

Y sin más preámbulos ni bondaduras, sobre el terreno ya en que ha de darse la gran batalla, acampo en el que me pertenece; y como los antiguos paladines, con la fe en la

justicia de mi causa, que es la tuya, y la esperanza en la ayuda de Dios, sin contar los enemigos, avanzo y, en ley de urbanidad, los saludo y entro en liza.

(De El Tío Cayetano, núm. 1.)

9 de noviembre de 1868.

### Preliminares

Antes de proceder al examen cualquiera de los puntos que han de ser objeto de mis tareas, quiero someter a la consideración pública ciertas oscuridades que conviene dejar esclarecidas, si hemos de hallarnos alguna vez, sin mutuo riesgo, el lector y yo en la senda en, que le busco. Soy de los hombres más ineptos para esto de caminar a tientas, no obstante mi condición de miope, que debiera haberme familiarizado ya en el arte de vencer obstáculos y ver claro en la oscuridad más turbia.

Pero tengo la manía de la lógica, y de aquí por qué en lo físico me desorientan los tropezones y en lo moral me crispan los absurdos.

Cualidad es ésta, pueblo amigo, que revela cierta parsimonia genial que no se adapta gran cosa al eléctrico vaivén del espíritu... vigente. Pero es, en cambio, síntoma irrecusable de hidalga consecuencia; y esa virtud bien [105] vale aquel defecto, que, en verdad sea dicho, no expongo aquí a humo de pajas.

Digo, pues, que si mañana ha de ventilar mi pluma pecadora los graves asuntos que se hallan ya bajo su jurisdicción, con la imparcialidad y el aplomo que tienes derecho a exigir de mí, porque, al cabo, soy de tu calle, necesito descargar previamente la razón de ciertas incongruencias que la martirizan de algunos días a esta parte; oscuridades en que se me vela y confunde a veces la armazón revolucionaria de donde parten precisamente todas las grandes peripecias que estamos contemplando y las que nos quedan por contemplar en la región de la política; asunto, añadido, que, mientras te lo voy exponiendo para que, si puedes, lo aclares, me sirve de introito, con el cual me pongo al día en mis tareas, especie de ojeada retrospectiva con que, de paso, te doy otra prueba de mis lógicas tendencias, que, velis nolis, siempre me obligan a empezar por el principio.

Vamos al caso.

El pueblo y el Ejército se levantaron un día de mal humor y gritaron: «¡Abajo los Borbones!, ¡Viva el pueblo soberano!, ¡Viva el sufragio universal!» y «¡Vivan las Cortes Constituyentes!» Y los Borbones que había en España en el trono y sus adyacentes traspasaron, proscritos, más que de prisa, los Pirineos; el pueblo vencedor echó los cerrojos al alcázar de la derribada monarquía y exclamó, guardándose la llave en el bolsillo: «En España no hay por ahora más rey que yo, ni en adelante habrá más que el que yo quiera, de lo cual trataré en su día.» Y como no era cosa de estarse en la calle todo el año dando vivas

al aire, «Yo me voy -dijo- a mis quehaceres, a ganar la basallona; pero vosotros, Juan, Pedro y Diego, personas de mi confianza, que tenéis menos que hacer y servís más para el caso, os quedáis en mi lugar, dirigiendo esta máquina por el nuevo camino en que yo la he encarrilado; conservadme el orden y avisad cuando sea hora de ir a hacer uso de los derechos que he adquirido...»

Y aquellos hombres, o, si se quiere, aquella Junta y otras como ella, al aceptar el importante cometido, repitieron los propios vivas y los mismos abajos del comitente, señal infalible de que querían hacerse dignos de su confianza.

Hasta aquí la lógica no fue descalabrada.

Cierto es que gritar «¡Abajo los Borbones!» y añadir «Vengan las Cortes Constituyentes, elegidas por el sufragio universal, a decidir quién ha de mandarnos, en adelante», implica cierta contradicción, supuesto que las Cortes, en uso de la soberanía, pudieran muy bien reponer en el trono algo de lo que acaba de derribarse, en cuyo caso el abajo de la revolución quedaría desairado y sin objeto. Pero como también es verdad que la revolución puede imponer aquella condición a las Cortes, es decir, autorizarlas para hablar de todo menos de los Borbones, aunque menoscabada así un tantico la libérrima voluntad de toda la nación, lo que pierde la lógica en su desacuerdo con la idea, lo gana en armonía con los hechos consumados, y váyase lo uno por lo otro. No vale, pues, la pena esta pequeña contradicción de calificarse de incongruencia mayúscula; no pertenece tampoco a las oscuridades a que me referí al principio.

Como no debe pertenecer la discordancia, meramente eufónica, creo yo, en el tutti de abajos que llevamos oídos de uno de los tres elementos revolucionarios, el cual, por decir «¡Abajo los Borbones!», dijo: «¡Abajo doña Isabel de Borbón y toda su descendencia!», [106] dicho que, tomando al pie de la letra, dejaba la senda del trono accesible, por ejemplo, a cualquiera de los colaterales de la hija de Fernando VII. Pero, como digo, y aun cuando se ha pedido la razón de este desacorde y no se ha dado hoy una satisfactoria, creo que no pasa todo ello de una desafinación.

Así que, respetada todavía la lógica, llegamos a tener una revolución triunfante que daba al pueblo todas las libertades imaginables, menos la de poner en el trono nada que tuviese que ver con la derribada dinastía.

Formóse en seguida, no recuerdo por quién ni cómo, un Gobierno con carácter provisional, y aunque, por de pronto, no acusó el recibo de su poder en los mismos términos en que las Juntas lo hicieron, es decir, repitiendo los vivas y los abajos del pueblo, y aunque sólo se componía de dos elementos de los tres revolucionarios, no quedó la menor duda de que era un Gobierno completamente identificado con la revolución, supuesto que las Juntas, sin excepción de una sola, lo vitorearon y lo vitoreó también el elemento excedente y lo aclamó entusiasmada la Prensa revolucionaria; y por si esto era poco, sus hombres se sentaron con los hombres del Ministerio a la mesa del presupuesto, en dulce amor y compañía, confundiéndose en un solo plato todas las diferencias y todas las aspiraciones de los susodichos tres partidos.

No sé si esto es lógico, pero es verdad.

Así las cosas, hubo quien dijo:

-Podía ahorrarse a las Cortes Constituyentes un trabajo penosísimo, consultando, desde luego, la voluntad nacional, en lo que respecta a la forma futura de gobierno, por medio de un plebiscito: nada menos expuesto a error, por otra parte, que este sistema, que nos permite oír, uno a uno, a todos los españoles.

-Eso, no -dijeron muchos, incluso más de un órgano de la Democracia misma-; el pueblo español no está aún lo suficientemente ilustrado para discernir por cuenta propia entre el bien y el mal en asunto tan arduo.

-El ideal político de la España -añadió con su firma en un periódico extranjero uno de los hombres más caracterizados del Gobierno provisional-, el ideal político de la España contemporánea «es llegar a poseer una verdadera monarquía constitucional».

-Si las Juntas revolucionarias -concluyó oficialmente el Ministerio en su Manifiesto a la nación-, si las Juntas revolucionarias no han guardado silencio en todo lo que se refiere a forma de gobierno, no ha sido por no prejuzgar la cuestión, cuyo fallo corresponde a las Cortes Constituyentes, sino porque «no han confundido las personas con las cosas, ni el desprestigio de una dinastía con la alta magistratura que simboliza»; además, hay necesidad de no despertar desconfianza en Europa, por razón de la solidaridad de intereses que liga a todos los pueblos del antiguo continente.

Es decir, que si las Juntas no han gritado «¡Viva la monarquía!», es porque se da por entendido que ésta y no otra es la forma de gobierno que queremos y necesitamos.

Y replica ahora la lógica severa a cada una de estas respuestas:

-¿No está, señores demócratas monárquicos, bastante ilustrado el pueblo español para elegir con acierto y por sí solo entre el bien y el mal? Luego necesita una tutela; luego no es libre; luego no lo serán las Cortes Constituyentes, porque no serán elegidas por la voluntad libérrima del pueblo, sino por un rebaño de mansos [107] conducidos por una legión de pastores; luego el sufragio universal no existe de hecho.

-¿Es, señor ministro, el bello ideal de usted y de España la monarquía constitucional? Luego no se adhiere de buena fe al fallo de las Cortes invocadas por usted mismo, y pueden darle la república, que tendrá que aceptar de mala gana; luego no se halla completamente identificado con la revolución más que cuando grita «¡Viva la monarquía constitucional!», que es precisamente el único grito que no se ha oído en España desde el alzamiento de Cádiz hasta hoy; luego es usted el único español que le ha dado; luego es el único revolucionario que no va en perfecto acuerdo con la revolución.

-¿Es preciso, como dice el Gobierno en masa, aceptar la monarquía, porque así lo exigen las necesidades de España y los intereses de las demás naciones del viejo continente?

Luego sería peligroso para la nuestra otro gobierno que el monárquico; luego las Cortes que puedan votar otro que éste son una verdadera temeridad; luego debe conjurarse el peligro de que no le voten, no convocándolas, y proclamar, desde luego, la monarquía; luego no va el Ministerio de acuerdo con la revolución, que las quiere y se ha abstenido hasta hoy de fijar forma alguna de gobierno para lo futuro y se sujeta de buen grado al fallo de la voluntad nacional, representada por las Cortes Constituyentes nombradas por el sufragio universal.

Me parece que esto es lógica pura.

Pues vean ustedes ahora: la Prensa, o la mayor parte de ella, que no reconoce en el pueblo ilustración bastante para constituirse por sí mismo, y el Gobierno, que manifiesta que sólo la monarquía constitucional es la que sólo puede aceptar España, dicen a ese mismo pueblo, cuando le hablan desde los periódicos y desde los balcones: «Has derribado lo que te oprimía; conocías que esa opresión te desagradaba, y te has hecho libre; eres soberano y no te vengas; mereces las libertades que has conquistado, y puedes, en uso de tu soberanía, establecer tú mismo el sistema por que has de ser regido en adelante.»

Luego, digo yo a mi vez, y lo creo, ese pueblo tiene criterio, cuando menos, para conocer el mal y exterminarlo; luego es también hidalgo y generoso, cuando, pudiendo vengarse, perdona; luego, a fuer de discreto, hidalgo, generoso y libre, se basta y se sobra para darse el Gobierno que más le convenga; luego están muy lejos de ir con sus ideas los que se las quieren poner bajo tutela y los que se anticipan con una solución cualquiera a sus fallos soberanos.

También esto es lógica. Pero es el caso que estas conclusiones y las de antes braman de verse juntas. Luego hay algún dato falso. Veámoslo. Que la revolución derribó lo antiguo y estableció lo existente, es un hecho notorio; que el pueblo, representado por las Juntas, proclamó su propia soberanía, y el sufragio universal, y las Cortes Constituyentes, es otro hecho incontestable; que el Gobierno que sucedió a las Juntas aceptó la declaración de derechos de éstas, es evidente también; que los hombres más autorizados y los órganos de la Prensa de los partidos revolucionarios ofrecieron su más decidido apoyo al Gobierno, es igualmente cierto. Luego la revolución, el pueblo, las Juntas, el Gobierno provisional y los hombres y periódicos más autorizados de los partidos revolucionarios son una cosa misma y perfectamente amalgamada en principios y tendencias. No está por aquí lo falso. Busquemos por otro lado.

«Que el pueblo no está suficientemente [108] ilustrado para...», etc., etc. Esto lo han dicho en la Prensa, y aun en otros terrenos, sus más genuinos representantes; pero nadie más, y casualmente los hechos demuestran todo lo contrario, como se ha visto.

«Que la forma de gobierno que más conviene a España es la monarquía constitucional, porque...», etc., etc. Esto lo han dicho dos ministros y después lo ha confirmado todo el Ministerio..., y nadie más, porque precisamente sobre este punto es sobre lo que la revolución en masa ha guardado el más obstinado silencio, gritando, por el contrario, que lo decida el sufragio universal.

Tenemos, pues, dos datos al aire; es decir, mal fundados... Pero es el caso que yo no puedo creer que los hombres y los periódicos más entusiastas por el pueblo soberano, de donde procede el primero, y un Gobierno identificado en todo con la causa popular, de donde procede el segundo, se empeñen en dar a ese mismo pueblo lo que no le conviene y lo que tal vez no quiera; no creo en manera alguna que no sea sincera y cordial la adhesión de esos periódicos y de esos hombres y de ese Gobierno a la causa popular, a la bandera bien definida de la revolución.

Y he aquí cómo Cayetano de Noriega, muy servidor de ustedes, no pudiendo dudar de la sinceridad de esas adhesiones, y entregándose rendido a la elocuencia de la lógica que se le pone enfrente, se ha forjado una maraña que ha concluido por marearle; he aquí porqué, cansado de bregar con ella, la somete a la paciencia de sus lectores; mientras, descargada de este estorbo su razón, pasa con más tranquilidad al examen de otros puntos menos difíciles y no por ello menos importantes.

Entre tanto, y por si forte, queda consignado que no aspiro en el presente caso a obtener una solución determinada: acepto cualquiera que el lector me presente, si es tan feliz que la encuentra, dentro de la lógica. Lógico soy, y nada más que lógico, entiendase bien.

Como tal, acabo sentando las premisas a cuya luz busqué en vano una conclusión que no fuera un absurdo.

Cuando se proclama un principio, hay que aceptarle con todas sus consecuencias.

Libertad y restricción, soberanía y tutela, no caben juntas en un saco.

O francamente revolucionarios, o francamente conservadores.

O la idea, o el presupuesto.

(De El tío Cayetano, núm. 1.)

9 de noviembre de 1868.

Por lo que valga

Y antes que se me olvide.

Un periódico de Madrid dijo poco ha que iba a publicar en su folletín, y lo está efectuando hoy, la Vida de Jesús, escrita por Renán; y otro colega, su vecino, al saberlo, le felicitó con entusiasmo, añadiendo con deleite que la libertad de imprenta comenzaba a dar sus frutos.

Cayetano respeta la intención del uno y el entusiasmo del otro; pero no halla, dentro del buen sentido, la razón del entusiasmo del otro ni la de la intención del uno. [109]

En el libro de monsieur Renán se pretende demostrar que Jesucristo no fue el hijo de Dios, sino un Juan particular más o menos sabio; por consiguiente, que el cristianismo no pasa de ser un sistema como otro cualquiera, dado que Jesús no pasó de ser un filósofo, como Platón, como Descartes, como Kraus... o como yo, salvo las distancias.

Soy franco: no temo la propagación de esta clase de lecturas por las inteligencias cultivadas, por los criterios ilustrados, por los hombres de recto juicio, que creen no sólo por la fe, sino por el convencimiento; la temo por los entendimientos sencillos, que, sin más armas de defensa que la fe que adquirieron en la cuna y que no se han cuidado de robustecer después con la razón, cediendo a esa fatal tendencia humana a encariñarse con lo que más daña, se dejan sorprender fácilmente por el aparato deslumbrador de un falso razonamiento.

Oigannos estas gentes sencillas un poco de historia que quizá ignoren.

En Grecia y en Roma, los dos pueblos más poderosos y más ilustrados de la antigüedad, hubo también república y grandes sabios, como Licurgo y Catón; y grandes tribunos, como Demóstenes y los Gracos; y grandes filósofos, como Aristóteles y Séneca; y grandes poetas, como Píndaro y Virgilio; y grandes historiadores, como Herodoto y Tito Livio; y grandes capitanes, como Alejandro y César, y artistas, en fin, que aún se admiran en los restos de las obras inmortales. Pues bien: en medio de tanta grandeza, de tanta sabiduría, de tanta cultura, había una plebe ignorante hasta la barbarie y esclava, así como suena, pero esclava de peor condición aún que los negros de Cuba. Esclavas eran también las mujeres, hasta las más encopetadas, y no reinaban sobre los hombres sino por la liviandad y el desorden. Una sociedad así montada, claro es que había de adolecer de monstruosas imperfecciones, a despecho del genio, de la sabiduría, del heroísmo y de tantos mitos y virtudes como los que constituían el orgullo de ambos pueblos. ¿Y por qué la moral estaba en ellos en razón inversa de la inteligencia?

Porque Grecia y Roma eran paganas; porque tenían altares para los vicios y cultos ostentosos para las pasiones; vicios y pasiones que, como la serpiente de la fábula, habían de envenenar el pecho en que se guarecían; vicios y pasiones que al cabo arrastraron a esos pueblos a una destrucción ignominiosa, entregándolos al pillaje y al desenfreno de las hordas de Atila. Nada quedó en pie en medio de aquella devastación sin ejemplo; nada sino la antorcha del cristianismo, encendida siglos antes sobre el Calvario y que, lejos de extinguirse al soplo impuro de los bárbaros, como tampoco se había extinguido primero al de los Césares, fue derramando más y más su luz purísima, hasta que sus rayos inundaron todo el mundo conocido. A su claridad huyeron para siempre los restos del paganismo; y como por un resorte mágico, las sociedades se transformaron, rompiéronse las cadenas de la esclavitud, abatióse el orgullo del poderoso, redimióse a la mujer, dándole por escudo impenetrable su propia debilidad, y todos, pobres y afortunados, grandes y pequeños, se cobijaron en un solo grupo, unidos por un lazo común: el amor y la caridad; bajo un mismo techo: la Iglesia; con una misma aspiración: Dios.



Esto hizo el cristianismo. Por él, millares de mártires regaron con su sangre los circos de Roma; con su fe inició Pelayo en Covadonga aquella lucha [110] grandiosa que duró ocho siglos y no concluyó hasta arrojar de España, el último pendón de Mahoma desde los muros de Granada. Con su fe se alumbró Colón para descubrir al otro lado del océano un nuevo mundo; con ella penetra un hombre solo, sin más armas que un crucifijo, en las entrañas del África, no en busca de oro ni de tratados de comercio, sino de tribus feroces a quienes redimir de la barbarie, a quienes hacer hermanos de la gran familia humana.

Con la fe en el corazón se sufren sin pena las adversidades de la suerte y sin un quejido los dolores del cuerpo...; en fin, se da la vida por salvar la del mayor enemigo.

Así es la fe cristiana. ¿Tienes noticia, pueblo amigo, de algún sistema filosófico que haya producido semejante prodigio? Sublime se llamó a Platón; Divino, a Sócrates. ¿Conoces siquiera sus nombres? Obras humanas las tuyas, se confundieron entre la muchedumbre de otras tales. El cristianismo, obra de Dios, impera en los corazones y sobrevive a las edades.

La fe, en suma, es la virtud, es la libertad. Piérdela, y tus propias pasiones te harán esclavo, por más que en redimirte se empeñe la filosofía.

Pues bien: de que la pierdas trata el autor de este libro, haciendo de la religión del Crucificado un sistema; y de que la pierdas deben tratar también los que oficiosamente pretenden darte a conocer sus impías aseveraciones.

En Renán no me sorprende esa conducta. Su libro, en un país católico, es un verdadero escándalo; y los escándalos son productivos, como el mejor negocio; y de este modo, a la vez que se lucha, sirve a su religión, porque Renán, y quizá tú no lo supieras, es judío.

En cuanto al periódico, sea cualquiera la que la anime, no puede hacerle desconocer que al apagar en tu pecho la fe, al dejarte con tu pobreza y sin aquel consuelo que te la hacía llevadera y te impedía ser soberbio y rencoroso y blasfemo, hijo ingrato, padre desnaturalizado y mal ciudadano, puedes decirle:

-Me arrancas la fe; pero ¿qué me das en cambio?

Y como nada podrá darte que más valga, porque no existe en la Tierra, no te queda más recurso que el tristísimo de añadir, maldiciéndole:

-Te abrí las puertas de mi casa y me robaste el único tesoro que en ella había; te entregué mi corazón y me lo corrompiste.

Para que en tal extremo no te veas, me permito darte este aviso amistoso. Obra ahora como más te plazca; pero no te quejes si, avisado y todo, llegan a robarte.

Notarás, de paso, que Cayetano también sabe, aliquando, ponerse grave.

Achaques de mi condición de cristiano viejo; porque sacta, sanctae tratanda, que, traducido a tu lenguaje, quiere decir: «Con lo de tejas arriba, pocas chanzas.»

Vaya un par de ellas para concluir.

Es un hecho observado que cuando se odia a un hombre se odia también su gabán, y a su perro, y a su casa, y a sus amigos íntimos, y a sus protegidos; a cuantos con él se relacionan directa o indirectamente.

En política acontece lo mismo.

Cuando un partido detesta a otro, le persigue en sus ideas, en sus hombres, en sus actos, en sus preferencias, en sus preferidos y en los preferidos y las ideas y creencias de éstos. El detestado y perseguido de este modo, en cuanto llega la ocasión, hace lo mismo con el otro.

Estos vici-versas han atrasado a España un siglo en la carrera de los tan por todos aclamados adelantos, y [111] le han costado mucha sangre... y mucho dinero.

Si el elemento conservador, por ejemplo, tiende a dar preponderancia al clero, el partido de enfrente le ataca por la preponderancia, y después, por los abusos del mal clero, y después, por el clero todo, y después..., después se llega hasta el elogio de obras como la de Renán.

En esos momentos no se quiere comprender que un cura defendiendo a tiros las gradas de un trono, y otro cura proclamando la libertad con un trabuco detrás de una barricada, son dos malos curas; que lo mismo se profana la corona de un augusto ministerio cubriéndola con un chacó realista que con el gorro frigio; que tan lejos están el uno como el otro de la misión sublime que les está encomendada en la Tierra; que dos curas así, ni dos mil como ellos, ni todos los curas de la cristiandad que fueran lo mismo, probarían nada contra la religión que profanaban torpemente, y, por último, que atacar a ésta para herir a los que, invocándola, la ofenden, es lo mismo que tronchar el árbol para exterminar las orugas; quemar la capa para acabar con sus polillas.

A tales y tan lastimosas aberraciones conduce en España con frecuencia suma la pasión de partido...

Salvo los casos en que el ataque al principio político o al sentimiento religioso procede de una tenacidad radical o de un escepticismo ateo, o siquiera racionalista, porque entonces ya no es la pasión lo que guía los ánimos y la pluma, sino el cálculo reposado y frío, el espíritu de propaganda.

Y entonces, señores propagandistas, estáis en el deber, si sois leales, de desplegar vuestra bandera para que el pueblo la vea y os conozca; ese pueblo a quien todos invocáis y de quien todos os erigís en guías y tutores; ese pueblo que tiene derecho a conocer, antes que, explotando su ignorancia capciosamente, lleguéis a imponerle una doctrina contraria tal vez a sus sentimientos, opuesta a sus inclinaciones, en beneficio de bastardos intereses...

Punto, y vuelvo a mis chanzas.

Las primeras ediciones de la Vida de Jesús, por Renán, contienen notas y textos con los cuales pretende el autor comprobar sus aseveraciones. Críticos ilustrados se tomaron la molestia de evacuar aquellas citas, y no tardaron en ver que eran, unas, completamente falsas, y otras, sutiles y artificiosas. Renán supo esto, porque se lo dijeron en letras de molde. Qué efecto le produjo la noticia, no lo sé yo, porque no ha tenido a bien decírnoslo; pero la verdad es que la última edición que he visto de la Vida de Jesús contiene una sola nota, y ésta para decir que se suprimen las demás a fin de hacer más barata la impresión del libro y más asequible éste a los recursos del pueblo.

Monsieur Renán, pues, en la necesidad de segregar de su obra, por falsos, los únicos fundamentos que podían conservarla en pie, tiene ahora, por lo visto, la Pretensión de que se le crea por su palabra, y quizá aspira a la gloria de destruir con ella sola la fe de veinte siglos. Esto no necesita comentarios, y concluyo resueltamente.

No basta que el pueblo lea: necesita saber elegir lo que le conviene leer.

La libertad de imprenta, utilizada en el sentido en que pretenden los dos periódicos en cuestión, podrá contribuir a lo primero, mas nunca a lo segundo. «Corromper no es enseñar.»

Por eso en la pluma de un enemigo de las flamantes libertades, lejos de chocarme, hubiera hallado en su lugar la palabra frutos refiriéndose a la Vida de Jesús, como producto de la libertad de imprenta, mas en las [112] páginas de un periódico tan entusiasta de ella como el que la ha estampado, es un lapsus inconcebible.

En un país cristiano, ante un pueblo católico, no serán jamás frutos de ninguna libertad benéfica libros como el de Renán sino a verruga, el odio, la sarna que al cabo llegaría a matarle.

(De El Tío Cayetano, núm. 2.)

15 de noviembre de 1868.

El futuro congreso

Cada partido político de España se cree el intérprete fiel de las aspiraciones de todos los españoles y el depositario de su más amplia confianza.

Refresquen ustedes la memoria.

Mandan los moderados, por ejemplo: «Nosotros -dicen ellos- somos los buenos; nuestro credo es el que reza a coro todo el país; nuestras leyes de imprenta, nuestras leyes de

enseñanza, nuestras leyes de orden público, eso, eso es lo que quiere la nación. La mayoría de las Cortes, la Prensa en su más sana parte, y las adhesiones que recibimos de la corporación de acá y de la comisión de allá, y, sobre todo, la tranquilidad y la confianza que reinan en todas las provincias, nos lo demuestra bien claro. Está visto: poca bulla, mucha vigilancia y la mano del Gobierno hasta en la despensa es lo que necesitan los españoles para ser felices.»

Mandan los Progresistas: «Lo que quiere España -aseguran- es esto otro: el pueblo en los clubs, los batallones de milicia ciudadana desfilando en los paseos al son del himno de Riego; la Prensa sin mordaza; el clero a raya y cada día un cisco en el Congreso. Las felicitaciones nos abruma y el país nos sonrío.»

Mandan los Unionistas: «Hasta que hemos venido nosotros al Poder -exclaman-, España no ha respirado. El exclusivismo de los conservadores y de los Progresistas ha matado la energía o de la nación. En la libertad, buenas son las restricciones, pero con su cuenta y razón. Un tira y afloja prudente entre ambos extremos es lo que vienen pidiendo los españoles, y lo que nosotros y nadie más que nosotros, podemos darle. Tenemos la confianza de las Cortes; merecemos los elogios de la Prensa, y las provincias respiran descuidadas y felices.»

Y vuelven al cabo los moderados al Poder, y tornan a repetir lo que antes dijeron; y les suceden los progresistas, y aseguran lo propio que aseguraron la vez anterior; y se apoderan los dos de la unión del mando, y vuelta a manifestar que son lo mejorcito de la casa.

Y así, girando la rueda años y años. Total, tres agrupaciones políticas en quienes están vinculados por riguroso turno los destinos del Presupuesto, los escaños del Palacio de las Cortes y el derecho de hablar fuerte en los periódicos. Y siempre los mismos hombres, y siempre los mismos resabios, y siempre idénticas mañas, y siempre las mismas rutinas, y el presupuesto nacional subiendo, subiendo y subiendo de mano en mano, y sin cesar.

Entre tanto, se va uno de puerta en puerta por esos pueblos y ciudades de Dios, donde se gana el pan de cada día con el sudor de la frente, pidiendo pareceres acerca de la marcha de a cosa pública, y he aquí lo que se oye: [113]

En tiempo de los moderados: «Hombre, esto es insoportable; esa gente necesita las minas del Potosí; no gana uno para ellos. Déme usted Gobierno barato, aunque sea turco, y déjeme en paz.»

En tiempo de los progresistas: «Esto marea; le falta a uno la tranquilidad para todo y para más que con los moderados. El nombre de Gobierno es lo que menos me importa: sea él barato, déjeme trabajar en paz y en gracia de Dios, y llámese como quiera.»

En tiempo de los unionistas: «P, o, r, por, cada día peor. Estos tienen todo lo malo de los demás partidos y nada de lo bueno, y son más caros que todos ellos. Hay que desengañarse, se necesita un partido que no se parezca en nada a los conocidos; que se salga de sus rutinas funestas y que, alivie el presupuesto; ese partido, llámese como quiera, será el mío.»

«Allá va», grita una voz tremenda, a cuyo eco se conmueve España y se derrumba el trono de sus monarcas.

Y, cosa extraña, al someterse la nación a un orden de cosas, enteramente nuevo, los mismos hombres de siempre vuelven a aparecer en escena con las mismas debilidades, con los propios resabios y las consabidas rutinas.

«Le nomme ne fait rien à la chose -tornan a decir con desaliento en aldeas y ciudades los españoles que no escriben periódicos, ni van al Congreso, ni sirven un mal destino en puertas; pero que pagan los sueldos a los ministros y empleados, y los ascensos al Ejército-. Más economías y menos manifiestos; poca política y mucha Hacienda.»

«Eso después -replican los partidos de la situación-, cuando nos constituyamos según vuestra propia voluntad libérrima, representada en un Congreso cuyos fallos acataremos los tres elementos confundidos hoy en uno solo para felicidad y gloria de España.»

Y como testimonio de la solidez de esta unión, al tratarse de la elección de diputados, los unionistas trabajan por el triunfo de los de sus ideas; los progresistas, por los de las suyas, y los demócratas, sustituidos en la actual rueda política del exterminado partido conservador, preparan el terreno electoral con manifiestos y predicaciones en el sentido de sus especialísimas ideas; y demócratas, progresistas y unionistas vuelven a decir, cada uno de por sí, que ellos y no los otros partidos son lo que el país anhela y necesita.

El país a que se refieren siempre los gobernantes representa, echando corto, las siete octavas partes de la nación; es decir, todos los españoles que no hacen política ni viven del presupuesto; el alma, la vida, el corazón de España; los hombres, en fin, que no preguntan a los Gobiernos cómo se llaman, sino si son baratos.

Estos hombres son, para desgracia de España, los que se retraen de las urnas electorales, o se acercan a ellas con el único fin de complacer a un amigo con su voto, juzgando equivocadamente que todos son lo mismo.

A estos hombres, a esta España sin partido, se permite El Tío Cayetano dirigirse en este instante con un consejo, basado en su larga experiencia. A estos hombres les dice: «¿Queréis Hacienda, detestáis la política, os oprimen y esquilman los partidos? Pues ahora es la ocasión, o nunca la tendréis, de que se cumplan vuestros anhelos. Venced esa apatía que os enerva en los momentos más críticos para la patria, acudid a las urnas cuando sea llegada la hora, y votad según vuestras propias inclinaciones; nada de banderas políticas; nada de charlatanes. Vosotros mismos os sobráis para electores y para elegidos. Ninguno como vosotros, industriales, comerciantes, [114] propietarios y hasta braceros que ganáis el pan con vigiliás y sudores, puede saber lo que al país conviene. Elegid entre vosotros el hombre más probo, el más discreto, el más honrado, y no os apene el que carezca de los hábitos aparatosos del tipo parlamentario. Con recto corazón y sano juicio se hacen las buenas leyes, no con bellos discursos y malas intenciones.»

Por eso, todo candidato que se os brinde con campanudos manifiestos atestados de elogios y merecimientos de sí propio, fuera con él.

Si el candidato es bueno, como vosotros y yo entendemos esta palabra, muy rogado, y hasta con palio, nos ha de costar Dios y ayuda obligarle a entrar por las puertas del Congreso; que la legítima representación del país, más que un beneficio, es una carga pesada.

Así, y sólo así, logrará Cayetano ver, una vez siquiera, la voluntad de España en las Cortes y en el Gobierno de la nación.

(De El Tío Cayetano, núm. 3.)

22 de noviembre de 1868.

Para la historia

La libertad de cultos es un hecho en España.

Así lo ha dicho el señor ministro de Gracia y Justicia, y lo confirman sus concesiones para la erección de templos protestantes junto a los católicos.

Quédense por ahora con sus ilusiones los que creen que si los protestantes, los moros y los judíos no han llenado a España de fábricas, de bosques y de jardines ha sido porque se les ha negado el permiso para edificar capillas, mezquitas y sinagogas en las cuales adoren a Dios, según sus respectivas fórmulas, esos señores de quienes tanto se espera; y vamos, sin más preámbulos, al asunto de que quiero ocuparme hoy.

Parece ser, amparado por la susodicha declaración del señor Romero Ortiz, que se presentó en Cartagena un cura protestante a predicar la religión de Lutero. Mientras habló de Dios y de sus atributos, la cosa no presentó carácter alguno alarmante; pero llegó el reverendo pastor a negar el misterio de la Inmaculada Concepción, y fue tal el entusiasmo del pueblo cartagenero, que si el inglés no se refugia en un buque de su nación, sabe Dios lo que hubiera sido de él.

Así lo confirman varios periódicos de Madrid y de provincias.

Pues bien: el hecho ha trascendido a largas distancias, y me consta que ha dado ocasión a tres comunicaciones, cuyas fidelísimas copias ofrezco a continuación a mis lectores:

PRIMERA

Mister Romero, Ministerio de los busines de la catolic Churcha de Espania.

My dear sennior: Yo llego respectifulamente a decir a fosted que en averiguando your benevolence por la implantamienta in Espania del libre culto, yo estuve llevado del jantusiasmo de mi pastoral ejercicio, por esprandiendo mis predications in ese country. En aquel medio, yo puse in, en mis equipamientos de departo para Espania, tres Hransands de Biblias y nove paquetas de water proofs que por haciendo un ponita negocio a vostos [115] countrimanes, yo era, my self, posible exhargarlos a ellos en my predications, a vinte schilines cache.

Bien: Yo tomo informaciones de que un Rey, reformado englisc evangelista ha sido justo de bredicar fuertemente ahí que dona María, Cristo's mother, era no santa vierge, by lo que the catolic people, yo digo, popular stupid crowd, cayó ponitamente un puquito forte sobra el english minister que tomó de la vía for salvando himself la pelieca.

Ajora, dos guestion: Primera. Son yusted rectificadofuestemente en las de su people libre cultistas aspirations, como esos news-papeles imprintan avery triqui-traca? Segunda. Ereigtando epanquelicas churchas en Espania, ellas serán menos puquito warrantadas que las católicas contra la derrumbamienta por yours contrimanes?

Esperando por su responsa, yo estoy, senior don Romero, trulemente devotado de su senioria.

Rev. Willians Ingilis Manquitos.

## SEGUNDA

A vivir de la injusticia y culto de los infieles de España, el moacín de los creyentes, desde la gran mezquita de la Meca.

Alá es grande, cristiano, y por eso te sentó en el diván de color del primer cielo junto al alcázar de los sultanes, para mayor prosperidad de los hijos del Profeta. El simoun del desierto trajo esta nueva al oasis de las palmeras y de los higos chumbos, y también la de que habías pedido templos para Mahoma que asombrasen las mezquitas naracenas. Alá te premie, cristiano, con cien huríes y cien copas de diamante, porque tú serás creyente. Pero he sabido en la luna que empieza que un morabito de cabellos de oro y casaquín de alas de cuervo, recibió piedras sopapina y jujeo por negar ahí la fe de tus mayores. Yo llevaría a España alcuzcuz, y dátiles, y mirra de la Arabia para ti y para la mezquita que llevaras al Profeta. Hable tu lengua verdad, y dime, por Ala, si me recibirán tus perros infieles con la somanta que llevó el hombre de los cabellos de oro y la casaca negra.

Alá es grande. Visir de los derviches nazarenos, y tus nuevas aguardo con seis zalemas que te envió, tres zapatetas y dos tumbos, la cabeza abajo, al uso del hidalgo del desierto

manchego, el único mortal que produjo sabio, y era loco, el suelo de los garbanzos y el país de las alharacas.

En la Meca, el quinto día de la octava luna antes del Ramadán, del año 28000 y pico de la Égira.

Nazareno, Alá es grande, y Mahoma, su profeta.

### TERCERA

Romero Ortiz, hijo de Jacob, nieto de Abrahán: la vara de Moisés te ayude y no caigan sobre ti y sobre tus hermanos las plagas de Faraón.

Y llegó un día en que el ángel de Isaac detuvo la mano de Isabel, cuatro siglos levantada en tu nación sobre las tribus de Judea.

Y todas las religiones, menos la de España, fueron aclamadas por los españoles, y muchos templos cristianos taparon la luz del sol con la nube de sus escombros.

Y el disperso pueblo de Israel salió de sus escondrijos, y las puertas de España se le abrieron; porque es fiel a su Dios y espera el Mesías prometido.

Y no quedaba en España ni una, torre, [116] ni un regato, ni una piedra que dijese a tu nación: «Por aquí pasaron los hijos de Jacob, porque los hijos de Jacob viven dispersos, y no tienen yuntas, ni telares, ni molinos para los hijos de Beliab.

Pero quedaban doblones que apilar y oro en utroques que redimir, porque sus dueños no se lavaron en la piscina de Betsabé.

Y el pueblo de Judea quería esos monises para el tesoro de su nación; y abriría un pozo de siete codos y siete palmos y siete líneas, en siete barrios siete veces más oscuros y más tristes que la noche, y en ellos los sepultaría hasta la venida del Señor.

Porque los hijos de Israel son pródigos de verdad.

Y en esto, un cura de Lutero fue a España y llevo a Cartagena, y predicó contra la Madre del Crucificado; y el pueblo de tu fe le arrimó candela..., y el cura se embarcó.

Y el pueblo de Judea lo supo, y se escamó.

Y echó a sus cofres siete cerrojos sobre los setenta que ya tenía, y volvió a guardarlos bajo siete estados de tierra, y dijo: «No voy, porque habrá palos.»



Porque aún le dolían los de marras.

Y no fuimos a España.

Y por eso no vamos.

Y por eso te escribimos. Porque te amamos en Dios; que al cabo micas por su pueblo.

Y te exhortamos a que estudies el que te rodea.

Y podría ser que la puerta que abres al de Israel en España la cerraran para ti mismo los españoles.

Que más gordas se han visto.

Y esperamos respuesta, porque queremos hacer de nuestro sayo más de un capote. Háblanos en ella como el Decálogo.

El Dios de Abrahán y de Jacob y la luz del Sinaí te la iluminen, Romero Ortiz... y el pueblo de Israel no será judío para ti en un apuro.

Te lo prometo.

Jeroboán, el rabino más hebreo de los arrabales de Tranfort.

(De El Tío Cayetano, núm. 4.)

29 de noviembre de 1868.

### Monti y toquetti

Muchos días hace que estos nombres vienen siendo la ocupación favorita de ciertos periodistas españoles. También han resonado en la Cámara de Florencia, y el telégrafo oficioso, y hasta el oficial, los ha transmitido de pueblo en pueblo y del uno al otro continente.

«Víctimas, Nerón, libertad, Pío IX, inhumanidad, tiranía, sangre» y otras palabras no menos terribles y solemnes, forman la corte de honor con que viajan. Mis lectores los habrán visto, en tal guisa, pasar muchas veces sobre las planas de los periódicos liberalísimos de Madrid; y excitada vivamente su curiosidad, habrán podido averiguar, a lo sumo, que aquellos nombres son los de los reos ejecutados en Roma. Tres semanas hace «que treinta y un diputados» italianos presentaron en el Parlamento un proyecto de ley para conceder pensiones a sus familias; que las tales ejecuciones son dos hechos «desconocidos

en la historia del cadalso», y, en fin, que el Gobierno de Florencia «ha dirigido una nota a las grandes potencias explicando su [117] conducta, reprobando esos hechos inauditos».

Y no habrán averiguado más; porque es de advertir que los periódicos y los hombres que más han gritado en este asunto, llevan hasta la avaricia la economía de los antecedentes que existen sobre el particular. Y se habrán hecho estas o parecidas preguntas: «Pero, señor, ¿qué personajes eran esos dos? ¿Qué empresa acometieron en bien de sus semejantes? ¿Qué favor les debe el mundo? ¿Por qué el Gobierno romano, por que Pío IX fue un inhumano al firmar la sentencia de muerte de Monti y Toquetti?»

Cayetano, que tiene la manía de las cosas claras, no puede dejar a sus amigos en tan peligrosa incertidumbre, y va a sacarlos de ella, ya que cuenta con los datos necesarios, y toda vez que el asunto colea hoy tan vivo como nunca.

Hace muchos meses fue volado en Roma el cuartel Serristori, que ocupaban los zuevos pontificios. No recuerdo cuántos heridos causó la catástrofe, pero sé que pasaron de veinticuatro los cadáveres que perecieron entre los calcinados escombros de una parte del edificio. La explosión fue producida por una mina practicada ex profeso debajo del cuartel, y a la cual dieron fuego dos hombres. La mina fue obra de los agentes italianos, y los hombres, cogidos in fraganti, y bien pronto convictos y confesos, se llamaban Monti y Toquetti.

Vivimos en la época de los prodigios humanos. Si mi vecino derriba al suyo de una puñalada, es un asesino, y los hombres le abominan y la ley le condena; si se alza con el depósito que se le confía, es un ladrón; si falta a sus juramentos, es un perjura, y en ambos casos también merece el desprecio de los hombres y los rigores del Código Penal. Pero si la puñalada se da en nombre de la idea en un pecho cubierto de púrpura y armiño; pero si lo vendido o lo derrochado indebidamente es un pueblo o es la patria; pero si el que falta a sus juramentos es un magnate, ¡oh!, entonces el asesinato, el robo y el perjurio truécense en hechos meritorios, y el asesino, el ladrón y el perjurio, en héroes a quienes immortalizan y colman de honores y presentes las musas de la gacetilla y las arcas del Tesoro.

Ante esta jurisprudencia, que de hecho existe en todos los países cultos, Monti y Toquetti, cogidos con la mecha en la mano, aún podían alegar su crimen como una heroicidad. Pero media la pícara circunstancia de que esos hombres llevaron a cabo su horrible empresa por la módica retribución de veinte escudos; porque Monti y Toquetti eran dos pillastres de la ínfima escoria social.

Así resulta del proceso, así lo confirma uno de ellos, en una carta, que, contrito, dirige al Papa; así lo aseguran varios periódicos romanos y otros franceses, entre los cuales el hijo, como testimonio irrecusable, la Liberté, diario parisiense del color de su título y tan papista como Garibaldi.

«Monti y Toquetti -dice- no merecen ninguna simpatía..., eran prosaicamente dos tunantes del peor género, pillos de taberna y autores de robo, que por veinte escudos consintieron en dar fuego a las minas preparadas bajo el cuartel Serristori por los agentes del señor Batarri.»

Y ahora que ustedes saben «quién es Calleja», ayúdenme a sentir.

Esos son los hombres por cuya muerte se amotinó el Parlamento italiano; por ella ha pasado notas aquel Gobierno a «las grandes potencias»; por ella nuestra Prensa liberalísima llama cruel e inhumano al hombre más bondadoso de la Tierra y le emplaza ante «el tribunal revolucionario de la unidad italiana» y le coloca, en dureza [118] de alma, sobre Nerón; para esos «mártires de la causa republicana» pide flores, himnos y coronas. Para sus víctimas, para los inocentes sacrificados en el cuartel Serristori, ni un recuerdo, ni una palabra de conmiseración. ¿Y cómo tributársela? Los verdugos servían a la causa liberal de los unitarios de Florencia. Las víctimas eran soldados de la bestia negra, según el estilo inspirado del erudito de Caprea... ¡Ah, si las ejecuciones hubieran sido en la Calabria, y los ejecutados procedentes de Nápoles o de Roma, hubieran atentado contra la vida, por ejemplo, del patricio Liborio Romano!, entonces, ¡santo Dios!, ¿qué expiación más justa, más merecida que ella?

Hay un periódico entre los que más han gemido en España por los ciudadanos «sacrificados por la crueldad» del Sumo Pontífice, que ha llevado su delirio hasta el extremo de solemnizar el día de la Purísima encerrando en una orla negra, debajo de una cruz, los nombres de Pío IX y de los dos incendiarios, llamando anticristiano al primero y mártires a los segundos.

Este periódico no tuvo reparo, un mes antes, en decir muy recio que renegaba de la fe de sus padres y aceptaba la reforma de Lutero.

Veán ustedes cómo en cuestión de escrúpulos pueden verse aberraciones monstruosas. Este acto le dejó tan sereno y tan tranquilo, y a la noticia de que en Roma expiran en un cadalso dos malhechores, su conciencia se escandaliza y el llanto inunda sus ojos.

La verdad es que este colega nada tiene ya que ver con el Santo Padre, y que deshonrando su augusta memoria ayuda a su nueva causa. La sensiblería de sus conmitones es algo más incomprensible. Cierto es que con ella dejan más alta su abnegación.

Después de todo, si estas farsas no fueran impías, llegarían al colmo del ridículo.

Un solo lado hermoso tiene la memoria de los desgraciados criminales Monti y Toquetti: su arrepentimiento sincero, su muerte cristiana y edificante. Precisamente lo único de que no han hablado sus sensibles panegiristas.

Pero era necesario herir a todo trance al catolicismo, y a tales propósitos, tales armas.

Y por esa senda pretendéis que os siga el pueblo... ¡Ilusos!

Al llamar inhumano al Sumo Pontífice y víctimas ilustres a los asesinos de sus defensores; al pedir para el santo el odio y la execración de los hombres y para los criminales lauros y simpatías, corrompéis indignamente el sentido moral y los fueros de la

justicia; y el pueblo español, que es honrado, cualesquiera que sean sus ideas políticas, no se afiliará jamás a una bandera que hace causa común con los bandidos y los incendiarios.

Entendedlo bien: vosotros no sois, por fortuna, el sentido público, no sois la conciencia humana; a pesar de este falso rubor, se os conoce perfectamente; sois, y nada más, arteros explotadores de la ignorancia, del fanatismo o de la buena fe de las masas, cuya fuerza buscáis para trepar más fácilmente al punto de vuestras personalísimas ambiciones.

Tenéis, es verdad, necios que os aplauden, mentecatos que os remedan, ilusos que os admiran; pero que no os halague el triunfo; son barro grosero que sólo ha de servir para hacer más pesados, más sofocantes los escombros de ese falso edificio que hoy os cobija, y se desplomará mañana sobre vosotros al primer soplo de la razón.

Porque la luz ha de hacerse, y desdichado entonces del que no pueda mirar sus rayos frente a frente sin que se le tiña el rostro de vergüenza.

(De El Tío Cayetano, núm. 7.)

20 de diciembre de 1868. [119]

## Bocetos

El pueblo español no quiere, por ahora, más que política. Hace bien si eso le engorda. Pero es el caso que El Tío Cayetano se ha echado a escritor para contribuir con su óbolo de experiencia, ya que no ciencia, a la ilustración de ese mismo pueblo y está dispuesto como nunca a llevar a cabo su patriótica resolución.

Dentro de ella, se viene ocupando hasta aquí de las cosas y de las ideas. Hoy se propone ir diciendo algo de las personas: no de Juan ni de Pedro concretamente, que esto fuera entrar en un terreno indigno del que sienta en su corazón algo más noble que la envidia, la malevolencia o el despecho, sino de ciertas especies que hoy como nunca se agitan y pululan entre el pueblo, poco avezado al trato de estas entidades, y mal conocedor, por consiguiente, de sus méritos y de sus picardías.

## I

Entre la compacta y varia falange que desfila en mi imaginación en este instante hay una figura que se enreda obstinadamente entre los puntos de mi pluma cada vez que intento dar principio a mi tarea. Sin duda desea ser la primera y yo no debo desairarla. ¿Quién no tiene sus asomos de supersticioso? Por otra parte, el modelo es altamente simpático, y, por si no nos vemos en otra, no estará de más elegirlo para hacer boca.

El lector debe conocerle mucho: le habrá visto recogiendo en sus brazos a cuantos resbalan en la calle sobre una cáscara de melón, vendando las heridas de todos los

descalabrados y corriendo la lista de suscripción a beneficio de un pobre artista trashumante. Él es «la única desgracia que hay que lamentar» en todos los incendios. Cuantas quiebras ocurren en su pueblo le cogen un pico, y si en alguna se reparte, por milagro, tal cual dividendo, él es el único acreedor que no cobra un céntimo. Hace la tertulia a sus inquilinos, los vela si están enfermos, y aun les convida a comer aliquando, y raro es el que no se le marcha dejándole la llave debajo de la puerta sin clavos.

Educado según el antiguo régimen, cree en Dios a puño cerrado y está por los Gobiernos de resistencia. La política le quita el sueño; pero no como una afición, sino como una pesadilla horrible; no la comprende bien, nada espera de ella, y, sin embargo, todo lo teme.

Si, mandando los suyos, se habla de secuestros o de deportaciones por atentados contra el orden:

-Hombre -dice muy bajito en la calle a cada uno de sus amigos-, ¿me has oído tú alguna palabra inconveniente, alguna frase que pueda interpretarse en mal sentido para el Gobierno?

-¿Qué temes?

-Todo lo malo, chico: la cosa está muy tirante, y como nadie está libre de un rato de mal humor, o de un falso amigo, o de un calumniador infame... Por otra parte, yo sueño recio, y ¿quién sabe si una criada...? En fin: mientras esto pasa me largo en paz y en gracia de Dios, que el mejor de los dados es no jugarlos, y el hombre precavido vale por dos.

Y en ocho días no se le vuelve a ver. [120]

Como los perros la tempestad, él huele las revoluciones por instinto; y en estos casos su miedo truécase en terror. Mira con curiosidad a cuantos braceros pasan a su lado; examina sus ademanes, estudia sus miradas y descompone y desmenuza la menor de sus palabras sorprendida al vuelo. Y como las que así caza resultan contrahechas, la dificultad se agrava para él. Todo sonido en ao le huele a palos; toda exclamación fuerte le parece un grito revolucionario; toda interjección dudosa, una amenaza de muerte a la clase de levita.

-Pero ¿tú qué temes? -se le pregunta.

-Hombre -responde-, déjame de cuentos, que en estos casos no se mira a quién se da, y si le despampanan a uno de un garrotazo, con él se queda por de pronto.

-Pero tú no eres hombre significado en política, eres pacífico, eres bueno...

-Sí; pero algunas veces me he expresado con demasiada vehemencia contra ciertas gentes, y estos dichos se exageran, y, en fin, para no morir asado, huir del fuego es lo mejor.

Y se eclipsa otra vez.

Y tiene la desdicha de volver en plena efervescencia popular. Nadie se mete con él; pero se aturde al ruido de una puerta; la gota de un tejado sobre su sombrero le parece un balazo a quema ropa, y le suenan a motines las parrandas nocturnas.

Y se larga a los ocho días, y así se pasa la vida.

Con los suyos tiene una equivocación y teme que la misma tirantez, que tanto le agrada, llegue a irritar a los otros y a precipitar el alzamiento.

Con los otros teme que le confundan con los suyos y le hagan pagar lo que en rigor no debe.

Entre tanto no cobra de ninguno de ellos y contribuye con todos; no tiene voz ni influencia en ninguna situación, y con todos teme y sufre; nadie le hace caso y de todos recela. En suma; es un aventurado con la conciencia limpia como un diamante y con los sobresaltos y congojas de un conspirador sempiterno.

A esta clase de hombres, lector amigo, estréchales la mano si te la tienden. No te sacarán de apuro grave, ni te enseñarán muchas cosas que tú no sepas, porque sus recursos no lo dan de sí; pero te pondrán el corazón en los labios cuando te hablen, y esto no es poco, en los tiempos que corremos.

## II

Algo menos familiar te será este otro tipo. No es extraño. Es hombre que se prodiga poco. Cuando se exhibe lo hace en toda regla; pero es en ciertas pompas de no fácil acceso para la gente de poco más o menos. Ama los relumbrones y la bambolla, y por eso ha formado siempre en procesiones de rúbrica, donde las cruces y los pendones, aunque sean de cofradía, representan el estado mayor.

Ocupa sólida posición y podría ser independiente, si quisiera; pero es soberbio, ambicioso y pedante, y necesita los saludos de los próceres y los abrazos en público de los representantes del Poder. Cala largo, y no vive al día como el vulgo de los mortales. Quiere asideros para todas las situaciones, y palancas de toda clase de maderas para remover todo género de obstáculos.

Por eso es polaco con Sartorius, de orden con González Bravo, escéptico con Posada Herrera y librepensador con los revolucionarios; como hubiera sido familiar del Santo Oficio en tiempos de Felipe II.

Suele ser hombre de tanta memoria [121] como énfasis, y a ella se debe la popularidad de sus méritos; porque, según sus relatos, no hubo calaveradas como las de su juventud, ni epigramas como los de su ingenio, ni verdades como las de su boca, ni primores como los de su pluma contra los hombres de la situación que, por turno, está debajo cuando perora. Pero, por un fenómeno incomprensible y providencial, esa misma memoria no alcanza a recordarle que lo que está diciendo de los troyanos con los tirios es lo mismo que decía de éstos cuando él era troyano.

Hay que hacerle la justicia de que no cambia de color súbitamente, sino por grados y a medida que las situaciones se van entornando. Como los gatos, quiere caer, en pie, y no economiza las precauciones al efecto. A un hombre semejante no podía ocultársele que plantarse en Mazzini desde Calomarde sin haber pasado siquiera por Olózaga no argüiría gran limpieza de convicción.

En algunos ejemplares estos cambios reposados suelen ser hijos de un miedo supino al hallarse en una nueva región entre elementos que se han combatido desde arriba.

En todo caso, este tipo, con la conciencia política tan sucia, tiene con el anterior, que es la primera misma, un punto de semejanza: el miedo. El uno tiembla porque no se le vea cómo es; el otro suda por sostener la máscara con que se disfrazaba.

Este, por instinto legitimista y aristócrata, anda en tiempo de efervescencia popular arengando a las masas y mendigando los abrazos de una chaqueta.

Mucho ojo, lector, por si se te acerca.

No creas en sus convicciones, no te seduzcan sus lisonjas. Si te busca es porque te teme, o porque te necesita. Incapaz de amar a nadie, ni de poner a ninguna al par de su importancia ni de su inteligencia, al rodearse de una corte de admiradores su mayor placer sería aniquilarla de un solo golpe después de haberse servido de ella. Como el tirano de Roma, la quemará también por alumbrar su soberbia con el fuego de sus ruinas.

(De El Tío Cayetano, núm. 7.)

20 de diciembre de 1868.

Año nuevo

Cuando se entra a oscuras en una habitación en que se oyen ruidos extraños se ponen las manos por delante y se exclama, o se piensa al menos:

«¡Dios mío! ¿Qué habrá aquí? ¿En qué parará esto?»

Lo mismo exactamente le ha sucedido a España al entrar, empujada por la última hora del año de 1868, en la primera de 1869, verdadero caos tenebroso e infernal, «donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde triste ruido hace su habitación, como en la cárcel de realistas del Quijote.

La noble matrona, a despecho de su probado heroísmo, a pesar de su evangélica resignación, tiembla ante tanta oscuridad, tiene miedo, busca a tientas a sus grandes hombres, y les pide un rayo de luz que la ilumine.

Pero Serrano gastó en Alcolea el último fogonazo.

La espada de Prim ya no centellea.

Topete mojó en Cádiz la pólvora del Pacífico. [122]

Figuerola no da lumbres.

Lorenzana duerme.

Sagasta apura la última cerilla para remendar una cortada que piensa añadir a cierto telegrama en cifras.

Ruiz Zorrilla aprovecha el débil fulgor de aquélla para buscar la cédula electoral que le pidieron en las urnas y le ha valido la honra de que le inmortalice La Correspondencia en sus columnas de brea.

Romero Ortiz despabila una lámpara sepulcral, después de haber apagado la de los templos católicos, y la apaga también.

López Ayala, la lumbrera del teatro moderno, es en política un fuego fatuo.

España, pues, se ve a oscuras al comienzo de una senda llena de precipicios y de obstáculos, sin un solo punto claro que la sirva de norte, sin una mano que la guíe, sin una voz que la aconseje.

Y no puede retroceder, ni siquiera detenerse, porque el tiempo y los sucesos la obligan a caminar.

Por eso reniega de sus hombres, se enjuga una lágrima, tiende las manos al vacío, y nada.

Trémula y aterrada, da sus pasos, y al tercero se hunde hasta las rodillas. Es un charco de sangre: está en Cádiz.

Se hace a un lado, y un montón de escombros que se desploman la descalabra: son los de los templos de Sevilla.

Cambia de rumbo. Algo se le enrosca entre los pies, largo y ondulante como el boa constrictor: es la cola del Banco.

Salva el obstáculo y anda más: un no sé qué frío y hediondo como el aire de un sepulcro pasa a su lado y le azota el rostro: es el hambre de Castilla.

Lamentos, conjuros y plegarias en derredor. Los imponentes de la Caja de Depósitos y algunas monjas sin celda, pan ni abrigo.



Trabucazos, alaridos y protestas más lejos. Los comunistas andaluces.

Mucho más lejos aún: el tango habanero en el estampido de la artillería: es la insurrección de Cuba.

El himno de Riego, palizas y otros rumores: el sufragio universal en todo su esplendor; el derecho al trabajo y los voluntarios de la Libertad.

Despavorida, acelera la marcha; pero tropieza en un cuerpo voluminoso escurridizo: Olózaga.

Cae, no cesa de caer, y todavía hay algo que la precede en la caída, que baja más que ella: los valores públicos.

Al fin se detiene, pero en el fondo de un abismo: las arcas del Tesoro.

El vacío la circunda, y, sin embargo, siente un peso sobre los hombros que la agobia, que la sofoca: el empréstito Figuerola.

Un ruido sordo y constante la desazona, y algo la pellizca la túnica, y la muerde las sandalias: son los roedores del presupuesto que se han comido hasta los clavos, y aún tienen hambre.

Entre tanto, siente que avanzan a su lado escuadrones de fantasmas que la absorben hasta el aire que respira con dificultad: el Ejército y las clases pasivas.

Otros grupos, de pisar más grave y más sonoro, marchan en opuesto sentido y aléjanse sin cesar: la gente acomodada, los capitalistas que huyen de ella a tierra extranjera porque la temen.

Quiere seguirlos, siquiera para llamarlos; pero tropieza en un obstáculo hueco y liviano, y vuelve a caer: la debilidad de su Gobierno.

En la caída se hiere la cabeza, y al resplandor que le finge la fuerza del dolor que siente, quiere ver algo, y ve... un punto más oscuro, más tenebroso [123] que todos los demás: las futuras Constituyentes.

Sin embargo, se dirige a él, y aún cree descubrir detrás el contorno de una puerta de salida. La palpa con afán; pero aquel cuerpo real o ilusorio tiembla y amenaza sepultarla entre los escombros: el trono de Espartero.

Otro más perceptible hay a su lado, y hasta vislumbra un busto coronado de ortigas y perejil, que se evapora en cuanto le mira: el duque de Montpensier.

Otra puerta aún, más clara, pero más estrecha y erizada de espinas, que necesariamente han de desgarrarle la túnica y las carnes: la República.

Otras muchas se ofrecen a su vista turbada y todas confusas y mal definidas.

Al cabo halla una completamente perceptible; corre hacía ella con afán, y trata de abrirla. Al fin va a respirar libremente... Ilusión: es la guerra civil.

Entonces, desfallecida, horrorizada, levanta al cielo los ojos de su vieja fe, y un rayo de esperanza, que parte de la Suprema Misericordia, le presta nuevos bríos, y con ellos sigue marchando impávida a través del antro misterioso.

¿Adónde irá a parar en el curso del año que empezamos?

Dios, que la guía, puede saberlo únicamente.

(De El Tío Cayetano, núm. 9)

2 de enero de 1869.

Artículo sangriento

Algunos días hace no puede uno coger los periódicos de Madrid sin mancharse las manos de sangre.

Inspirados en la lectura de ellos, estos párrafos, necesariamente han de estar ensangrentados.

Hago esta salvedad al principio para que el Gobierno provisional, al ver tan rojas estas columnas, no las tome por republicanas y me pida un fusil, que ni por galantería me ha ofrecido.

Fusil dije, y aquí me paro, supuesto que estoy con las manos en la sangre, digo, en la masa.

Ya saben mis lectores lo que pasó en Cádiz y tampoco ignorarán lo que acaba de suceder en Málaga. Pero si no tienen noticias detalladas de lo uno ni de lo otro, quédense en mi ignorancia, pues estos detalles son más fuertes que mí voluntad, y aunque los conozco, tengo que callarlos.

Coleando todavía dentro de Cádiz la profesión del Caballero de Rodas, estaba llamando a las puertas de Málaga, guardadas por los voluntarios de la Libertad.

-¿Quién va? -gritaron los de adentro.

-Gente de paz -respondieron los de afuera.

-¿Qué buscan?

-Vuestros fusiles.

-Pues entren por ellos.

Y los que llamaban entraron, y los que estaban dentro los recibieron a balazos, quizá al grito de «¡Viva la fraternidad!»

Los recién llegados correspondieron, al saludo con idénticas demostraciones fogosas, añadiendo a fuerza de generosos [124] algunas grageas que repartieron la escuadra de Topete y el castillo de Gibralfaro. Figúrense ustedes lo demás.

Para ayudar un poco a la imaginación, alúmbrense con este tizón que tomo de la Gaceta:

«Poseionadas las tropas de toda la ciudad, y apagado el incendio que se produjo en dos casas en la mañana de ayer, se procedió a enterrar los cadáveres; se llevaron los heridos a los hospitales, se recogieron las armas y se publicó un bando para que todas fueran entregadas en el término de tres horas.»

¿Es cosa de cuidado lo que ustedes han visto a la luz de estos incendios?

Pues así y todo, me guardaré muy bien de echar sobre el pueblo de Málaga, ni sobre el Caballero de Rodas, la responsabilidad de la catástrofe. Dios, que los conoce más a fondo que yo, los juzgará.

Pero me es imposible pasar sobre esos sucesos sin detenerme ante los cadáveres y los escombros humeantes que fueron su consecuencia inmediata, cuadro consolador digno en todo y por todo de los tiempos de Atila.

«¿Y por qué tantos horrores?», me pregunto delante de ellos.

A lo cual contesta el Caballero de Rodas con la siguiente alocución:

«Soldados: La víspera del combate no he querido dirigiros la palabra, como es costumbre en la guerra, porque tratándoos de cerca con esta larga excursión que venimos haciendo en favor de la causa del orden y de la Libertad, sabía que no necesitabais estímulo para cumplir con vuestro deber; mucho esperaba de vosotros, pero en la memorable jornada de ayer habéis superado a todas mis esperanzas.

La contestación, como se deja comprender, no me tranquiliza gran cosa.

La busco más satisfactoria entre los vencidos, y responden por ellos los órganos de la idea... «Los héroes de Cádiz se han reproducido en Málaga... Así obran los pueblos dignos de ser libres; así se conquista la libertad.»

No me satisface tampoco esa respuesta; pero la pongo junto a la primera, y observo que las dos tienen la misma base.

El Caballero de Rodas ametralla a Málaga en nombre de la Libertad, y los malagueños ametrallan al Caballero de Rodas en nombre de la Libertad.

Esto me recuerda a Espartero arrasando a Barcelona y a Sevilla con igual disculpa.

Y es claro: los hombres pasan, pero las ideas permanecen. Lástima que la lógica no pase también como los hombres. Porque entonces Cádiz y Málaga, Sevilla y Barcelona, bombardeadas por los españoles, tendrían algo que echar en cara a Zaragoza y a Gerona, y los liberales indígenas algún derecho para llamar bárbaro al extranjero Bonaparte.

Entre tanto, la libertad es lo contrario de la tiranía, de la opresión, del atropello, del derecho del fuerte sobre el débil, de la barbarie...

Esta contradicción me confunde más y más, y me decido a discurrir por cuenta propia. Entonces vislumbro a los hombres del Gobierno más allá de Alcolea, pidiendo, con arrullos y caricias, auxilio al pueblo para derrocar una situación «degradada y envilecida». Veo después triunfar la revolución y confundirse en un estrecho abrazo los entorchados, los fraques y las blusas que la consumaron; oigo a los primeros llamar soberano al pueblo, y veo que, en nombre de la razón y como símbolo de sus derechos, y como cetro de su soberanía, le dan un fusil en vez de darle unos zapatos nuevos y unas leyes paternas. Veo más acá a esos mismos hombres temblar ante su propia hechura y, como la pastora de la fábula, mentir amores y [125] caricias para limar los dientes al león.

Pero el de la historia no es cándido, y responde a los golpes de la lima con arrullos de barricada.

¿Y qué menos ha de hacerse para corresponder dignamente a la admiración con que nos contempla la Europa?

Si el comercio se lastima, si la moral se relaja, si las familias huyen aterradas si el hogar se atropella, si los pueblos se arruinan, ¿qué vale eso? ¿No quedan grados para los vencedores, presidios para los vencidos y presupuesto abundante para los adictos al Poder?

-¡Oh, el estómago, el estómago!

¡Qué perspectiva dejan de ver los que le tienen sobre los ojos!

Cádiz, cubierta de luto; Málaga, anegada en sangre; Córdoba..., ¿quién sabe lo que será de ella si su pueblo da en la manía de creer también que la libertad se conquista y se defiende a balazos?

¿Y qué será de España entera si se enamora de esa teoría y el triunfante ejército del Caballero de Rodas, cegado en la sangre de Andalucía, se echa a recorrerla toda?

Porque hay graves motivos para temerlo.

«La patria os debe por ello eterno reconocimiento y gratitud profunda vuestro general en jefe.»

Así concluye la alocución del Caballero de Rodas. Y quien dice por quinientos cadáveres más o menos, ¿qué no dirá por quinientos mil?

Si la patria debe por ellos «eterna gratitud» a los matadores, ¿qué no les deberá cuando la conviertan en un vasto cementerio? ¿Y qué no serán capaces de hacer esos patriotas por merecerlo?

La patria agradecida a sus propios hijos porque la inundan de sangre fratricida.

Así se habla siempre de lo que no se conoce.

La patria empobrecida, herida en sus más caros intereses, cubierta de luto, maldice desde lo íntimo de su corazón a sus hijos desnaturalizados que, con una u otra bandera, y so pretexto de redimirla, la ultrajan y la esclavizan y la arrastran sobre el fango de todas las malas pasiones al abismo de su ruina.

A la patria la veréis cuando se haga la verdadera revolución: la que no se ha echado a la calle jamás; la de los hombres honrados contra las pandillas políticas; la de los que pagan y producen, contra los que absorben y devoran.

(De El Tío Cayetano, núm. 10.)

10 de enero de 1869.

Correspondencia

Señor don Cayetano de Noriega.

En consonancia de la güena receisión que el país liberal rindió al desamen y estipule de mis artos de esta, que usted tuvo la honra de dar al molde, repito la consiguiente angunos particulares con el mismo ojento, respectivo al caso.

Señor don Cayetano: Aquí la tuvimos gorda en el ufragio último, motivao al remude de la josticia. Yo y los míos trabajamos bien, pero no nos valió delgún arbitrio, incluso tres palizas [126] repartías a tiempo en lugares convenientes al efeuto, y angunos disparos de fosil en la Casa-Concejo, contra los serviles que nos acorralaban al reguedor de la mesa votante.

El letrado hijo mío, de que ya tiene Vd. conocencia, estuvo a la altura de su magestá de secretario, y él es el único que se ha podido conservar de los nuestros en el monecipio, y eso a manera de correspondencia transitable, si a-ve-nio convencional.

Motivao a estas y otras, hemos tenío los ensalraos angunas circunferiencias en la sacristía de la iglesia, como punto nacional y conviniente al caso; y en estas circunferiencias he echado cinco prediques a satisfacción de los concurrentes, sobre todo del letrado susodicho hijo mío que es una sinfonía, tocante a voz y palabra fina.

Por conceuto de este y otros güenos liberales de mi bando, yo soy quien para a dá qué silla más reluciente que la de esta alcaldía, y como al mesmo tiempo me han informao de que la indereuta de mis anteriores relate, tocante a ser destituyente por ufragio nacional, ha tenío magnífica encarnación en ánimo liberal me he resinao al caso concerniente, esperando por amañar, con el auxilio del letrado infrascrito hijo mío, una soflama que va a retaporción para los efeutos consiguientes, y quiero que me de también el molde.

Anto a ello le espongo en todo su auge y consonancia, digiendo:

Don Patricio Rigüelta, natural de estos reinos nacionales y sus islas contingentes, hijo de padres naturales, ya difuntos; mayor de edá, natríó de carnes y no mal pareció; desasninao en sus infancias en ortografía gramatical y cuentas hasta medio partir y partir por entero, hoy día albitrante y con otras industrias saludables, pudientemente y de arraigo.

A tó El Orbe Tirraqueo De La España.

Digo al respetive:

Que me ofrezco a dir, por mí y ante mí, según mis peculios, y sin el sustipendio de tanto más cuanto, a las Cortes del Congreso, por sufragio liberal al resultante de lo que estipulo al calce, imargen a continuación:

Soy liberal ensalzao desde mis tiernas joventudes y espencé mi carrera a los seis años descalabrando al señor cura, y destrozándole seis cerojales y un camueso... Nunca aprendí en la escuela el catecismo; y por no comulgar por Pascua Florida me anunciaron con otros fieles a la puerta de la iglesia nueve años relativos, en los tiempos inomniosos de los serviles amoderaos y otros a igual respeto. Han llovido sobre mis costillas muchísimos palos de la autoridad por renunciamiento contra el mandato constituido no según mis indicaciones, y la cárcel me conoce mucho por delitos al respetive. No ha sío quién dengún alcalde servil para sacarme un real por contrebución que he sío el primero a pagar cuando han impezao los míos de nusotros; y por tirria a los tiranos, y no quisiendo que se beneficien ellos el sudor de los pobres, los de este pueblo y colindantes se han servío siempre en sales y tabacos de mano del letrado hijo mío, que se lo procuraban a medio precio, respetive al de los estancos y follimes.

Así soy yo por lo que toca a endenantes y de presente.

Por évate ahora para el día de mañana.

Si me votáis con el ufragio, ya veréis lo que es canela.

Si por vosotros llevo a entrar en el Congreso de las Cortes, por darvos gusto seré capaz de votar por el mismo Pateta si le queréis. Po supuesto, ná de quintas, ná de curas, ná de Papa, ná de Rey, ná de enseñanza, ná de mortalización, ná de hipotecas, ná de comercio, [127] ná de trabajo, ná de garrote vil y ná de contrebución. Abajo con ella. Viva la libertad. El que sea más listo que más apande y buen provecho le haga, que así nos hizo Dios, y por eso los deos de la mano no son iguales.

Ítem. Me comprometo a no pedir sustipendios nacionales, si no es pa mi persona, pa el letrado hijo mío, pa mis parientes cercanos, pa los ensalzaos de esta vecindá y pa los que me voten en el ufragio, que bien lo merecemos si triunfamos.

Ítem. A la vera del Gobierno provisional seré un procuraor constante de too el reondel de la provincia liberal; y advierto que a emportuno y osiquioso denguno me echa la pata, pues ocho horas de una sentá apegao a una puerta, ya me costa a lo que saben: y porque valga la mía hago yo presa a un novillo si a mano viene.

Ítem. Por toos estos trabajos no almitiré sustipendio de arancel, sino lo que güenamente quiera apurrir la fineza de los interesados.

Ítem. Soy recio de voz, resisto hora y media gritando, y sé de memoria tres pedriques liberales que no tiene güelta aunque les haga la contra el secula sinfinito.

¿Vos convengo así? Pus, en otro caso, pedir sin contedad, que yo a too me allano, porque me creo capaz de los imposibles.

Y si no vos satisfacen promesas, tamién me comprometo a firmar un documento en que costen las mías, y a comérmele en el día de mañana si falto a ellas.

En toas las maneras no vos aceleréis, y fijarvos bien en lo que semos unos y otros. Con hombres como yo, trunfaremos; con los otros nos perdimos.

Al consiguiente de ello quiero que coste, y así lo firmo con esta fecha, presente el letrado hijo mío que dará fe en su día.

Patricio Rigüelta.

(De El Tío Cayetano, núm. 10.)

10 de enero de 1869.

La mano y el ojo

En medio de las amarguras más insoportables de la vida humana, se encuentra una gota de almíbar que endulza un poco las tragaderas.

En el orden moral, esto es un axioma. En el revolucionario, lo comprueban también ciertos hechos como los entorchados autónomos, algunas enfermedades de La Iberia, la última revolución de las Novedades y la rifa de don Pascual Nador.

Los que, como El Tío Cayetano, no tienen cuchara en el festín de la cosa pública, pueden sacar mucho partido, con un poco de filosofía, hasta del espectáculo que ofrecen los que en él se regodean.

De festín hablé, y la palabra me apunta un recuerdo que puede conducirme con suma facilidad al fin que busco.

Póngase el almuerzo de un dómine sobre la mesa de su cátedra; véase éste obligado a abandonarla repentinamente, y ya ustedes saben lo que allí sucederá. Yo lo sé por experiencia.

El más atrevido se acerca a la cazuela y levanta la tapadera; otro, pellizca las tajadas; otro, moja el pan en la salsa, algunos las uñas, y no falta quien haga trizas el cacharro y hasta que lama después los cascós.

En el primer instante, todo va a placer; pero bien pronto acometen a los [128] amotinados recelos y sobresaltos; el zumbido de una mosca les parece la voz del dómine; las pisadas, zurriagazos, y entre voces de alarma, huidas, tropezones y congojas por el temor a la infalible paliza que les aguarda cuando se descubra el desaguisado, presentan los chicuelos una perspectiva que no hace envidiar el atracón que se pegaron.

Si licet exemplis in magnis parvibus uti, los hombres de la situación están ofreciendo más de un punto de semejanza con aquellos impúberes, cuyo recuerdo, al conducirme hasta la época más gloriosa de mi vida profesoral, es un fresquísimo rocío que suaviza y estira las arrugas de mis años.

No peco de ingrato. Me reconozco deudor de tan raro beneficio a la Gloriosa de septiembre.

Por ésta y otras razones soy yo ministerial.

Los autores de la gorda, cebados, olim, en la cazuela nacional que estaba sobre la mesa del Poder, conocían por demás el exquisito punto culinario de los manjares que encerraba.

A la septiembre, digo, a sazón, cursaban, por riguroso trámite académico, táctica revolucionaria, que es materia estimulante y aperitiva como ninguna; y estaba la cátedra que hervía de alumnos: chicos animosos, des preocupados y con un estómago de primera fuerza.



Pero el dómine era cachazudo y apegado a la silla, y no la soltaba ni perdía de vista la cazuela; con lo que más y más se sublevaban los estómagos hambrientos.

Al cabo llegó al paroxismo de la impaciencia, echó al dómine por la ventana y se apoderó de la mesa.

No era la cazuela como la mía; parecía más al sombrero de Macallister, porque era inagotable, y había en ella, entre mil zarandajas, mendrugos para el estómago, cintajos para las solapas, estrellitas para todo un cielo, fajas para la cintura y hasta bordados para las mangas.

Cada cual de los amotinados pudo saciar su apetito conforme al deseo. Quién se adornó con un pavo real; quién, más positivo, se llenó los bolsillos de provisiones de boca; quién, iluso, más necesitado que nadie, escogió un fusil por todo consuelo, y gritando viva la Libertad y abajo la opresión, se dio a remedar a los soldados.

Tremenda, asoladora, fue la primera embestida a la cazuela, que estuvo a punto de ser agotada, a pesar de su condición de inagotable. Por eso, los que allí mandaban impusieron un poco de orden y metodizaron el festín. Al efecto, echaron a la calle a los de los fusiles, quedáronse junto a la mesa los de los cintajos, y se colocaron como guardianes a la puerta los que, llamándose ecos de la opinión pública, cargaron de resmas de papel y de fardos de mazapán.

Desde entonces acá se come con más holgura, pero no con más tranquilidad, porque se ve la mano del dómine en la sombra de cada brazo que avanza a la cazuela, y hasta el ruido de las mandíbulas y de las cucharas les parece el de las disciplinas.

-¡Ojo! -grita a cada momento la vigilante Prensa, sin dejar de engullir.

-¿Quién va? -responden los de la mesa, con la boca atascada.

-La mano oculta-replican los guardianes.

-Pues, leña -dicen los otros por la ventana a la gente armada.

Y pasa un cura, se le abre en dos la cabeza, y ya se tranquiliza la situación.

De cuando en cuando se oyen alarmantes rumores entre la gente de afuera, tal vez por hambre, tal vez por indignación. Entonces, uno de los de adentro pinta algunas libertades contrahechas [129] y las arroja a la muchedumbre, que las devora, a falta de pan. Pero al estómago no se le engaña con pinturas, y el del pueblo no tarda en pronunciarse en seguida que la vista se ha recreado. Crecen, pues, los rumores del principio y toman un carácter muy grave.

-¡Ojo! -vuelve a gritar la Prensa.

-¿Quién se menea ahora? -preguntan los jefes.

-La mano del dómine.

-Pues fuego en ella.

Y como ya no es un cura el que pasa, sino dos pueblos armados, alguno de los de los cintajos se echa a la calle al frente de sus batallones y la siembra de cadáveres; proeza que proporciona al espectador de afuera el placer de contemplar después algunos huéspedes nuevos alrededor de la cazuela.

Nueva emisión de libertades llueve desde las ventanas del gran salón. Los del banquete llevan su generosidad hasta el punto de dejar al pueblo que elija a su gusto algunos hombres que pasen a ajustar las cuentas del gasto, a tasar la cazuela y a poner otro dómine que sustituya al arrojado por la ventana.

Ebullición espantosa, esta vez de entusiasmo, porque el pueblo es cándido y nunca sospecha menos que cuando se le está engañando más.

-¡Ojo! -torna a gritar la Prensa, devorando su repuesto de mendrugos.

-¿Quién pasa? -dicen los de la cazuela.

-La mano oculta, que os arrebató el guisado.

-Pues a la cárcel con ella.

Y el pueblo, crédulo y sencillo, aporrea a cuatro curas acá, tres docenas de retrógrados allá; ayuda a encarcelar en el otro lado a algunas influencias reaccionarias, y no echa de ver que, entre tanto, los agentes de los hombres del festín llenan a su gusto las urnas ambicionadas de donde han de salir los jueces de la cuestión magna.

A todo esto, sin dejar de mover las mandíbulas, no cesan los gritos de alerta en la Prensa, ni el fantasma de la mano oculta desaparece de junto a la cazuela.

Y como el país que paga el gasto y no prueba la comida no ve ese coco por ninguna parte, por más que abre los ojos, pregunta muy caviloso ya:

-¿En qué quedamos? Ese ojo avizor y esa mano oculta, ¿son una farsa para distraer nuestra atención y entretenernos el hambre, o son los gritos de vuestra conciencia, o un aviso misterioso de alguna felpa que os esté decretada?

Yo recuerdo la situación de los alumnos que me devoraban el almuerzo, situación tan semejante en el fondo a la de los apostrofados así por el país, y tengo mi juicio formado acerca de la significación de esa mano y de ese ojo que van pegados a la situación como la sombra al cuerpo, como el delito a la expiación.

Este juicio es la gota de almíbar que me endulza un poco las amarguras que me corresponden como a todo español que ha contribuido con su migaja a rellenar la cazuela de septiembre.

Le ofrezco la mitad al Gobierno, en la seguridad de que, sirviéndole cuando menos de enmienda, le evitará una indigestión, y eso irá ganando si viene el dómine cuya sombra le espeluzna.

(De El Tío Cayetano, núm. 12.)

24 de enero de 1869. [130]

La primera incógnita

La situación estalló al fin...

No se hagan ustedes ilusiones, porque me refiero a su primer embarazo.

Digo, pues, que estalló la situación por un costado: en el que germinaban los flamantes padres de la patria; y ésta ha respirado fuerte, después de estar algún tiempo tragando el resultado y la saliva.

También El Tío Cayetano salió del apuro en que se hallaba ocho días hace, y se encuentra en este instante lleno de alegría, porque hay una duda menos que le oscurezca el porvenir.

La primera figura que he visto a la luz de este descubrimiento, por más señas, bailando al son del himno de Riego y saltando la alegría por todos los ojales de la casaca, ha sido la del Gobierno provisional, o, como si dijéramos, el comadrón del parto venturoso.

Luego han sido de su gusto la operación y el recién nacido.

Es indudable. El Gobierno y yo tenemos sobrados motivos para regocijarnos hoy.

Uno y otro sabemos ya a qué atenernos.

Uno y otro ignoramos el paradero que aguarda a España más allá de las Constituyentes; pero conocemos el camino por donde hemos de marchar todos a la salvación o al abismo, y ese camino no le conocíamos ocho días hace.

El Gobierno lo sospechaba. Yo lo presumía.

Pero entre poseer y creer que se posee hay una diferencia enorme.

Que lo digan los imponentes de la Caja de Depósitos.

Mi alegría no tiene otro motivo que el indicado.

La del Gobierno, sí. Sus hombres dijeron en Cádiz:

«Queremos que una legalidad común, Por Todos Creada, tenga implícito y constante El Respeto A Todos... Contamos para realizar nuestro inquebrantable propósito... con los amantes del orden, si quieren verle establecido sobre las firmísimas bases. De La Moralidad Y Del Derecho; con los ardientes partidarios de las libertades individuales..., con el apoyo de Los Ministros Del Altar, etc.»

Y esta oferta ha debido de pesar como una losa sobre sus ánimos generosos tan combatidos por los enemigos de la libertad.

La mano oculta de la reacción que ametralló a Cádiz y bombardeó a Málaga y apaleó a Ferrer, a Toro y a Pego, y quiso revelar los guardias del ministerio de la Gobernación, era de temer como nunca en las circunstancias por que acababa de atravesar España.

Y los hechos confirman la razón de estos temores:

En Toledo, en Cuenca, en Valencia, en León, en Burgos, en Navarra, en Lérida, en Santander y en otras muchas provincias, la mano fatídica se cernió sobre las urnas electorales, amenazando llenarlas de candidaturas para invadir mañana los escaños del Congreso.

En una parte tomaba el color de la República; en otras, el de la monarquía católica; pero, afortunadamente, en todas ellas la vigilancia y el celo patriótico del Gobierno lograron sobreponerse a tanta calamidad.

Sangre han costado también estos alardes, y en algunos puntos, como [131] Noja y Argoños, de esta provincia, hubo necesidad de que interviniera un piquete del Ejército, no, gracias a Dios, para contener ningún motín; sino para llevar a una fortaleza, como la de Santoña, a algunos individuos de las mesas, que olían a reaccionarios y estaban allí muy a gusto de sus convecinos, esperando pacíficamente la emisión de los sufragios de éstos.

Pero ¿qué valen estas aparentes infracciones de los principios proclamados en el manifiesto de Cádiz y en todas las circulares de Sagasta; estos simulados atropellos de la ley; estas artificiales burlas de la credulidad del país; estos escarnios hacia uno de los derechos más ponderados por los hombres de la situación, entre todos los que, según ellos, deben los españoles al pronunciamiento de septiembre?

El prestigio, la dignidad del Gobierno popular elegido por el sufragio nacional..., de la Junta Revolucionaria de Madrid, exigían estos y otros mayores sacrificios de la patria, que, si no es ingrata, tendrá que reconocer y remunerar con largueza.

Porque sus excelencias, a trueque de salvar los venerandos principios de la revolución, no han temido aparecer a los ojos de los hombres inexpertos como los más dignos émulos del gran elector, y muy por cima de González Bravo en punto a tropelías y arbitrariedades.

Merced a tan heroico sacrificio, tenemos ya unas Cortes ministeriales; más que ministeriales, progresistas, y, por añadidura, bien identificadas con el presupuesto; Cortes que no pondrán al Gobierno en un apuro en cada votación ni a España en un conflicto cada día.

Porque la discusión no será turbulenta, los acuerdos se vendrán ellos solos y el desenlace final será de más efecto.

Lo que causa verdadera lástima es la minoría vicalvarista que esta vez ha salido de las urnas. Decididamente, los años se siguen y no se parecen.

A los hombres y a los sucesos les pasa lo mismo.

Que lo digan, si no, mil ochocientos cincuenta y seis y mil ochocientos sesenta, y nueve: Madrid y Alcolea; O'Donnell y Serrano.

Este desastre ofrece, por otro lado, sus ventajas, porque dando por sí solo una incógnita eliminada, facilita el despejo de la principal, a cargo de los algebristas de la escuela del señor Sagasta.

Adelante, pues, Olózaga con sus principios. Ahora o nunca, señor diplomático.

Ínterin, entre tanto, días y mientras que aprovecho yo toda la alegría que debo a la campaña electoral para cantar otra de las virtudes que reconozco en el Gobierno que preside el general Serrano, y no es la que menos ha contribuido a inspirarme cierto ministerialismo que ustedes habrán notado en mí hace días.

El Gobierno provisional sabe que no tiene en España más amigos que los que comen del presupuesto. Se le acaba de presentar una ocasión en que pudo captarse algunas simpatías entre aquellos partidos que le son más hostiles y representan grandes intereses y no escasas fuerzas en el país. Sin embargo, ha preferido irritarlos más y más, hiriéndolos con inaudita saña en los puntos más sensibles de su dignidad y de su derecho.

Esta conducta me prueba que sus excelencias libertadoras han previsto el fin de sus triunfos y eligen esa senda para llegar a él más pronto.

A buen seguro que les cierra el paso quien de buen español se precie.

(De El Tío Cayetano, núm. 12.)

24 de enero de 1869. [132]

El retablo de maese Pedro

Está corrida la tela, y ofrezco a mis lectores un espectáculo tan interesante como el que ofreció Ginés de Pasamonte al famoso Caballero de la Triste Figura y demás huéspedes de la venta.

Aquí no hay Melisendras, ni Gaiferos, ni moros, ni fortalezas; pero hay mucho pájaro de cuenta que puede dar tanto juego como los autómatas reducidos a polvo por la tizona del heroico manchego.

La escena, como se ve, lo mismo puede representar una olla de grillos, que un patio de vecindad, que una plaza pública, que una nación en vías de reconstituirse.

Elijan ustedes lo que más les cuadre, y miren si no están bien propias esas nueve figuras sentadas alrededor de una mesa. La del centro y la que le sigue por la derecha son dos generales; para el uno parece que se creó el dulce placer de no hacer nada; del otro, por el contrario, podría decirse que para él no se ha creado bastante todavía en el mundo, según la cara de ambición que la distingue. La tercera figurita zurce, con un espeque y un cable, una telaraña que ha cogido del sombrero de su a látere que dormita, y a cuyo débil tegumento ha dado en la manía de llamar honra nacional. La quinta, estruja, manosea y exprime con desesperación una bolsa vacía. La sexta, echa papelitos en una cuba desfondada, que amenaza desorganizarse en sus manos. La séptima se deleita en destruir con una piqueta pequeños templos y monasterios, cuyos escombros ofrece, entre zalemas y contorsiones, a un busto de Mahoma que tiene delante, después que el personaje que le sigue ha rebuscado entre las chinitas que figuran los sillares, pedacitos de pergamino, remedos de esculturas antiguas, monedas y relicarios, que apila y clasifica con afán. El último autómata se gasta la paciencia en escribir cuartillas, salvando en unas los errores que apunta en otras.

Ese grupo que junto a la mesa agita incensarios, no tiene más incumbencia que ésa, a cambio de los mendrugos que, de cuando en cuando, les dan los nuevos señores.

Los que escriben al otro lado y no comen, hartos muestran en sus fisonomías de vinagre y rescoldo que no escriben alabanzas de los que devoran.

Eso, multitud de monigotes que se agitan y manotean acá y allá figura el pueblo y los contribuyentes, que matan el hambre y el mal humor según el carácter de cada grupo, por lo cual más de dos de ellos se apalean.

Repara cómo el señor de la bolsa se levanta, da un paseo por la escena y se la presenta, como un postulante, a cada figura que revela en su porte buena posición social. Pero todos le vuelven la espalda, encogiéndose de hombros. Otros la apedrean y nadie le da un cuarto. Los de los incensarios enseñan los puños a los desdeñosos. El de la bolsa, mustio y cabizbajo, llega hasta los incensarios, y dándoles a entender que no hay más por entonces, sacude encima de ellos el polvo que aquélla conserva entre sus pliegues, y por eso le inciensan de nuevo y le adoran postrados.

Algunos grupos se amotinan al verlo y amenazan a los generales; pero éstos, con una presteza admirable, que [133] demuestra la frecuencia con que lo hacen, se cambian la casaca; el de la piqueta destruye una catedral y el de las cuartillas escribe media docena más. -Tranquilidad por un momento. -Aprovechémosla para acabar de explicar la situación.

Se acaba de despedir el inquilino de la casona que se ve enfrente, y se trata de buscar otro de un carácter más adaptable a las exigencias de la vecindad, que, al efecto, tiene voz y voto. La elección ha de hacerse en la casa que aparece a la derecha.

Ese que se presenta por aquella bocacalle con larga viveza y una rueda de amolar es un pretendiente a la casona. Al verle, los generales dan otra vuelta a la casaca y le saludan afectuosísimos. El grupo de al lado inciensa al recién venido. Éste presenta a los nueve unos papeles, que tienen más de recibo que de solicitud.

Una especie de tití con largos bigotes de estopa, ayudado por un monigote algo carcomido y renqueando, sube sobre un guardacantón y hace que protesta contra el intruso y que arenga a los grupos, y los señala con el dedo, y después, a sí mismo, y después, a la casona, y después, a la otra casa. Y los grupos dicen que sí e injurian al de la rueda y a los de la mesa. Por eso cambian éstos otra vez la casaca, saludando al orador, y se va el de la rueda echando chispas.

Ahora aparecen nuevos personajes: uno con organillo y un mono y otro muy finchado y desdeñoso, con grandes relumbrones. Ambos vienen asidos a los faldones de la casaca de un tercero, que los presenta a los nueve de la mesa.

Reparen ustedes cómo en este asunto concurren los mismos lances que en el otro del de la rueda de amolar.

En vista de ello, los de la mesa convienen en la necesidad de elegir unos pocos que representen a la vecindad la cuestión magna. Para que la elección sea más ordenada y legal se empieza por amarrar de pies y manos al grupo que escribe y no come y no aprueba, y por echar de la plaza a cuantos piensan como él.

Elegido así el conclave, se dirige a la casa de la derecha, a cuya puerta aparecen los tres aspirantes. El del organillo toca el himno de Garibaldi a cada uno que pasa, y se descoyunta a saludos; el finchado no chista; el de la rueda brinda a los que entran con algo que no se distingue bien, pero que debe de valer mucho.

Las turbas se aglomeran a la puerta. De pronto se detienen como movidas por un resorte; algunos de los de adentro salen, se reúnen a los grupos, y todos miran aterrados hacia un punto del horizonte. -Reparen ustedes también y verán ciertos bultos negros que crecen a medida que se acercan. -Ahora se reúnen en una sola mesa, que se estira y retuerce y cada vez se acerca más.

Muge el huracán, desplómanse las chimeneas, rómpense los cristales y el monstruo se enrosca y serpentea y sigue aproximándose. Los grupos se deshacen, las tropas aparecen, los niños lloran y los perros aúllan.

Cuando en este país se arma la gran culebra que es el monstruo que ustedes están viendo, sólo Dios alcanza a verle la cola.

Nosotros la veremos en el segundo acto, por lo cual, acabado aquí el primero, echo el telón para disponer el retablo.

(De El Tío Cayetano, núm. 15.)

14 de febrero de 1869. [134]

#### Meditaciones

La libertad se consolida indudablemente en España, si la libertad es más fuerte cuando es más ostensible, más lata y más inviolable hasta en sus excesos.

Desde este punto de vista, la revolución de septiembre ha cumplido su palabra.

El pueblo español de hoy no se parece en nada al pueblo español de agosto; ahora es libre, completamente libre.

Las manifestaciones de esta libertad soberana se palpan a cada instante; y solamente los delegados de su soberanía, los que tienen los ojos en el plato del presupuesto y las manos sobre la nómina y los oídos en el sordo rumor de los trabajos reaccionarios son tan desgraciados, que no pueden admirar los frutos que a cada instante ofrece en la gran familia regenerada la empresa regeneradora de Cádiz y Alcolea.

Se hundió para siempre aquella tiranía insoportable que, empuñando el lápiz rojo, o el bastón de doradas borlas, o la vara grosera del polizonte, refrenaba en la Prensa los ímpetus de una pluma vehemente y en la calle las expansiones fuertes de las masas.

Hoy que el pueblo pasó de la categoría de esclavo a la de soberano, como soberano sigue su marcha triunfal.

Nada hay vedado a su autoridad indiscutible, y allí donde reina el orden y la justicia se respeta, es por un favor que otorga, no por un deber que cumple.

Las tradicionales instituciones, las que, como la religión católica, afectan al bienestar y al modo de ser de las familias morigeradas y trabajadoras, se pisotean y se escarnecen entre el fango de los basureros y el humo de las tabernas.



Un pueblo ocupado en las rudas faenas del campo, o de la industria, o del comercio, atento sólo a procurarse el sustento que necesita, y dejando, por arduas y complicadas, ciertas cuestiones al criterio de los doctores, no es un pueblo digno de la época que alcanzamos.

Está más en carácter revolviéndola de plano, supuesto que para entender en ellas no es un obstáculo la ignorancia.

Un niño entretenido en recorrer las calles entonando a coro con otros camaradas los viejos romances de nuestras tradiciones religiosas, ofrecía a la imaginación de los hombres pensadores algo de penoso y desconsolador.

Hoy los niños, a Dios gracias, juegan a la República y gritan: «¡Abajo los curas!» «¡Muera el Papa!»

Y a la vez lo dicen en letras de molde, a la faz del mundo entero, correspondiendo denodadamente a los esfuerzos que los hombres, quizá con mejores formas, pero no con mejor intención, hacen en el propio terreno y en igual sentido.

Conviene romper, aun con la leche en los labios, ciertas trabas con que el oscurantismo de las viejas épocas entorpecía la marcha de la Humanidad en la senda de su perfección.

Y un pueblo que ofrece el espectáculo que el nuestro; un pueblo en que los niños, los braceros y las comadres toman parte activa en las grandes cuestiones públicas y rompen de un golpe con el pasado, y resuelven [135] en el club, en la plaza, en la taberna y en el periódico los problemas que han respetado los sabios de todos los siglos, promete bajo aquel aspecto grandes cosas para lo por venir.

Empezar la regeneración española por arrancar a la ignorancia de las tinieblas que le son peculiares, fuera obra por demás lenta; es mejor sacarla de golpe a la claridad deslumbradora de todas las libertades imaginables, y dejarla que, loca y desatentada, choque con todos los objetos, incapaz de apreciar ni la índole de éstos ni la distancia que de ellos la separan.

Si atropella, ¿qué importa? Si destruye, ¿qué más da? Para eso es libre.

Algunos dicen: «Un hombre ofendido por otro en la Prensa o en la calle tiene el recurso de la defensa, aunque sea desesperada; pero las ofensas hechas al pudor con la pluma o con la lengua, las causadas al sentimiento religioso, las que escandalizan la conciencia de la sociedad entera, ¿quién las conjura? Si, como ahora sucede, es el soberano quien las produce, ¿quién le pone tasa, a qué tribunal se acude en demanda de la reparación que la justicia reclama?»

Pusilánimes. El señor Sagasta sostiene que la libertad se limita y reglamenta por sí misma.

Los que en Sevilla fusilaron a la Virgen; los que en Tortosa metieron un asno en el templo para que rebuznase en el altar mayor; los que, sin respeto a sus canas venerables, ya que no a su augusta investidura, escarnecen e injurian en la Prensa todos los días al Padre común de los fieles; los que en la misma acusaron sin descanso de ladrón al respetable prelado, sin haberse tomado el trabajo de reparar una parte del agravio cuando se hallaron las pruebas de la inocencia del acusado; los que desahogan su fervor patriótico con coros de insultos a la puerta de pacíficos ciudadanos; los que pasean triunfantes la obscenidad y la licencia por plazas, templos y cátedras, en condiciones, discursos y caricaturas, sin que se les ponga el menor obstáculo, sin que se les exija la responsabilidad que caería sobre ellos si el objeto de sus burlas fuera la diosa Razón o la estampa de la Libertad, son otras tantas pruebas evidentes de que no falla la máxima del señor ministro de la Gobernación.

Por creerla a puño cerrado también es por lo que, sin duda, sus agentes se hacen los dormidos ante los sucesos que a la sombra de la libertad se cometen, con escándalo de esas familias oscurantistas que aun tienen en algo a Dios y a sus ministros, a la paz del hogar y a la conciencia pública.

(De El Tío Cayetano, núm. 16.)

21 de febrero de 1869.

#### Frutos coloniales

El telégrafo continúa remitiendo a la Península, con una prodigalidad escandalosa, lo que va produciendo la última sementera del general Dulce.

Admirable semilla. Asombroso terreno. Prodigiosa mano.

«Las insurrecciones aumentan. -Suspendidas libertades. -Creados consejos de guerra para los delincuentes. -Se arbitran recursos.» Dicen los últimos partes.

En Plaza. -La cosecha es superior a [136] mis esperanzas. -El fruto no cabe en los graneros. -Se me cae la casa a cuestras y acudo a los viejos puntales que derribé a mi llegada, por lo mismo que eran los únicos capaces de resistir la pesadumbre de este edificio.

Si esta proeza del célebre general de Vicálvaro no estuviera a punto de ocasionar la ruina de media España después de haber cubierto de luto a la Habana, casi me atrevería a cercenarle parte de la gloria que le corresponde por ella en beneficio del Gobierno provisional, a cuya iniciativa se debe la marcha del leal caudillo del Campo de Guardias a la isla de Cuba y hasta la implantación allí del árbol regenerador de septiembre.

Otra parte, y no escasa, diera también a la Prensa liberalísima que se ha enronquecido, la pobre, a fuerza de pedir para nuestras Antillas las libertades que tan en paz nos tienen cuatro meses hace en la metrópoli, y merced a las que no se ha derramado una gota de

sangre en Andalucía, ni se ha roto un cráneo en los colegios electorales, ni se ha encarcelado a ningún español, ni se ha decretado un empréstito, ni se ha dejado de pagar una sola obligación del Estado.

Por otro lado, esa Prensa y ese Gobierno no necesitan para nada los jirones de gloria ultramarina que en esta ocasión pudieran adquirir. Una y otro cuentan ya con títulos sobrados para que la Historia, si no se pronuncia también, si es leal a su condición, les reserve un par de párrafos que no se borren a los primeros restregones.

Por de pronto, convengamos en que es admirable el tacto y el desinterés con que en Madrid se estudian entre el uno y la otra las cuestiones que, como ésta, afectan al corazón de la patria.

¿Piden los contribuyentes soldados para Cuba, fuerzas para sofocar aquella rebelión?

Pues se le dan libertades para fomentarla, porque lo exige la Prensa que no representa en España más interés que los de una legión de empleados o de cesantes.

Nada es comparable, en opinión de los hombres que nos administran y en la de los que aconsejan, a la perspectiva que presentarán en el Congreso nacional dos docenas de diputados con dril y jipijapa, entre los que ya, le adornan de frac y de chaqueta.

El himno de Riego nos dejó sin las colonias de América, que hoy son las naciones que más cordialmente nos detestan. Pues tóquese en la isla de Cuba, por lo mismo que una rebelión estalla en ella al grito de «Independencia».

Y por si esto es poco, lleve la música y los atriles el único hombre que, sin merecer por completo las simpatías de los rebeldes, se ha enajenado, la confianza de todo español que tenga en Cuba un palmo de terreno que defender.

A los primeros acordes del himno libertador se tiñe de sangre el suelo que besó Colón antes de entregársele a Castilla; la propiedad se estremece y el pabellón nacional se abate, no sé si herido por la metralla o corrido de vergüenza.

Sólo entonces se le ocurre al destructor de los símbolos borbónicos que su munificencia liberal le compromete, y aun así necesita ver la situación al fulgor siniestro que refleja el filo de un puñal que amenaza su vida; sólo entonces se decide a retirar una dádiva de que tan pródigo se mostró, porque sólo retirándola se puede contener por un instante la catástrofe. Saludable dádiva.

Entonces se aperciben también los órganos de la Gloriosa de que la conservación de la isla de Cuba es cuestión de honra nacional; y como si no hubiera hecho todo lo posible por perder aquel rico pedazo de nuestra pasada [137] grandeza, cambian de rumbo y piden a gritos hombres y dinero para salvarle.

El pueblo español, el anima vilis en todas las situaciones, sabiendo lo que tiene que esperar de sus gobernantes, se apresta a ir en auxilio de sus hermanos que luchan como héroes al otro lado del Atlántico.

El día en que esta empresa se realice dirá esa misma Prensa que a ella, centinela constante de los intereses de sus conciudadanos, se le debe todo. Salud se le vuelva.

Pero yo admiro mucho más que esos desvelos, la serenidad del Gobierno provisional. «Conmigo no va nada», dice muy impávido y desdeñoso, ante la augusta representación del sufragio, al tener noticia de la catástrofe de Cuba. «Todo esto se debe a las pasadas administraciones.»

En esta salida no hallo más que un lado censurable: la impunidad tras de la cual se guarece el Gobierno; la confianza que abrigan sus excelencias anormales de que el cargo que hacen a los pasados Gobiernos no podrán hacérselo a ellos los que los sucedan.

Y se prueba fácilmente. El Gobierno actual está convencido de que en sus manos ha de perecer lo poco que España conserva aún que de algo le sirva.

Los que vengan detrás, como nada heredarán, nada tendrán que perder, nada que pedirle..., como no le pidan una limosna para la infeliz España regenerada.

(De El Tío Cayetano, núm. 16.)

21 de febrero de 1869.

Ecce homo

Si es verdad que el estilo revela el carácter del hombre, como corolario se desprende de esta máxima que los actos del hombre hacen adivinar el carácter de su estilo.

Yo conocía los actos ministeriales y hasta los detalles fisonómicos y personales del señor Romero Ortiz, y me había imaginado un estilo que la Gaceta tuvo siempre buen cuidado de ocultar debajo de los secos articulados del ministro de Gracia y Justicia.

De este modo, entre las sospechas del estilo y los datos evidentes de la personalidad física y política de su excelencia, había llegado a formarme esta especie de síntesis indolente del señor ministro revolucionario:

«Ocupo este sitio para destruir, y destruiré todo aquello que no exija más complicaciones que arrimar el hombro y hacer un esfuerzo.

»Ni diré por qué ni para qué. Nada de preámbulos, ni de explicaciones, ni de literatura.»

El estilo, y algo más relacionado con él, evidenciado por el señor Romero Ortiz en la sesión constituyente del día 24, me han demostrado que no me equivoqué en el juicio que me permití formar de su excelencia ejecutiva.

No pudiendo hacerse el muerto por completo a las exigencias del banco azul, y después de haber hablado con todos sus compañeros y de haber sido provocado por la contundente oratoria del señor Vinades, se levantó el gracioso ministro, o ministro de la Gracia; pero como aquel que va a tomarse a pecho una azumbre de agua ruda o a sacarse un par de muelas.

«Conozco -dijo- los grandes servicios que las instituciones religiosas; han prestado en nuestras posesiones de ultramar. [138] Sin embargo, yo las he perseguido, «porque sabido es que han aumentado cuando estaban los moderados en el Poder y han disminuido cuando el Gobierno era liberal.»

Yo no sé qué admirar más aquí, si la fluidez y la hermosura de la frase o la fuerza de la argumentación.

«No he decretado ya la libertad de cultos, porque no he podido saber la opinión verdadera del país acerca del particular», dijo también, cediendo quizá a la misma aprensión que los niños cuando se tapan los ojos para no ser vistos. «Además -añadió-, no suprimí de una plumada el presupuesto del clero, por no dejar sin comer a dieciséis mil curas párrocos.»

De pronto, parece como que en su excelencia cabe un asomo de humanidad y que, cediendo a él, se apiada; pero no es así, porque el período no concluye en aquella última palabra, sino con estas otras:

«Los cuales (los curas) hubieran sido otros tantos soldados a pelear contra la revolución.»

Dando media vuelta a estas razones, se ve bien claro que al señor Romero Ortiz lo que menos le importa en sus plumadas (su excelencia no escribe, por lo visto, sino que plumea) es que de cada paliza, digo de cada plumada, tumbe sin vida, o sin pan, que es lo mismo, a dieciséis mil ciudadanos, sino que se rebelen contra la situación que a él le da coche y seis mil duros de sueldo.

Acudiendo al reto del señor Vinades, dijo luego: «Se me pregunta por qué la contradicción de que se conceda a los judíos que vengan a establecerse en España y se les niega a los individuos del culto católico... La contestación está en la historia de los jesuitas, y no es éste el momento de entrar en la cuestión.»

A esta ingeniosa sobriedad, que pudiéramos llamar roma si el ministro se hubiera permitido el apócope de apellidarse Romo en vez de Romero, no le falta más que la novedad del fondo, pues en cuanto a la de forma, ocasión y accidentes, no conoce rival en los fastos parlamentarios.

Sin embargo, ante un Tribunal de examen es probable que su excelencia, al examinarse de sabio, hubiera llevado calabazas si por toda respuesta se hubiera limitado a decir a cada pregunta: «En la biblioteca hay obras que tratan de eso mismo.»

Pero como no se hallaba ante una asamblea de sabios cuando lo dijo, sino de diputados constituyentes, estuvo a pique de ser llevado en triunfo.

Más expansivo y razonador con respecto al exterminio de la Sociedad de San Vicente de Paúl, se aventuró a declarar que «ya diría más adelante las razones que tuvo para conducirse como se condujo con ella, haciendo saber, a buena cuenta, que en el asesinato de Burgos intervinieron tres paulistas». (Tempestades de aplausos en los bancos.)

No negó que hubiese puesto un tenaz empeño en amontonar las monjas en un solo convento, mandándolas desalojar a escape los que ocupaban; pero esto lo hizo «en beneficio de ellas». Ni más ni menos.

En cuanto a las exposiciones de las señoras implorando para aquellas inocentes la clemencia del ministro, tuvo por conveniente no hacerlas caso, porque las firmantes no se dieron por aperebidas cuando se expatriaban conspiradores o se fusilaban reos.

De un hombre que tan poco se paga de las súplicas de las damas españolas; que no se conmueve ante el llanto de las inocentes vírgenes del claustro; que no detiene su pluma porque un solo rasgo de ella hunda en la miseria a millares de funcionarios; que ni siquiera se cuida de dar cuenta circunstanciada de sus actos [139] públicos a aquellos mismos en cuyo nombre los ejecuta; que se limita, en fin, como una catapulta, a aplicar su fuerza mecánica a aquello que intenta derribar, pudiera creer algún aprensivo que no era el mejor y más favorecido heredero de aquellos guerreros hidalgos castellanos cuya galantería y exquisita sensibilidad han hecho proverbial en Europa el tipo español.

Protestó contra semejante aprensión, y protestó cargado de razones su excelencia, después de decirnos lo poco que se le daba por las lágrimas de las monjas y, las súplicas de las damas; añadió con todo el énfasis dramático de que es susceptible un estoico como él:

«Desde que soy ministro he arrancado a diecisiete infelices condenados a muerte de las manos del verdugo (Aplausos.), no porque ninguna señora haya venido a pedir por ellos; lo ha hecho por sí solo el Gobierno provisional.»

Queda demostrado que la compasión, único detalle que yo desconocía en el carácter físico-político-ministerial del señor Romero Ortiz, no es del todo extraña a su excelencia, si bien en una forma originalísima, como corresponde a un gran hombre.

Conviene dejar bien definido este detalle.

Para merecer la compasión de Romero Ortiz se necesita, por lo visto:

No ser monja ni pertenecer al clero católico.

Ser un gran criminal y hallarse con un pie en el patíbulo.

Que ninguna dama española solicite el perdón; y

Encomendar la súplica al Gobierno de que forma parte Romero Ortiz.

En resumen: el carácter de Romero Ortiz podrá ser más o menos excéntrico, más o menos anormal, más o menos incomprensible; pero no por ello absurdo o refractario a la lógica.

Comprendiéndolo así el general Serrano, le ha ascendido a ministro ejecutivo desde provisional simple que era.

La patria no sé si lo agradece; pero me consta que lo paga.

(De El Tío Cayetano, núm. 18.)

7 de marzo de 1869.

Dos redenciones

El Hijo de Dios se hizo hombre para redimir con su sangre a la Humanidad entera.

La Iglesia católica, envuelta en negros crespones y entre los cánticos fúnebres de sus sacerdotes, conmemora hoy el término de aquel sublime sacrificio.

El que de un soplo pudo destruir el Universo, no tuvo reparo en sufrir la muerte afrentosa de la Cruz, entre dos ladrones, por amor al hombre.

El que lo era Todo no se desdeñó de encarnarse en la miserable naturaleza humana para sufrir todos los dolores inherentes a ella, por amor a ella misma.

Diecinueve siglos han pasado desde entonces, y todavía hay corazones que sienten, agradecidos, la magnitud de tanta abnegación.

Los redentores de septiembre no pueden explicársela.

Verdad es que sus sacrificios no tienen punto de comparación con el del Calvario.

El Hijo de Dios se condolía del destino de tantas almas manchadas con el pecado de Adán.

Los emigrados de Canarias y París [140] tenían resuelto este problema mucho antes de su advenimiento, por lo cual se habían echado el alma a la espalda, como cosa inútil, a fuer

de librepensadores; y se prometieron redimir de la esclavitud material a la madre patria, que aún tenía la debilidad de creer en los beneficios de la muerte del filósofo de Judea.

Por eso, ni a Jesucristo le bastó, por recompensa de su martirio, el ver que ya era posible la salvación eterna de los mortales; los redentores de hogaño no podían conformarse con la admiración de Europa ni con un grado más en la milicia o un pingüe sueldo en la Administración; necesitaban darse humos de soberanos, y, al efecto, se tomaron motu proprio, las riendas de la suprema autoridad.

Y una vez ejerciéndola, como un sabio de la revolución descubrió que esas dos redenciones eran incompatibles, los libertadores septembrinos se fueron con el sabio y no dudaron en posponer la Cruz del Calvario a la bandera de Alcolea.

El sentimiento de la gratitud había levantado templos al Redentor crucificado.

Romero Ortiz, el redentor ejecutivo, los derriba uno a uno.

La gratitud congregó también a los hombres para rendir, en perpetua oración al Dios de las Misericordias, un tributo a la sangre vertida en el santo madero.

El libertador de septiembre los dispersa en el cumplimiento del deseo de los que niegan la divinidad de Jesús y aclaman la religión de los que le crucificaron.

Al grito de España católica responden los esbirros de la redención septembrina con solfa de garrotazos y contrapunto de grilletes y mordazas.

Y no podía conducirse de otro modo un Poder que proclama la más amplia libertad de pensar.

Por eso, cuando las turbas gritan: «¡Abajo los traidores y los curas! ¡Viva la República!», el Gobierno, aludido en las primeras palabras, humilla la cabeza ante la majestad del pueblo y le pide, como una gran merced, que le respete, en gracia de su buena intención, la vida ministerial.

«Amaos los unos a los otros», dijo el Justo, como base de su doctrina perdurable.

Y los redentores de España la acatan, imponiéndose a tiros a la voluntad de sus hermanos.

«Mi reino no es de este mundo», decía también el que lo redimía todo con su sangre inocente.

Los redentores de ahora, los justos de septiembre, y los hombres que aceptaron su bandera, salvadora, se destrozán entre sí por ejercer el mando sobre un palmo de terreno; o a título de una libertad fantástica que se quita, o de un ilusorio derecho que no se da, los pueblos se inundan en sangre fratricida, y el hogar se viste de luto, y el corazón se ahoga en lágrimas.



Y España, aterrada, levanta entonces sus ojos al Cielo, y los hombres que la han regenerado conjuran el horrible conflicto abriendo nuevas cátedras a la predicación de todas las blasfemias y empeñándose más y más en arrancar de los corazones católicos la fe, que se presenta por los filósofos de la revolución como la única demora que impide a la Patria llegar a su regeneración, o, lo que es igual, coronarse dignamente la empresa redentora de los mártires septembrinos.

Consummatum est!, exclamó Jesús con el último suspiro de la agonía.

Lo mismo dirán algún día los hombres de septiembre, pues que en la senda están ya de su calvario.

Pero Jesucristo lo decía cuando quedaba perfectamente realizado el objeto de su martirio, cuando la Humanidad rompía los hierros de su esclavitud y el [141] mundo se veía inundado de una nueva luz que le mostraba el verdadero destino del hombre.

Cuando los héroes de la revolución española lo digan, ¡ay de ellos, ay de nosotros!

Señal será evidente de que la santa revolución ha respondido a los móviles de que procede, de que la tempestad que ruge es digna de los vientos que la engendraron, de que en España no queda piedra sobre piedra, de que la hora es llegada, en fin, de repartirse esos escombros entre los más atrevidos o los más fuertes.

Tras de la carnicería, los buitres.

Tras el desenfreno de las libertades, las hordas de Atila.

Es infalible.

Entonces, y sólo entonces, lucirá en toda su claridad, como lució sobre las ruinas del Imperio romano, la antorcha de la fe cristiana, que en vano trata de apagar la flaca razón del moderno sensualismo, deslumbrada ante sus purísimos resplandores, luz inextinguible y perenne, ante la cual volverán los pueblos a constituirse y los hombres a buscar la verdad que hoy no encuentran, porque les ciega el vértigo de las pasiones que hoy engendra la falsa sabiduría.

(De El Tío Cayetano, núm. 20.)

25 de marzo de 1869.

El obelisco del dos de mayo  
Al poder ejecutivo

Incautadoras, capitadoras, circuladoras, poéticas, silenciosas, demoledoras, venatorias, leales, entoisonadas y revolucionarias Excelencias:

Erigido para conmemorar un hecho que los anales de la patria del Cid registran como título de gloria, y para, a la vez, guardar las cenizas de los perínclitos varones que le consumaron, júzgame por ello autorizado un tantico para distraer la alta consideración de Vuestras Excelencias con esta solicitud, que sólo a vueltas de largas cavilaciones me he atrevido a dirigirles.

Quizá VV. EE. no ignoren que desde que se consumó la Gloriosa que, para bien del país, les colocó en las poltronas que tan gallardamente abruman, no se mueve una rata revolucionaria, ni se citan los patriotas, ni se prepara una manifestación pacífica, vamos al decir, que no se haga testigo y centro obligado del movimiento de la cita y de la congregación.

Castelar y Orense buscan mi sombra para echar rayos y centellas contra los reyes, los tronos, la unidad católica, la fe de los viejos españoles y el oscurantismo de las pasadas épocas.

Se arrastran por el suelo las armas pontificias, se pide a gritos el exterminio de todos los ministros del culto católico, se chamusca el Concordato y se me obliga a que yo presencie la chamusquina y oiga los gritos sediciosos y hasta que me haga cómplice de tamañas fechorías.

Las Amazonas del Rastro acuden a mí también, y los paladines que las capitanean, para que sea testigo de sus maldiciones a las Constituyentes y a VV. EE. mismas, porque decretan las quintas y no decretan el matrimonio civil, y no se cuelgan un general de cada farol y un cura de cada reja.

En todos estas y otras muchas y muy análogas ocasiones, digo, se me busca desde septiembre acá, y se me [142] invoca con dramática entonación, y se me abraza, y se me soba por gentes, ejecutivas Excelencias, y para cosas que así las conozco y me competen, como ahora llueven ochentinas (que no le vendría mal a la excelencia financiera).

Quizá VV. EE., en el círculo de atenciones que los abruma, no hayan podido fijarse nunca en lo que es motivo de que yo les dirija hoy este canto, que, aun dada ni natural insensibilidad, no debe extrañarles en esta tierra en que es cosa muy admitida que hay cosas (desde septiembre acá, sobre todo) capaces de hacer llorar a una piedra, lo cual implica la necesidad de una sensación profunda, fenómeno que en este instante evidencio yo de un modo irrefutable.

Por si en tal ignorancia se hallaban VV. EE. ejecutivas, voy a permitirme recordarles que los héroes cuyas cenizas guardo, y ante las cuales se postra España entera, fueron realistas neos de la más pura raza. Murieron peleando contra un extranjero que pretendió llevarles un Rey que, por apéndice, era Borbón y absoluto, y lo mismo hubieran hecho contra cualquiera que hubiese derribado los templos del Crucificado para levantar en sus

escombros mezquitas a Mahoma o sinagogas a Judas Iscariote, o hubiese hecho público alarde de renegar de la religión de sus abuelos, pretendiendo establecer, como una ley del Estado, el concubinato.

Ahora bien, perínclitas excelencias: lo que a mí se me dice desde septiembre acá por la gente que me busca es que no hay más Dios que la razón humana, ni más rey que las masas, ni más ley que sus manifestaciones tumultuosas; se me invoca para que solemnice y sancione toda clase de rebeliones contra el Poder, contra el Trono, contra Dios mismo, contra la Historia y el sentido común; y todo ello en la mayor confianza, y ni más ni menos que si esas gentes y yo y los hombres cuyos restos guardo hubiéramos sido y fuéramos lobos de una misma camada.

Entre tanto, ya ven VV. EE. que mi causa y la causa de tales alborotos no pueden verse juntas sin darse de bofetadas.

¿A qué, pues, ese empeño en sobarme los sillares a todas horas?

¿En qué se parecen Pierrad a Velarde, ni Topete a Daoíz? ¿En qué Castelar, ni mucho menos el pertinaz Orense, al último de los oscurantistas creyentes que aquí fenecieron? ¿En qué, por último, el 2 de mayo al 29 de septiembre?

¿No conocen VV. EE., no conocen ya que no las masas inconscientes, sus discretos e inspirados mentores, que si estos héroes resucitaran hoy, al ver a su Patria sin altares, sin Trono, sin Hacienda, sin orden ni concierto, se volverían a morir de vergüenza y de indignación?

Y esto me consta porque siento esparcirse sus cenizas y rugir de ira sus espíritus cada vez que las turbas los invocan como herederos de sus glorias; siento con cuánta saña y con qué valor desenvainarían el ya roñoso sable para romper todo círculo de parentesco con un pueblo iluso y deslumbrado que pisa y profana lo que ellos más veneraron; con unos próceres que hacen de la deslealtad y de la sedición un título de gloria y arrojan e insultan al Dios y al monarca propios, para brindar la nación entera a los derviches de Mahoma y a un príncipe extranjero, que la desdeñan porque la desprecian.

¿A qué, pues, repito, ese afán de querer emular, con la rebelión de Cádiz, las glorias del Dos de Mayo? Diametralmente opuestas ambas empresas, en el fondo y en el fin, si los patriotas de septiembre quieren honrarse con el parentesco de los que yo guardo, [143] piensen como ellos y como ellos obren, o, lo que es lo mismo, dejen las cosas como estaban muchos años ha, y no se metan en dibujos liberales que aquellos heroicos varones ni de oídas conocían. Si el realismo y la ciega fe de los mismos son para los libres ciudadanos de hoy, como ellos dicen y a ello me atengo, ignominioso sambenito, huyan a cien leguas de mis sillares, que tumba son y no otra cosa, de huesos realistas, de leales vasallos y de ciegos creyentes.

De otro modo, revolucionarias Excelencias, y si aún insiste Castelar en llamarse, a mis verjas, pariente de los que ellas y yo guardamos, y el pueblo, obcecado en que por el camino que aquél le muestra se llega a la gloria de Daoíz y Velarde, no respondo de no

desplomarme un día sobre las masas congregadas en rededor de mí y mucho menos de no descalabrar a media docena de ciudadanos libres.

A VV. EE. suplico interpongan con las masas inconscientes todo su valimiento, si alguno les queda, al fin indicado, en lo cual rendirán de paso un alto servicio a la patria, dejando dormir en paz, ya que no a los vivos, siquiera a los que por ella se inmolaron en el Campo de la Lealtad, en los tiempos ominosos y deshonrados en que este, virtud reinaba, como en su casa propia, en la España que produjo a Guzmán..., el de Tarifa.

(De El Tío Cayetano, núm. 22.)

11 de abril de 1869.

Más honra

Mis lectores saben, y de tan sabido lo querrán olvidar, que su majestad lusitana, ex viudo y ex joven, se dignó decir por vigésima vez a los hombres guardadores de la honra de España que rehusaba la corona de San Fernando y de Carlos V, que aquéllos le ofrecieron con la timidez consiguiente a toda persona modesta que brinda con una fruslería a un señor de mucha monta.

Pero la cosa no ha parado aquí, y de ello me alegro, porque de ese modo las palabras del señor Ríos Rosas en la sesión de las Cortes del día 9, al defender este orador la parte que le cupo en la elaboración del archicélebre proyecto de ley fundamental, tiene un apoyo digno de la incorruptible integridad del Machuca de todos los ministros.

«Llamaremos -dijo- la dinastía que mejor nos parezca; excluirémos las ramas que nos plazca, y cuando un individuo de la familia adoptada se haga acreedor a ello, la excluirémos también.»

Y esto lo decía el señor Ríos Rosas cuando sabía que, rehusada por el Coburgo portugués la Corona de España, andaban los hombres del Poder ejecutivo echando las asaduras por conseguir del regio marido de la bailarina de Lisboa que, ya que se negase a honrar con su presencia y la de su apacible familia el sabio de los Alfonsos y Felipes, y con su mando soberano al pueblo del «2 de mayo», nos lo dijera, al menos, de una manera no tan depresiva, y que dejase la puerta abierta a fin de que Olózaga y otros patriotas no menos progresistas pudieran entrar por ella cargados de nuevas súplicas y repetidas humillaciones; cuando toda la diplomacia del autor de la clave no alcanzaba, según un periódico ministerial, a redactar una nota que digna fuese de ofrecer al embajador [144] portugués, en respuesta a la regia negativa del desdeñoso segundón; cuando periódicos como La Nación se atrevían a llamar «resabios del carácter español» a las explosiones de repugnancia y de indignación con que el país acogió al famoso telegrama de Lisboa, y nos aconsejaba que no nos apurásemos, porque aún el caso no era desesperado, ni podía darse por fracasada la combinación proyectada con la Casa de Braganza; cuando diarios como La Política lo

confirmaban, asegurando, para consuelo de la ultrajada dignidad castellana, que si bien era cierta la negativa del rey digno, debía tenerse presente que a ello le obligaban altas consideraciones de Estado, meramente portuguesas.

Estas y otras muchas cosas no menos halagüeñas para la proverbial altivez española sabía mejor que yo el señor Ríos Rosas cuando negaba que la Constitución que se discutía respondía a las exigencias más imperiosas del país, sobre todo en lo relativo al monarca.

Y así se comprende que el hombre de los escrúpulos y de las disidencias, el acusador de todos los Poderes, el inexorable fiscal de los degradantes acontecimientos del «1 de abril», se sienta orgulloso de una y otra, según la cual puede someterse a un Estado con honra a semejantes negociaciones.

Y sólo con obsequio de favorecidos beneficios se concibe también que un patriota como el vehemente caudillo de todos los disidentes pueda hacer «el sacrificio de sus opiniones en dos o tres puntos», como, según propia confesión, le hizo su señoría.

Como si fueran pocos estos fundamentos de su razón, aunque a la ligera, las diferentes formas de soberanía, parándose en la nacional, a cuyas exigencias responde el plan de Constitución, y yo, lo creo.

Por eso añadía también el célebre orador, contra el parecer del señor Cánovas, en lo relativo al monarca: «Nosotros no hemos quitado al poder real nada de lo que compete al ejercicio de sus funciones, nada de lo que necesita, nada de lo que es menester para que conserve todo su debido prestigio.»

Dios me libre de desmentir al irascible constituyente.

Y difícilillo fuera, por otra parte, hasta intentarlo.

No sé si en las futuras gestiones en demanda de un rey que aceptar quiera la herencia de la Septembrina, éste llegaría a verse desprestigiado en su soberanía, jurando la Constitución de Ríos Rosas y cómplices.

Pero es evidente que si lo que sucede hoy con don Fernando de Coburgo es la fiel traducción práctica de los preceptos constitucionales de la recién nacida, imposible será, bajo ningún sistema monárquico, hallar un rey más acatado...

Ni una nación más prostituida. Pero eso no es ahora «de la comedia», como diría Corila, ni importa un rábano a los hombres que a todo trance quieren y deben asegurar las conquistas de septiembre para remembranza eterna de los nietos de aquellos estúpidos envilecidos varones de antaño que se dedicaban a conquistar Estados extranjeros para ofrecérselos luego a su señor natural, en vez de entretenerse, como la honra patria aconseja y nuestros prohombres lo practican, en desorganizar y reconstruir el propio país para brindárselo entero, o a pedazos, al primer reyezuelo tronado que les dispense el honor de despreciar la oferta.

ARTILLERO.

(De El Tío Cayetano, núm. 23.)

19 de abril de 1869. [145]

La fruta de septiembre

No tengo noticia alguna de que, a esta fecha, se haya desplomado el techo del agosto santuario de las leyes, bajo el cual se elabora meses hace la felicidad de los españoles.

Algunas almas sencillas creyeron que esa catástrofe se verificaría durante la sesión del día 26, como una protesta, sobrenatural contra las blasfemias de un par de ciudadanos libres, que, «en uso de su derecho», trataban de descatolizar al pueblo español; por lo menos, esperaron que al día siguiente amanecería montón de escombros lo que anocheció ostentoso palacio.

Graduaban la venganza por la magnitud de la ofensa, y éste era su error.

La planta humana no aplasta siempre al insecto que la muerde al pasar.

El Supremo Hacedor, infinitamente más distante del hombre que éste del insecto, no fulmina los rayos de su cólera sublime sobre una miserable criatura que, loca o desatentada, lleva la soberbia hasta el punto de negarle sus divinos atributos. Antes bien, la compadece, prueba su pequeñez y su miseria haciéndole sentir el más liviano achaque inherente a su flaca naturaleza, y cuando, deshaciéndose entre el polvo de que procede, tiembla, y cree, la divina misericordia le perdona y le recibe en su mano.

La revolución de septiembre nos ha ofrecido ya más de un ejemplar de esta especie, y desde este punto de vista es también admirable la revolución. Nunca fe católica, la fe que profesan dieciséis millones de españoles, se vio más escarnecida, más hollada, más combatida que hoy; pero, en cambio, tampoco se vio más arraigada en el pecho de los verdaderos creyentes; jamás éstos alzaron la frente más serenos, más tranquilos, más orgullosos que ahora para decir a la faz del mundo, con el corazón en los labios: CREO.

Ruiz Zorrilla, el ministro revolucionario por excelencia, el hombre de las incauciones, el secularizador de todos los objetos que la piedad, que la fe de los españoles había consagrado al culto divino en templos y monasterios; el que, como sus demás colegas de Gobierno, hizo decir al general Serrano ante las Cortes Constituyentes: «Toda opinión que se funde en la razón y en la controversia es para mí respetable»; el mismo Ruiz Zorrilla, digo, oye, al republicano Suñer negar a Jesucristo, denigrar hasta la honra de la Virgen María, y, protestando que «tiene familia» que puede oírlo, pide a la Presidencia que haga enmudecer a la blasfema boca.

Ríos Rosas, el mismo Ríos Rosas que pocos días ha, en su afán de liberalizar la Constitución, a cuya obra ha contribuido, manifestaba que había hecho tres o cuatro veces en ella el sacrificio de sus opiniones particulares, se apresura a alegar este mérito a fin de que, imitándoles el racionalista catalán, cese en sus ataques escandalosos a la religión del Crucificado.

Por supuesto, que ni Ruiz Zorrilla, ni Ríos Rosas, ni Rivero, ni Serrano, ni cuantos indirectamente contribuyeron a que callase el impío, tuvieron el valor de decir a la faz de la Cámara: «Te imponemos silencio porque blasfemas, porque atacas lo que más amamos en el fondo de nuestros corazones, porque nos injurias»; en una palabra: lo que hubieran dicho si los ataques hubieran sido a sus hijas o a sus esposas..., ¿qué digo?, a [146] la diosa Libertad, a las conquistas de septiembre.

Pero sus excelencias y señorías recordaban, sin duda, que venían de la revolución por la revolución y para la revolución; que ellos y nadie más que ellos, proclamando todas las libertades y todos los derechos, habían abierto la puerta a todas las blasfemias y a todas las inmundicias filosóficas y racionalistas; que no podían, sin renegar de su origen, sin hacer traición a sus fines, mostrar sus conciencias escandalizadas ante semejantes pequeñeces; poner, en fin, sobre los derechos de la revolución, ni siquiera a la Omnipotencia Divina, y de aquí que no fueran tan explícitos como la conciencia quizá y el deber sobre todo se lo aconsejaban.

Por eso, sin duda, y emulando las hazañas de su digno camarada, en la misma sesión, filósofos, sabios de la talla de García Ruiz, se levantaron incontinentemente a decir, por su parte, que el misterio de la Santísima Trinidad era una monserga. Admirable sabio... palentino.

Y, bien mirado, ¿por qué había de poner cortapisa a las lenguas de estos dos ciudadanos anticatólicos? Sus osadas y sacrílegas afirmaciones eran más escandalosas, sí, pero no de distinto género que otras muchas que se habrán hecho ya en aquel recinto, en los clubs y en la Prensa poco antes, todas ellas como consecuencia natural de los primeros actos de la revolución.

A las demoliciones de los centros católicos, autorizadas por el Gobierno provisional; a la disolución de colegios, comunidades y asociaciones que a catolicismo trascendiesen, sucedió la profesión pública de descreencia del ex místico y ex dulce Castelar; la propaganda protestante y racionalista inundó a España de periódicos, libros y folletos después; un constituyente se jactó en las Cortes de no haber hallado señales de alma en ningún cuerpo humano; otro, el señor Quintero, aseguró que, por no relacionarse con ninguna religión, ni siquiera era ateo; otro, el señor Robert, acaba de manifestar que ni es católico ni consiente que lo sea su familia... Y en esta puja de descreencias, en estos alardes de herejía y de irreligiosidad, los prohombres de la revolución, los que la hicieron al grito de «honra, dignidad, justicia y respeto a la voluntad nacional»; los que, por lo mismo, han desairado millones de firmas que pedían la unidad católica para España, ni han protestado con una sola palabra, ni con un acto, en contra de tan inauditos desbordamientos..., ni había para qué...

Quédase esto sólo para oscurantistas como el señor obispo de Jaén, como el clerizonte Manterola, que, con la frente altiva y el corazón sereno, responden en la Asamblea a las blasfemas teorías de los desdichados Suñer y García Ruiz, confesando la fe católica, como la cree y confiesa la Iglesia de que son tan dignos ministros.

No hará menos, por cierto, el viejo Cayetano, que, hoy más que nunca, se siente orgulloso de abrigar puras en su pecho las creencias que adquirió en la cuna, y así, sin miedo a los farsantes de la política, ni a los ilusos del racionalismo, ni a los sabios de la revolución, declara con la frente erguida que cree en Dios omnipotente, en el misterio augusto de la Santísima Trinidad, en la divinidad de Jesucristo, en la pureza de María, siempre virgen, y en cuanto cree y confiesa la Iglesia, en cuya fe tura vivir y a cuya defensa ofrece toda su sangre.

(De El Tío Cayetano, núm. 25.)

2 de mayo de 1869. [147]

La incógnita

Como el actor famoso que, a fuerza de ser malo, no salía a escena sin recibir una tempestad de silbidos del público, y, por lo mismo, se empeñaba en menudear las salidas hasta hacerse aplaudir una vez siquiera, don Salustio, el obrero diplomático, no se da punto de reposo para hallar un monarca a quien regalar el Trono de España, y en su patriótico afán ni le asustan calabazas, ni desaires le intimidan, ni silbidos le espantan.

De París a Vico, de Vico a Portugal, de Portugal a Italia, de Italia a Londres, de Londres a Alemania, no cesa el desdichado un instante.

Cargado con el organillo, anda, anda; y a esta puerta toca el Himno de Riego; en la otra, La Marsellesa; en la de más allá, las Habas verdes, y en todas partes, y al fin de cada sonata, pone el cazo, mirando tierno a los regios balcones, y ni un mal príncipe le cae dentro que aceptar quiera la asendereada herencia de Recaredos e Isabeles.

Entre tanto, como si el juego fuera de las cuatro esquinas, llámanle a Madrid sus apasionados para ocupar el primer puesto en la Asamblea Constituyente; cuando llega, hállalo ya ocupado; quiere volverse a su embajada y devorar el despecho con los cuarenta mil del sueldo, y ya no merece la confianza de la situación para cargo de tal valía. Quédase mustio y cariacontecido entre Vico y el cargo de mero contribuyente; y, después de enjugarse las sempiternas lágrimas con la servilleta de los Elíseos Campos, opta por el Congreso y se dedica a confeccionar, in partibus, un proyecto de Constitución.

Parecía tan natural que un hombre tan desengañado y tan combatido en sus patrióticos intentos se limitara al tranquilo papel de mero espectador de sus propias hazañas



progresistas, arrellanando su corrida, pero bien oronda humanidad, en el respectivo escaño de las Constituyentes.

Y esto llegó a creer el país de buena fe cuando pasaban días y semanas sin oír la voz del ilustre salvista, perdida en las oscuridades del silencio de su colega de embajada... y de desaires, Posada Herrera.

Pero, como decía antes, hay naturalezas refractarias a todo género de desazones...; más aún: propensas a sobreexcitarse con ellas, y la de Olózaga es una de tantas.

Bien claro acaba de demostrarlo, diciendo pocos días ha, cuando nadie se acordaba de él en España, a raíz de las célebres calabazas del Coburgo ex viudo:

«Caballeros, ya tengo otro; pero no digo quién es, porque aspiro a dar una agradable sorpresa a la nación.»

Lectores de mi alma, el otro era un príncipe, porque Olózaga tiene la monomanía de ellos.

«Bueno será él -me atreví a decir para mi capote-, cuando tú le ofreces, y aun así no te atreves a nombrarle.»

Pero, en honor de la verdad, debo decir también que admiraba al hombre que, con sus carnes y todo, es susceptible de tanta actividad.

¿Y qué tendría de particular el nuevo candidato para que su posible advenimiento al Trono de España produjese una agradable sorpresa a los españoles que no ven una hace siete meses?

Esta es la cuestión. [148]

Afortunadamente, y para calmar un poco la impaciencia, hasta el más nervioso se paraba lo necesario en el recuerdo del desatino de don Salustiano en sus recientes mangoneos, y nadie se apuraba por resolver la incógnita.

Pero así y todo, la curiosidad es el pecado capital de los descendientes de Adán; bastaba que Olózaga se empeñase en callar, para que en el país no faltasen deseos de que se aclarase el misterio.

Y vea usted, qué demonio: esta vez ha Sido la única en que Olózaga no se engañaba al asegurar que el nombre de su elegido había de Producir en España una sorpresa agradable..., y a la prueba me remito.

Se llama el príncipe favorecido últimamente por la perspicacia infatigable de don Salustiano «don Gustavo, Eduardo, Leopoldo, Esteban, Antonio, Basilio de Hohenzol-Sern Sigmaringen», y otras fechorías por el estilo.

Ahora dígame me si con lo escrito no hay bastante para que el que lo lleva sea recibido con «palmas y jaleo flamenco» en esa patria del Tío Canigatas y de la «flor de la canela».

Desgraciadamente para el señor Olózaga, también esta vez van a quedar sus esfuerzos sin la merecida recompensa.

Pero conste que no será por culpa suya ni por la de sus copartícipes revolucionarios. Hay que hacerles la justicia de que de día en día van poniendo la acción que no la conociera ninguno de sus difuntos y buenos hijos si a verla volvieran. Se comprende que todavía en los primeros meses de la revolución hubiese príncipes que creyeran algo expuesto aceptar este Trono de Carlos V; pero hoy no cabe ya ese recelo: el león de Castilla está tan desprestigiado, abatido y manso, gracias al trato que le vienen dando de poco acá, que el más ciego lo ve y el más tímido puede mostrarlo sin el menor riesgo.

Repito, desde este punto de vista: los hombres de septiembre merecen bien todos los príncipes extranjeros, pues han logrado poner a España más bajo de todos ellos.

La gorda está en España, aunque muy tarde va viendo algo más claro, y está dispuesta a hacer de su desgarrada capa mangas y caperuzas, o lo que le acomode, sin permiso del señor Olózaga y comparsa.

(De El Tío Cayetano, núm. 25.)

2 de mayo de 1869.

Insisto

Aunque me llamen pesado, vuelvo a mis trece.

Cuando un pillo expira en un patíbulo, todas las personas honradas que llevan su apellido se apresuran a decir que el del difunto era de otra rama y aun de distinto tronco.

Cuando muere un héroe, sucede todo lo contrario.

No aludo en este caso al espeluznador de la condesa de Reus, pero sí me refiero, en lo de codiciada, a la gloria nacional del «2 de mayo de 1808».

Ya he dicho más de dos veces que los campeones de la nueva idea están haciendo, meses hace, su tabernáculo del obelisco del Campo de la Lealtad.

Hoy necesito añadir que la revolución [149] de septiembre también aspira a identificar su gloria con la que aquel montón de piedras simboliza.

Sugíereme esta observación el bando del alcalde popular de Madrid y el sinnúmero de periódicos liberalísimos que he visto enlutados en la pasada semana, al hablar de las victorias del «2 de mayo», lanzando el gemido y el sollozo, que no parece sino que los llorones son de la casa mortuoria.

¿Calculan ustedes el efecto que les haría a ustedes mismos ver en un entierro, e inmediatamente detrás del cadáver, gimiendo y llorando, a su médico de cabecera?

Pues ese mismo efecto me produce a mí la revolución de septiembre presidiendo el duelo en un aniversario de la muerte de los heroicos varones del 2 de mayo.

Justificaré esta aprensión:

¿Qué nombre, qué castigo darían los liberales de hoy al desdichado que en la Puerta del Sol enarbolase la bandera abatida en Alcolea y la defendiera a cintarazos al grito de «¡Viva Isabel II! ¡Abajo los intrusos!»?

¿Cómo calificarían al ciudadano que, poniéndose a su lado, gritase por su parte: «¡Mueran los blasfemos! ¡Abajo las Constituyentes, en donde se niega a Dios y se insulta a la Virgen!»?

Pues una cosa idéntica hicieron los hombres a cuya tumba acudió la revolución septembrina vestida de luto y haciendo que lloraba.

Se batieron por un rey, que les quitaban, contra otro rey, extranjero, que se les quería imponer; debiendo advertir que el rey expatriado se llamaba don Fernando VII, cuya memoria es mucho más odiada por los septembrinos que el nombre de su hija doña Isabel.

Pero lo mismo da para el caso que el rey por quien luchaban se llamase Fernando VII que Isabel II, y que el intruso fuese Pepe Botellas; que Antonio de Orleans o Fernando de Coburgo. Todos son extranjeros; y con respecto a los españoles, tanto los soldados de Napoleón, o los generales de la Unión liberal, o la camarilla de don Salustiano, o las legiones de don Juan Prim.

El hecho es que, dados los puntos de semejanza que existen entre los enemigos de Daoíz y Velarde y los hombres de la actual situación, con respecto a aquel suceso memorable, todavía comprendo mejor al médico en el entierro de su asistido que a la revolución de septiembre de duelo en la solemnidad del 2 de mayo, al lado de la familia de los mártires.

Al primero puede salvarle la intención, pero a la segunda...

¿Qué va a ofrecer Serrano, qué el general Prim, qué Topete, qué Izquierdo...; qué tantos otros que deben cuanto son a la inconcebible munificencia de su víctima, la dinastía por ellos derrocada; qué van a ofrecer, digo, sobre la tumba de los que murieron por su rey?

¿Qué va a hacer el blasfemo Capdevila, y el presuntuoso impío García Ruiz y otros tales sobre las cenizas de los que expiraron con el nombre de Jesús entre los labios?

¿Qué hay de común entre estos hombres ambiciosos, volubles, ingratos y descreídos y aquellos dechados de fe y de lealtad?

¿Aceptáis su grito de Dios, rey y patria en el sentido en que ellos le dieron?

No, cuando en vuestro credo político, cuando en vuestra ley fundamental apenas se menciona a Dios sino lo necesario para dar ocasión a que los vuestros le nieguen y le injurien; y en vuestros actos ofrecéis la patria, que no os pertenece, a un reyezuelo extranjero que la ultraja despreciándola. [150]

¿Admiráis, sin embargo, su gloria?

Pues obrad como ellos para merecerla, y, al efecto, empezad por combatirlos a vosotros mismos como a los mayores enemigos de los patricios de 1808.

Entre tanto, ya que no justos con la patria, sedlo cuando menos con la lógica; declarad neos a Daoíz y Velarde y huid de su sepulcro con la sublime repugnancia con que, en vuestra alta flamante sabiduría, huís de la vieja religión de vuestros padres y de las rancias preocupaciones tradicionales que sin cesar socavan la piqueta de Romero Ortiz y el azadón de Ruiz Zorrilla, para ofrecer sus escombros en los altares que alzó la revolución de septiembre a las nuevas creencias, cuyos apóstoles más inspirados son Quintero, García Ruiz y Capdevila.

(De El Tío Cayetano, núm. 26.)

9 de mayo de 1869.

¡Craccc!

No asustarse, caballeros, que no se le ha roto cosa alguna integrante a la situación.

Es un ligero obstáculo que se ha interpuesto en la vía por donde aquélla marcha, al decir de Figuerola, «serena y majestuosa», ante la admiración del mundo, al fin que se propuso la revolución de septiembre.

Es, para que de una vez lo sepan ustedes, un fardo de consolidado que ha detenido un instante el carro de que van tirando meses hace Ruiz Zorrilla y demás señores ejecutivos.

Porque en todas partes hay almas ruines que pagan un favor con un agravio, y el señor Figuerola, no obstante su ciencia, su experiencia de opositor veterano y su intachable liberalismo, ha caído entre las uñas, no de una sola de aquellas almas ingratas, sino de varias, especie de cuadrilla hebrea perteneciente, sin duda, al bando de los judíos a quienes, según reciente declaración de su excelencia, se ha visto precisado, en sus últimas sesiones financieras, a arrojar del templo.

Figúrense ustedes que Figuerola dice, verbigracia: «Necesito una millonada de libras esterlinas, y al que me las proporcione le doy la necesaria garantía en títulos de la Deuda interior, porque, como los de la exterior no están aún estampados, la falta de este requisito podría retrasar algún tiempo la consumación del ventajoso negocio. Mera casualidad, como ustedes comprenden. Y dicen los ingleses A y B, o los judíos X y Z: «Vengan los títulos y ahí van las libras en letras sobre Londres a tales y cuales fechas, verbigracia, a cincuenta, sesenta y noventa días.»

Como se deja entender fácilmente, estos negociantes pueden ser muy ricos, o no poseer un céntimo; y, por tanto, pueden guardarse en la cartera la garantía y atenerse al interés que les proporcione legalmente la operación, o sacar los títulos a la plaza para hacer fondos con que pagar las letras en Londres, o para largarse con ellos de España sin acordarse más de las letras ni del ministro, y... ¡agur, morena!

Sentados estos antecedentes, el lector puede deducir el resultado que más se adapte a sus cálculos.

Yo sólo puedo ilustrarlos advirtiéndole [151] que lo que hasta hoy existe de cierto, como dato positivo, es que el consolidado bajó pocos días hace a 25 ½, es decir, casi hasta el valor del papel de estraza, porque inesperadamente cayó sobre la Bolsa una lluvia consolidada que valía centenares de millones; lluvia procedente de la consabida garantía, sobre cuyo asunto, al ser acosado el señor Figuerola por una granizada de banqueros, se encerró en las elocuentes reservas, fundándose, sin duda, como también dijo en las Cortes al ser interpelado, en que si los carlistas e isabelinos oían lo que estaba pasando, se llevaría el diablo el empréstito de los mil millones.

Admirable financiero.

Ahora bien: el citado bajón es lo que produjo el crujido que ustedes oyeron más arriba.

Y como sucede siempre que un carro se pone a pique de volcar, ni el carro ni el conductor, ni el de la situación, ni el ministro han sufrido lesiones graves; pero sí los conducidos incautos tenedores de los que, los menos desgraciados, amaneciendo orondos y regalados el 1 de mayo, quizá presenciaron en forzoso ayuno el esplendor de la Septembrina presidiendo la cívica solemnidad del día siguiente.

Y, después de todo, el suceso me parece muy natural.

Aquí y en Flandes el que tiene los monises ha de soltarlos, y la revolución de septiembre, al arruinar a estos nuevos ciudadanos, no hace nada que pueda abochornarla.

Más aún: es casi seguro que la mayor parte de ellos son reaccionarios, y bajo este solo aspecto el bajón de la Bolsa colma la mayor aspiración de su excelencia financiera.

Según sus propias, repetidas manifestaciones, lo mismo el día en que nos dijo que España se había salvado porque estaba realizando ya, con condiciones ventajosísimas, el

empréstito último, que el día en que volvió a decir que el mismo empréstito podía fracasar, el objeto de sus afanes eran los carlistas e isabelinos.

En el primer caso, ya no había por qué temerlos; en el segundo, todos debemos temblarlos.

Por cierto que yo, que tanto admiro a su excelencia, estoy recelándome que algún chusco, al ver la insistencia del señor ministro en subordinar todas las peripecias de su empréstito al temperamento de la reacción, le encaje el día menos pensado aquel texto famoso del fosforero Lirasbe:

Si se envenena un amante

porque haya perdido el seso,

¿qué tienen que ver con eso

los fósforos de Cascante?

Pero, si tal sucediera, yo me pondría al lado de la Prensa ministerial para defender otra vez a su excelencia, y entonces, como ahora, insistiría en lo dicho.

¿Está o no está tronada la situación? Es evidente que sí. Pues a costa de los que tienen se ha de salvar.

¿Son o no los isabelinos y carlistas los mayores enemigos de la situación? Es innegable que sí.

¿Es o no reaccionario hoy en España todo español que tenga dos cuartos que perder? Sin duda que lo es.

Luego arruinados los tenedores de papel, no solamente se asegura el empréstito, sino que se desarma a una gran parte de la reacción.

Este es el caso.

Por lo demás, ¿se quiere una prueba de que el Gobierno, consecuente con su credo, respeta los principios, aunque con ellos se hunda la nación?

Parece Providencia. Al mismo tiempo que bajaba la Bolsa se leía en el Congreso un proyecto de amnistía... para los republicanos exclusivamente. [152]

Con el primero se hundía en la miseria un sinnúmero de especuladores; con el segundo podían volver a sus hogares, si los tienen, los que fueron la causa de que Cádiz, Málaga y Jerez se inundara de sangre.

Este contraste da la medida más exacta de la equidad revolucionaria de septiembre.

¡Viva Topete!

(De El Tío Cayetano, núm. 26.)

9 de mayo de 1869.

### Heráldica

Ya lo saben ustedes: el escudo de armas del ministro de la Guerra contiene las palabras honor y lealtad, y su excelencia, para no hacer traición a tan preclaro lema, «no tiene un hecho en su vida que se pueda creer desleal».

Así lo ha dicho el conde de Reus a la faz de las Constituyentes en la sesión del día 8, respondiendo al señor Balaguer, que se atrevió a preguntar al marqués de los Castillejos qué había de cierto en los rumores que circulaban respecto a las últimas ambiciones y regias miras de don Juan Prim y Prats, que traía conmovida a Barcelona.

Declaro a mi vez que mi admiración se halla perpleja entre la pregunta del señor Balaguer y la respuesta del ministro de la Guerra.

La primera es osada e irreverente como ella sola, dado el carácter irascible, fogoso y, hasta cierto punto, olímpico del interpelado.

La segunda no tiene igual, por sobria y contundente.

Verdad es que los grandes hombres no se valen de otro estilo, y que un heredero de la respetabilidad sublime del héroe de Tarifa no debe ni puede despilfarrar los conceptos y las pruebas como un mortal de poco más o menos.

No lo comprendió así la Cámara, que cometió el sacrilegio de reírse cuando don Juan Prim apeló al mote de su linaje para confundir al profano que quería presentar como sospechoso a la revolución el brazo más fuerte de ella, ni más ni menos que si los constituyentes maliciosos dudasen de la lealtad del conde de Reus.

Por eso creo yo que si el general Prim estuvo a la altura de su ilustre progenie al descolgar su escudo de armas para ofrecérselo al país como la mejor garantía de su lealtad, anduvo no poco desacertado en desconocer que el Congreso, representación genuina de la idea nueva, está más que flojo en heráldica, resabio de bárbaras costumbres de ominosos

tiempos en que apenas se hablaba de nebulosas y tal vez hubiera algún sabio capaz de confundir los residuos humanos de un quemadero de herejes con la barredura y los escombros de una fábrica de hules.

Y no digo que el marqués de los Castillejos debiera haber sido más explícito en lo referente a su lealtad, dando allí mismo una lección de heráldica a su atrevido paisano, porque yo respeto mucho hasta las aprensiones de los héroes, como el flamante Guzmán; pero es lo cierto que, examinada la cuestión con el criterio de los hombres vulgares, como yo, parecía indicada en ella una serie de pruebas que no le faltaban al general Prim, y con las cuales, y un poco de [153] la mucha bilis de que dispone siempre el ministro de la Guerra, anonadando de paso al interpelante, habría cuajado la sonrisa burlona de la Cámara en los labios de los constituyentes.

Repito que el general ex popular estuvo sublime al decir: «Soy leal y no puedo ser otra cosa, porque en mi escudo de armas están las palabras honor y lealtad.» Pero yo, en su pellejo, hubiera añadido:

«Y lo pruebo.»

Y en el acto hubiera hecho la siguiente exposición de razones de Historia:

«Siendo todavía Juan Prim a secas, pero muy liberal, me pronuncié contra el general Espartero, cuyo acto me valió, por influjo del tirano Narváez, el título de conde de Reus.

»Como prueba de la confianza que en mí tenía este reaccionario, me nombró después capitán general de Puerto Rico, y Dios y todos ustedes saben que nada tuvo que reprocharme en los actos de mi cargo el duque de Valencia, si no fue la crueldad en que rebosaban mis célebres bandos, referentes a la gente morena, en los que mandaba mutilar a un hombre por menos de un alfiler.

»Merced a estos y otros ensayos, merecí la altísima honra de que el polaco Sartorius me enviase más tarde a Constantinopla, a ver lo que pasaba por allí durante la guerra de Crimea.

»Vino en esto el año 16, y la recién nacida Unión Liberal, enemiga mortal y exterminadora del partido de mis protectores, echó la zancadilla a los progresistas, mis antiguos cofrades, con los cuales mandé dos años. Hallábame yo a la sazón en el extranjero muy desocupado, y viendo que en Barcelona no se las arreglaba bien el general zapatero para desarmar la milicia nacional, por orden de O'Donnell, jefe de los unionistas, por probar de todo pasé inmediata y espontáneamente a aquella capital y ofrecí mi espada al citado general Zapatero.

»Más tarde, y medio afiliado ya a la bandera unionista, fui con ella a la guerra de África, y a la vuelta dije en un convite en Alicante que no había en España más que un español digno de mandarla: el general O'Donnell, y que honni soit qui mal y pense.



»En éstas y otras, la ingrata, la indigna Isabel de Borbón, me nombra marqués de los Castillejos, haciéndome grande de España, con cuyo motivo «juré por la cruz de mi espada» derramar hasta la última gota de mi sangre en defensa de la dinastía que así me trataba.

»Poco después comía con mis antiguos correligionarios los progresistas en los Campos Elíseos, y también juré allí ante las lágrimas de Olózaga acabar con los unionistas, que ya no me gustaban, y con algo más si se ponía por delante.

»Y como soy leal a mis promesas y consecuente, en 1866 me pronuncié contra O'Donnell al frente de algunos escuadrones, teniendo que refugiarme en Portugal por falta de eco en el país.

»Desde entonces no me vio el pelo la madre patria hasta el último mes de septiembre, en que volví a pisarla hecho un demócrata y aliado de los unionistas, que me habían echado de ella por rebelde, para derribar la dinastía ingrata que me dio todos los honores y grados que ostento, menos el tercer entorchado, que me puse yo mismo en uso de las facultades que me competían como ministro de la Guerra de un Gobierno provisional.»

Todo esto y mucho más que el país conoce pudo haber agregado el general Prim, a manera de orla, al escudo de familia que exhibió ante el Congreso como garantía de su lealtad. [154] Un país que sólo con saberlo lo admira, ¿qué no hubiera hecho al oírlo de boca del consecuente liberal de los tres jamases y otros tantos nunca?

Insisto, pues, en que yo, en pellejo del conde de Reus, hubiera exhibido a las barbas del Congreso toda esta edificante exposición de hechos para hacer más ruidosa y solemne la declaración a secas de mi lealtad..., y aún hubiera hecho más: recordando que me rodeaban los Serranos, los Topetes, los Izquierdos y todos mis generales beneméritos y no pocos paisanos, condiscípulos míos en mi carrera política, hubiera dicho muy recio:

-Esta es mi hoja de servicios, caballeros. Punto más, punto menos que la vuestra, porque aquí todos somos unos. Conque el que se crea más guapo que yo, que alce el dedo.

Y estoy seguro de que el mismo Congreso que recibió su aserción de leal... porque sí con una sonrisa sospechosa, le hubieran aclamado entre tempestades de alaridos, como cuando evoca Ruiz Zorrilla las indignidades de la reacción.

Pero insisto también en que don Juan Prim, a fuer de grande hombre, estuvo en carácter al asentar con pasmosa sequedad que no había hecho en la vida traición al lema de sus armas; máxime teniendo en cuenta que también añadió que si hubiera querido hacerla se hubiera valido de sus generales Izquierdo y compañía..., lo cual no tiene vuelta de hoja, y prueba hasta la evidencia que el ministro de la Guerra tampoco es ambicioso.

Y si alguno dedujese lo contrario del dicho mismo de «MIS GENERALES», que no le usaron más soplado Federico II o Napoleón el Grande, observe el malicioso que si tiene el marqués de los Castillejos generales como puede tener perros de aguas o tenacillas de fumar, bien los necesita, a fuer de demócrata que caza con telégrafo y zanguanete, y para ir

desde su oficial poltrona al Consistorio le siguen y le preceden escuadrones enteros de Caballería.

En vista de todo lo cual, no hay por qué escandalizarse de las serenas afirmaciones del general Prim desde el momento que las hizo sin miedo a la respuesta del país, que le conoce y le escuchaba.

Aquí, seamos francos, si alguno escandaliza no es el pariente de Guzmán: es ese mismo país que oye a Prim, y se hace el escandalizado y le sufre y no resuella... y, además, le paga.

(De El Tío Cayetano, núm. 27.)

16 de mayo de 1869.

La hacienda

Don Laureano Figuerola podrá ser, como ministro, la mayor calamidad que haya caído sobre España.

Podrá no entender una jota en lo que trae por los suelos, por no decir entre manos, que esto equivaldría a mentir; podrá haber hecho los empréstitos más ruinosos y haber creado el impuesto más absurdo e impopular.

Podrá, en fin, ser el financiero más rutinario y más ramplón del orbe.

Pero negarle que es el catalán de más frescura y de mayor desparpajo, fuera notoria injusticia.

La Prensa periódica de Madrid y de [155] provincias, que desde septiembre acá parece una olla de grillos; que individual ni colectivamente no han logrado ponerse de acuerdo ni con su misma sombra, ha ofrecido el sin igual fenómeno de levantarse perfectamente unísona y concertada para pedir la separación de Figuerola para la gestión de Hacienda; para silbarle estrepitosamente y para renegar de sus impuestos, de sus liquidaciones y de sus empréstitos a cencerros tapados. Los proteccionistas le han exorcizado como al mismo Satanás; los economistas le han excomulgado y el país en masa ha querido conjurarle, como a las tempestades, hasta con rogativas públicas y clamoreo de las campanas que ha dejado útiles la clerofobia de Romero Ortiz, su dignísimo colega.

Figuerola, impertérrito, ha respondido a cada invectiva con una nueva torpeza; a cada súplica, con un descenso en la Bolsa.

Pero nunca con una dimisión formal, ni con una sincera confesión de su incapacidad.

«La revolución -ha dicho- gasta a los hombres.»

Y nada más. En cuyo laconismo lo mismo puede haber querido significar una remota esperanza de que algún día la rueda de septiembre llegará también a gastarle a él, que lo de Sancho: «Si buenos azotes me dan, bien caballero me iba.»

Así las cosas y los ánimos, hizo el empréstito de los mil millones, y Dios, él y media docena de amigos saben lo que en el negocio ha pasado. El país sólo sabe que tiene que pagar el pato, amén de verse desplumado.

Pero lo cierto es que no parece dable a la humana razón formular unos cargos ni fraguar unas tempestades de maldiciones semejantes a los que don Laureano acaba de sufrir de toda casta de contribuyentes y de todo género de ciudadanos con este motivo.

Parecíame a mí imposible también que hubiera uñas de ministro capaces de resistir tales embestidas sin soltar el banco ministerial y eso que ya me eran conocidas las de sus excelencias ejecutivas en otras pruebas análogas, aunque no tan rudas; creía que, después del bajón a 26 de la subsiguiente acometida de los banqueros y del comunicado del señor Indo, don Laureano se habría muerto, o, cuando menos, aparentando contrición y murmurando el confiteor, presentaría su dimisión a las Cortes, en la seguridad de que una súplica de las que tanto prodiga el general Serrano a la Montaña Roja, le mantendría en su puesto por ahora.

Pero que si quieres. El impávido financiero, siguiendo su edificante costumbre, hizo frente a la bramadora tempestad y se propuso dominarla echandola más vientos.

Y la dominó, porque en España somos así.

Todos ustedes conocerán el proyecto de presupuestos que su excelencia presentó a las Cortes pocos días ha. Documento sublime.

Yo he tenido la paciencia de leerlo de cabo a rabo, y no me pesa.

Allí se encuentra de todo, menos dinero.

Allí se habla de la corrupción de las pasadas administraciones; allí se demuestra que todos los presupuestos anteriores han sido falsos, como si no hubieran dicho lo propio de los suyos Barzanallana y otros; allí se decantan las economías que se han hecho en éste y en el ramo de más allá; allí se ofrecen leyes de tal y de cual que en lo sucesivo arreglarán el desarreglo de estas y de las otras clases, como si en España no se hubieran hecho bastantes, si cada Gobierno que entra respetara lo bueno de los que salen; allí no se presenta el menor vestigio de plan financiero para lo sucesivo, [156] al paso que se da como imposible el cercenamiento de los capítulos más gravosos del presupuesto actual, y, sin embargo, se promete la nivelación de los gastos con los ingresos para dentro de tres años, si se tiene ciega fe en la palabra del ministro que suscribe; allí se llama grande y admirable a la revolución, sabios, poderosos y soberanos a los constituyentes, y se saca en limpio que los gastos para el próximo año económico ascienden a la suma de tres mil millones; que hay un déficit de ochocientos y que el presupuesto de Figuerola excede en más de cuatrocientos al

más alto de los presentados por los Gobiernos inmorales, cuyos estragos ha venido a curar la revolución de septiembre.

Cualquiera pensará que un mortal que presenta semejante cuadro de la Hacienda española y que, además, añade: «ésta es mi obra», o está dejado de la mano de Dios o queda pulverizado por la de los hombres que le escuchan.

Pues vean ustedes ahora la realidad.

De la misma Asamblea ante la cual exhibió don Laureano su paisaje de ruinas, salió una proposición de algunos diputados sensibles que, con lágrimas en los ojos, pidieron que se procesara a los hombres que de catorce años a esta parte, han intervenido en la administración de la Hacienda española.

¿No parte el alma esa sensible indignación de los señores proponentes?

Desgraciado del que movido de un sentimiento de severa justicia, quizá antirrevolucionaria, hubiera presentado una enmienda a la proposición pidiendo que se añadiera a ésta: «y a don Laureano Figuerola, desde luego».

Volviendo a mi tema: ¿hay nada comparable a la frescura del ministro catalán que nos desadministra?

Una sola cosa: la mansedumbre de los contribuyentes.

(De El Tío Cayetano, núm. 28.)

27 de mayo de 1869.

Ya se van entendiendo

Poco después de septiembre se dejó ver hasta claro que los partidos coligados para hacer la revolución, una vez sobre el terreno de su conquista, lejos de marchar de acuerdo, se hostilizaban entre sí.

Pero a nadie se le ocurría que esta dificultad se hubiera tocado en el momento supremo del gran empuje regenerador.

La patria estaba «deshonrada, agonizando de vergüenza y de humillación.» El pueblo arrastraba las cadenas del esclavo, las ciencias dormían y las artes espiraban.

Algunos hombres, modelos de abnegación y patriotismo, como Serrano, Topete y Dulce, en primera fila, y en segunda el duque de Montpensier, que no podían contemplar el desastroso cuadro con ojos enjutos, acudieron al heroico pueblo del Dos de Mayo, a la

altiva raza de los Guzmanes y Padillas, sin más excitación que el magnetismo de una mirada; España entera se levantó «como un solo hombre» contra el mismo poder que la arrastraba al abismo.

¿No es ésta la lección que se recitaba todos los días al pueblo español [157] por los hombres de septiembre durante el primer período del triunfo de la Gloriosa?

¿Y hubo, por ventura, un solo ciudadano que estuviese autorizado para dudar de la verdad de tan tierna y conmovedora declaración?

Pero, como dicen en mi tierra, riñen los pasiegos y descúbrese el contrabando.

Poco a poco hemos ido sabiendo algo acerca de la revolución, porque donde entra el vil ochavo no se puede guardar silencio, sobre todo si el que lo da no es un modelo de desinterés. Los fogonazos de Cádiz alumbraron no poco esta cuestión de fe para los creyentes liberales, porque el asador de don Antonio, si no sirvió para hacer un rasguño en Alcolea, fue más que suficiente algunos meses después para revolver los trapos de los que allí se hallaban.

Y así, de descubrimiento en descubrimiento, hemos llegado, gracias a Dios, a la votación de la monarquía, con cuyo motivo hemos sabido, de labios muy autorizados, lo que los maliciosos jamás dudaron.

El señor don Adelardo López de Ayala, ministro de Ultramar, para romper el silencio que desde su exaltación a la poltrona viene observando, acaba de decir a la faz de los constituyentes cosas muy peregrinas a este propósito.

Según su excelencia, mientras los generales libertadores salían desterrados a Canarias desde el puerto de Cádiz, aquel pueblo, tantas veces llamado, después acá, cuna de la Libertad y baluarte de qué sé yo qué, aplaudía frenético en la plaza de toros la corrida de la tarde, en tanto lloraba el señor Ayala desde la playa la marcha de los desterrados, y si otro día pudo creerse que los mismos gaditanos se disponían a protestar con la fuerza contra los decretos del Gobierno referentes a los mismos proscritos, porque el gobernador de la plaza tomaba serias precauciones militares, las apariencias mentían.

Todo el aparato tremebundo tenía por objeto prevenirse contra los acontecimientos que podían seguir de la efervescencia que necesariamente había de causar en el pueblo gaditano la rivalidad de dos toreros que iban a trabajar juntos en el mismo redondel.

Con todo lo cual quería demostrar el autor de El tejado de vidrio que en el pueblo soberano no solamente no halló simpatías la revolución, sino que ni siquiera se dio cuenta de ella, con rarísimas excepciones, hasta que la hubo hecho Topete, a quien su excelencia atribuye todo el mérito de ella.

Esto ya es algo.

Pues salta Topete y dice: «Conste que yo no me rebelé contra doña Isabel II; conste que mi plan no alcanzaba a tanto; conste que a semejante extremo me condujeron las exigencias de mis aliados, presentándome la conservación de la dinastía incompatible con el bienestar de la patria, y conste, por último, que el destronamiento de la reina será para mí un tormento que me acompañará hasta el sepulcro.»

Estas declaraciones, hechas a raíz de tantos manifiestos oficiales; después de tan repetidas protestas de concordia, de unidad de miras y de sentimientos de adhesión a los principios proclamados en letras de molde por las Juntas revolucionarias, no podían menos de escandalizar a la minoría republicana, en quien reside por derecho natural y lógico la representación de las masas maltratadas por el ministro de Ultramar y contrariadas en su más sublime aspiración por el de Marina.

Así fue que tuvo que intervenir el [158] duque de la Torre para decir, con esa energía que le caracteriza:

«-Ubinan gentium, sumus? ¿Qué es eso, señor Ayala? ¿A qué conduce esa inesperada salida de tono... ministerial? Pues ha de saber usted que yo siento en el alma no pensar como mis queridos republicanos, que es tanto como asegurar que no estoy muy convencido de la excelencia de mi propio credo político. Sí, señor; los amo y los admiro, especialmente desde que he visto la medida (sic) con que han hecho la oposición al proyecto constitucional que se discute. Así, pues, yo ruego a la Cámara que dé al olvido las palabras del señor Ayala y que no vuelva a hablarse de este asunto, que puede lastimar a un partido a quien tanto debe la revolución...»

¿No es admirable esta cordialidad, esta armonía, esta inteligencia, no ya entre los partidos coligados, sino entre los miembros de un poder en el cual están representados los antecedentes, el carácter y las tendencias del glorioso levantamiento nacional de septiembre?

Pero todavía hay en estas circunstancias otra consideración más consoladora aún:

Estos hombres han hecho redactar y discutir y aprobar la Constitución que ha de regirnos.

Más consuelo todavía:

Para esa Constitución, y amoldado al gusto de esos mismos hombres, ha de ser el rey que tenga España con honra.

(De El Tío Cayetano, núm. 27.)

27 de mayo de 1869.

La regencia

Cinco meses hace que no me llega la camisa al cuerpo siguiendo las evoluciones de la gente que lleva la batuta en el actual desconcierto político.

Que habrá Regencia; que será una; que será con Serrano; que será con Prim; que ya no hay Regencia; que si la mayoría; que si la minoría; que si tumba y que si dale.

Hácese muchísima de la gracia en este asunto la formalidad con que algunos periódicos oficiales y oficiosos aseguran que la resolución urge porque la interinidad es insostenible por más tiempo.

Pues qué, ¿la Regencia es una solución?

Regencia, ¿para qué? ¿De quién?

¿Una Regencia no implica la necesidad de una minoría?

¿Dónde está aquí el menor?

¿Habrá venido a parar en eso el pueblo después de habersele llamado, soberano, majestad, y potente, y no sé qué más?

Dada la Regencia en una situación como la actual de España, ¿qué sería un regente más que una máquina de decir amén a todo lo que le propusiera el Gobierno de acuerdo con las Cortes?

En suma: el general Serrano, regente, no haría más ni menos que lo que hace hoy, presidente del Poder ejecutivo.

Verdad es que cambiaría su modesta morada por un palacio con guardia pretoriana, y tendría tratamiento de alteza y seis o siete millones de sueldo. Pero ¿y qué? ¿Sería él el primer reyezuelo que vamos viendo en España desde septiembre acá? ¿Y se calman los ánimos, se refrenan los odios o se conjuran los desencadenados elementos [159] que hoy conmueven a la situación porque se instale en Madrid un magnate más o menos?

¡Bah! Por otro lado irá el agua.

La situación tiene que darnos un rey conforme a la Constitución que acaba de votar, y ese rey, por más que diga el señor Olózaga, no ha de causarnos agradable sorpresa, porque todos le conocemos meses hace.

Su futura majestad podrá agradar a los señores o proporcionarles un nuevo disgusto.

Sus excelencias quizá temen lo último, y, como saben agarrarse, marchan con parsimonia en todo lo que al asunto se refiere.

Cuando le van a sacar a uno una muela, el dentista le habla primero de los sudores que pasa el paciente con aquel apéndice podrido en la boca; después, se la reconoce y le asegura que la muela está cayéndose ella sola; después le arregla el sillón en que le ha sentado, y le atusa el pelo, y ofrece a su vista una multitud de enjuagues que han de refrescarle las encías una vez hecha la operación; después coge un gatillo y lo deja, y toma otro, y hace que opta por una pequeña palanca, por lo mismo que la muela no ofrecerá resistencia; y habla del vecino de enfrente o de la política del día; de todo, menos de la muela. Al cabo, tentando la quijada y preguntando «¿es ésta?», veinte veces, engancha inesperadamente el acero fatal en el cariado apéndice, lanza la víctima un rugido, suelta tres lagrimones y un duro, y se acaba la tragedia.

No pretendo calificar de sacamuelas a los hombres que no se dan punto de sosiego a fin de conjurar ahora la interinidad de una Regencia.

Pero no puedo excusarme de hacerme a cada instante preguntas tan sencillas como éstas:

-Si los hombres de la situación tienen in mente nuestro futuro rey, ¿para cuándo le guardan? Si la exhibición de esa majestad no ha de dolernos; si, como es de creer, llena las aspiraciones de la patria, en cuyo nombre se hizo la revolución que nos lo trae, ¿para qué tantos trámites y ensayos preliminares? ¿Tan abundantes han sido la satisfacciones desde septiembre acá, que sea necesario, para no engolosinarnos, encarecer esa que se nos tiene reservada?

Vamos, ilustres y denodados patricios; menos modestia; basta de abnegación, no más desvelos, y venga... lo que Dios quiera; que, al cabo, ésa es la que ha de valer, y no la vuestra ni la mía.

(De El Tío Cayetano, núm. 27.)

27 de mayo de 1869.

Va de cuento

Erase éste un pueblo llanote de carácter y a la buena de Dios, capaz de pelear con su sombra si se trataba de la negra honrilla; pero tan poco ambicioso, que, vencedor en el combate, se conformaba con ocupar el campo del enemigo para tenderse en él a la bartola.

Así vivió siglos, acometiendo las más inauditas empresas por su Dios, su patria y su dama.

Refractario a todo lo que fuera innovar, vivía en su cascarón, embozado en la manta de abolengo, sin necesitar otra cosa, atento sólo, para romperle el bautismo, a los intrusos que [160] trataran de asomar la jeta dentro, con el fin de imponerles sus leyes, sus hábitos o sus costumbres.



Así era feliz.

Pero como al más cauto se la pegan, no pudo evitar que algunas indígenas excepciones, ambiciosas y turbulentas, le fueran seduciendo poco a poco, pintándole la belleza de sus vecinos: de los unos, porque eran rubios; de los otros, porque eran altos; de los de allá, porque eran gordos, y, lo que es más asombroso, haciéndole creer que él, que había nacido para ser moreno y refecho y muelle, podía llegar, con la costumbre, a ser rubio y estirado y activo.

Para llegar a este fin era preciso, ¡pásmense ustedes!, según aquellos doctos novadores, romper la crisma al señor del pueblo y al cura de la parroquia; a éste, porque predicaba que no había más amo que Dios, y al otro, porque obligaba a cumplir las máximas que predicaba el señor cura, amén de la ley por que se regía el pueblo escrita y promulgada por él, con la aquiescencia de todos los regidores del concejo.

Para dar más encanto a la seducción, los hombres que en ella se afanaban aseguraban al pueblo que él era el rey por derecho natural y el único legislador, y que no tenía obligación de ir a misa ni de creer en Dios.

El hombre es tonto de suyo, y aun cuando se esté muriendo de hambre, es capaz de creerse un emperador como haya un perdis que sepa pintárselo a lo vivo.

Así lo hicieron los ambiciosos del cuento, que, por más señas, de comer a la mesa del señor y de vestir de sus roperos, estaban tan gordos y tan relumbrantes que no había más que ver.

Un día se armó la gorda, y el señor, más de miedo que a la fuerza, abandonó su palacio y huyó a remotas tierras, dejando la suya en poder de los traidores, que, para mostrar a los incautos que sólo el deseo de su bienestar los animaba a la empresa, quedáronse por de pronto por señores ellos, y como tales se trataron, y como tales exigieron al pueblo impuestos que jamás había satisfecho, amén de obligarle a derribar la iglesia parroquial y a fusilar al cura.

Como quiera que el ensayo de estos varios reyes demostró que daban peor resultado siete que uno, se dedujo prudentemente que setenta o setecientos gobernarían peor que siete; y esto evitó la ejecución del proyecto discutido en el concejo de proclamar por soberanos del pueblo a todos y a cada uno de los vecinos.

Pero como no podía volverse a lo pasado y se había llegado ya a una situación eminentemente liberal, en la que se permitían las tabernas abiertas de día y de noche, y eran lícitas las blasfemias en todas partes, y al más rudo no podía prohibírsele decidir de plano las cuestiones más peliagudas en todos los ramos del saber, escribióse una especie de Constitución, según la cual habría un rey, traído de fuera, que sería el primer vecino del pueblo, con el deber de firmar todo lo que el concejo acordara, por lo cual, y nada más, se le daría un sueldo arregladito, con que pudiera comer y vestir decentemente.

Y allí fueron de ver los mangoneos del fiel de pechos, del boticario, del herrador y otros notables del lugar. Todos y cada uno de ellos se daban a buscar reyes por los pueblos vecinos, como quien busca malvas en los camberones para un dolor de barriga. Pero el que estaba bien por su casa, no quería sufrir las desazones que da el arreglar la ajena, y el que nada tenía que perder no era aceptado por las intrigas de cada uno de los otros [161] agentes, que trabajaban por los que habían buscado.

En esto, los hombres poderosos que habían revuelto el cisco vieron que el pueblo se les venía encima, falto de los cimientos que ellos le habían socavado, y se decidieron a proclamar por soberano a cierto amolador, vecino del mismo pueblo, aunque ausente de él tiempo hacía, por revoltoso, el cual vecino les había anticipado algunos maravedises para preparar la conjuración contra el desterrado señor, en cuyo palacio tenía entrada y mesa, por ser el amolador de todas las herramientas de su majestad.

Preparáronse hasta tres docenas de cohetes, dos arcos triunfales y una fuente de rioja, y seguido de todos los alguaciles y empleados del concejo, a cuyo frente iban los hombres del pronunciamiento, entró una tarde el amolador en el pueblo sobre una mula torda, con corona de similor sobre la frente y una caña en la mano, a manera de rey de bastos, y en esta guisa y después de apearse a las puertas del palacio tomó asiento en el trono que habían venido ocupando todos los señores de aquel pueblo.

Como su majestad era democrática, tuvo que estrechar con las suyas cada una de las manos que le fueron pre-sentando sus convecinos, a quienes preguntaba, de paso, por las respectivas parientas y familias, ceremonial ajustado a los consejos de sus prohombres.

Instalado ya como señor, pusieronle cuatro menestrales para asistirle en su gabinete particular y una guardia de honor, de zapateros, a las puertas exteriores del palacio, pues el de advertir que, como el país era tan soberano como él, si bien se prestaba a jugar a los soldados, en manera alguna quería serlo de verdad, por lo que se suprimió el pequeño ejército que antes había, a excepción de los generales, que se aumentaron en número y ascendieron todos en graduación.

Pasábasele el tiempo a su majestad en conversar con los curiosos que se le presentaban: unos, a pedirle un pitillo, y otros, un empleo; en firmar como en barbecho cuanto le presentaban los señores concejales, y en estudiar el santo y seña que cada día le daban sus protectores, con el fin de que desagradase al pueblo con alguna torpeza.

Por lo demás, comía lo que le daban, vestía conforme al gusto y presupuesto que al efecto le señalaban los concejales, se acostaba a la hora que se le permitía, y tenía cuanta libertad se le antojaba, con tal que no molestase con su presencia las reuniones y motines pacíficos que celebraba a cada paso el vecindario, en uso de su nuevo derecho.

Como no se divertía gran cosa su majestad con este sistema de vida, un tanto parecida a la de un colegial, un día pidió un periódico para distraerse un rato; porque es de advertir que en aquel pueblo también había Prensa periódica.

Echóse a los ojos el papel su majestad, y tuvo la satisfacción de ver en él que se le llamaba amolachifre, gabacho, intruso, inexperto, gandul y otras lindezas por el estilo; y a la institución que él representaba en su trono, guillotina de los pueblos y oprobio de la Humanidad.

Quemáale un poco la sangre a su majestad esta franqueza democrática con que se le trataba, y llamó a sus consejeros con el fin de que se pusiera un correctivo a tales desacatos.

-Es imposible, señor -le contestaron.

-Pero se me insulta.

-No hay tal. Es que se ejerce la absoluta libertad de escribir, consignada [162] en la Constitución que su majestad ha jurado.

-Pues entonces, a ella me agarro, y voy a responder en otro periódico a esas atrocidades.

-Jamás, señor. Eso equivaldría a influir con vuestra autoridad sobre los ánimos libres del pueblo, y sería anticonstitucional-democrático.

Todo lo cual convenció a su majestad de que con una Constitución tan libre como la que había aceptado, siendo él el rey, era el único esclavo del pueblo.

Un día, cansado ya de vivir ajustado a las exigencias de todo bicho viviente, se escapó del Palacio con el fin de explayarse un poco por el pueblo, y, a merced del incógnito, se introdujo por de pronto en un club formado por los hombres más exaltados de la vecindad. Allí oyó expresarse a los oradores en términos semejantes a los que había leído en el periódico, con la diferencia de que en el club se excitaba a romper la crisma a su majestad por todos los medios legales y a pegar fuego al trono en que se sentaba.

No creyéndose muy seguro allí, echóse de nuevo a la calle, y apenas encontró una esquina en que no leyese alguna tempestad contra los señores de su categoría y la institución que representaban, ni una tienda en que no se exhibiesen sus propias caricaturas y profusión de folletos, demostrando que una nación que acepta por soberano a un amolador ni tiene vergüenza ni merece perdón de Dios.

Tomó acta de todos estos primores, y a su vuelta a Palacio trató con sus consejeros de ponerles un correctivo; pero tuvo que desistir de su propósito, porque se le dijo que estaban dentro del derecho concedido por la Constitución.

-Pues enmendaré la Constitución -dijo, muy fresco, su majestad-, porque ella y yo no cabemos juntos en el pueblo.

-Aprensiones de vuestra majestad.

-Aprensiones. ¿Me quieren decir ustedes si el pito que yo toco en esta orquesta no puede tocarlo el guardacantón de la esquina? Firmar lo que otros hacen, cargar con la ociosidad de

lo malo y no disfrutar de la gloria de lo poco bueno que se me obliga a hacer; oír perradas de todo el mundo y no tener derecho para replicar a nadie, cuando todos tienen el de ponerme de vuelta y media y el de conspirar contra mí.

-Es que vuestra majestad es un monarca democrático.

-Por lo mismo; o me sobra lo de monarca o lo de democrático. Los dos títulos no caben juntos en el trono.

-Pues vuestra majestad lo quiso así.

-Me retracto, y, al efecto, quiero reformar la Constitución.

-Es imposible.

-Yo buscaré quien me ayude... Mi ejército...

-Lo poco que queda de él somos nosotros y nuestros amigos, y nos oponemos resueltamente, so pena de que el pueblo nos devore.

-Luego es decir...

-Que no hay más remedio que llevar adelante esta cruz con que cargamos voluntariamente.

Y en esto trascendieron los propósitos de su majestad hasta los clubs más rabiosos: llamóse traidor por haber intentado cercenar los derechos declarados en la Constitución; levantáronse barricadas en las calles; ardió Palacio por las cuatro esquinas, y la intrusa majestad huyó por el tejado, en chancletas y muy contenta porque salvaba la pelleja, bien al revés de sus consejeros y protectores, que morían arrastrados por las masas, que, aunque antes los habían aclamado, desconfiaban ya de ellos por lo mismo que una deslealtad los había encumbrado. [163]

Alguno que pasó muy cerca del fugitivo amolador, le oyó decir, rascándose una oreja:

-Para adquirir y conservar un trono no basta la garantía de una ley ni la voluntad de un partido; se necesita el corazón de un pueblo.

(De El Tío Cayetano, núm. 29.)

6 de junio de 1869.

Fórmulas salvadoras

«Cada maestrillo tiene su librillo», dice el refrán, y es la pura verdad.

Por eso han hecho muy mal los que, sin más que observar atentamente la marcha que lleva la situación septembrina, han dicho resueltamente: «Esto va al abismo.»

Aprensiones. Yo tengo muy presente siempre el atinado parecer de aquel que, viendo rodar a un prójimo por la escalera, se abstuvo intencionadamente de tenderle una mano que pudo haberle salvado.

-Él se entenderá -decía inalterable.

Eso mismo he dicho yo con respecto a los traspies de la revolución, aun enfrente de los desaciertos de Figuerola, o séase a dos dedos de la bancarrota.

-Ellos se entenderán.

Y, felizmente, no he tenido que arrepentirme.

Los destinos más importantes han andado a merced de una esquelita de recomendación para tal o cual ministro; haberse batido en una barricada, o siquiera haber estado en ella, constituía el mejor título de capacidad para el desempeño del cargo más delicado; se ha visto hacer un juez de un boticario, y si no se han fabricado obispos con madera de voluntarios de la Libertad, es porque la carrera de la Iglesia no anda en boga entre la gente revolucionaria; se ha visto a un padre de la patria hacer un héroe de un corruptor de la disciplina militar, y pedir una pensión para la familia que dejó huérfana a aquel ser sorprendido en flagrante delito; otro ha pedido últimamente a las Cortes que se abone a los sargentos y cómplices que asesinaron a los valientes y leales jefes del cuartel de San Gil las pagas correspondientes al tiempo que estuvieron en la emigración a consecuencia de su hazaña; se ha visto...; hombre, lo que es por ver, puede haberse visto, como diría Caltañazor, a Montpensier comiendo pisto, si se ha querido mirar desde septiembre acá; no contando el tercer entorchado y la cruz de San Hermenegildo del general Prim, ni la liquidación de la Caja de Depósitos, ni la capacitación decapitada, ni los bolsistas arruinados por la claridad de los empréstitos de Figuerola, ni las declaraciones ortodoxas de Súñer y comparsa..., ni el proyecto de presupuesto de 3.000 millones, presentado a las Cortes por el hacendista de la revolución.

«Ellos se entenderán.» Y así era.

Tras de tantos desaciertos, se escribió un proyecto de Constitución, que así se ajustaba al carácter del país como a los cerros de Úbeda.

El proyecto se discutió, y, aprobado casi ad pedem literae, llegó a ser tan Constitución como la más soplada de sus seis hermanas.

A pesar de esto, no se traslucía mayormente la solución que el pueblo español [164] aguarda para salir de apuros y de necesidades. Yo, sin embargo, seguía diciendo:

«Ellos se entenderán.»

Y, al cabo, se descubrió el misterio y la luz se hizo.

Parece ser que se están confeccionando unas plumitas de plata con cabos de marfil, con el objeto de dar una de ellas a cada diputado constituyente para que firme la Constitución y guarde después el regalo como un tesoro que pueda legarse de padres a hijos.

Esto ya es algo de luz.

Después, se guardarán tres días de fiesta para solemnizar el acto de la promulgación.

Esto no deja tampoco de ser luminoso.

Y acudirán a Madrid los presidentes de las diputaciones provinciales.

Y un individuo de cada Ayuntamiento.

Y un oficial de cada batallón de voluntarios.

Y muchos más señores. Tantos, que no han de hallarse con holgura en las estrecheces de la ex coronada.

Los ferrocarriles, que no deben ser menos patriotas que los diputados constituyentes, bajarán las tarifas para el transporte de las comisiones, a cuyos pueblos no se preguntará antes si están muriéndose de hambre, o si tienen obligaciones inexcusables que llenar con lo que han de gastarse en Madrid y en el camino los invitados para la solemnidad nacional.

Esto no es poco.

Y se inaugurará un Panteón de hombres grandes, por iniciativa de Ruiz Zorrilla, que ya es autoridad en la materia.

Esto es magnífico.

Pero lo más grande es la fórmula decretada para jurar la Constitución aquellos señores y cuantos tengan el deber o la voluntad de hacerlo.

Lo mismo que de sus templos, de esa fórmula se ha arrojado a Dios.

Y no podía suceder otra cosa habiendo concurrido a la obra magna doctores como Garía Ruiz y Capdevila, que están cordialmente reñidos con semejante monserga.

Cada individuo jurará por su conciencia y por su honor, y por su religión el que la tenga, acatar los preceptos constitucionales; y si falta a su juramento, se lo demandarán la práctica y la conciencia, y no Dios, como antes sucedía.

Aparte de la deferencia a los materialistas del Congreso que esta prudente distinción revela, la fórmula es admirable desde otro punto de vista.

Por la cruz de su espada y por los Santos Evangelios han jurado muchas veces defender y conservar lo que luego han atropellado más de dos personajes que han tomado parte en la flamante obra constitucional, no obstante haber consentido en que se lo demandase Dios si llegasen a ser perjuros.

Sabios de la talla de Robert y Díaz Quintero nos han demostrado después acá que eso de Dios es una patraña.

Nada más justo, por tanto, que sustituirle con otro juez más respetable: la conciencia y la práctica; porque es evidente que deben pagarse mucho de ambas cosas los que en menos tienen a Jesucristo y consideran a su Eterno Padre como una plaga semejante a la tisis.

Así, pues, cuando el país vea que Prim, que Serrano, que Topete, que Olózaga y tantos otros juran según la nueva fórmula guardar la Constitución que ha de regirnos, si Dios no lo remedia, no podrá menos de exclamar:

-Ahora va de veras.

Porque ya no temerá que este juramento se infrinja como tantos otros.

Y echando luego una mirada sobre las bases constitucionales, según las [165] que se hace de un golpe casi rey al pueblo, aunque enfrente se halle con un Figuerola, que es tanto como si se hallara con la estampa de la miseria y de la anarquía, creará a puño cerrado que ha caído sobre la franja y que le llueven ochentinas y tortas de mazapán.

Para que la ilusión sea más completa y permanente, la sabia previsión del Poder ejecutivo ha dispuesto ya que todas las lápidas que antes decían «Plaza de la Constitución» a secas, digan en adelante «Plaza de la Constitución democrática de 1869», con lo que se demuestra, además, que no era tan descabellado el apéndice del Toboso que ponía Don Quijote a cada Dulcinea que trazaba su dedo sobre la arena en las estrofas que dedicaba en sus austeras soledades a la señora de sus pensamientos.

Conque ¿no tenía razón de decir, al ver a los hombres septembrinos darse de cabezadas por la escalera del Poder: «Ellos se entienden»?

Y vaya si se entienden los angelitos.

La lástima será que no les dure.

(De El Tío Cayetano, núm. 29.)

6 de junio de 1869.

Lo de Cuba

Se confirma la noticia de que el Caballero de Rodas va a la Habana a relevar al general Dulce.

Algo significa la marcha a la isla de Cuba del pacificador de Cádiz y Málaga, para mayor tranquilidad de los peninsulares que tienen todavía algunos cuartos que perder en aquellas regiones.

Pero significa y vale mucho más la venida del general Dulce.

La lástima es que con este relevo no se concluye de exterminar a los insurrectos y que, si ustedes me apuran un poco, con la ida del Caballero de Rodas queda la cuestión en el punto en que se hallaba con la presencia en Cuba del general Dulce.

Para que los peninsulares residentes en la isla de Cuba respiraran tranquilos era preciso que a la salida del general vicalvarista y a la entrada del Caballero de Rodas acompañase el relevo de otros muchos jefes militares y civiles que, a pesar de sus incesantes desvelos en pro de la causa española, han tenido la desgracia de parecer más simpáticos a los rebeldes que a los leales de Cuba.

Ello no pasa de ser una casualidad desdichada para los desfavorecidos; pero es lo cierto que los heroicos voluntarios peninsulares que allí se baten como leones, y que parecen ser el único sostén de la isla, se empeñan en no pronunciar con entera confianza otros nombres que los de Valmaseda, La Torre, Espinar y Clavijo, callando los de una multitud de brigadieres y coroneles, amén de varios capitanes, a quienes están encomendados los puestos y cargos más comprometidos de la empresa.

Ellos sabrán por qué hacer esas distinciones tan graves. Yo sólo sé que la insurrección, que al decir del Gobierno es cosa nuestra, colea aún muy viva en las jurisdicciones de Cinco Villas, Puerto Príncipe y Nuevitás y en otros muchos puntos del departamento oriental, donde no operan Valmaseda y La Torre, que, por lo visto, son más temibles para el enemigo que otros muchos jefes de la confianza del general [166] Dulce, y, por consiguiente, de la más completa desconfianza de los voluntarios y demás peninsulares interesados en la conservación de la isla.

A propósito de los voluntarios de Cuba. Sin contar la sangre que han vertido, en ocho meses de campaña llevan gastados de su propio peculio los de la Habana solamente un millón de pesos.

Sin duda en agradecimiento a estos actos de patriotismo, tan raros en la Península, deben aquellos héroes las atenciones que les ha dispensado el general Dulce en el reglamento con que acaba de organizarlos.



Verdad es que entre los insurrectos y los voluntarios que los van destruyendo no puede haber nada de común, ni a los dos se les puede medir con un mismo rasero; y, por consiguiente, nada más natural en el hombre que protege la retirada de ciertos jefes de los primeros con salvoconductos especiales que la conducta desdeñosa que observa con los segundos, aun cuando éstos peleen bajo su bandera.

Y cuenta que no inculpo con esto al general Dulce, pues bien me consta que en ello se separa de la táctica que observa el Gobierno de la metrópoli, su inmediato jefe, en el propio asunto.

Sólo los que quieren ignorarlo no saben que una de las esperanzas más halagüeñas de los rebeldes es que el desaliento llegue a enervar los bríos de los voluntarios, sus implacables perseguidores, y no es el hecho que menos se la alimenta la semi amnistía que se ha dado a los desterrados a Fernando Poo con la fundada presunción de que mañana esa amnistía será completa y general.

Por eso decía yo que al presentarse el marqués de Castelflorite tan blando con la insurrección, no tenía nada que echarle en cara el Gobierno que le nombró para desempeñar tan comprometido cargo.

Y, si no, apelo al testimonio del señor Pérez Calvo, que, con el doble carácter de consejero privado e inspirador del general Dulce, y concedor de todos los intrínquilos de la insurrección, apenas sabe a qué palo quedarse, en su buen deseo de sacar toda la leña, posible de aquella guerra para el mayor bien o el menor mal de la madre patria o de sus gobernantes, que a ella le mandaron con un destino civil de los más morrocotudos.

A propósito de civiles: insisten los obcecados propietarios peninsulares de la Habana en que otra de las plagas que están devorando el producto de sus afanes es la nube que, a virtud de una plumada del señor Ayala, descargó sobre aquella Hacienda pública, de manera, según ellos, que desde septiembre acá el menor enemigo de la isla de Cuba ha sido la insurrección.

Por eso decía yo al empezar que muy bueno era el relevo del general Dulce por un hombre tan ejecutivo como el Caballero de Rodas, pero que no bastaba esto para tranquilizar a los españoles en Cuba, que se empeñan en no reconocer los sacrificios que en pro de sus intereses están haciendo otros muchos funcionarios de recién emisión, en cuyas manos, más que en las del capitán general, puede decirse que están las llaves de la isla.

No he citado a humo de pajas los sacrificios personales y pecuniarios de los peninsulares de Cuba en la campaña que vienen sosteniendo nueve meses hace. Creo que bien valen la pena de que el Gobierno se los remunere con un poco de tranquilidad y de confianza.

A este fin, me permito aconsejarle que los oiga con entera fe, y que cuando le digan: «Ese es sospechoso; ése es un traidor», ponga fuera de combate al uno y al otro, y en su [167] lugar otros dos hombres sin tacha en su fama ni tilde en su conducta.

Para poder obrar así debe el Caballero de Rodas llevar el necesario repuesto de funcionarios aptos y honrados.

Pero si, como se lee en los periódicos, no lleva más que sus ayudantes, los españoles de Cuba volverán a sus trece, crecerá la esperanza consabida de los rebeldes, y los afanes de Miláns del Bosch se verán satisfechos al cabo.

Por si tal sucede, me apresuro a enviar la enhorabuena al segundo cubano, ya que el primero quiere serlo el general Dulce, según propia confesión en su inolvidable brindis de antaño, al hallarse entre la gente a quien su posición, más tal vez que sus ideas, obliga a perseguir con las balas de sus batallones y los salvoconductos de su puño y letra.

(De El Tío Cayetano, núm. 29.)

6 de junio de 1869.

Pinto el caso

Es para perder el sentido la tarea de seguir paso a paso en los periódicos a todos los que van, y vienen, y entran, y salen estos días de los ministerios a la Asamblea, de la mesa de Serrano a los pasillos del Congreso, de Olózaga a Posada Herrera, de Prim a Rivero, de los notables a los vulgares, de la futura Regencia al presunto Gobierno...

Porque sucede en este lance que no solamente marean los movimientos, por ser incesantes, sino porque son unos hombres los que andan en escena con los recados, tan extraños, tan nuevos y tan insignificantes, que para tomarles la filiación y orientarse entre ellos se necesita una fuerza de atención de doscientos mil... Sññeres.

Verdad es que eso le está sucediendo a uno nueve meses hace en el teatro de la política española. Todo se vuelven partes de por medio, ora en la Embajada de aquí, ora en el Gobierno de allá, ora en las grandes dependencias, ora en la privanza del ministro tal o cual, ora en la Comisión X...

Así anda uno..., y así va ello.

Y no lo digo precisamente por la situación septembrina, que bien sabe Dios que la reverencio tanto como la admiro. Es que, sin saber cómo, se me ha venido a las mientes un caso muy común en los centros civilizados, caso que quiero citar para que ustedes vean que no envuelve malicia alguna con respecto a los personajes de la situación mi dicho de «así va ello».

Actúa en un teatro una compañía de ópera de primo cartello, como dicen los aficionados. Concluida la temporada, se largan las partes principales y se quedan en la

población, regularmente muertos de hambre, el cuerpo de coros y los partiquinos: beneficio al canto para socorrer a estos menesterosos artistas.

Habrán ustedes notado que cuanto más malo es un actor, más pretensiones tiene, en cuya debilidad se funda la razón del hecho palmario de que las compañías de la legua tengan por repertorio los dramas más peliagudos de Zorrilla o Bonchardy.

Lo que digo de los cómicos sirve para los cantantes.

Por eso, los de mi ejemplo imprimen un cartelón de veinte colores, y por él sabe el público que se va a [168] cantar la mismísima ópera Hernani desde el brindis del ilustre bandido hasta el puñal de Silva, es decir, desde la cruz a la fecha.

El artista que nunca pudo entonar el A la porta d'il castello... sin que le siseara el público, se atreve a encargarse del papel de Hernani; otro partiquino de no menor talla canta el papel de Carlos V, y otro que tal representa a Silva. Elvira está a cargo de una corista muy guapa que sabe bracear un poco. Las demás partes secundarias están a la altura de estas principales. Para colmo de perfección, la orquesta ha quedado también en cuadro, y tiene que suplir un figle el canto del violonchelo en las catacumbas, y así lo demás.

Llegado el momento de la función, como los trajes corresponden a los actores y el carácter de ellos no se deja conocer por el canto en fuerza de florearlo, entran las perplejidades de los espectadores, que confunden a Silva con Hernani y a Carlos V con cualquiera de los dos; y así las cosas y perdida la serenidad del público, éste recompensa cada gallo con un carraspeo y con sendos restregones cada brazada. Antes de acabarse el primer acto bosteza ya la concurrencia, y se abren las puertas de la calle al segundo para que entren los muchachos a ocupar gratis las localidades que abandonan sus propietarios.

Entonces se arma el gran escándalo y la sublime rechifla, y tienen que venir los polizontes a echar a la calle a la patulea y una multa a los artistas, que la pagan gustosos a cambio del último acto, que se les prohíbe, y mucho antes del cual estarían todos jadeantes y sin chispa de voz, al paso que iban evaporándose sus pobres facultades.

Repito que no traigo a debate este caso porque lo halle aplicable en ninguno de sus detalles a la situación política que atravesamos.

Insisto en que se me vino de golpe y porrazo a la mollera, y de porrazo y golpe también lo he soltado, porque yo soy así.

Que el caso no venga el caso, ya es otro cuento, y no diré por lo contrario..., ni tampoco me opondré a que Figuerola lo negocie, si cree que puede sacarlo de un apuro financiero.

Que todo podría ser, porque de menos nos hizo Dios, con permiso de García Ruiz.

(De El Tío Cayetano, núm. 29.)

6 de junio de 1869.

Más frutos gloriosos

La tarea del señor Súnier y Capdevila no concluyó en las Cortes con sus discursos tristemente célebres.

El grito de indignación de la España, católica que respondió a ellos no acabó con el blasfemo: no hizo más que aturdirle.

Las víboras no mueren generalmente a los primeros pisotones, y es muy común verlas levantar la cabeza en la agonía para destilar el veneno que les queda sobre el primer objeto que hallan a sus alcances.

Aunque parezca mentira, en la Prensa llamada española ha habido un periódico que ha ofrecido terreno y sostén para las postrimerías ponzoñosas de ese viborezno catalán.

La Igualdad es el periódico a que aludo, y bueno es que se sepa, para [169] que nadie le dispute en buena ley la gloria que le cabe en la empresa del constituyente ateo.

El objeto primordial de la serie de cartas que éste viene publicando en aquel diario se explica bien en las siguientes palabras que constan al principio de la primera:

«Uno de mis mayores gustos es no cejar un punto en la guerra a muerte que tengo declarada a Dios.»

En esta manifestación hay algo que espanta y mucho que hace reír.

Espanta la impunidad con que se blasfema a la faz de la conciencia española, y es risible hasta el ridículo la osadía del desdichado constituyente.

Pero del hombre que así se expresa, después de conocer el éxito de sus discursos en la Cámara, hay derecho a esperar algo extraordinario en lo que se propone discutir: su habilidad, ya que no su inteligencia, debe estar a la altura de su atrevimiento.

Pues he aquí las pruebas más fuertes que aduce en apoyo de su tesis cuando entra en materia: «Mateo y Lucas -dice- narran este hecho (la concepción milagrosa de la Virgen); pero ni Marcos ni Juan hablan de él una palabra.»

Esta peregrina manera de argüir no tiene ni siquiera el mérito de la novedad, porque es ya muy viejo el cuento de aquel reo que, diciéndole el juez que el hurto de que se le acusaba estaba comprobado con la declaración de diez personas que lo habían presenciado, respondió: «Contra esos diez que me han visto, señor juez, puedo yo presentar diez mil que no me vieron.»

Y por si aquella razón fuera poco convincente, la amplifica en estos términos:

«Me importa poco lo que digan Mateo y Lucas...; me importa la alusión que creéis encontrar en las palabras de Isaías -si queréis, os doy toda la Biblia-; me importa poco vuestra afirmación y la afirmación de todos los católicos habidos y por haber.»

Es decir, lo dijo Capdevila, y basta...

¿Y cómo dudar de la autoridad de un hombre que habla de la cosmogonía china y cita a Loni Tru, y Chao-Hao, y a Hon-Su?

Pero, en esta erudición y todo, Capdevila se anticipa a la réplica de los católicos y supone que le dicen: «Esa concepción que te sorprende y niegas porque se opone a las leyes de la naturaleza que tú has estudiado como médico, en el cuerpo humano es posible y verdadera, como obra que fue del único Dios que puede cambiar cuando le plazca las leyes del Universo.»

Por lo visto, Súñer no es hombre que gusta de abusar de las armas invencibles que posee. Admírese ahora su respuesta:

«Yo os probaré que vuestro Dios es una quimera. Por de pronto, os anuncio que los milagros no caben en la ciencia, esto es, en la sana razón..., y ese milagro a que aludís no se explica en ninguna cátedra ni en ningún libro de Tocología.»

Aquí hace punto, sin dar más luz, y continúa echando el resto:

«Yo estoy por lo real, y vosotros por lo imaginario; yo, por la física; vosotros, por la metafísica... Entre nosotros no hay conciliación posible, porque vosotros partís del milagro, del poder de Dios, y yo parto de la fatalidad.»

Y de aquí que, sin querer, ha demostrado otra vez más el cínico ateo, no lo que se proponía, que eso no está para sus fuerzas, sino que cuando la soberbia humana más se hincha se hace más pequeña.

Capdevila declara que tiene a mengua conceder que hay una inteligencia superior a la suya, capaz de crear lo que él mismo, después de estudiarlo [170] toda la vida como médico, no ha podido comprender ni siquiera en las leyes por que se rige, y a renglón seguido se hace esclavo y adorador absurdo de la casualidad; viene el debate con ánimo de derribar de un linternazo la fe de diecinueve siglos, y confiesa al primer golpe que él y sus adversarios están separados por un abismo que hará imposible siempre el que se entiendan unos y otros.

Entonces, ¿para qué la discusión, si la discusión es la luz?

¡Ah! Quizá para lo que tantas otras que vienen ilustrando a la ignorancia desde septiembre acá.

«Para los hombres que creen por convencimiento -pensaría Capdevila-, cuanto yo pueda decir es poco; para los sabios que no creen y me admiran y han de seguirme, me sobra la mitad de lo que he dicho.»

Todo lo cual no impide al desdichado catalán alardear de bondadoso y antisanguinario, como si sólo fuera cruel el hombre que mata a otro con un puñal; como si no mereciera la cadena del presidiario más el que roba la paz del alma que el que arranca la vida al cuerpo.

Pero si estas declaraciones no sirven para seducir a los cautos, prueban más y más que Súñer y Capdevila no es, por dondequiera que se le mire, otra cosa que una vulgaridad miserable que ha elegido la blasfemia y el escándalo por arma para hacerse célebre, como a imitación de otro racionalista francés de triste memoria, pudo en haber dado en comerse arañas crudas en salones y corrillos; un loco que se entretiene en escupir al cielo, sin reparar en que le mancha el rostro su propia saliva...

Me equivoco: esa saliva y otras como ella afrentan, más que a los que lo, arrojan, a los patricios ilustres que han hecho de España un corral inmundo para que le escupan impunemente hombres como Súñer y Capdevila.

(De El Tío Cayetano, núm. 30.)

13 de junio de 1869.

A la vista estaba

Vaya si tengo yo buen olfato.

La publicación de mis últimas reflexiones acerca del estado de la isla de Cuba coincidió con un telegrama de la Habana en que se decía al Gobierno de la metrópoli:

«Allá va Dulce, arrojado de la isla por los voluntarios peninsulares.»

Luego por allá pasaba algo grave; luego mis observaciones estaban muy lejos de ser mal fundadas.

Y esto demostrado así, para mayor tranquilidad de mi conciencia, séame permitido discurrir un poco sobre tan extraordinario acontecimiento.

El Poder ejecutivo se ha quedado estupefacto al tener noticia de él; la Prensa liberal, medítabunda.

Dejemos por ahora el primero y hagámonos cargo de la actitud de la segunda.

«Es preciso que se averigüe lo que ha pasado allí -dice ésta-, porque es innegable que ha pasado algo grave cuando los voluntarios han tomado una medida semejante. ¿Qué ha pasado, pues?»

Algo por el estilo, amados colegas; y si me equivoco en una tilde, consiento que me aspen.

Lo que se llama en Cuba voluntarios son los españoles que tienen algo que [171] perder allí. Cuando fue Dulce, a instancias de ustedes, cargado de salvadoras libertades para aquellos criollos, nuestros dignísimos y cariñosos hermanos, dijeron los voluntarios: «Ese hombre es una calamidad aquí, y con las armas que ahora trae por toda garantía de que esto no se lo llevará Pateta, equivale a diez calamidades.»

Y vosotros gritasteis entonces porque Dulce tardaba en liberalizar al país, que sudaba la gota gorda por contener la insurrección que quería desbordarse. Y al cabo lo liberalizó, arrojando patrioterilmente por los suelos los símbolos borbónicos, y la insurrección se desbordó, y los voluntarios de la isla apenas pudieron refrenarla a fuerza de ímprobos sacrificios.

El general Dulce tuvo, en vista de tamaña catástrofe, que recoger parte de lo que había sembrado para no perder tan pronto y bajo su mando aquel pedazo de nuestra pasada grandeza.

Fuéronle tropas y más tropas, generales y más generales, brigadieres y más brigadieres; y así y todo la insurrección creciendo siempre, y el prestigio de Dulce y los suyos siempre menguando.

Y como a las reclamaciones de los peninsulares de allá contra la conducta de esos personajes respondían acá los partes oficiales asegurando que la insurrección agonizaba; y como la pérdida de la isla de Cuba es para los españoles que la ocupan no solamente cuestión de horas, sino también de vida y de hacienda, acordáronse un día de que tenían la sartén por el mango, dieron la media vuelta... y nada más.

Tómelo bien en cuenta la Prensa liberal, máxime si, como espero, piensa decir también ahora que la conservación de la isla de Cuba se debe a sus incesantes desvelos.

Volvamos al Gobierno.

Este, en su estupor, no ha podido decir más que estas palabras, dirigidas a su paño de lágrimas, la Asamblea: «Señores, yo os suplico que, después de conocer el parte que habéis oído, no se hable más del asunto hasta hallarnos mejor enterados.»

Quiero suponer que de las investigaciones gubernamentales que se practiquen resulta que los voluntarios, al arrojar a Dulce ignominiosamente de la isla no obedecieron a la exigencia de una verdadera necesidad, sino a la pasión de una idea.

Por otra idea destronaron en septiembre a su reina los que enviaron a Dulce a la Habana.

Quedan, pues, en el mismo caso, ante los derechos revolucionarios de septiembre, los voluntarios de allá y los ilustres libertadores de acá. Nada tienen que echarse en cara.

Pero supongamos que la presencia de Dulce en la Habana fuera incompatible con la conservación de la isla.

Entonces, así por la razón indicada como por la de la salud de la madre patria, ésta debe declarar tres veces períncritos a los voluntarios de la Habana, máxime teniendo en cuenta que el Gobierno de acá no desconocía los antecedentes ultramarinos del general Dulce ni la falta de simpatías de que gozaba entre aquellos españoles.

Todo esto es lógica pura y justicia seca.

En vista de lo cual el Poder ejecutivo se propone castigar al general Dulce en cuanto llegue, haciéndole... ministro de Ultramar y capitán general de los Ejércitos españoles.

De modo que si llega a perderse la isla bajo su mando, lo menos llena con él un hueco que aún existe en la Monarquía de la Constitución democrática de 1869 que acaba de promulgarse con sin igual entusiasmo.

Y corolario: si hubiera sido capaz de sofocar por completo la rebelión, le [172] habrían quitado el mando inmediatamente y enviado de cuartel el último rincón de la Península...

¿Que exagero, dicen ustedes?

No dirá otro tanto el general Lersundi.

(De El Tío Cayetano, núm. 30.)

13 de junio de 1869.

Diálogo subterráneo

-Vecino..., vecino..., el de Sevilla... -¿Quién va?

-El de Alcalá.

-¡Ah!, sois vos, eminentísimo... Perdonad, creí que eran los de septiembre.

-De ellos se trata... ¿Por ventura le han removido ya los huesos, hermano?

-Todavía, no; pero cerca le andan. Y los vuestros, reverendísimo, ¿cómo se hallan?



-En paz a la presente.

-Vaya, pues me alegro mucho.

-Parece que las buenas gentes de este pueblo se oponen al desentierro, en gracias siquiera de la Universidad que les di, aunque luego se la quitaron, y me temo que han de dar un disgusto a Ruiz Zorrilla si este patriota insiste en no dejarme en paz, ni más ni menos que si yo hubiera militado bajo las banderas de Narváez.

-Eso me gusta. Yo, hasta la fecha, me encuentro sin protector.

-¿Y por qué no acude a la influencia de su pariente?

-¿De qué pariente, si le place?

-De Guzmanillo, el de la Guerra.

-¡Qué pariente mío ni qué calabazas! ¡Pues bonita es mi sangre para engendrar una cosa por el estilo!

-Pues él lo ha asegurado poco hace.

-Ha dicho tanto que ha salido grilla... Y ya que estamos sobre el terreno, ¿me quiere decir vuestra eminencia, que tanto sabe, qué tenemos que ver nosotros con eso que llaman por el mundo la revolución de septiembre?

-Lo mismo que con la carabina de Ambrosio.

-Pues entonces, ¿a qué conduce el propósito de solemnizar con nuestros huesos la obra más estimada de esas gentes?

-Porque andan así las cosas y los hombres por allá arriba.

-Pero yo soy la más legítima, encarnación de los tiempos bárbaros a que pertenezco, y vuestra eminencia recordará, por la Historia que leyó en vida, antes de entregar la plaza que se me había encomendado por el rey mi señor a mi lealtad, consentí que sacrificasen los moros a mi hijo, por lo cual me ha llamado café más de dos veces la sensiblería industrial del siglo que corre..., y si vuestra paternidad eminente ha oído algo de lo que últimamente ha pasado por arriba, sabrá que los hombres que ahora mangonean una nación han hecho todo lo contrario que yo para llegar a los puestos que ocupan. Al uno le había encomendado el soberano las naves; al otro, los soldados, y a todos los había colmado de honores, de riquezas y de distinciones; y llegó un día en que el otro vendió los soldados y el uno los buques, y toda la confianza depositada en ellos, a la revolución que destronó al monarca. Y una de dos: o yo obré mal, en cuyo caso no puede mi recuerdo servir de cosa buena a esta gente, o esta gente no ha obrado bien, en cuyo caso deben huir de mis huesos como el diablo de la cruz. Quiero decir que por cualquier lado que se mire este [173] asunto, todos

los partidos tienen más título que el que hoy impera en España para adjudicarse la gloria que me corresponda por mis hechos.

-Pues hágase, hermano, la cuenta de que me hallo en igual caso. Ministro del monarca más absoluto del orbe, y más absolutista que el monarca, mi señor, el crucifijo fue mi única bandera. Con ella gané a Orán, en África, y bajo ella sostuve en España la Inquisición. Ahora dígame si los huesos de un hombre así son los más a propósito, por ilustres, para festejar con su presencia la promulgación de una ley por la cual se declara ateo el Estado y se otorgan a las masas los derechos que se le quitan a Dios... Pero cállese un instante y perdone: ¿no oyó un ruido así como de ¡Brrruuummm!?

-Sí que lo oigo..., y me suena como hacia Burgos...

-¿Apostamos algo a que es el dulcísimo don Rodrigo, porque quizá le están sacudiendo también el polvo...?

-¡Voto a cien legiones de agarenos!

-¿No lo dije?... ¡Eh, don Rodrigo, don Rodrigo!... Cállese vuesa merced un tantico, que ha de convenirle, y tome lo del desentierro a broma, como nosotros.

-¿Quién me habla?

-Fray Francisco Jiménez de Cisneros.

-Don Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno.

-Agradezco el consejo; pero pónganse en mi caso...

-Ya lo estamos.

-¡Qué han de estar, santos varones! Reparen que hace tres meses me limpiaron el cofre que tenía en la catedral, o me lo incautaron, que tanto monta, y ahora me quieren barrer el polvo de los huesos.

-Pues cómo ha de ser.

-¿Y por qué ha de ser, digo yo? ¿Quién es ese letradillo ramplón para hacer esas cosas conmigo, ni qué tengo yo que ver con él ni con todos los de su ralea? ¿De cuándo acá somos de una mesnada ellos y nosotros, ni en qué bodegón hemos comido juntos para que se me trate como de familia? ¿De dónde deducen esos héroes de similor que pudieran ponerse delante del Cid, Ruy Díaz, sin sacar los huesos molidos, como mi Colada? ¿Qué tienen de parecidas mis empresas con las de los voluntarios de la Libertad?... ¿A que salgo de aquí y, molido como estoy, me los como todavía de una dentellada?... ¡Juro a Dios una y mil veces...! Pero, Señor, ¿no es cosa que irrita considerar que esos hombrecillos no han de mencionar nuestros siglos sino para llenarlos de oprobio y de barbarie, y que cuando llega

el caso de tener que honrar algo de lo que intentan hacer, necesitan acudir a esas mismas épocas para buscar los nombres y las virtudes de que ellos carecen?

-Eso es hablar como un libro, don Rodrigo.

-Eso es la pura verdad, fray Francisco.

-Casualmente tratábamos de eso mismo don Alonso y yo cuando vuesa merced se dejó sentir.

-¿Y habrá muchos en nuestro caso?

-Sospecho que todas las celebridades históricas.

-¿Y se resistirán?

-¿Cómo hacerlo?

-¡Ira de Dios! Con los dientes que nos queden sueltos, y nos sobra.

-Una idea me ocurre. Está muy en boga ahora el derecho de petición.

-No entiendo otro derecho que el de moler las costillas al que se separe de la ley de Dios, que es la única justicia.

-Ahora han variado los tiempos y ya no se guerrea: se discute.

-Pues bien se desbandullan a cada [174] triquitraque, según el ruido que se oye por arriba.

-Es verdad; pero... oigan mi parecer. Debemos hacer una reverente solicitud a las Cortes...

-¿Y cómo escribirla?

-La gritaremos recio, y quizá no falte un alma caritativa que la oiga y la copie a la vez.

-Pues vaya gritando, fray Francisco, y que se asocien a ella los compañeros que nos oigan desde sus sepulcros.

-¡Ea!, pues mucha atención, que allá va:

«Los que suscriben, moradores de las tumbas que eligieron, o que les cupieron en suerte, al rendir el alma a su Hacedor, declaran:

«Que no conocen, ni quieren conocer a los héroes del motín de septiembre;

«Que rechazan toda participación que quiera dárselos en el actual estado de cosas, diametralmente opuesto sus ideas y aspiraciones;

«Que protestan contra los propósitos sacrílegos del ministro que pretende atropellar el sagrado de las tumbas en que yacen, como católicos y creyentes a puños cerrados, para amontonarlos en un lóbrego rincón semipagano, por rendir culto a una ridícula pretensión revolucionaria.

«Y, finalmente, protestan también contra cualquier acto contrario a esta manifiesta voluntad a que pudiera ser conducido alguno de sus descendientes por una vanidad mal entendida.» Ahora las firmas por el orden en que vayan llegando: F. Francisco Jiménez de Cisneros, Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno; El Cid Campeador..., Quevedo, Alfonso X, el Sabio; Murillo, Gravina, Churruca, Ercilla, Juan de Herrera, Lope de Vega, Pelayo, Mariana, Moreto, Calderón, Hernán Cortés, etc., etc.

De cuyo acuerdo participa

EL TÍO CAYETANO.

(De El Tío Cayetano, núm. 30.)

13 de junio de 1869.

### Albañilería

Hace algunos años, y durante una situación política muy semejante a la actual, oí decir a un amigo mío:

-Un mal arquitecto está diez años mirando a una casa, con el fin de reformar su distribución interior; y un día, sin encomendarse a Dios ni al diablo, derriba los tabiques, precisamente los más indispensables para el sostén del edificio, y ¡cataplún! «¡Ay, que se me viene la casa encima!», grita el desdichado entonces al conocer su imprevisión. Y corre de aquí para allá, y busca puntales, y proyecta estribos, y amontona escombros, y peor lo pone cuanto más apuntala.

Tratábase a la sazón nada más que de la contribución de Consumos y del derecho de puertas, suprimido de un voleo por dar una dedada de miel a la gente del bronce, y no sustituidos previamente con otros recursos equivalentes.

Pues ese mismo arquitecto parece haber sido el que dispuso el gran derribo de septiembre, a juzgar por los sudores que los albañiles que asisten a la obra pasan a cada instante por evitar las descalabraduras con que los amenaza la viga de acá, el tabique de allá y el arco de acullá que se desploma.

«Este edificio es muy malo -dijeron [175] los hombres de Canarias y de Alcolea-, y, sobre malo, caro y sofocante, o bochornoso; es preciso darle más holgura, más ventilación, más condiciones higiénicas para la gente que lo habita.»

Y acto continuo, no lo acometieron por los tabiques interiores, como en el ejemplo de mi amigo, sino por la base, por los cimientos; y cuando la mole se desplomó casi entera, fue cuando conocieron sus moradores que los señores arquitectos no tenían ni un pedrusco nuevo con que empezar a reponer todo lo destruido.

Dejando ya la ficción, y llamando a las cosas por su nombre, en nada se ha visto la torpeza y la falta de plan de los ilustres libertadores como en la cuestión del monarca.

Verdad es que, según repetidas declaraciones de Topete, no se creyó en Cádiz que las cosas llegarían al extremo a que llegaron después de Alcolea..., lo cual evidencia más y más que, al estallar el motín, en todo se pensó, menos en la honra de España, o no es cierto que esto que ahora tenemos sea, como dicen sus autores, «España con honra».

No hay para qué citar las cuestiones y mangoneos de los notables en busca de rey. Todos ustedes saben que se han mendigado en ambos continentes con tanto afán como puede Figuerola buscar prestamistas para salir de un apuro.

Las repulsas de los unos y la escasa importancia de los otros han demostrado perfectamente que sólo se había pensado en ellos in articulo mortis.

El único con quien parecía haberse contraído algún compromiso a priori ha tenido la fortuna de ser cordialmente antipático a toda España, a lo cual se debe hoy el fracaso de su candidatura.

-Pero bien -decían los capataces-; esto es ahora por vía de tanteo. Dejen ustedes que se vote la Constitución, y ya verán si parece un rey como unas perlas.

-Y que le tengo yo para ese caso que ni mandado hacer -añadió don Salustio, el hombre que sacaba príncipes del bolsillo todos los días, como un muchacho puede sacar libras de pan.

-Pero es que, entre tanto, se nos cae la casa -clamaban los trabajadores.

-¿Cómo que se cae? -respondía Prim-; no en mis días.

Y, para fortificar los ánimos, llevaba a comer a la suya a medio Congreso y a todos los oficiales de la guarnición de Madrid.

Y, por si esto no era bastante, comenzaba a agitarse en las regiones políticas la idea de un suplemento de monarquía, una especie de pantalla o monarca transitorio.

Con este proyecto, los muchachos tenían que trabajar como ganapanes, y sudaban la gota gorda, hasta que sus fuerzas se debilitaban.

-A comer a mi casa todo el mundo -decía entonces el general Serrano, presunto regente de la nación.

Y su excelencia daba un banquete que podía competir con los de Baltasar o los de Heliogábalo.

Y así, de este modo, hoy Prim y mañana Serrano, y hoy Serrano, mañana Prim, y otro día este personaje y al siguiente el de más allá, Madrid ha sido durante muchos meses un festín y continuo jolgorio... para los insignes trabajadores que se afanan en la reconstrucción de la nacionalidad española.

El proyecto de Regencia ofrecía la dificultad del nuevo Ministerio que había de mostrarse una vez realizado aquél; y entonces comenzaban a sentirse los efectos del puro patriotismo de que están saturados los tres partidos de la coalición.

Los unionistas no hallaban bastantes [176] para sí dos carteras que se les ofrecían; a los progresistas les parecían demasiadas, y los republicanos querían otras tantas, o, mejor dicho, no querían Regencia.

Crisis al canto, nuevos afanes, nuevas embajadas, nuevos desmayos; y, por ende, nuevos banquetes, no tanto por la necesidad física que se dejaba sentir en los obreros cuanto porque, según miss Fanny, en la mesa es donde mejor se hacen las amistades.

Y la casa, entre tanto, desplomándose poco a poco, y por toda esperanza en el horizonte, el remate de la Constitución.

Diósele a ésta, al cabo, la última mano; pero como la Regencia no se había acordado aún ni el monarca asomaba por ninguna parte, para entretener la impaciencia de los de afuera y los desmayos de los de adentro, a quienes no aliviaban ya los banquetes, por sobrado frecuentes, decretáronse fiestas nacionales, y salió Rivero, el demócrata, a la calle, en lujoso carruaje, precedido de cuatro batidores, seguido de una escolta de honor y llevando al estribo al capitán general de Madrid; formaron los voluntarios en la plaza de las Cortes, se leyó desde un andamio la nueva Constitución, y se le dieron los vivas de ordenanza a duras penas, mientras el general Prim despilfarraba el oro para instalarse regimiento en el palacio del ministerio de la Guerra.

Pero ya teníamos Constitución y era preciso tener el monarca ofrecido para este caso. Nadie como Olózaga debía apresurarse a satisfacer la natural ansiedad del país, pues él era no sólo el que más candidatos había buscado, sino el que se comprometió últimamente a presentar uno a gusto del más exigente.

Y, en efecto, se presenta Olózaga en las Cortes, y dice: «Caballeros, toda vez que no parece un rey por ninguna parte, debemos apresurarnos a votar la Regencia con Serrano.»

Consternación general, nueva crisis, las consabidas embajadas, los susodichos sudores y los desmayos de siempre. Vuelta a las comilonas y, por delicada variante, un espléndido baile en la Casa de la Moneda, dispuesto por el diputado señor Muñiz.

Y en éstas estamos; es decir, España, sin Gobierno; la Hacienda, sin un cuarto; los españoles, muertos de hambre y de intranquilidad; los partidos salvadores, disputándose a greña tendida el número de carteras que se les ha de dar en el nuevo Gobierno, y Ruiz Zorrilla, cada semana, en las Cortes, y La Iberia, todos los días en su papel, llamando ladrones a los moderados porque daban comidas y vivían con ostentación y gobernaban mal.

Y yo, convencíendome más a cada instante, en vista de estos y otros cuadros no menos desastrosos sufridos en santa calma por los contribuyentes, de que dijo muy bien aquel que dijo que «ningún pueblo tiene otro Gobierno que el que merece».

(De El Tío Cayetano, núm. 30.)

13 de junio de 1869.

La libertad de los libros

Ha de permitir la revolución europea que la humilde pluma de El Tío Cayetano le dé el más sincero pésame por la carta que acaba de perder al jugar su última partida en el Imperio francés, y después tampoco ha de ofenderse [177] si, en vista de lo visto en las calles de algunas poblaciones importantes de Francia, incluso la capital, me echo a discurrir sobre la calidad de eso que piden allí ciertos grupos al son de La Marsellesa, hoy porque se les ha contrariado en los comicios y ayer... por la carabina de Ambrosio.

Me he preguntado muchísimas veces: «¿Qué entienden por libertad los que piden hoy en Francia a gritos, los que se conceptúan oprimidos bajo el cetro de Napoleón III?»

Y para hallar la respuesta más adecuada a esta pregunta me he dado a buscarla sobre el terreno, en las mismas calles de París.

«¿Será la libertad de pensamiento la que se necesita aquí?», me he dicho. Y una nube de libros, casi de balde, en los que se discute todo, desde la existencia de Dios hasta los donaires de Polichinela, y un enjambre de periódicos, y un aluvión de caricaturas, que no abarcan menos terreno que los libros, me han demostrado que no es en Francia esclavo el pensamiento.

¿Lo serán las bellas letras? Y he visto en seguida para cada capricho, para cada extravagancia, para cada género dramático un templo suntuoso, y unos artistas especialísimos, y un público animado, numeroso y espléndido que devora, entusiasmado, lo

que los autores producen, ejecutan los artistas y decoran los especuladores, todos en la más perfecta inteligencia.

Lo mismo he visto honrado casi en apoteosis el busto del desterrado Víctor Hugo que el del más acérrimo poeta imperialista; lo mismo se vende allí la novela del disolvente Sue, que la del peregrino Octavio Feuillet; lo mismo pasea en coche y tiene hotel y quintas de recreo, a expensas de su pluma, Alejandro Dumas, que Victoriano Sardou.

¿Serán esclavas las bellas artes? Hay un pintor en cada esquina, un escultor en cada calle, un museo en cada barrio, una exposición cada quince días y diez compradores para cada obra.

¿Lo será la industria? Apenas puede concebir la imaginación más extravagante un capricho que no lo encuentre ejecutado a su medida no en la tienda de un especulador avaro, sino en la fábrica, montada exclusivamente para elaborar esa clase de productos.

¿Lo será el bracero por falta de trabajo en que emplearse? Todos los días se abren enormes vías públicas y se levantan colosales monumentos, en cuya construcción se emplean millares de brazos.

¿Lo serán las costumbres? París es la sima en que arroja sus tesoros el sensualismo de todo el orbe; y al paso que en Mabilly y en el Casino Cadet se exhibe el impudor en toda su desnudez, protegido por los sargentes de Ville, autorizados por el Gobierno en los severos salones del faubourg Montmartre, viven los legitimistas a todas sus anchas, como en plena Restauración.

¿Lo será el sentimiento nacional, ambicioso de influencia y de poder? El de Francia se deja sentir en todas las naciones de Europa, y su espada decide casi siempre las contiendas del viejo continente.

¿Lo será la propiedad, agobiada bajo el peso de esa influencia? Cuando en Francia toca a gloria el Ejército, hasta el bracero se apresura a ofrecer la mitad de sus jornales para llevar a cabo la empresa militar más dispendiosa. La gloria de sus soldados es la gloria del Imperio, la gloria de la nación.

¿Será que un Gobierno tan ávido de poder es egoísta con respecto a las demás naciones? Junto al busto de Racine se admira el de Cervantes; junto al de Auber, el de Rossini, y de París han hecho su patria adoptiva multitud de artistas y literatos españoles [178] que aquí desfallecían en el olvido y acaso en la miseria; los buques franceses surcan todos los mares del mundo y los puertos de Francia están abiertos a todos los pabellones.

¿Apetece ese pueblo enseñanza que no le dan, ciencia que no halla? Sus escuelas, sus universidades son las más acreditadas del mundo, y en cada calle de París hay una conferencia diaria, en que el público oye a los primeros oradores, publicistas y hombres de ciencia, que son su orgullo.



¿Carece el pueblo francés de aquellos derechos políticos que más ambicionan los que se llaman libres? Tiene el sufragio universal, y en la Cámara se oye la voz del republicano Fabre, lo mismo que la del orleanista Thiers y que la de los más ardientes partidarios del Imperio o de la legitimidad.

¿Se opone algún dique a la libertad de su conciencia religiosa? Desde la humilde sinagoga, hasta la capilla rusa de dorada cúpula, todas las religiones tienen allí su templo, todas las sectas su culto libre.

¿Es el espíritu francés exclusivamente católico y se encuentra huérfano en medio de tanta religión extraña? En la catedral de Nuestra Señora resuena, sin cesar, la sublime oratoria del jesuita padre Félix y del carmelita padre Jacinto, dignos herederos de Lacordaire...

¿Qué libertad es entonces esa que piden los franceses tan a menudo al son de La Marsellesa?

No me atrevo a definirla tal cual yo me la imagino; pero les sobra a ustedes con saber cómo la piden siempre y cómo la han pedido ahora para saber tanto como yo en la materia.

«Los grupos -dice uno de los últimos partes- recorrían el bulevar al son de La Marsellesa, y rompían los faroles y los cristales de las tiendas.»

Yo, se deja entender bien claro que ninguno de los agrupados que tal se conducían tenían que perder en su casa el valor de un farol ni el de un cristal de las tiendas, que maldita la culpa que tenían de su derrota en los comicios.

Pues a estos hombres es a lo que se llama por el sentimentalismo revolucionario la Francia libre; libertad de la misma catadura que la de los españoles que se reparten la propiedad en Andalucía y gritan por esas calles de Dios y sin venir a pelo: «¡Mueran los neos! ¡Abajo el Papa!» Los mismísimos que in illo tempore gritaban: «¡Vivan las caenas! ¡Muera la nación!» Y más acá: «¡Viva la reina!»

Sin embargo, en Francia se ha hallado fuerza bastante para contener los desastres que la amenazaban estos días.

¡Desdichada Francia el día en que en su Ejército haya media docena de generales libertadores! ¡Desgraciada de ella el día en que las semillas de los Dulces y de los Izquierdos fructifiquen en el seno de aquellos leales y aguerridos batallones!

(De El Tío Cayetano, núm. 31.)

20 de junio de 1869.

Aliquid chupatur

La discusión del proyecto, hoy realizado, de Regencia, nos ha hecho saber, de boca del diputado Navarro y Rodrigo, que no hay más solución racional, y conveniente para las complicaciones actuales de la política española [179] que aceptar a Montpensier para rey de España.

Según el general Prim, tal nos hallamos hoy, después de lo hecho por el marqués de los Castillejos y compañía, que no hay un mal príncipe por tronado que sea, que quiera aceptar la Corona de los Alfonsos; pero que más adelante ya será otra cosa, y que, en prueba de ello, el Gobierno tiene ya hecha su elección.

«Más adelante», según el general Prim, es más allá de la Regencia de Serrano, con la cual supone su excelencia que el desbordamiento se encauzará y adquirirá el crédito que hoy no tiene el Trono desocupado en septiembre a impulsos de una revolución hecha en nombre de la dignidad nacional.

No quiero averiguar el secreto que en este sentido se alberga en la inspirada mente del Poder ejecutivo, aunque, si por la muestra se conoce el paño, la calidad del monarca en fermentación no puede ser una incógnita de imposible resolución, dado que conocemos otras varias candidaturas regias, hijas de la propia madre.

Pero no dejaré de llamar la atención de mis lectores hacia una coincidencia que me parece providencial.

Mientras en el Congreso de las Constituyentes se vuelve a tocar, aunque incidentalmente, la cuestión del monarca; mientras los señores diputados examinan las calidades de los que han sido y son aspirantes al Trono de España, o propuestos para ocuparlo por el patriotismo de Olázaga y otros agentes no menos activos; mientras aparentan convenir todos los partidos en que el hombre más conveniente para tan elevado puesto parecía ser el Coburgo portugués, un telegrama de Lisboa nos hace saber que S. M. T. acaba de casarse con madama Henzler, con la que se había dicho que vivía don Fernando, no sé si unido en secreto o secretamente unido.

De todas maneras, yo no puedo menos de felicitar una y mil veces a los gigantes políticos, a esos denodados patriotas que, en nombre del pudor y de la dignidad nacional, arrojan del Trono a una señora que «lo deshonraba con sus liviandades» y se apresuran a sustituirla con... una ilustre bailarina, que ni siquiera tenía derecho a llamarse esposa del rey, aunque partía con él el tálamo.

Esto es lo que se llama mirar por la honra y por la dignidad de un Trono que han hecho célebre y temido en todo el mundo mujeres tan despreciables como Isabel la Católica.

El telegrama de Lisboa, pues, parece decirnos a los que no hicimos coro a los mangoneos del demócrata Orense y los vítores del republicano Castelar, antes de la revolución, ni después de ella a las súplicas de los agentes reales: «¡Qué ganga os habéis perdido, estúpidos, con la solemne bofetada que os di en otro telegrama famoso, de reciente

fecha! Madama Henzler..., examinándolo bien, ¡qué reina más guapetona y sandunguera para ese Trono deshonorado y carcomido por los vicios y la disipación!»

Pero no quería referirme en este artículo precisamente al casamiento de don Fernando de Coburgo.

Vuelvo al discurso del diputado señor Navarro y Rodrigo, y necesito citar a este propósito otra coincidencia que tampoco deja de ser notable.

Mientras el diputado unionista asegura que Montpensier es el único candidato aceptable para el Trono, y el general Prim contesta que el Gobierno tiene ya in mente un monarca, se anuncia la llegada a Sanlúcar de Barrameda de don Antonio de Orleáns y Borbón, el supuesto candidato de la Unión Liberal y declarado contribuyente de la nebulosa septembrina.

De manera que cualquier malicioso podría, en vista de estos datos, interpretar [180] de este modo las palabras del general Prim, cuando respondió al señor Navarro y Rodrigo.

«Mire usted, señor Navarro: el candidato de usted, y el mío, así como el de mis compañeros de Gobierno, es uno mismo; pero usted y nosotros disentimos en la ocasión de traerle. Si viene hoy de sopetón, excitados como se hallan los ánimos, nos le van a dar una paliza, que le puede desgraciar, porque la futura majestad puede gloriarse de ser cordialmente antipática a todos los Partidos independientes y a todos los hombres sin partido. Además, pasar de golpe y porrazo de una situación tan libre como la actual a una monarquía es exponernos a mucho con esa gente, que tiene la república entre las muelas de algún tiempo a esta Parte. Votemos como por vía de paso preparatorio, una regencia, démosla a un hombre de toda nuestra confianza, incapaz de jugarnos una mala pasada por su escasa fuerza de zancadilla, pero al mismo tiempo docilote y sufrido para cargar con todos los palos que merezcan los actos de su Gobierno, y cuando el pueblo se haya acostumbrado otra vez a los resplandores del trono y a la alteza, ya que no a la majestad de la monarquía, será ocasión oportuna para proclamar de veras no digo a Montpensier, sino a la misma Caín, que allá le va.»

Pero he dicho que no quiero penetrar con mis conjeturas en la mente del Gobierno, y he de cumplirlo entrando de una vez en el verdadero asunto de este artículo.

La Unión Liberal está de pláceme con el nombramiento del general Serrano; tiene a su jefe verdaderamente en candelero; poco importa que no alumbre.

El puesto vale algunos millones y ropa limpia. Cuando llegue Dulce, será, ministro y capitán general, y lo de las carteras de la combinación ministerial para su alteza, no dejará de arreglarse.

Por de pronto, aliquid, chupatur, que es lo que queríamos demostrar... en septiembre.

Lo demás se hará a su tiempo, para lo cual están en el Poder con los de la Unión los progresistas, con su candor de abolengo y su perspicacia históricos.

El resto, que es la gorda, ya veremos quién lo echa.

(De El Tío Cayetano, núm. 31.)

20 de junio de 1869.

Correspondencia

Señor don Cayetano de Noriega:

Repito tercera deligencia en letra de molde en su ilustre papel, para que del auto tenga conocimiento el vecindario de toa la provincia y sus islas alicientes; ítem, de cómo con esta fecha dirijo al Menisterio de Madrí, con el ditamen del letrado hijo mío que le manipuló, un memorial que copio al calce y se verá el consiguiente.

Repito la salú y la libertá que se desea, con Patria y Costitución impopular.

Patricio Rigüelta,

«Señor Menistro de Fomento del Menisterio ejecutivo:

«Enterado de los patrióticos ánimos de V. E. excelentísima al premulgar con el afeuto de las Cortes del Congreso [181] el Pantaleón nacional pa toas las víctimas defuntas de angún lustre y pertinencia, el susodicho letrado hijo mío, de quien V. E. excelentísima debe tener da que noticia, reflexione de pronto que un mayor escendiente, proviniente en línea reuta de nuestra carta liberal, había feneció en encuentro de mayor gravedá con faiciosos de la faición de Saur, y que dicho escendiente debía de hallarse eisistente en hueso en el camposanto que fue declarado pasto de aprovechamiento común en mi anterior dominio, el año liberal de 1854. A auto de esto, el letrado hijo mío platicó con su saber toas las imestigaciones del caso, auxiliado, con perdón de V. E. excelentísima, de un menistro de su confianza, del padre del actual enterrador y del sacristán de la parroquia, viejo de por suyo y muy impuesto de toos los sucesos futuros de otros tiempos relative al pueblo; y todos juimos contestes y conciertos en que en el punto lindante de norte a sur con sepolturas desconocías, y de derecha a esquierda con otras dos tamién ignorantes, radicaba el ascendiente liberal de mi familia para los efeutos de la ley sobre el infrascrito Pantaleón nacional de hombres de lustre.

«Pero como resulta de que habiéndose dejado a pasto de común aprovechamiento el susodicho camposanto, como llevo estipulado, ha habido casos postiriores de soterrarse en él angunas reses mayores y menores, a mis primeras indicatorias sobre el desentierre del infrascrito pariente liberal de mi familia, echóse encima el monecipio mi sucesor, que es realista, y, con respeto de V. E. excelentísima, neo por todos los cuatro remos, sostuyendo su derecho de que se dejara intanta la sepultura, por respeto a los huesos, que asina juesen

de varón humano como de animal cuadrúpedo, no eran los llamados a residir en el Pantaleón de ésa, hecho para gente de muchas campanillas, como V. E. excelentísima en el día de mañana que fenezca. -Sostuve yo con el letrado hijo mío que los primeros concurrentes al Pantaleón de lustre habían de ser los que finaran en el servicio de la causa liberal de los ensalzaos que mandamos ahora. Afirmó el monecipio que no había tal cosa, y en esto llegó el dómine de la escuela y aseguró que tenía costancia y esistencia de que en la sepultura señalada por nusotros no podía haber otra cosa que el telar, o calavera en hueso puro y líquido de un rocín de cría; que por más señas el rocín fue suyo y se le desgració rondando con una carga, de maíz que llevaba al molino en compañía de su sobrina Nestasia, por mal mote la Polida, a causa de estar en pocas carnes siempre y algo baja de color.

«En estas y otras declaraciones, y pa cortar por lo sano, determinóse por el monecipio que se regolvieran los huesos del defunto y que se desaminaran por competente autoridad para el efeuto al ojeuto.

«Consiguientemente, procedióse al desentierro delante del cerujano asalariado, siendo testigos el susodicho letrado hijo mío, el señor maestro infrascrito de la escuela, los concejales del ayuntamiento y los vecinos de mayor edá.

«Salieron los primeros huesos, y desaminados por el desaminante, dijo pertenecer a los remos de traseros de la bestia del dómine; salió luego la calavera y a nadie más que a mí y al letrado hijo mío dejó duda de que ésta era perteneciente a la misma bestia. Lo mesmo dijo el desaminante de un cuadril y de la paletilla esquierda.

«Pero yo, que no me mamo el deo, y recordaba la semelitura de mi pariente, declaré en el auto que habiendo sido en vida hombre de mucha espalda sobre cargao de ella hacia los [182] hombros, estevao de patas y muy sacao de morros, bien podía aquel esqueleto ser el suyo tamién como del rocín del dómine. Y, en efeuto, a ello otorgó el susodicho letrado hijo mío, y no declararon menos los vecinos de mayor edá que habían conocido al defunto y fueron de ditamen de que si el telar de huesos no era de mi pariente, podía muy serlo lo mismo que del rocín infrascrito.

«Con esta declaración, que fue ditamen de mayoría por ocho votos, toos de mayor edá y primeros contribuyentes, cargué los huesos en un saco y los mandé a carro-ferril acompañados del susodicho letrado hijo mío, que los hacía salva cinco minutos con una escopeta de dos cañones que al efeuto llevaba, siguiéndoles hasta esa con el efeuto de hacer la entrega competente y hacer certificar con satisfacción de todos los honores que a la llegada los destipulen los voluntarios de la libertad; no dudando que V. E. excelentísima, al recibo de los mesmos huesos, sabrá tratarlos como a cosa propia.

«De paso recomiendo a V. E. excelentísima el susodicho letrado hijo mío, que, como podrá ver, es mozo de arte, con güena pluma y mejor genial, auto para el servicio de la libertá o dá que empleo que se le quiera dar a la vera de V. E. excelentísima.

«Por los huesos no pido ná, que soy, gracias a Dios, hombre pudiente y desprendío, y si se me dan las gracias y la tesorería de este ayuntamiento, con la cruz que tengan por ahí más de sobra quedaré tan campante como unas pascuas.

«Aquí se ha jurao la constitución como si no se jurara. La juremos yo y el letrado hijo mío, y por eso me costó el libro real y medio, que el monecipio no quiso comprarle ni meterse en juramentos de ninguna clase... Se me feúra que estos pícaros concejales la van a hacer tan aína como se levanten los realistas. No lo digo por chisme ni mal querer; pero si a mí no se me hubiera arrancao el mando de este pueblo, otro gallo nos cantara a los ensalzaos.

«Y con esto no cansa más la atención de V. E. excelentísima el que se ofrece finamente de V. E. excelentísima con Pantaleón, Libertá y Constitución reciente, y a sus pieses se homilla para los efeutos de la ley,

Patricio Rigüelta.»

(De El Tío Cayetano, núm. 31.)

20 de junio de 1869.

La tercera edición

Apenas los ilustres libertadores dieron por terminada la gran obra de septiembre, con un desinterés y una abnegación que partían el alma, se adjudicaron, auctoritate propria, los primeros puestos de la nueva situación, repartiendo todos los sobrantes entre media docena de amigos de confianza.

Al producto de esta trabajosa continuación se llamó Gobierno provisional.

Cada uno de los nuevos individuos que le componían protestaba a todas horas del sacrificio que hacía en cada mordisco que tiraba al mendrugo del Presupuesto. Ninguno de ellos llevaba la cartera sino por deferencia al nuevo orden de cosas.

Y el grupo de alborotadores que dieron [183] en llamarse, con no menos modestia, el país, hacía como que lo creía de buena fe.

Un mes más tarde, sus excelencias provisionales no tenían en toda España más defensores de sus actos que los bizarros periodistas agregados al Presupuesto.

«Sacrifíquese usted por la patria -decían a eso los abnegados ministros de la revolución-. Pero afortunadamente no está lejos el día que las Cortes constituyentes se reúnan, y entonces sacudiremos la pesada carga que hoy sufrimos por puro patriotismo; ya verá

España enfrente de nuestras infalibles dimisiones hasta dónde llega el desinterés del Gobierno provisional.»

Y se reunieron las Cortes, y se autorizó al general Serrano para que nombrara un nuevo Ministerio, y los mismísimos nueve hombres del Gobierno provisional volvieron a aparecer, propuestos para las ocho carteras y la Presidencia; pero con la protesta de que ninguno de ellos levantaría los ojos del suelo por duras que fueren las palabras con que las Cortes los tratarasen».

A esta segunda edición del Gobierno provisional se le llamó Poder ejecutivo, y este título fue lo único en que varió la obra al darse a luz por segunda vez.

Porque si malos y silbados fueron de provisionales, de ejecutivos, no hubo en el diccionario constituyente y periódico perrada que no oyeran ni maldición que no llevaran. No hubo desatino que en la provisionalidad intentasen que no consumaran bajo su nueva investidura. Figuerola y Ruiz Zorrilla, especialmente, tuvieron la honra de conquistarse la animadversión más cordial y unánime de toda España.

Pero aún no se había constituido la nación, y sus excelencias ejecutivas aguardaban este solemne momento para designar sus cargos respectivos en manos del nuevo Poder. Entre tanto, seguían sacrificándose patrióticamente.

Hízose al cabo una Constitución, vamos al decir, y, a falta de un rey que meter en ella, invitóse al duque de la Torre con alta dignidad de regente, y llegó la hora de que su alteza nombrase un ministro.

Durilla parecía la empresa, porque es de advertir que hacía un mes que se estaba tratando del reparto de las carteras entre los tres elementos revolucionarios, para cuando llegara esta ocasión, y no se hallaba modo de que los aspirantes se entendieran.

Prim fue esta vez el encargado de formar el Ministerio, y con él en el bolsillo, como quien dice, presentóse a las Cortes, asegurando que la voluntad de su alteza era que continuasen... los de marras, si se exceptúan un par de ellos que sustituían a Lorenzana y Romero Ortiz, por haber éstos cometido la imprudencia de decir más de una vez que dimitían sus cargos respectivos.

Tenemos, pues, la tercera edición del Gobierno provisional, reformada en dos capítulos e incorregibles en los demás.

Y al testimonio del general Prim me agarro: «No necesito -dijo a las Cortes el nuevo presidente del Consejo hacer la apología de mis dignos compañeros de Ministerio, porque aquí todos nos conocemos ya...» Vaya si se conocen.

Después añadió, con una modestia comparable sólo a la sinceridad de que era hija: «No choque a nadie la osadía (sic) con que he aceptado el cargo de presidente del Consejo de ministros, porque desde que salí de Londres sabía lo que me esperaba (como si alguno lo dudara). Además, mi puesto de hoy es lógico y tan natural, que en la mente de todos los

liberales está la idea de que a nadie más que a mí le corresponde, una vez elevado a regente el general Serrano.» [184]

Y como casualmente acababa su excelencia de enviar a Canarias al conde de Cheste, que se había presentado en Madrid fiado en que no era conspirador ni tampoco militar ya, por obra y gracia del general Prim, sino un ciudadano español como otro cualquiera, continuó el conde de Reus, por vía de programa:

«El Gobierno dará el ejemplo de respeto y obediencia a la Constitución y a las leyes, y espera con fundamento que el país seguirá tan saludable ejemplo.»

En seguida echó en cara a los Gobiernos pasados la arrogancia con que habían querido imponerse a las repúblicas hispanoamericanas, y prometió que él haría todo lo posible por borrar los malos efectos de aquella política y conseguir la más cordial armonía en nuestras relaciones con aquellos apreciables republicanos. Nada dijo su excelencia de recompensas al general Dulce por sus últimos servicios en Cuba; pero mostrada esa clase de política internacional, ya se deja comprender que, según ella, el tercer entorchado no es ninguna prim-ada, tratándose de un hombre que sale de la Habana con la pompa y el solfeo que el marqués de Castelflorite.

En cuanto a economías, no negó el general Prim que fuesen necesarias; pero añadió, para consuelo, que no entendía una palabra en el asunto, ni había hallado a su lado un hombre que entendiera mucho más, a lo cual era debido el desaliento que frecuentemente se apoderaba de su excelencia. «Pero -continuó (textuales)- como mi naturaleza se enardece en presencia de las dificultades, pronto me rehago, sacudo el desaliento y digo: vamos adelante, que como hemos salvado la nave política de tanto escollo, también salvaremos la financiera.

-¿Quién con esta cuenta, que no es otra cosa que la cuenta del perdido, no se tranquiliza, aun viendo a Figuerola terne que terne en el banco azul?

-Pues ese programa, y en los mismos términos, es lo que ofrece al país el Gobierno provisional al presentarse en él en su tercera edición.

De modo que el país, que le ha oído en boca del general Prim, cuando pierda la última pluma que le queda, podrá tirarse de narices o de coronilla contra la esquina de enfrente, pero no llamarse a engaño.

Y esto siempre es un consuelo a estas alturas; es decir, cuando había tonto que negaba que la regencia del general Serrano era una solución del conflicto en que nos hallábamos así en política como en Hacienda.

(De El Tío Cayetano, núm. 32.)

27 de junio de 1869.



El 22 de junio

Buscando en mi imaginación algo con que festejar al general Serrano en su exaltación a la regencia del reino, por obra y gracia de la revolución de septiembre, tropecé esta semana en el día 22, y como si obedecieran al impulso de un resorte mágico, en el acto se me presentaron delante de la memoria, entre otros muchos, los nombres de Balansat, Escano, Martorell y Henestrosa.

«¿Qué nombres son éstos?», me dije, oprimiéndome las sienes furiosamente, como aquel que desea ver claro algo que le enturbian el ruido y la percalina de una revolución gloriosa. [185]

Y cuando dudaba del éxito de mis tentativas, otra aparición súbita me hizo la necesaria luz. Era un impreso del año 1867, que contenía estas palabras puestas en boca del general Serrano, siendo presidente del Consejo de ministros el general Narváez:

«Pues qué, ¿cree el señor ministro que no están siempre presentes en mi memoria el coronel Balansat, mi querido amigo; mi hermano Puig, Escano, Cadoval, Martorell, Henestrosa y otros tan inhumanamente ASESINADOS»; que he olvidado a aquellas víctimas, a aquellos «mártires del honor más exaltado»? NO; yo pongo por ejemplo a todos, y aun a los generales más distinguidos del Ejército, para que, cuando se subleven las tropas que tengan a sus órdenes, SEPAN MORIR COMO AQUELLOS VALIENTES... Sí, señor ministro, aconsejo a todos que sigan la conducta de aquéllos, que, CUMPLIENDO CON SU DEBER, murieron dando ejemplo a la generación presente y a las venideras...»

Cuando, por la noche, supe la muerte de Balansat y de sus valientes cuanto infortunados compañeros, exclamé: «Gracias, Dios mío, por no haberlo sabido hasta ahora. Si lo sé al entrar en San Gil, NO HUBIERA DADO CUARTEL A LOS SETECIENTOS PRISIONEROS.»

Y como si este documento fuera poco, otro impreso también, apareció en seguida, de fecha de 29 de junio de 1866, que dice así:

«Queriendo recompensar los eminentes servicios que ha prestado el capitán general del Ejército don Francisco Serrano Domínguez, duque de la Torre, conde de San Antonio, senador del reino y presidente del Senado, vengo en nombrarle caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro. -Dado en Palacio..., etc., etc.»

Ahora bien: los eminentes servicios a que se alude en este real decreto son los prestados por el general Serrano en el cuartel de San Gil, apoderándose de los setecientos asesinos de Balansat y de sus valientes compañeros citados más arriba.

De estos asesinos y de otros compañeros suyos de rebelión decía tres días después de los asesinatos al general O'Donnell, a cuyas órdenes entró en San Gil el general Serrano:

«Hace mucho tiempo que el Gobierno tenía noticias de trabajos constantes que se empleaban, no solamente para trastornar «las bases fundamentales de la sociedad» y atacar LO QUE TANTO QUEREMOS TODOS LOS ESPAÑOLES: «el trono de nuestra Reina y su dinastía...»

Hoy puede asegurar el Gobierno lo que ya dijo en otro tiempo: que si el hecho primitivo ha empezado por una sublevación militar, «los partidos progresistas y democráticos» son los que han sostenido esta conspiración y la han llevado a cabo. «Hoy no pueden esconderse detrás de la cortina»; hoy han hecho actos públicos que HAN ESCANDALIZADO al país y que los hacen responsables «ante los tribunales y la opinión pública INDIGNADA.»

A estos datos se me reunió el siguiente, que no es menudo, suministrado por El Diario Español, órgano entonces, como ahora, el más legítimo del general Serrano y demás unionistas:

«¿Puede creer nadie que los sediciosos del 22 son hombres que obedecen a otra cosa que AL PUÑADO DE ORO que les dan los turbulentos ambiciosos, «que explotan su miseria y sus malos instintos para satisfacer sus RUINDADES?»

Atando luego todos estos cabos sueltos a los últimos hechos del general Serrano, quise hacer de todo ello una soga, en la forma siguiente:

Un año después de pronunciado por el duque de la Torre el discurso mencionado al principio, se aliaba aquél a [186] los asesinos de San Gil; a los progresistas y demócratas, que, según el general O'Donnell, «merecieron la indignación pública» por ser los instigadores de los asesinatos; a los «miserables y malvados», en fin, según El Diario Español, y derribaba con ellos EL TRONO DE SU REINA Y SU DINASTÍA, «lo que tanto queremos TODOS LOS ESPAÑOLES», al decir del duque de Tetuán en 1866.

A esta empresa se la llamó por el mismo general Serrano «Gloriosa revolución de septiembre»; es decir, a la misma combatida por él y por sus admiradas víctimas heroicas, Balansat y compañeros, en su primera tentativa.

Y dejándome llevar ya de mi memoria, recordé que pocos días después del triunfo septembrino, el general Serrano acudía a la Fuente Castellana a rendir un tributo de respeto y de admiración a los mismos asesinos del cuartel de San Gil, que fueron fusilados allí y no en el cuartel mismo, porque su excelencia no tuvo conocimiento de los asesinatos hasta por la noche del día en que se cometieron.

Y anduvo el tiempo, y el general Serrano llegó a ocupar casi el mismo trono del cual arrojó a la señora que le condecoró con el Toisón de Oro por haber vencido a los asesinos de San Gil, cuyos instigadores le han llevado hoy hasta la alteza por sus eminentes servicios prestados bajo la bandera de los asesinos de Balansat, Puig, Escano, Martorell y Henestrosa.

«He aquí un párrafo -dije- que, aunque es historia pura, marea al más sereno y al de más fuerte estómago.»

Y es que la historia de algunos hombres públicos tiene ese triste privilegio.

Así se explica también cómo proponiéndome hacer una sogá, como dije más atrás, con los datos apuntados allí, me salió un charco de cieno y sangre en que mi ofuscada fantasía vio a la revolución de septiembre agonizar con el fango hasta la boca.

Este espectáculo acabó con las pobres fuerzas de mi estómago, y me obligó a abandonar el propósito que tuve de felicitar al general Serrano por su elevación a la Regencia, con algo que fuese digno de su alteza.

Por eso le ofrezco hoy estos retales de mis buenos deseos, aunque en la consoladora confianza que no ha de faltar al señor duque quien le dé mucho más..., hasta el pago que merecen sus servicios a la causa de la revolución, ya que los que prestó a la contraria el 22 de junio de 1866 le fueron largamente remunerados en su día.

(De El Tío Cayetano, núm. 32.)

27 de junio de 1869.

#### Recortes

Supongamos que se trata de un periódico que ayer fue de oposición y hoy es ministerial; supongamos también que yo conservo una porción de recortes de ese periódico en las dos épocas, y supongamos, por último, que los publico ordenados por asuntos.

He aquí el resultado que me daría la operación:

#### AYER

Las palabras orden y moralidad en boca de un Gobierno de represión como el que nos rige, son sinónimas de [187] tiranía. «No hay orden ni moralidad posible sin libertad.» Hágase al pueblo libre, concédansele los derechos que en justicia se le deben, y lo demás vendrá ello solo.

#### HOY

Las palabras derechos y libertad son una quimera, si no van acompañadas de los deberes correlativos. «No hay libertad posible sin orden y sin moralidad.» Hágase el pueblo juicioso y morigerado, y entonces podrán entregársele todos los derechos que para él conquistó la revolución de septiembre. Mientras tanto, no se pierda de vista que sin orden no hay Gobierno posible.

AYER

Para los gobiernos que, como el que desgraciadamente nos rige, no se apoyan en principios francamente liberales, toda la fuerza estriba en el presupuesto: los que de él comen son los únicos ciudadanos que le defienden. De aquí que no se encuentre un liberal en las oficinas del Estado, porque los ministros tienen buen cuidado de sustituirlos con empleados completamente identificados con la situación, sacrificando frecuentemente la probidad y la inteligencia al favoritismo y a la intriga. Entre tanto, si España ha de verse bien administrada, es preciso que cese ese sistema funesto. Los funcionarios públicos no deben tener más títulos a la consideración de los ministros que su aptitud, que su probidad, que sus buenos servicios... Vergüenza nos causa pasar la vista por las largas columnas de nombres propios que estos días publica la Gaceta, con motivo, sin duda, de la última modificación ministerial. ¡Pobre España!

HOY

Sus excelencias se ocupan activamente del cambio de personal de sus respectivos departamentos. Quince días lleva la Gaceta publicando nombramientos y las cesantías correspondientes, y aún tiene tarea para tres semanas. La necesidad de esta medida no puede ocultarse a nuestros lectores. Las oficinas del Estado estaban llenas de reaccionarios, mientras los buenos liberales perecían de hambre. Aconsejamos a sus excelencias que no cejen un punto en su empresa, hasta que logren ver todos los puestos, por insignificantes que sean, ocupados por los hombres completamente identificados con la situación. Antes que todo, la idea.

AYER

Se nos asegura que el brigadier A va a ser ascendido a mariscal de campo, en premio a los méritos que ha contraído apaleando a los liberales de B, que se habían sublevado pidiendo economías. ¡Pobre España! ¡Pobre Hacienda! ¡Desdichados contribuyentes!

HOY

Por más que quieran calumniar a la situación los periódicos de la oposición reaccionarios, no son setenta y uno, sino setenta, los jefes y oficiales que recibirán el empleo inmediato con motivo de la solemnidad de pasado mañana. Tampoco son tres los propuestos para capitanes generales, sino dos. En cuanto al motivo de estos ascensos, no puede ser más atendible ni más justo, pues militan en abono de los agraciados, no solamente la circunstancia de sus muchos servicios a la causa de la Libertad, sino la de haberse dado pocos días hace un ascenso general, es decir, a todo el Ejército. Desengañense los reaccionarios: no son estas larguezas, [188] que al cabo refluyen sobre buenos liberales, las que siente la nación, sino los despilfarros de los pasados gobiernos, que se fueron para no volver. ¡Viva España con honra!

AYER

Hay actos tan repugnantes y tan odiosos que siempre se resiste a creerlos la razón de los hombres honrados y dignos. Por eso no hemos querido prestar fe a los rumores que circulan estos días, según los cuales el destierro del general X, acusado de conspirador, y la cesantía del dignísimo y probo funcionario Z, reconocen por origen la delación de un periódico ministerial. Repetimos que no damos crédito a semejantes rumores, porque, por lo mismo que somos honrados, no concebimos que haya hombres capaces de olfatear como sabuesos las huellas de otros hombres para ponerlos al alcance del amo a quien sirven miserablemente los delatores. Pero si fueran ciertos los rumores, no hallaríamos en el diccionario palabras bastante fuertes para expresar la indignación que semejante conducta nos causara. Nada decimos de las vejaciones ocasionadas al desterrado; pero ¿qué diremos del pobre funcionario depuesto, cuya familia quizá no tenga otro sostén que su sueldo?

HOY

Infatigables centinelas de la causa liberal, no cesaremos de aconsejar al Gobierno que acabe de limpiar sus oficinas de todos los empleados que aún quedan en ellas de la pasada dominación; por de pronto, sépase que el portero de la Dirección de \*\*\* fue nombrado por el Poder inmoral que hemos derrocado. De la procedencia de este funcionario existen otros varios de mayor categoría, cuyos nombres publicaremos, si el Gobierno sigue haciéndose el sordo. Nos consta también que un personaje que a él perteneció tiene la osadía de pasearse por Madrid a ciertas horas de la noche desde la calle A a la plazuela de B, y se le conoce por el cuidado con que se recata, a fuer de criminal, de todo transeúnte. No decimos más. Y ya que de este asunto tratamos, trasladamos al Gobierno la noticia que nos acaba de suministrar un consecuente y honrado liberal. Parece ser que en la habitación que ocupó una querida de uno de los hombres de la anterior situación existen cuatro camisas, tres pares de medias y una papalina, todo perfectamente empaquetado y como en disposición de expedirse por ferrocarril al extranjero. Esperamos que también de estos objetos se incautará la nación, a la cual pertenecen.

AYER

Los periódicos ministeriales vienen hoy llenos de pomposas descripciones de la recepción que tuvo lugar anoche en casa del presidente del Consejo de ministros. También nos hablan mucho de la fiesta dada por los marqueses de A y de las que disponen los duques de B y los condes de T. Magnífica perspectiva para la nación. Sabroso manjar para el pobre pueblo que se muere de hambre.

Y a todo esto, ¿cómo va la discusión del escandaloso presupuesto de 2.000 millones presentado a las Cortes por el ministro de Hacienda?

HOY

Anoche dio el general Prim un espléndido banquete a todos los oficiales de la guarnición. -El general Serrano ha dado una comida suntuosa a los diputados de la mayoría. -Los diputados de la fracción A han comido hoy en la fonda Lhardy. -El general Prim [189] llevará a la cacería que ha dispuesto en los montes de Toledo una escolta de dos escuadrones de Caballería, un piquete de Guardia Civil, veinte carruajes, ochocientos

perros, cuarenta batidores, etc., y, además, se pondrá un telégrafo entre aquellas agrestes soledades y esta capital. -Esta noche se clara un baile en la Casa de la Moneda. -Ayer dio un banquete a sus amigos el bizarro general M, uno de los hombres más importantes de la situación. -La disidencia surgida entre la mayoría con motivo de la cuestión R se arreglará definitivamente en la comida que dará a los miembros de aquélla el señor presidente del Poder ejecutivo. -La discusión de los presupuestos será reñida. -La cifra de 3.000 millones a que se elevan los gastos no debe asustar a ningún patriota, si, libre de toda pasión, se fija en los despilfarros de los Gobiernos reaccionarios y en las atenciones que acarrea una revolución tan gloriosa como la nuestra. -Aconsejamos a la fracción republicana que no se oponga con sus votos a la aprobación del proyecto, pues sin él es imposible la salvación de la Libertad. -Dentro de breves días serán promovidos a generales cuarenta brigadieres más, muy acreedores a esa recompensa por sus muchos servicios a la revolución.

## EN PLATA

AYER. -¡Qué hambre tengo!

HOY. -Ya comen los míos. Ya como yo también. ¡Viva el presupuesto y húndase la patria!

(De El Tío Cayetano, núm. 32.)

27 de junio de 1869.

## Al país

Un ciudadano pacífico marcha, como diría Figuerola, «sereno y majestuoso», por un angosto sendero abierto entre dos abismos; no lleva otras armas que su corazón ni otra herramienta que una caja de fósforos y una colilla.

De pronto, y por desgracia, de uno de esos sacudimientos imprevistos de la Naturaleza se abre a sus pies un tercer abismo, en el cual se precipitaría irremisiblemente si diera un paso más hacia adelante.

¿Qué hace ese ciudadano en semejante situación? ¿Retroceder? No, porque el viaje es urgentísimo, y si no lo fuera, no habría acometido la empresa de echar por tan difícil y arriesgada senda.

Sin embargo, todas las demás salidas le están cortadas y no tiene a sus alcances el más leve recurso para salvar en el acto ninguna de las tres dificultades que se oponen a que siga adelantando en su marcha.

Un cobarde, en trance tan apurado, mordería el suelo por agarrarse más firme a los morrillos; un temerario, intentando salvar de un brinco el inesperado obstáculo, perecería en él; un estoico -indiferente al éxito de su primer intento-, un hombre prudente, se detendría a meditar sobre su situación, con el fin de arbitrarse recursos para vencer poco a poco los obstáculos que, por de pronto, se le presentaban como insuperables.

Háganse ustedes ahora la cuenta de que a El Tío Cayetano le ha llovido sobre la espinosa senda que, como periodista, recorría desde noviembre acá, uno de esos obstáculos tan inesperados como indestructibles; uno de esos [190] inconvenientes que están fuera de los alcances de la humana previsión; uno de esos repentinos estorbos que no se vencen en el acto, ni con dinero, ni con sacrificios de ninguna especie, y díganme qué le toca hacer en tan supremo instante, no siendo, en su concepto, ni de los cobardes, ni de los temerarios, ni de los estoicos, sino de los prudentes del ejemplo citado.

En presencia, pues, de ese tan imprevisto como, por el momento, invencible contratiempo, El Tío Cayetano se detiene, bendice a Dios, que pudo haberle sepultado en el abismo, reflexiona con serenidad y espera. Si el contratiempo puede conjurarse, seguirá su interrumpida marcha; si, por el contrario, aquél es más fuerte que todo el poder de su reflexión, abandonará la empresa y renunciará a recorrer el camino que le falta.

Que el inopinado suceso le contrista y le aflige, ¿a qué decirlo?

Cuando, movido sólo de su patriotismo y de su española hidalguía, se echó a recorrer el sendero, no podía imaginarse en sus modestas ambiciones que de todos los puntos de la Península habían de acudir espontánea y generosamente protestas de adhesión a su difícil empresa, formándole una corte de honor que jamás tuvieron los mismos generales libertadores, y eso que han pagado bien caras las que han podido agenciarse desde octubre acá.

Rodeado, pues, de simpatías, y en el colmo, vamos al decir, de la popularidad y de la fortuna, ¿cómo no lamentarse amargamente de la contrariedad que detiene sus pasos, aunque sea por breves momentos?

Porque El Tío Cayetano no se pertenecía ya a sí propio, sino a la multitud de conciudadanos que, con más empeño cada día, solicitaban su trato y su amistad.

Concibo en este instante las ventajas de una popularidad como la de Figuerola: el odio de los contribuyentes podrá perturbarle un tanto las funciones digestivas del pan del presupuesto, pero no le amargarán seguramente con la dulzura de su recuerdo la hora feliz de la caída.

Otra circunstancia contribuye no poco a su afición en tan crítico momento: el objeto principal de su viaje era llegar a tiempo a los funerales de la situación; y precisamente

cuando el estado de ésta es gravísimo cuando el estertor de la agonía ha comenzado ya, cuando las narices se le afilan y se le encandilan los ojos y los dedos se le crispan, se ve obligado a detenerse.

¿Estaría escrito que yo, que reaparecí al estrépito de su nacimiento, no he de concurrir personalmente a su entierro?

Esta, duda es la que ha de aclararse cuando termine el alto que voy a, hacer en mí jornada.

Pero salud me dé Dios, y yo le prometo a la situación que, ausente o presente, no le han de faltar mis votos para que la losa que cubra su sepulcro se coloque de modo que no se la levanten a tres tirones las hienas que desean regodearse con su cadáver.

Y por si ni este consuelo me es dado, porque Dios me llame a sí antes del trueno gordo; por sí, por esta razón, tampoco me es permitido el placer de volver a reanudar el interrumpido trato con mis queridos suscriptores, quiero que conste de la manera más solemne que ansío volver a la madre tierra envuelto en la honrada bandera que desplegué al renacer al mundo, en testimonio de que El Tío Cayetano, como los héroes de Cambronne, **MUERE, PERO NO SE RINDE.**

(De El Tío Cayetano, núm. 33.)

4 de julio de 1869. [191]

La llegada del correo

El café X, tan concurrido y animado a las tres de la tarde, tan bullicioso y resplandeciente a las ocho de la noche, presentaba a la hora en que vamos a entrar en él -las diez de la mañana- una perspectiva bien distinta. Los suelos, acabados de barrer; las banquetas y los cachivaches del mostrador, colocados con más simetría que los soldados en parada; en el fondo, algunos mozos, en mangas de camisa, desgredados y con el mandil muy sucio, limpiando tazas y cafeteras o apilando terroncitos de azúcar sobre los platillos ad hoc; los marmitones entrando y saliendo por la puerta de la cocina, cargados de bandejas, o conduciendo cacharros, y por, último, la figura del amo, inspeccionando y dirigiendo todo al paño. Ni un grito, ni una carrera, ni ruido de monedas, ni golpes a las puertas, ni humo de tabaco, ni olor de gas.

Todos estos detalles juntos prestan al cuadro un aspecto monótono y triste. Parece un absurdo, pero es la verdad que estos establecimientos sólo están apetecibles cuando reinan en ellos el desorden, el calor, la bulla y todo género de incomodidades; es decir, cuando debiéramos huir de ellos.



El salón, sin embargo, no está completamente solo: hay en él cuatro personajes. El uno es alto, delgado y corto de vista; se pasea sin hacer ruido y se detiene de cuando en cuando para dar golpecitos con el índice sobre la caja de un barómetro que está colgado en la pared. Llámase don Zacarías, y ya cumplió medio siglo.

Otro, gordo y rechoncho, condenado a perpetua corbata blanca, doceañista, furibundo y que frisa en los sesenta, está recostado en un diván, con notoria delectación; se llama don Tadeo. El tercero, don Agapito, de edad indescifrable, es regordete, colorado, bajito, muy risueño; se sienta siempre lo menos que puede para conservar mejor los pantalones, y por eso está, delante de don Tadeo. El cuarto, don Pancracio, hombre de poquísimas palabras y de menos iniciativa, doceañista también, lee en un rincón apartado, pero de a luz, una Iberia atrasada, a falta de otra más fresca.

-Mucho tarda hoy el correo -dice de pronto don Agapito, volviéndose en seguida a don Zacarías, que pasa a su lado.

-Habrá nevado arriba -contesta el aludido, volviéndose en seguida a dar un par de golpecitos al barómetro-. Bueno para los cazadores, que habrán entrado muchas sordas.

-Según los que fueron el domingo al monte -dice don Agapito-, no es cosa mayor.

-¿Cómo está el barómetro, don Zacarías? -pregunta el almidonado don Tadeo.

-Desde ayer, a las siete de la tarde -responde el interpelado, metiendo los ojos por el aparato-, baja tres cuartos de milímetro.

-No es mucho que digamos: pero así y todo, se me figura que vamos a tener un invierno rigurosísimo... Mozo, mozo, mozo...

-Mándeme usted, don Tadeo -responde un camarero ya entrado en años que acude andando con más flema que un alemán.

-Hombre, ¿acaba de llegar ya el correo?

-Están a buscarlo hace más de una [192] hora; pero yo le diré a usted: con motivo de la nevada que ha caído es fácil que se haya retrasado.

-Pues parece que el tren ha llegado a la hora.

-Pero si el Norte no enlazó a tiempo en Alar con él...; la nieve, es mucha la nieve que hay. Ayer dijo un señor que se pone siempre en esta mesa, que es paisano mío, de junto a mi pueblo... ¿Sabe usted cuál es mi pueblo?

-No, ni me importa.

-Pues soy de...

-Oye, Venancio: échame una cerilla -grita desde su asiento don Francisco.

Y Venancio, que así se llama el camarero, deja en problema, bien a pesar suyo, el lugar de su nacimiento para ir a la cocina a buscar los fósforos, pues es de advertir que el tal Venancio nunca tiene a mano lo que se le pide.

-¿Y cómo no habrá venido don Teodoro? -exclama el risueño don Agapito.

-Ayer tarde -responde don Tadeo le encontré yo junto a Bezana: venía de Torrelavega; después no he vuelto a verle.

-¿Y a qué irá a Bezana?

-De paseo.

-¿A caballo?

-No; no, señor; a pie.

-A pie. ¿Y no se fatigaba usted?

-¡Ca, hombre! Y si no llegué a San Mateo fue porque mi amigo Pancracio se cansó.

Don Francisco, el que lee La Iberia atrasada, es el inseparable amigo de don Tadeo, con quien ha llegado a identificarse tanto en gustos, que ya no tiene ninguno propio. Don Tadeo habla por él, piensa por él y hasta juega al tresillo por él. Una sola cosa le disputa: su incansabilidad en las marchas. Por eso, al oírse acusar de no haber podido llegar a San Mateo, separa sus ojos del periódico y rompe su habitual silencio, diciendo con viveza:

-No hagan ustedes caso, que si no pasamos de Bezana fue porque iba a llover.

-De todas maneras -añade don Zacarías-, de aquí a Bezana es mucho paseo: son dos leguas de ida y otras tantas de vuelta.

-Eso no vale nada -responde don Tadeo. - Cuando yo salgo de casa jamás reparo en distancias. «Vamos andando», le digo a Pancracio, y andando vamos hasta que anochece.

-No me negarás -dice don Pancracio con cierto resentimiento- que ha habido ocasión en que llegarnos así hasta Carandía.

-No negaré tal.

-Y sin que yo diera la menor muestra de cansancio.

-Luego mal podría cansarme por una chapucería como es ir de aquí a Bezana.

-Claro.

-Es que como dijiste antes que no llegamos ayer a San Mateo porque yo me cansé...

-No has de ser aprensivo, Pancracio; si ayer te cansaste, sería porque no estabas bueno, o porque no tenías ganas de pasear..., o qué sé yo. Pues qué, ¿todos los días se encuentra uno, con los mismos ánimos, con la misma salud?

-Es que no me cansé.

-Corriente, hombre.

Al llegar aquí el altercado, promovido por el incansable y susceptible lector de La Iberia, aparece Venancio, gritando: «¡El correo!», esgrimiendo, varios periódicos en una mano y trayendo en la otra los fósforos, de que nadie se acuerda ya.

El grito de «¡Tierra!» dado en la carabela de Colón no produjo entre los audaces navegantes una impresión tan grata como el del correo en nuestros cuatro personajes. [193]

Lo primero que hace cada uno de ellos es ir a ocupar una mesa que esté completamente sola. La pasión por el periódico es como la del gastrónomo: necesita mucha holgura, mucho espacio. Cada lector debe abstraerse, sin que ruido alguno que no sea el del papel llegue a sus oídos. Al volver la hoja, su brazo ha de jugar libremente. Entonces el olor de la tinta de imprenta le embriaga, y un artículo de fondo, sea del color político que quiera, le entusiasma. Y no se crea por eso que carece de opinión; antes al contrario, es quizá el único ciudadano que la posee fija e inquebrantable. Pero los monomaníacos de esta clase tienen dos grandes ocasiones al día: una, cuando llega el correo, en cuyo caso no tratan más que de leer cuanto les vaya a las manos, y otra, cuando, agrupados en el café o paseando en el ala, disertan sobre lo leído. Esta es la ocasión en que se manifiestan las simpatías hacia tal o cual partido, hacía este o hacia el otro periódico, momentos críticos y solemnes en los cuales los comentaristas, atropellando miramientos, riñen, juran y vocean, sosteniendo cada uno las teorías de un diario favorito, como si ellas fueran la única salvación de la patria.

Por demás estará decir que la mejor noticia que puede darse a semejantes personajes es que dos grandes potencias están a pique de romperse el alma, o que su misma nación se halla a dos deditos de una guerra sangrienta y ruinosa. De ese modo el telégrafo jurará sin cesar; la Prensa se atestará de partes y últimas horas; los partidos elegirán entre los beligerantes su protegido y su víctima; se entablarán las subsiguientes polémicas, y los artículos de fondo rechispearán. Ociosos, solterones por lo común, egoístas hasta la pasión, sin otro afecto que el que constituye su monotonía, estos hombres, que no sueltan de la boca la palabra patria y que dejan un momento en paz a los Gobiernos que rigen sus destinos, sólo la aman por lo que les entretienen los disturbios que la agobian. Si todas las naciones llegaran a ser completamente felices y en España no se publicasen periódicos de oposición -cosa bien increíble- y no dieran los otros más que noticias científicas y literarias, la vida de esos fanáticos cesaría de repente. Por eso no hay lectura más desagradable para ellos que las bases de armisticio o la de unos preliminares de paz.

Nuestros cuatro individuos llevan cerca de dos horas esperando en el café. El objeto de tanto madrugar es satisfacer el gusto de romper las fajas a los periódicos para vanagloriarse de que nadie antes que ellos recogió sus noticias. Verdad es que el tren tiene una hora marcada, antes de la cual nunca ha llegado; pero así como se retrasa tan frecuentemente, ¿no puede un día darle la gana de adelantarse? Además, un aficionado de este calibre no se satisface con llegar, coger el periódico y ponerse a leerlo: necesita siquiera media hora de prólogo para reposarse y hacer boca entre sus camaradas; para hablar de lo que en su concepto debe venir en el correo que se espera, por tal Ministerio, o lo que debe publicarse por cual otro, en vista de lo leído el día anterior, para continuar el debate que entonces quedó pendiente, o para discutir sobre las cucarachas.

No bien llega Venancio con los fósforos y los periódicos, pasan éstos, como por encanto, a las manos de don Tadeo, don Agapito y don Pancracio. Para don Zacarías no alcanza más que uno que se cayó al suelo en el momento de la distribución.

-Bueno serás tú cuando aquí te han dejado -exclama con amargura y echándole la zarpa el pobre señor.

Efectivamente, es el Galignani's Manager, [194] y don Zacarías no conoce el idioma de John Bull.

-¿Y dónde está La Época y La Discusión? -pregunta indignado a Venancio.

-En la otra sala. ¿No ve usted que también allí hay quien quiere leer?

-Buena alhaja me han dejado aquí. Pero no importa: yo no me quedo sin leer. Tráeme inmediatamente el diccionario que le proporcionaste el otro día a don Teodoro.

-Usted dirá el del amo.

-No sé de quién es; pero tráemelo.

-Y ahora que me acuerdo: don Teodoro sabe inglés y usted no.

-¿Y a ti qué te importa, borrico? Anda y tráelo.

-Bueno, bueno; por traerlo, nada se pierde; pero usted verá cómo es lo mismo que si le trajera el misal.

Y dicho esto, se va Venancio contoneándose pausadamente, mientras don Zacarías abre el periódico y se pone a hojearlo, buscando las secciones cuyos epígrafes tengan las letras más gordas, creyendo que así comprenderá mejor la materia.

-Es mucha torpeza la de estos ingleses -exclama con cierto coraje después de haber recorrido medio periódico con la vista sin haber entendido una sola palabra-; yo no sé por qué no han de poner en español siquiera lo más notable -leyendo con suma dificultad-. The circular of the minister of Interior inspires to The Times these remarks. Vea usted un

encabezamiento de artículo que promete mucho. Y el caso es que yo lo comprendo, pero no me lo puedo explicar. ¡Por vida de...! Pues, señor, ¿para cuándo es la paciencia y la fuerza de voluntad? Animo, Zacarías; golpe al diccionario, y desentrañemos ese guirigay del demonio.

-Aquí está -dice al mismo tiempo Venancio, poniendo sobre la mesa de don Zacarías el libro que éste le pidió.

-Venga.

-Pero ¿de veras va usted a empeñarse en traducir eso?

-¿Se quiere usted ir, señor don Venancio, más allá de donde fue mi dinero?

-¡Bah, bah; tarea tiene para un rato! -añade el flemático camarero, retirándose a paso de tortuga y restallando la rodilla de limpiar como si fuera un látigo.

Don Zacarías agarra el diccionario y vuelve a deletrear el párrafo en que antes se fijó.

-The circular... Vamos por partes y veamos qué quiere decir The, aunque, desde luego, apostaría a que es esa bebida que tanto gusta a los ingleses.

Pero, con gran sorpresa suya, averigua que aquella palabra no significa, como esperaba, «perla», o «pecóo», sino «el», «la», «lo», «los», «las».

-¡Malo!-exclama con desaliento-. Cuando los artículos están tan disfrazados, ¿qué harán los verbos? En cuanto a circular, no me cabe duda que es lo mismo en castellano. Veamos si en otro párrafo soy más feliz.

...It is generally understood that this circular attestest vexation acts of inquisition.

«¡Diablo!... Se me figura que esto lo comprendo bien: la circular de arriba y la inquisición de abajo..., ciertos son los toros.

«¡Señores! -grita a sus amigos-, parece que en Inglaterra se va a establecer la Inquisición!

-No diga usted eso -exclaman todos juntos.

-El Times lo asegura.

-¡El Times!-replica don Agapito, que se las echa de saber un poco de inglés-. ¡Imposible!

-Véalo usted.

Y don Zacarías señala con el dedo [195] las palabras del Galignani's Manager que tanto le han alarmado.

-¿Qué Inquisición ni qué niño muerto? Hombre, usted sueña.

-¿Pues qué dice, si no?

-Ahora lo verá usted -responde don Agapito, deletreando el párrafo This... understood... No me acuerdo precisamente del significado de esta palabra en este instante; pero sé que no tiene que ver con lo que usted dice.

-Bueno va. ¿Y más adelante?

-Aguarde usted... Acts of inquisition... Claro, alude a ciertos actos de inquisición, pero no a que este Tribunal famoso se vaya a crear allí. Ya decía yo.

-Pues me saca usted de buena duda -murmura don Zacarías, volviéndose al Manager con la mejor buena fe.

Los demás lectores, tranquilos con la rectificación de don Agapito, continúan su interrumpida tarea, no sin reírse antes de la candidez de don Zacarías.

En esto entra en el café don Teodoro, a quien don Tadeo halló en Bezana. Envuelto en los anchos pliegues de una inmensa capa verde con fiadores de seda, saluda a todos en general con un «¡Adiós, señores!», y con gran sorpresa de don Zacarías, pues los demás no separan la vista de lo que están leyendo, siéntase en otra meso, sin preguntar siquiera por un periódico.

-Amigo, se ha descuidado usted mucho; todo está ocupado.

-Ya me lo esperaba yo, don Zacarías, y por eso vengo prevenido.

-¿Trae usted algún periódico?

-Sí, al pasar ahora por la platería me he tomado La España para entretenerme ínterin desocupan aquí toda la correspondencia, porque ya sabe usted que yo no leo un papel solo, ni dos..., ni tres...

-Ya, ya; me consta. Hoy ha venido tarde el correo.

-No hay tal.

-Pues aquí llegó hace un momento.

-Es porque el chico se entretiene en la calle. Acabo de estar en la barbería, y me he leído La Esperanza, El Reino, La Correspondencia y El Diario Español de cabo a rabo. ¡Figúrese usted si hará tiempo que se repartió el correo!

-¿Y qué trae de interesante?

Pero don Zacarías no halla respuesta a esta pregunta, porque don Teodoro se ha apoderado de una columna de La España y, en semejante situación, no oye, ni ve, ni entiende a nadie.

Reina en el salón un silencio sepulcral, que de cuando en cuando se interrumpe por el ruido del papel o por un «¡Bravo!» entusiasta que lanza don Tadeo leyendo una sesión de Cortes o un artículo de fondo.

Entre tanto, el pobre don Zacarías se aburre de traducir sin fruto alguno, palabra por palabra, los párrafos del Galignani's Manager, y llama estrepitosamente a Venancio.

-¿Es posible -le dice- que no haya en el café ningún periódico libre, aun cuando sea viejo? Yo necesito leer aunque sea la bula.

-No hay más que La Iberia, que tenía antes don Pancracio.

-Me la sé de memoria.

-Aquí tiene usted, si no, La Tertulia última.

-La Tertulia, un periodiquillo local. ¿Y qué trae La Tertulia?

-Pues, trae, primeramente, una carta con muchos latinajos.

-Tomados de algún misal.

-Después, unos versos... del Oriente, y un artículo muy majo sobre una costumbre que hay en mi pueblo...

-Vamos; estará escrito por...

-Por el señor de...

-Sí, hombre, sí; si le conozco mucho, no me digas quién es... Valiente... [196]

-Como si fuera una gran habilidad hablar de lo que todos conocemos.

-¿Sabe usted, don Zacarías, que el día menos pensado nos saca a usted y a mí en La Tertulia? Como él es así...

-No le faltaba más, a bien que nada malo podrá decir de nosotros.

-Eso mismo digo yo... Pues mire usted: tendría que ver, por un lado.

-Y por el otro, también. Conque no seas majadero y dame La Tertulia, que a f alta de pan...

-Ahí va La Tertulia.

-¡Cuerno! -refunfuña don Zacarías, tirando con rabia el periódico lejos de sí.

-¡Otra! ¿Qué fue?

-Que me he quemado.

-¿Con La Tertulia?

-O con el demonio; pero el hecho es que me quemé.

-Lo cogería usted mal.

-Si tú hubieras retirado el cigarro al dármelo...

-Ahí la tiene usted otra vez.

-Ya no quiero leerlo.

Y, levantándose de la banqueta, salió a la calle como un cohete.

«Cualquiera que oiga a esta gente -murmura Venancio, viéndole marchar y señalando a los que se quedan-, pensará que son el mejor apoyo del establecimiento. Veinte años llevo en él, y todavía no les he servido el valor de dos reales.»

Después se da un par de palmaditas sobre el estómago, se va a tomar el sol a la puerta del café y vuelve a reinar en la sala el más profundo silencio.

(De la revista La Tertulia, segunda serie.)

1876.

Dime cual obtiene tu preferencia entre

1. Las virtudes  
La abnegación.



2. Los personajes históricos  
El general No Importa.

3. Los poetas  
David.

4. Los nombres propios  
Jesús.

5. Los colores  
El de la vergüenza.

6. Las diversiones  
Las campestres.

7. Los objetos de comer  
Los menos dulces.

8. Las ocupaciones  
Las literarias.

9. Las flores  
La rosa.

10. Los pueblos  
El en que nací.

11. Las estaciones del año  
El otoño.

12. Los tipos de raza o provincia  
El castellano viejo.

13. ¿Qué es lo que más te hace gozar?  
La conciencia sin remordimientos.

14. ¿Qué es lo que más te hace sufrir?  
La enfermedad de un hijo.

15. ¿Cuál es tu proverbio favorito?  
No hay bien ni mal que cien años dure.

(Del Álbum de Eulogia Montero.)

Santander, mayo de 1879. [197]

Hero y Leandro

Una línea de costa al norte de España, en la región..., ¿qué más da una que otra? Figúrese el lector el pedazo de esa línea más áspero e irregular, el más avanzado y expuesto a los furores y embestidas del Cantábrico; el de más extensos horizontes marinos; una docena de casucas dispersas y como arrojadas allí por el oleaje de una tempestad, en un repliegue del terreno menos indócil a los trabajos del cultivo; la casuca más vieja de todas ellas, sobre el punto más elevado de aquel perfil, casi en el vértice mismo del ángulo que está parte de la costa forma con la mar, y un ancho brazo de ella que se introduce en la tierra; al otro lado de este brazo, otra como barriada semejante a la primera; después, a derecha e izquierda, la línea prolongándose, hasta perderse de vista, y serpenteando caprichosamente, formando senos y puntas, y en todas partes descubriendo su esqueleto desnudo y carcomido por el azote de la fiera en sus tremendas acometidas; bajando por el escabroso sendero que arranca de la casuca solitaria y se une en el entrellano con otras semejantes, que proceden de las dispersas, se llega a una ensenadita que, por la situación y forma, viene a ser como la axila de aquel brazo, en la cual se guarecen unas cuantas embarcaciones de pesca sujetas con sendas amarras de esparto a otros tantos pilotes clavados a la orilla del rincón más abrigado. Huertos mal cerrados por paredillas transparentes de piedras toscas y desiguales, contiguas a las casitas; anchos retales de braña verde, un poco más lejos, donde picotean patos y gallinas y hozan puercos de recría; alguna cabra en la sierra que asciende poco a poco hacia el Sur, lo bastante para que desde la barriada no se vea, por aquel lado, otra porción de mundo que la comprendida entre la loma y el mar. Al primer pueblo que hay a la parte de allá de la loma no se llega, a buen andar, en menos de tres cuartos de hora, la mitad que a la villa ribereña, bogando dos personas de buenos puños.

A la vera del último con los de esta serie, con ellos en el centro de un reducido anfiteatro de cerros pelados en sus cimas, se veían surgir, reborbollando, los copiosos manantiales del famoso río que, después de formar breve remanso, como para orientarse en el terreno y adquirir alientos entre los taludes de su propia cuna, escapaban de allí a todo correr, a

escondidas de la luz, siempre que podían, como todo el que obra mal, para salir pronto de su tierra nativa, llevando el beneficio de sus aguas a extraños campos y desconocidas gentes y pagando, al fin de su desatentado curso, el tributo de todo su caudal a quien no se le debe en buen derecho. Y a fe que o mis ojos me engañaron mucho, o sería obra bien fácil y barata atajar al fugitivo a muy poca distancia de sus fuentes, y en castigo de su deslealtad despearle monte abajo, no dando punto de... [198]

ría, arriba, ría arriba, en un barquichuelo desde la ensenada.

Del aire y del tipo de los pocos seres que de ordinario rebullen entre las casucas en la barriada, de los objetos que se ven arrimados a sus muros, o tendidos en el suelo, o sobre las paredillas de los huertos, y del abandono en que están las inmediatas tierras laborables, aun sin fijarse en el dato concluyente de las barquillas que huelgan en la ensenada, deduciría bien pronto el observador menos lince que, sin la excepción de uno solo, todos los habitantes de la barriada son pescadores o viven de la sustancia de este arriesgado oficio.

El origen de aquella mínima colonia no es, seguramente, de los que se pierden en la noche de los tiempos. En la villa ribereña que se ha mencionado hubo un matrimonio que, después de perder varios hijos, sacó de la Casa-Cuna de la ciudad un niño, no se sabe bien si por la golosina del pobre estipendio que valía a la mujer el trabajo de amamantarle a sus pechos, o por el noble deseo de reemplazar con él el pedazo de sus entrañas, muerto a las pocas semanas de nacido. Lo cierto es que, andando los meses, el incluserito fue llenando en la casa y en los corazones de sus habitantes el vacío que en ellos había dejado la muerte del hijo verdadero, y que cuando pasó el tiempo de la lactancia y cesó con tal motivo la mezquina retribución a que daba derecho aquel augusto trabajo, en todo pensó la honrada mujer menos en devolver a la Inclusa aquel rollo de manteca formado con el jugo de su sangre.

-Ni aunque Dios nos diera otros diez hijos, ¿no es verdad? -decía en una ocasión, manoseando al chiquitín y mirando a su marido.

-Ni con otros veinte encima -le respondió el buen hombre, pasando también su manaza callosa dulcemente por los rizos encrespados del incluserillo, que, tendido en el regazo de su madre, los miraba a los dos con los ojos dormilentos, chupándose el dedo pulgar y perneando a diestro y siniestro. Pero ni veinte, ni diez, ni un solo hijo volvió a tener aquel matrimonio, por lo que el apego de éste al niño inclusero fue creciendo de día en día, hasta llegar al amor paternal más extremado. El hombre era medio labriego y medio pescador, y el rapaz, que resultó fornido y cariñoso, se arrimaba cuanto podía al trabajo de su padre, pero con preferencia al de la mar.

Como si sospechara su procedencia, andaba muy temeroso en todas partes, y no se mostraba exigente con nadie ni para nada, lo cual se traducía por cortedad de genio en su casa, único sitio en que se le veía expansivo y descuidado. Bien seguro estaba él de que allí se le quería de veras: se lo decía, se lo afirmaba su corazón agradecido.

Siete años contaba apenas cuando llegó por primera vez a sus oídos la palabra inclusero. El motivo de ello fue bien insignificante: un choque, muy poco más que un rozamiento involuntario, con otro niño que jugaba cerca de él. Inclusero. Jamás había oído aquel vocablo, ni sabía lo que significaba; pero el tono de la voz, el ademán de ira, el son de afrenta y menosprecio con que le había sido lanzado, como una piedra con honda... Se puso rojo de vergüenza; después se echó a llorar amargamente, y, por último, corrió a referir el caso a su madre y a pedirle la respuesta que necesitaba; pero la buena mujer se guardó muy bien de dársela, y salió del compromiso echando pestes contra el deslenguado rapaz. Con el padre, a quien acudió en consulta después el inconsolable incluserito, le sucedió lo propio: indignaciones y truenos y rayos contra el difamador, y nada en limpio [199] para el difamado..., hasta que éste dio un poco más tarde con una vecina de lo más charlatana, entremetida y oficiosa que había en el pueblo, y se lo aclaró todo a su manera, acabando, para que lo entendiera mejor, por ponerle a él mismo por ejemplo de la cosa. Cegó con ello el infeliz y se quedó como si le hubiera partido un rayo. Se calló como un muerto, y ni en su misma casa volvieron sus labios a pronunciar una sola palabra que tuviera la más remota conexión con aquella idea que le quitaba el sueño y las ganas de comer. Admiró a su modo a aquellos protectores que, pudiendo plantarle en medio del arroyo, continuaban amándole como a un hijo verdadero, y se maravillaba de que fueran tan generosos que una vez siquiera no le echasen en cara su infamante condición. En este ambiente de tristeza y cavilaciones, siempre sobresaltado y receloso, fue creciendo, sin otra distracción que el trabajo ni otro estímulo que el de aliviar del suyo al hombre a quien tenía por padre. Era forzado y valiente, y andaba en la ría y en el mar, como en las tierras de labor. Sólo le daban miedo las miradas de las gentes, y, sin embargo, de nadie pensaba mal, sino de aquellos..., de aquellos desnaturalizados que le habían arrojado a él desde el seno de su madre al boquetón del torno de la Inclusa, si no es que le habían abandonado en un cesto, entre cuatro pingajos miserables; porque sobre estos particulares nada había querido averiguar él después de oír los relatos de la palabra ignominiosa que continuaba resonando en sus oídos. «Señor -se decía siempre que caía en estas cavilaciones-, ¿por qué hay en el mundo hombres... y mujeres, con entrañas más duras que las mismas piedras, que no abandonan a sus hijos y hasta dan la vida por ellos? Pícaros, desalmados.» Así pasaron meses y años; estuvo tres de ellos en el servicio de la Armada por su condición de matriculado, y pensó que con esta ausencia tan larga y un cambio tan radical de costumbres se olvidaría todo en el pueblo; pero tampoco le salió bien ajustada esta cuenta, pues cuando volvió a él se encontró con los de siempre: la sospecha de que le miraban de mal ojo y en la actitud recelosa y huraña en que estas no bien fundadas aprensiones le ponían continuó siendo, como siempre, el primero en el trabajo, pero de propio intento él último y el más callado en las filas o en los corrillos de la Hermandad de mareantes a que pertenecía. Además, cayó enfermo el hombre que le llamaba hijo, y se murió en cuatro días. A los tres meses le siguió al otro mundo la mujer a quien él llamaba madre, y al verse solo en la casa, aunque era ya de su propiedad, por voluntad expresa de los finados, como toda la pobreza que a éstos había pertenecido, y considerándose solo también en el mundo, acabó de amilanarse, y no hizo entonces la barbaridad de tirarse de cabeza a la ría con un rizón al pescuezo, porque era hombre de fe bien remachada y no se creyó con derecho a disponer de lo que no era suyo. Pero ¿qué pito tocaba ya en la tierra ni en la mar? ¿Para quién y para qué trabajaba en la una y en la otra? Entonces pensó en algo en que había recreado muchas veces el pensamiento. Bien cerca de su casa vivía lo que podía llenar el desamparo de la suya y hasta el vacío de su corazón: una moza como unas perlas y con un genial afable y

compasivo. Era pobre de bienes, porque sus padres vivían de prestado, al paso que él ya no lo era con lo heredado de sus bienhechores; no tenía vicios ni le hacía ascos al trabajo, y de estampa, aunque le estuviera mal el decirlo, andaba bastante bien. No [200] abundaban en el pueblo los novios de esas condiciones para las mozas como ella... ¿Por qué no intentar una salida de su negra situación por esa puerta? Peor que corrían las cosas para él no habían de ponerse, y el no consigo lo llevaba. Atrevióse un día, y se lo dijo con el corazón en la mano.

-¡Qué lástima, hombre -le respondió ella, sinceramente condolida-, qué lástima que seas... lo que eres, porque, fuera de esa tacha, no tienes otra!

FIN

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

